



**UNIVERSIDAD MICHOCANA
DE SAN NICOLÁS DE HIDALGO**



FACULTAD DE LETRAS

DOCTORADO INTERINSTITUCIONAL EN ARTE Y CULTURA

**NOVELA MEXICANA HISTÓRICA,
SENTIMENTAL Y DE COSTUMBRES.**

UN IDILIO A TRAVÉS DE LA GUERRA, DE EDUARDO RUIZ

TESIS

QUE PARA OBTENER EL GRADO DE
DOCTOR EN ARTE Y CULTURA

PRESENTA

MTRO. VÍCTOR MANUEL LÓPEZ ORTEGA

ASESOR

DR. RODRIGO PARDO FERNÁNDEZ

MORELIA, MICH., NOVIEMBRE DE 2017

AGRADECIMIENTOS

Primero que nada, quiero agradecer al Dr. Rodrigo Pardo Fernández, mi director de tesis y coordinador del programa, el apoyo que me ha brindado desde el principio del doctorado, con sus asesorías a lo largo de esta investigación y el impulso que me dio para que emprendiera una estancia de investigación en la Universidad de California Berkeley, publicar artículos en conjunto, y gestionar la beca mixta CONACYT y recursos económicos para presentar ponencias tanto en México como en el extranjero.

Deseo agradecer a Estelle Tarica, Ph.D., por haberme invitado, acompañado a lo largo de mi estancia de un mes en la UCB, del 20 de enero al 20 de febrero de 2015, haberme recomendado bibliografía pertinente para la configuración de mi aparato crítico y por haber gestionado los permisos necesarios para que yo pudiera acceder a los fondos bibliográficos de las bibliotecas de dicha institución.

Asimismo, agradezco a los profesores del Núcleo Académico Básico y compañeros del Doctorado por sus comentarios críticos al presente trabajo a través de los coloquios celebrados.

Agradezco a mis amigos y familia, en especial a mis padres y hermanas, su invaluable apoyo a lo largo de este proceso.

CONTENIDO

| | |
|---|------|
| RESUMEN..... | I |
| ABSTRACT | I |
| INTRODUCCIÓN..... | II |
| ANTECEDENTES..... | IV |
| OBJETIVOS DE INVESTIGACIÓN | VII |
| ESBOZO METODOLÓGICO..... | VIII |
| DISTRIBUCIÓN DE LA INVESTIGACIÓN | XIII |
| CAPÍTULO 1: UN IDILIO A TRAVÉS DE LA GUERRA, DE EDUARDO RUIZ: UN ESTUDIO CRÍTICO..... | 1 |
| 1.1. EMPLAZAMIENTO | 1 |
| 1.1.1. Contexto histórico – literario: novela popular en México | 1 |
| 1.1.2. Eduardo Ruiz: Vida y Obra | 14 |
| 1.1.3. Un Idilio a través de la Guerra: Esbozo Histórico – Crítico..... | 22 |
| 1.1.4. Un Idilio a través de la Guerra: Corrientes Literarias..... | 27 |
| 1.2. ASUNTO Y TEMA..... | 47 |
| 1.3. ESTRUCTURA | 51 |
| 1.3.1. Sinopsis..... | 52 |
| 1.3.2. Argumento | 52 |
| 1.3.3. Trama..... | 55 |
| CAPÍTULO 2: NOVELA HISTÓRICA, SENTIMENTAL Y DE COSTUMBRES | 61 |
| 2.1. NOVELA HISTÓRICA | 61 |
| 2.1.1. ¿Qué es novela histórica? | 61 |
| 2.1.2. Origen y desarrollo de la novela histórica..... | 72 |

| | |
|--|------------|
| 2.1.3. <i>Historia de la Guerra de Intervención Francesa contenida en Un Idilio a través de la Guerra, de Eduardo Ruiz</i> | 85 |
| 2.2. NOVELA SENTIMENTAL..... | 134 |
| 2.2.1. <i>¿Qué es novela sentimental?</i> | 134 |
| 2.2.2. <i>Origen y desarrollo de la novela sentimental</i> | 141 |
| 2.2.3. <i>Trama sentimental en Un Idilio a través de la guerra</i> | 150 |
| 2.3. NOVELA DE COSTUMBRES..... | 160 |
| 2.3.1. <i>¿Qué es costumbrismo?</i> | 160 |
| 2.3.2. <i>Origen y desarrollo del costumbrismo</i> | 163 |
| 2.3.3. <i>Vida cotidiana en Un Idilio a través de la guerra</i> | 176 |
| | |
| CAPÍTULO 3: DISCURSO POLÍTICO DE UN IDILIO A TRAVÉS DE LA GUERRA, DE EDUARDO RUIZ | 202 |
| 3.1. IDEOLOGÍA Y DISCURSO | 202 |
| 3.2. CONTEXTO HISTÓRICO – POLÍTICO: LIBERALES CONTRA CONSERVADORES (1821-1867).... | 212 |
| 3.2.1. <i>Partido Conservador</i> | 213 |
| 3.2.2. <i>Partido Liberal</i> | 218 |
| 3.3. ANÁLISIS CRÍTICO DEL DISCURSO DE <i>UN IDILIO A TRAVÉS DE LA GUERRA</i> | 229 |
| 3.3.1. <i>Análisis de los actores, valores y actitudes</i> | 229 |
| 3.3.2. <i>Ideología dominante en Un Idilio a través de la Guerra</i> | 264 |
| | |
| CONCLUSIONES..... | 268 |
| | |
| BIBLIOGRAFÍA..... | 278 |
| | |
| ANEXOS..... | 294 |
| ANEXO 1. OBRA LITERARIA DE EDUARDO RUIZ Y SUS EDICIONES..... | 294 |
| ANEXO 2. EDICIONES DE <i>UN IDILIO A TRAVÉS DE LA GUERRA</i> , DE EDUARDO RUIZ..... | 300 |

ANEXO 3. GLOSARIO DE TÉRMINOS DE DIFÍCIL COMPRENSIÓN EMPLEADOS EN *UN IDILIO A TRAVÉS DE LA GUERRA*, DE EDUARDO RUIZ.....303

RESUMEN

La presente tesis analiza *Un Idilio a través de la Guerra*, de Eduardo Ruiz, situándola como una novela histórica, sentimental y de costumbres, cuya configuración dialógica manifiesta rasgos comunes con otras prácticas literarias escritas en México en el siglo XIX.

Para coadyuvar a este objetivo, se ha realizado un análisis crítico del discurso ideológico de esta novela, demostrando que, más allá de ser una obra de ficción popular escrita para entretener al lector, *Un Idilio a través de la Guerra* cumple una función pedagógica, implícita en cuanto a la moralidad, pero explícita y persuasiva cuando trata el aspecto político.

ABSTRACT

The present thesis analyzes *An Idyll through the War*, by Eduardo Ruiz, situating it as a historical, sentimental and custom novel whose dialogical configuration shares features with other literary practices written in Mexico in the 19th century.

To contribute to this objective, a critical analysis of the ideological discourse in this novel has been carried out. Proving that, beyond being a work of popular fiction created to entertain the reader, *An Idyll through the War* fulfills a pedagogical function, implicit regarding morality, but explicit and persuasive when dealing with the political aspect.

Palabras Clave: Literatura Mexicana, Análisis Crítico del Discurso, Eduardo Ruiz, Guerra de Intervención Francesa en Michoacán, Siglo XIX.

INTRODUCCIÓN

La obra literaria es causa y producto de su época. Influye en el ambiente, instala en él una serie de interpretaciones del mundo y hace que los hombres se conduzcan de determinada manera; por tanto, al estudiar las novelas del siglo XIX mexicano se tiene que hacer constantes alusiones al ambiente que las rodeó y sobre el cual ellas ejercieron su poder.

Salvador Reyes Nevares

Esta investigación tiene por objeto la novela *Un Idilio a través de la Guerra* (1900-1902), de Eduardo Ruiz. El trabajo surgió de un interés personal por acercarme a la novela michoacana de los siglos XIX y XX, cuya producción fue escasa, esporádica y, en términos generales, de bajo impacto y perdurabilidad en la memoria colectiva. Tomé conciencia de que existe un patrimonio literario en peligro de perderse si no se rescata del olvido, se estudia, se revalora, se reedita y se divulga entre las generaciones presentes y futuras a partir de las conversaciones que he tenido desde mediados de 2012 con el maestro José Mendoza Lara, editor de mi novela *Sed de Independencia*, y gracias a una reseña histórico-cronológica de la novela michoacana que él mismo preparó y leyó el 7 de diciembre de 2012, durante la presentación de la obra de mi autoría en la Sala Salvador Próspero de la Escuela Normal Urbana "Prof. Jesús Romero Flores", de Morelia.

Apegándome al tema que originalmente propuse en el anteproyecto que presenté en la convocatoria para este doctorado, *La novela costumbrista en Michoacán entre los años de 1850 y 1950*, extraje los títulos del *Diccionario de Autores Michoacanos* (Jitanjáfora, 2011) y los busqué en librerías de nuevo y usado de Morelia. Comprobé que existe poca obra impresa de nuestros autores y que es difícil de conseguir; no obstante, era posible

consultar las ediciones antiguas en la red de bibliotecas de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo y descargar archivos en formato PDF de las bibliotecas virtuales de la UNAM y la UANL.

En una de mis excursiones a las librerías de uso de Morelia, encontré en un bazar ya desaparecido que se localizaba en la Calle Aquiles Serdán, entre la Avenida Morelos Norte y la Calle Pino Suárez, en la sección de Historia de Michoacán, un ejemplar de la novela *Un idilio a través de la guerra* incluida en el Tomo III de las Obras Completas de Eduardo Ruiz, publicado en Morelia por Balsal Editores en 1987. Me regocijé del hallazgo y compré el volumen por ciento cincuenta pesos.

Un idilio a través de la guerra captó mi atención más que cualquier otra novela de autor michoacano que leí. Me pareció un relato bien escrito, una novela histórica, sentimental y costumbrista, entretenida y patriótica, representante de la ideología oficial de Estado y la moral que imperaron en nuestro país durante el último tercio del siglo XIX.

Cuando inició el primer semestre de doctorado y tuve la primera asesoría del Dr. Rodrigo Pardo, fue necesario acotar la temporalidad, decidiéndome por la segunda mitad del siglo XIX. No quería eliminar *Un idilio a través de la guerra* de mi trabajo, pero era la única obra de esa época que tenía en mi poder. Con el propósito de aumentar el número de objetos de estudio, me di a la tarea de localizar y consultar más literatura costumbrista de la segunda mitad del siglo XIX producida por narradores michoacanos. El estado de la cuestión arrojó dos autores más: Agapito Silva y Atenógenes Segale. Hallé algunas novelas suyas en bibliotecas virtuales, pero ninguna estaba ambientada en Michoacán.

Por lo tanto, en primera instancia llegué a la conclusión de que no existió una tendencia, escuela o moda entre los escritores michoacanos de la segunda mitad del siglo XIX de producir novelas de costumbres. Se da el caso aislado de Eduardo Ruiz y su única

novela, *Un idilio a través de la Guerra*, la cual no ha sido estudiada a profundidad por los investigadores.

A lo largo de la investigación descubriría que la novela de Ruiz se publicó como histórica, y al recopilar información para redactar los capítulos encontré que dicha obra también presenta características propias de la novela de costumbres y la sentimental. Es por eso que he decidido titular esta tesis de este modo: *Novela Mexicana Histórica, Sentimental y de Costumbres. Un Idilio a través de la Guerra*, de Eduardo Ruiz.

Antecedentes

Un idilio a través de la guerra, primera y única novela completa de Eduardo Ruiz, fue escrita a partir de 1900, terminada poco antes de la repentina muerte del autor en 1902, y prologada en 1904 por Julio Zárate. Sin embargo, por causas que no han podido determinarse, la obra fue editada y publicada póstumamente hasta 1923, gracias al “empeñoso afán” de su hija, Josefina Ruiz.

A pesar de la enorme trascendencia de la figura de Eduardo Ruiz para la política y la historia regional de nuestro Estado y el país, es un autor poco estudiado en la historia de las letras; ningún crítico lo considera en sus revisiones de literatura mexicana del siglo XIX, y dejan de lado que fue un personaje que conoció personalmente a los escritores mayores del periodo, Ignacio Manuel Altamirano y Vicente Riva Palacio, y su estilo se vio fuertemente influenciado por ellos.

Tras haber realizado una búsqueda exhaustiva por diversas fuentes sobre literatura mexicana del siglo XIX y sobre la obra de nuestro autor, verifiqué que, desde su publicación, pocos especialistas en literatura o historiadores han dedicado palabras a *Un idilio a través de la guerra*, y, quienes lo han hecho, ha sido vagamente.

En 1946, Jesús Romero Flores se refiere a esta novela como:

[...] un ameno relato de la época de la Intervención Francesa y que tiene por escenario nuestro bello Estado de Michoacán. Toma como modelo, en la estructura de su obra, al maestro Altamirano, y con bastante acierto imprime veracidad a sus personajes, animación a las escenas y da toda la riqueza de colorido a los cuadros en donde se mueven sus figuras (Romero Flores 1946, 762).

Moisés Guzmán Pérez (1994), en su artículo *Eduardo Ruiz y su Historia de la Guerra de Intervención en Michoacán*, dedica algunas líneas a *Un Idilio a través de la Guerra*, de la cual afirma:

"La novela romántica del siglo XIX se caracterizó por el conflicto sentimental entre dos o más personajes, o entre el individuo y la realidad circundante. El amor a la naturaleza y a la vida campestre idealizada, son los elementos comúnmente utilizados en este tipo de novela y Ruiz (en su novela histórica *Un Idilio a través de la Guerra*) no escapa a dicho contexto" (Guzmán Pérez 1994, 22).

Rubén M. Campos se refiere brevemente a Eduardo Ruiz y a la novela en su libro *El bar: la vida literaria de México en 1900* (1996); señala: "Don Eduardo Ruiz, a quien todos conocieron como magistrado, pocos han conocido como un distinguido escritor, autor de *Las leyendas y tradiciones michoacanas*, de los episodios de *La guerra de intervención en Michoacán* y de la linda novela *Un idilio a través de la guerra*, obras que reimpresas serán una revelación de un sencillo y fuerte escritor" (Campos 1996, 61). Es importante resaltar que Campos da fe de la calidad literaria de la obra de Eduardo Ruiz y que su obra como escritor era poco conocida a finales de siglo XX.

Por la orillita del río y hasta Panamá. Región, historia y etnicidad en la lírica tradicional de las haciendas de La Huacana y Zacatula, de Jorge Amós Martínez Ayala, es un artículo de veintiséis páginas de extensión publicado en el número 46 de la revista *Tzintzun* (2007). Este es un artículo rico en información de historia regional y étnica de la zona de Tierra Caliente. El autor se refiere a Eduardo Ruiz y su novela de esta manera:

Un buen ejemplo de la vida decimonónica en las riberas del río Balsas está en las descripciones literarias de *Un Idilio a través de la guerra*, novela escrita por el Lic. Eduardo Ruiz. Sus descripciones costumbristas empiezan siempre por el aspecto físico de los personajes, pero no olvidan las fiestas y los versos; incluso describe un viaje entre Puruantzítiro, hacienda cercana al río Balsas, y Tecpan. Aunque ya no había mulatos, o cuando menos la distinción legal de castas, los estereotipos sobre los afro descendientes continuaron, pues una buena parte de estos seguían ahí (Martínez Ayala 2007, 29-30).

Respecto a otros estudios sobre otras obras de Eduardo Ruiz, se encontró que en 1998 Clara Guadalupe García publicó el libro *Las mujeres de Ruiz. La participación femenina durante la intervención francesa en Michoacán, en la obra de Eduardo Ruiz*. En este libro, la autora celebra la sensibilidad de Ruiz para valorar la presencia de la mujer en las luchas por conquistar la libertad durante la Guerra de Intervención Francesa. Ruiz rescató historias de soldaderas, mujeres espías, la Emperatriz Carlota, hijas y hermanas de los combatientes. Por desgracia, la autora no incluye a los personajes femeninos de *Un idilio a través de la Guerra*. En cambio, centra su análisis en *Historia de la Guerra de Intervención en Michoacán* y en *Michoacán: Paisajes, tradiciones y leyendas* (García 1998).

En la revista de estudios históricos *Tzintzun*, número 20, del periodo julio-diciembre de 1994, Moisés Guzmán Pérez publicó el artículo *Eduardo Ruiz y su Historia de la Guerra de Intervención en Michoacán*. En este trabajo, Guzmán Pérez presenta un breve apunte biográfico de Ruiz, aborda la producción literaria e histórica del autor, los

antecedentes, metodología de investigación seguida por Ruiz, estructura general, estilo historiográfico y contenido de la obra que da título a dicho trabajo (Guzmán Pérez 1994).

Objetivos de investigación

Esta investigación parte de la pregunta general: ¿Qué relación dialógica se establece entre *Un idilio a través de la guerra*, de Eduardo Ruiz (novela histórica, sentimental y de costumbres de mediados del siglo XIX) y otras prácticas literarias mexicanas?

La cual se responde con la hipótesis:

La configuración dialógica de las prácticas literarias mexicanas del siglo XIX manifiestan rasgos comunes entre sí, de las cuales participa *Un Idilio a través de la Guerra*, de Eduardo Ruiz.

En consecuencia, el objetivo general de la tesis es:

Describir la relación dialógica que se establece entre *Un idilio a través de la guerra*, de Eduardo Ruiz (novela histórica, sentimental y de costumbres de mediados del siglo XIX) y otras prácticas literarias mexicanas de la época.

A partir del objetivo general, planteo las siguientes preguntas específicas:

- ¿Cómo es la sociedad, historia e ideología plasmada en *Un idilio a través de la guerra*, de Eduardo Ruiz?
- ¿Qué relación existe entre *Un idilio a través de la guerra*, de Eduardo Ruiz, y otras prácticas literarias producidas en el siglo XIX en México?

Y los objetivos específicos:

- Realizar un estudio a profundidad sobre la novela *Un Idilio a través de la Guerra*, de Eduardo Ruiz.
- Abordar el texto y su autor en su contexto temporal, político y cultural.
- Analizar la sociedad, historia e ideología plasmada en otras prácticas literarias producidas en México en el siglo XIX para sustentar la relación dialógica entre ellas.

Esbozo Metodológico

Partiendo del supuesto que toda obra artística, incluida la literaria, es un texto susceptible de investigación y análisis, realizaré una investigación cualitativa de tipo documental a partir de medios impresos y electrónicos; pero cuantitativo durante la realización del Análisis Crítico del Discurso, para poder contabilizar el número de epítetos y conductas que definen los valores de los actores que intervienen en mi objeto de estudio, ya sea que profesen ideas liberales, conservadoras, o simples civiles sin ideología política en apariencia. Mis fuentes de consulta serán, por consiguiente, bibliográficas, hemerográficas y audiovisuales.

Con el propósito de realizar un análisis crítico lo más objetivo posible, la presente investigación será de corte interdisciplinario; articulará historia política y cultural, historia literaria, teoría literaria, teoría de la novela histórica, de la novela sentimental y de la novela de costumbres, geografía, derecho, economía, ciencia política, filosofía, sociología, etc.

De acuerdo a Manuel Tuñón de Lara, la ciencia política ofrece el conocimiento previo de muchos objetos de investigación histórica: el Estado, el poder, los grupos políticos, los sistemas y regímenes de gobierno, las elecciones, la persuasión o propaganda política, la legitimidad, la autoridad, el consenso, las ideologías políticas, etcétera (Tuñón de Lara 1979, 194).

De igual modo, Tuñón de Lara destaca la importancia de la historia literaria en una investigación: “[...] nos aporta, a veces, el testimonio irremplazable y, casi siempre, una fuente de conocimiento para la vida cotidiana y las mentalidades. Sin duda, el rigor crítico es más necesario que nunca al usar un texto literario, ya que hay que contar con el alcance de la *subjetividad* del autor. Pero ello no hace sino realzar la aportación que debemos pedir al especialista de historia literaria” (Tuñón de Lara 1979, 194).

Asimismo, “con lo geográfico debemos contar desde que se dan los primeros pasos de investigación en un tema histórico: [...]: población, clases, remuneraciones, producción, enseñanza, elecciones, afiliación a grupos sociales, frecuencias, etc.” (Tuñón de Lara 1979, 195-196).

Mi proyecto de investigación está inscrito dentro de la línea de generación y aplicación del conocimiento del Análisis del Discurso Artístico. Por tanto, el Análisis Crítico del Discurso (ACD) será la disciplina a utilizar durante toda la investigación.

En opinión de Teun Adrianus van Dijk, el Análisis Crítico del Discurso (ACD) es una perspectiva, crítica, sobre la realización del saber: es un análisis del discurso efectuado con una actitud. Se centra en los problemas sociales, y en especial en el papel del discurso en la producción y en la reproducción de las relaciones de dominación, discriminación, poder, abuso del mismo, control y dominación, tal como se manifiestan a través del lenguaje. La investigación realizada mediante el ACD combina lo que suele llamarse

“solidaridad con los oprimidos” con una actitud de oposición y disidencia contra quienes abusan de los textos y las declaraciones con el fin de establecer, confirmar o legitimar su abuso de poder (Van Dijk 2003, 19, 144).

Michael Meyer (2003) explica que el ACD sitúa su metodología más en la hermenéutica que en la tradición analítico-deductiva. Tras el primer ejercicio de recogida de datos, lo que procede es efectuar los primeros análisis, hallar indicadores para conceptos concretos, elevar los conceptos a categorías, y, sobre la base de estos resultados, recoger nuevos datos (muestreo teórico). El carácter lingüístico del ACD se hace evidente, ya que se apoya en gran medida en categorías lingüísticas: como los actores, el modo, el tiempo, la argumentación, etc. La selección de estos depende principalmente de las cuestiones concretas de la investigación (Meyer 2003, 49-51).

De acuerdo con Fernando Gómez Redondo (2008), “crítica” implica la capacidad de juzgar, de analizar, de interpretar. Un texto puede ser abordado desde dos vertientes: la simplemente lectora, que no requiere más que de la atención y predisposición del receptor para dejarse atrapar por el tejido textual que va desarrollando conforme a supuestas previsiones del autor, y la potencialmente enjuiciadora de los valores implícitos en la obra. Una obra, aunque sea creada fundamentalmente para ser leída, no por ello deja de ocupar una posición en el contexto cultural que define el pensamiento de un tiempo, la realidad de una época. Por eso, tiene que existir una “actividad crítica”, limitada a la tarea del escrutinio para la que ha sido pensada, sin más pretensiones que la de desvelar algunas de las múltiples facetas significativas que intervienen en la conformación de una determinada textualidad, un texto artístico, para poder conferirle el valor real que adquiere en la trama

de los fenómenos y signos estéticos sobre los que la sociedad asienta los principios esenciales de su devenir histórico (Gómez Redondo 2008, 18).

Analizaré *Un idilio a través de la guerra*, de Eduardo Ruiz, desde las dos vertientes mencionadas por Gómez Redondo, otorgando mayor preponderancia a la actividad crítica; es por eso que he decidido complementar mi aproximación a la obra por medio del enfoque interdisciplinar y diverso de ACD sugerido por Van Dijk, que considera a la ideología como un fenómeno social y cognitivo a un tiempo. Para Van Dijk, la compleja problemática del mundo real que aborda el ACD requiere un enfoque histórico, cultural, socioeconómico, filosófico, lógico o neurológico, en función de la cuestión social que se quiera saber (Van Dijk 2003, 146).

Van Dijk señala que discurso es acontecimiento comunicativo, lo que incluye la interacción conversacional, los textos escritos y también los asociados, el diseño de portada, la disposición tipológica, las imágenes y cualquier otra dimensión o significación “semiótica” o multimedia. Cognición implica tanto la personal como la social, las creencias y los objetivos, así como las valoraciones y las emociones, junto con cualquier otra estructura, representación o proceso “mental” o “memorístico” que haya intervenido en el discurso y en la interacción. Sociedad se entiende de forma que incluya tanto las microestructuras locales de las interacciones cara a cara detectadas como las estructuras más globales, societales y políticas que se definen de forma diversa en términos de grupos, de relaciones de grupo (como las de dominación y desigualdad), de movimientos, de instituciones, de organizaciones, de procesos sociales o de sistemas políticos, junto con otras propiedades más abstractas de las sociedades y de las culturas (Van Dijk 2003, 146-147).

Para un ACD más pormenorizado, Van Dijk recomienda optar y seleccionar aquellas estructuras que sean relevantes para el estudio de una cuestión social. Esto exige al menos algunas ideas informales sobre los vínculos entre el texto y el contexto, ideas que nos indiquen qué propiedades del discurso pueden variar en función de qué estructuras sociales. Si se quiere estudiar las formas en que algunos hablantes y escritores ejercen el poder en su discurso o por medio de él, lo único sensato es estudiar aquellas propiedades que pueden variar en función del poder social (Van Dijk 2003, 148).

Van Dijk apunta que la elección de las categorías del discurso en el ACD recibe su orientación de la teoría, aunque también del estudio crítico de la reproducción discursiva de la dominación de la sociedad (Van Dijk 2003, 151).

Siguiendo a Van Dijk, las “macroestructuras semánticas” son los temas que representan el asunto de que trata el discurso; ya que, en términos generales, incluyen la información más importante y explican la coherencia general de los textos y las conversaciones. Esto también permite la influencia y la manipulación. De este modo, los hablantes y los escritores pueden controlar la comprensión e influir en la formación de los llamados “modelos mentales” del acontecimiento que aborda el discurso. Por lo tanto, Van Dijk recomienda comenzar con dicho análisis y hacer una lista de temas de un texto mediante un resumen con una lista de macroproposiciones (Van Dijk 2003, 152-153).

Otro aspecto importante a considerar durante el ACD, de acuerdo a Van Dijk, son los significados locales; tipo de información que resulta de la selección que realizan los hablantes o los escritores en función de los modelos mentales que tengan de los acontecimientos, o de las creencias de carácter más general que compartan socialmente. Esto es lo que más directamente influye en los modelos mentales, y por lo tanto en las opiniones y en las actitudes de los destinatarios (Van Dijk 2003, 154).

Con frecuencia la investigación en ACD se interesa en el estudio de los discursos no objetivos ni imparciales ideológicamente, y en la forma en que estos polarizan la representación del nosotros (grupos internos) y el ellos (grupos externos); lo que constituye una estrategia general de presentación positiva de uno mismo y negativa del otro, estrategia mediante la que se destacan nuestras cosas buenas y las malas de los otros, mientras se resta importancia a nuestras cosas malas y a las buenas de los otros (Van Dijk 2003, 154).

Distribución de la investigación

En mi primer capítulo: *Un idilio a través de la guerra, de Eduardo Ruiz: Un estudio crítico*, seguiré los primeros cuatro pasos del método para comentar textos literarios desarrollados por Fernando Lázaro Carreter y Evaristo Correa Calderón (1985), y Delmiro Antas (2005). *Grosso modo*, los pasos del método son: I. Hacer una lectura atenta del texto (en este caso, la novela *Un idilio a través de la guerra*), II. Localización, III. Determinación del asunto y el tema, IV. Determinación de la estructura, y V. Análisis de la forma (Antas lo maneja como estilo) partiendo del tema. Dividiré el último paso del método en los análisis a realizar en los capítulos II y III de la tesis.

En el segundo capítulo me centraré en los géneros novelísticos de los que *Un idilio a través de la guerra* presenta características. El subcapítulo 2.1 está dedicado a la novela histórica, en donde se revisará qué es, sus características, clasificaciones y desarrollo a través del tiempo, para terminar con un análisis de la manera en la que los acontecimientos históricos de la Guerra de Intervención Francesa se insertan en la obra literaria de Eduardo

Ruiz. El subcapítulo 2.2 aborda la novela sentimental, a partir de su definición, características, desarrollo histórico y cerraré con un análisis comparativo de *Un idilio a través de la guerra* con la típica trama de amor. El objetivo será demostrar que el objeto de estudio pertenece a este género novelístico y que comparte características, no sólo con la producción literaria en México de la época, sino con historias sentimentales de todos los tiempos. Asimismo, probaré que es la trama sentimental la que provee de coherencia y estructura al texto de Ruiz. El subcapítulo 2.3 tratará la novela costumbrista, incluirá los mismos aspectos revisados en los subcapítulos 2.1 y 2.2, enfocándome en el costumbrismo en España y México, y concluirá con el subcapítulo 2.3.3., un estudio de la vida cotidiana en *Un idilio a través de la guerra*. Dicho subcapítulo se relaciona con la historia social y tratará de incluir la explicación histórica de las sentimentalidades a nivel de los grupos que integraban la sociedad en la que se ambienta *Un idilio a través de la guerra*, siguiendo la ruta trazada por Manuel Turón de Lara (1979), para conocer las reacciones de solidaridad, miedo, cólera, confianza, seguridad o inseguridad; la escala de valores de la sociedad mexicana de aquel tiempo: qué significaba para ellos la justicia, la solidaridad, la caridad, la humanidad; cuáles eran sus estimaciones sobre la familia, la autoridad parental, la función de la mujer, etc. ¿Qué imagen se hacen los hombres y mujeres de una época de su propia sociedad, de su clase, de su país, de su profesión, del porvenir? ¿Es posible cambiar el estado de las cosas o es imposible? (Tuñón de Lara 1979, 203).

Por último, en el tercer capítulo efectuaré un análisis crítico del discurso político de *Un idilio a través de la guerra*, basándome en la teoría de Van Dijk. Analizaré cómo presenta el texto al narrador, a los personajes liberales que se mantuvieron leales a la causa, a los personajes liberales que traicionaron a su partido para apoyar al imperio, a los conservadores en general y a los principales personajes conservadores e imperialistas.

Por último, tendremos las conclusiones, donde se hará un recuento de los hallazgos y las aportaciones de este trabajo, seguido por la bibliografía de las fuentes consultadas para la conformación del aparato crítico.

Adicionalmente, incluyo los anexos que complementan varias cuestiones abordadas a lo largo de la investigación: una tabla de elaboración propia que muestra la obra literaria de Eduardo Ruiz y ediciones que existen, fotografías de las portadas de las cinco ediciones de *Un idilio a través de la guerra* y un glosario de términos de difícil comprensión empleados en nuestro objeto de estudio.

CAPÍTULO 1: UN IDILIO A TRAVÉS DE LA GUERRA, DE EDUARDO RUIZ: UN ESTUDIO CRÍTICO

1.1. Emplazamiento¹

1.1.1. CONTEXTO HISTÓRICO – LITERARIO: NOVELA POPULAR EN MÉXICO

A comienzos del siglo XIX, al extenderse la alfabetización hacia las clases humildes en Europa, resultado de las conquistas sociales de las revoluciones burguesas, surgió la necesidad de una literatura masiva y de bajo costo de producción, de modo que pudiera ser adquirida por los sectores menos favorecidos de la sociedad: masas asalariadas, llegadas del campo a las zonas urbanas, lectores con bajo nivel cultural y escaso poder adquisitivo, y en su mayoría, mujeres, amas de casa.

En 1836, unos periodistas franceses, con el fin de captar fieles compradores de periódicos, concibieron la idea de destinar la parte inferior de la primera página a la publicación seriada de una novela, siendo este el origen de la novela de folletín. La medida fue todo un éxito porque permitía la venta masiva de periódicos, las obras literarias publicadas bajo este sistema se convertían en *best-sellers* y cada nueva entrega era esperada

¹ Emplazamiento, de acuerdo a Manuel Ángel Vázquez Medel (2003), es dar a alguien un tiempo determinado para la ejecución de algo y poner cualquier cosa en determinado lugar. Cuerpo y mente se implican y codeterminan, sin fisuras ni separaciones. El hombre habita un lugar y un tiempo, pero también habita lugares simbólicos en la semiosfera, asignados por las redes de mediaciones culturales que lo constituyen (Vázquez Medel 2003, 26-27).

por los lectores. La difusión de boca en boca ayudó a la popularización de estas historias. Los libros impresos eran muy costosos, no solían rebasar los tres mil ejemplares; en cambio, las novelas por entregas podían situarse entre las doce y trece mil tiradas (López Chacón n.d., 2, 9, Pérez Ortiz, et al. 2005, 2-6, Ayuntamiento de Salamanca 2014, 8).

Los términos *entrega* y *folletín* fueron dos modalidades de publicación contemporáneas, pero que presentaban diferencias entre sí. La novela de folletín era una obra escrita en su totalidad por un autor reconocido, aunque se publicaba en partes como un suplemento fijo de algún órgano de prensa; mientras que la de por entregas se escribía un capítulo tras otro y su extensión variaba de acuerdo con el impacto que tuviera con el público. Las entregas no fueron exclusivas con las novelas, también abarcaron otras materias como enciclopedias, diccionarios, historiografías, tratados de geografía, de religión, teatro, cartillas, etc. Con el tiempo, ambos conceptos se homologaron (Pérez Ortiz, et al. 2005, 4, López Chacón n.d., 4).

Estas novelas no llegaban al lector en una obra completa, sino por capítulos, en cuadernos o en pliegos. Por lo general cada entrega se componía de 16 páginas, para un total promedio de dos tomos de 400 páginas cada uno. Se imprimían en papel de mala calidad, la tipografía de la imprenta era demasiado grande, tenía gran cantidad de títulos, subtítulos, apartados, divisiones y subdivisiones, con diálogos y descripciones abundantes. La razón era que a mayor extensión, mayor número de entregas para reunir la totalidad de la obra. Mientras se vendían las entregas al público, las obras seguían en proceso de producción. Eran historias abiertas, en las que se podía añadir en cada momento lo que se deseara; eran frecuentes las improvisaciones, y el propio autor no sabía nunca cómo terminaría su obra. Cobraron importancia los talleres de encuadernación, donde los lectores

llevaban todas las entregas, una vez recopiladas, para convertirlas en libros. El gasto corría a cargo del propio lector (Pérez Ortiz, et al. 2005, 5, López Chacón n.d., 5).

El hecho de que la mayoría del público fuese femenino determinó algunas de las características de las novelas por entregas: predominio del tema amoroso, solían aparecer conflictos como el matrimonio y el adulterio, los hijos abandonados por el padre o la madre desconocidos. El estilo era sencillo, tenía poco texto escrito con grandes caracteres, con mucho diálogo; que hacía avanzar la acción con rapidez y aliviaba el trabajo del autor; y en líneas separadas, para facilitar la lectura. El texto se acompañaba de grandes ilustraciones a todo color. Eran novelas con una estructura fija: no existía evolución interna de los personajes, éstos aparecían tipificados desde el inicio: buenos, malos, héroe, heroína, etc.; predominaba la denotación y apenas existían descripciones (Pérez Ortiz, et al. 2005, 7).

Solían ser novelas de aventuras, en las que el protagonista (el héroe) luchaba contra un antagonista (el malo). Las peripecias eran sencillas y quedaba bien diferenciada la trama principal de los episodios secundarios. Los protagonistas eran los héroes: hombre y/o mujer jóvenes, por lo general de clase baja, llenos de valor, capaces del mayor sacrificio. La acción se desarrollaba por la intervención de tres personajes principales: la víctima, una inocente mujer; el traidor, a quien se presentaba al principio de forma misteriosa y desdibujada; y el salvador, que vencía al traidor y salvaba a la víctima (Pérez Ortiz, et al. 2005, 7).

El concepto de novela popular fue acuñado por Jorge B. Rivera en 1968. Es así como Alberto Villegas Cedillo (1984) define a la novela producida en México durante el siglo XIX: una literatura accesible a todas las clases sociales, entreteniéndolas y educándolas (Villegas Cedillo 1984, 1, Pérez Ortiz, et al. 2005).

De acuerdo a Villegas Cedillo (1984), la novela popular en México sirvió de vehículo de ideas políticas en contra de regímenes virreinales, conservadores, imperialistas y dictatoriales; un medio de protesta en contra de la falta de libertad de prensa; vocera de las ideas filosóficas, religiosas, pedagógicas, en México y en América; imitadora de las técnicas de la novela de folletín y de entregas francesa y española. Pero su mayor contribución fue sentar las bases para una literatura nacional con directrices definidas (Villegas Cedillo 1984, 5).

La novela popular mexicana nace y se desarrolla al calor de las ideas liberales de la independencia. Está inscrita al romanticismo, costumbrismo, realismo, naturalismo y modernismo. Aparece motivada por la poca libertad de prensa en la Colonia y la necesidad de educar al pueblo. El libro era costoso, por lo tanto, la prensa nacional se convirtió en la principal promotora de los escritores mexicanos y extranjeros. Villegas Cedillo sitúa el surgimiento de la novela popular con la publicación por entregas de *El Periquillo Sarniento*, de José Joaquín Fernández de Lizardi, en 1816, y la modalidad continuó hasta bien entrado el siglo XX (Villegas Cedillo 1984, 6, 12).

Para el estudio de la novela popular en México, Villegas Cedillo establece cuatro etapas:

1. De 1816 a 1831, orígenes y primeros ensayos de la novela popular.
2. De 1841 a 1861, periodo de afirmación del género.
3. De 1867 a 1875, máximo auge de la novela en México.
4. De 1877 hasta el siglo XX, época de altibajos para poderse sostener ante el auge del Modernismo y la Novela de la Revolución (Villegas Cedillo 1984, 12).

Para fines del presente trabajo, me centraré en las etapas tercera y cuarta.

El triunfo de la República significó la imposición de un sistema de gobierno liberal republicano y la derrota definitiva del monarquismo conservador. México no contaba con un Estado en 1867, no pasaba de ser una mera denominación geográfica. A diferencia de los regímenes anteriores, el gobierno de Juárez empleó la cultura como parte íntegra de su plan político, fomentando un movimiento nacionalista que abarcaría a las letras, el arte, la música, la historia y los textos educativos, caracterizado por una preocupación colectiva por lograr una homogeneidad ideológica que exaltara la mexicanidad (Maciel 1984, 97-100).

Entre 1867 y 1889 México experimentó un impulso a las artes y la cultura nunca antes visto, bajo la tutela y liderazgo de Ignacio Manuel Altamirano, quien, además de dar vida al movimiento literario que marcaría una generación, agrupó a su alrededor a los literatos distinguidos del país, impulsó a los jóvenes, inauguró las veladas públicas en los salones de algunas casas opulentas y distinguidas de la sociedad, ayudó a restaurar el Liceo Hidalgo, divulgó obras de literatura inglesa, alemana, estadounidense e hispanoamericana, y fundó periódicos literarios y revistas, como *El Renacimiento* (1869), en cuyas páginas podía leerse cuento, poesía, crítica social y literaria, historia, arqueología, arte en general, teatro, divulgación científica y novedades bibliográficas de escritores mexicanos de cualquier edad o ideología política (Peza 1900, Fernández Delgado 2006). Eduardo Ruiz colaboró para el número 42 de esta revista con el soneto *A ella*, que él tradujo del idioma purépecha (El Siglo Diez y Nueve 1869).

Este resurgimiento intelectual también se hizo visible con el notable incremento en la producción de libros, lo mismo de creación literaria que de estudios sobre temas nacionales, y a la formación de asociaciones, que llegaron a ser 124, tanto en la Ciudad de México como en provincia. También se fundaron asociaciones dedicadas a impulsar el

teatro y a proteger gremialmente a los autores. La Academia Mexicana de la Lengua Española se fundó en 1875 (Peza 1900, Fernández Delgado 2006, Martínez 1993, 56-57).

Eduardo Ruiz desarrolló su actividad periodística y literaria entre los años de 1856 y 1902, siendo a partir de 1871, con la publicación de su drama histórico *El Despertar de un Pueblo*, la obra con el que nuestro autor cultivaría la literatura de un modo más constante y, sobre todo, comprometido con las tesis de Ignacio Manuel Altamirano para una literatura nacional al servicio de la ideología que al gobierno de la República Restaurada, primero, y al Porfiriato, después, le interesaba inculcar entre la población.

Entre los principios de Altamirano para producir literatura nacional, destaco:

- Inspirarse en lo propio para que la literatura mexicana progrese. ¿Acaso en nuestra patria no hay un campo vastísimo del que pueden sacar provecho el novelista, el historiador y el poeta para sus leyendas, sus estudios y sus epopeyas o sus dramas? [...] si algo es rico en elementos para el literato, es este país.
- Deseamos que se cree una literatura absolutamente nuestra, como todos los pueblos tienen, los cuales también estudian los monumentos de otros, pero no fundan su orgullo en imitarlos servilmente
- La literatura tendrá hoy una misión patriótica del más alto interés, y justamente es la época de hacerse útil cumpliendo con ella.
- Nuestra última guerra (la intervención francesa) ha hecho atraer sobre nosotros las miradas del mundo civilizado. Se desea conocer a este pueblo singular, que tantas y tan codiciadas riquezas encierra, que no ha podido ser domado por las fuerzas europeas, que viviendo en medio de constantes agitaciones no ha perdido ni su vigor ni su fe. Se quiere conocer su historia, sus costumbres públicas, su vida íntima, sus virtudes y sus vicios; y por eso se devora todo cuanto extranjeros

ignorantes y apasionados cuentan en Europa, disfrazando sus mentiras con el ropaje seductor de la leyenda y de las impresiones de viaje. Corremos el peligro de que se nos crea tales como se nos pinta, si nosotros no tomamos el pincel y decimos al mundo: —*Así somos en Méjico*.

- Cultivar todos los géneros. Todo es accesible al genio mexicano.
- La reunión que asiste a las *veladas literarias* es el apostolado del porvenir. De ese santuario saldrán de nuevo otros profetas de civilización y de progreso, que acabarán la obra de sus predecesores² (Altamirano 1899, 360-361, 367-369).

Altamirano atribuyó a la novela un propósito congruente con la ideología nacional y la aprovechó como medio de propaganda para afirmar la conciencia y el orgullo, e ilustrar al pueblo. Para estos fines, Altamirano aglutinó la producción de los escritores mexicanos de su época de acuerdo con la temática más frecuentada en la factura de sus obras; los clasificó en autores de lo histórico, de lo social, del sentimiento y de las costumbres (Maciel 1984, 106, Oseguera de Chávez 1990, 89).

Si bien *Un idilio a través de la guerra* es una novela popular de comienzos del siglo XX, fue escrita por un autor cuya producción literaria está adscrita al último tercio de la centuria anterior y es producto tanto de los principios ideológicos de Altamirano, como de la novela por entregas o de folletín, aunque no se haya encontrado evidencia de su publicación anterior a 1923 bajo esta modalidad editorial. Eduardo Ruiz fue un autor de lo

² Un primer intento de crear una cultura oficial en México surgió con la Academia de San Juan de Letrán. Fundada en 1836, tuvo el mérito de democratizar los estudios literarios, contó con representantes de todas las escuelas y corrientes, creó los primeros ensayos de reuniones literarias y trató de mexicanizar la literatura, labor a la que contribuyeron todos sus miembros (Andrés Quintana Roo era el presidente, y también la integraban José María y Juan Lacunza, Manuel Tonia Ferrer, Guillermo Prieto, Ignacio Ramírez, Fernando Calderón, José Joaquín Pesado, Joaquín Navarro, Antonio Larrañaga, Eulalio M. Ortega). José Joaquín Pesado con *El Inquisidor de México*, Francisco Ortega con *Netzula*, Fernando Calderón con *Adela* y Guillermo Prieto con *El Insurgente*, se refirieron al pasado prehispánico, a los horrores de la Inquisición, a la condición degradante de los criollos y además mostraron costumbres de la época (Nava Perea 1948, 38-39).

histórico, lo social, del sentimiento y de las costumbres. En las siguientes páginas de este trabajo, en especial en los capítulos 1 y 2, demostraré estas afirmaciones.

Recordemos lo que Altamirano escribió en 1868 sobre la novela y su función social en los países civilizados y, a partir de ese entonces, en México:

La novela ocupa ya un lugar respetable en la literatura, y se siente su influencia en el progreso intelectual y moral de los pueblos modernos. [...] con este respecto no pueden disputarse a este género literario su inmensa utilidad y sus efectos benéficos en la instrucción de las masas. [...] la novela en Europa, dejando sus antiguos límites, ha invadido todos los terrenos y ha dado forma a todas las ideas y a todos los asuntos, haciéndose el mejor vehículo de propaganda (Altamirano 1899, 384-389).

En esta cita, Altamirano se refiere a la novela inscrita en la corriente del romanticismo social, la cual, de acuerdo a Adriana Sandoval, se ocupaba de problemas sociales, económicos e incluso políticos, y tenía fines reformadores, además de que con frecuencia planteaba soluciones. Los escritores que cultivaron este género novelístico, reconocían la importancia de factores externos como la educación, el medio ambiente en el que crecían y desarrollaban los individuos, y tenían fe en que el hombre era capaz de perfeccionarse. Asimismo, confiaban en que el futuro sería mejor, y ellos, deseaban contribuir con sus ideas para conseguir este objetivo. Por lo tanto, sus escritos tenían tintes utópicos y hacían especial hincapié en la necesidad de practicar valores cristianos originales, como el amor y la caridad. Los escritores decimonónicos, señala Sandoval, continuaron la concepción del siglo XVIII de instruir deleitando; pero para estos románticos sociales, la literatura se convirtió en un vehículo importante de educación, propuestas y consuelo (Sandoval 2003, 44).

De acuerdo a lo anterior, al momento histórico de México en 1868 y a la obra literaria de Ignacio Manuel Altamirano, podemos clasificarlo a él, y a sus seguidores, como un escritor romántico social de corte liberal que creía en el poder de la novela como un

medio reformador, propagandístico y educativo para la sociedad. Para muestra, la siguiente cita de Altamirano:

Es necesario buscar en el fondo de ella [de la novela] el hecho histórico, el estudio moral, la doctrina política, el estudio social, la predicación de un partido o de una secta religiosa: en fin, una intención profundamente filosófica y trascendental en las sociedades modernas (Altamirano, Revista literaria 1899, 370).

Ignacio Manuel Altamirano puso en práctica estas teorías en su obra literaria. En *Clemencia*, señala Brushwood (1998), Altamirano muestra su ideal de patriotismo (doctrina política) a través de un joven oficial que se sacrifica en aras de la honestidad y el amor (estudio moral). Altamirano utiliza dos personajes masculinos contrastantes, uno apuesto y el otro no, con el fin de evidenciar la superficialidad de la belleza (estudio filosófico). La trama se desarrolla en Guadalajara en la época de la Intervención Francesa (el hecho histórico). Altamirano proporciona un buen fondo: diferentes filiaciones políticas, la tendencia humana a ver lo que se quiere ver y la vida social de la ciudad (Brushwood 1998).

La navidad en las montañas (1871), o *Álbum de Navidad*, se desarrolla en la Guerra de Tres Años (hecho histórico), y en ella Altamirano expone cómo la iglesia y el gobierno liberal podrían cooperar por la auténtica reforma del país (doctrina política). En *Antonia* (1872) y *Beatriz* (1873), prevalece el mismo afán didáctico y semiautobiográfico.

En 1885 comenzó a escribir su principal novela, *El Zarco*, en medio de dificultades económicas. En 1887, el editor Santiago Ballezá dio a Altamirano un adelanto para que terminara de escribirla; pero, por un error de imprenta, la novela no sería publicada hasta 1901 en Barcelona. El personaje homónimo de esta novela es representado como un ladrón holgazán y vicioso, un parásito social que, junto con sus cómplices, incluyendo políticos

corruptos, despoja al pueblo de sus riquezas, siembra el terror entre los pobladores y debilita a la patria (Fernández Delgado 2006).

Por último, en su tercer artículo publicado en las *Revistas Literarias*, Altamirano afirma:

La novela es el libro de las masas. Quizás la novela está llamada a abrir el camino a las clases pobres para que lleguen a la altura de este círculo privilegiado y se confunda con él. Quizás la novela no es más que la iniciación del pueblo en los misterios de la civilización moderna, y la instrucción gradual que se le da para el sacerdocio del porvenir (Altamirano 1899, 396-397).

Entre los escritores mexicanos de la época que compartieron el propósito de Altamirano de hacer literatura, destaca Vicente Riva Palacio, quien fue militar, historiógrafo, crítico, diplomático, cuentista, poeta, polígrafo y novelista. Peleó en la guerra de intervención francesa y con su tropa cooperó para la caída de Maximiliano. Dedicado a los estudios históricos, buscó temas del pasado para sus novelas, poseía el archivo histórico de los siglos XVI y XVII, mismo que utilizó para la reconstrucción histórica. Cultiva la novela de ambiente colonial: *Monja y Casada*, *Virgen y Mártir* (1868); *Martín Garatuza* (1868), *Los piratas del Golfo* (1869), *Las dos emparedadas* (1869), *La vuelta de los muertos* (1870), *Memorias de un Impostor* (1872) y *Don Guillén de Lampart, Rey de México* (1872). En la novela *Calvario y Tabor*, de 1868, Riva Palacio plasma las vicisitudes que tuvieron que enfrentar los defensores de la República en Michoacán durante la Guerra de Intervención. Es también autor de varios cuentos, recopilados en la obra *Cuentos del general* (Sánchez Mármol 1902, 113, González Obregón 1889, 26, González Peña 2012, 308, Álvarez 1993, Sol 2014, 179).

Juan Antonio Mateos fue un novelista prolífico. Publicó *El Cerro de las Campanas* (1868), *El Sol de Mayo* (1868), *Sacerdote y Caudillo* (1869), *Los insurgentes* (1869), *Sor*

Angélica – Memorias de una Hermana de la Caridad (1875), reeditada con el título de *Sepulcros Blanqueados* (1902); *Memorias de un Guerrillero* (1897), *Sangre de Niños (Una página de Chapultepec)* (1901), y *La Majestad caída o la Revolución Mexicana* (1911). Las dos primeras novelas se basan en episodios de la Guerra de Intervención Francesa, las siguientes dos en sucesos de la Guerra de Independencia, la tercera ocurre durante la etapa dirigida por Miguel Hidalgo y la cuarta durante la campaña de Morelos; la quinta es una novela de costumbres que tiene lugar en tiempo de la expulsión de las Hermanas de la Caridad del país; la séptima es histórica y narra la batalla del 13 de septiembre de 1847 en el Castillo de Chapultepec; la última novela habla de la caída del régimen de Porfirio Díaz y los comienzos de la Revolución Mexicana (González Obregón 1889, 25, Sol 2014, 179).

Eligio Ancona, yucateco, escribió varias novelas, entre las que destacan: *La Mestiza*, y las novelas históricas *La cruz y la espada*, *El filibustero* y *Los mártires del Anáhuac* (Sánchez Mármol 1902, 115, González Obregón 1889, 30).

José Tomás de Cuéllar (1830-1894) debutó en el género novelístico con la obra histórica *El Pecado del Siglo*, en la que reproduce las costumbres de México al promediar el siglo XVIII; pero sería con *La Linterna Mágica*, serie de novelas costumbristas que incluye: *Ensalada de pollos*; *Historia de Chucho el Ninfo*; *Isolina la ex - Figuranta*; *Las jamonas*; *Las gentes que son así*; *Baile y Cochino*; *Los mariditos*; *Los fuereños*; *La Nochebuena*, donde Cuéllar realiza cuadros de costumbres con una fidelidad casi fotográfica de caracteres autóctonos, con un conocimiento hondo y sagaz del modo de ser del mexicano, ahonda en el retrato de vicios sociales, sus obras tienen un trasfondo moralista. Cuéllar también escribió, fuera de la serie antes referida, una novela que se llama *Gabriel el Cerrajero o las Hijas de mi Papá* (Gamboa 1914, Sánchez Mármol 1902, 116).

José María Roa Bárcena (1827-1908) fue poeta, prosista, traductor, crítico literario, historiador, novelista, cuentista y biógrafo. De ideología conservadora, en 1870 publicó en el periódico *La Cruz* por entregas *La Quinta Modelo*. En esta novela, Roa Bárcena bosqueja una serie de desgracias materiales y morales que vendrían en caso que la sociedad mexicana consintiera someterse al proceso de secularización impuesto por el presidente, en aras de la modernidad política y social importada de la ilustración europea (San José G. 1985, 67, Cortés Hernández 2012).

Durante el Porfiriato, la manifestación de la identidad mexicana en la literatura nacional fue evidente en las obras de los principales escritores de la época, como Emilio Rabasa (*La Bola* (1887), *La Gran Ciencia* (1887), *El Cuarto Poder* (1888), *La Guerra de Tres Años* y *La Moneda Falsa* (1888); José López-Portillo y Rojas (*La Parcela*, *Los Precursores*, *Fuertes y Débiles*, y *Novelas Cortas: El espejo y Nieves*); Rafael Delgado (*Angelina*, *La Calandria*, *Los Parientes Ricos* e *Historia Vulgar*); y Ángel de Campo (*Cosas Vistas*, *Ocios y Apuntes*, *Cartones*, *La Rumba*). Victoriano Salado Álvarez y Heriberto Frías (*Tomochic*) produjeron episodios nacionales que imitaron de Erckmann-Chatrion o de Benito Pérez Galdós. En el campo de la novela sentimental debe destacarse a Pablo Zayas Guarneros (1831-1902), autor de *Amor Sublime*; Pedro Castera escribió *Carmen* (1882), y José Rafael Guadalajara (1863-?), autor de *Amalia, páginas del primer amor*. Hacia 1895, la creación de novela costumbrista en México halló otros exponentes, herederos de José Tomás de Cuéllar, como Cayetano Rodríguez Beltrán, José P. Rivera y Manuel H. San Juan. Todos estos escritores se insertaron en el Realismo literario (Diez-Echarri y Roca Franquesa 1979, González Obregón 1889, Fernández Contreras 2001, López-Portillo y Rojas 1906, González Peña 2012).

En el último tercio del siglo XIX se cultivó la novela en México, no con el propósito de hacer una obra de arte con valores estéticos, sino para coadyuvar, en palabras de Julio Zárate:

[...] a la enseñanza de la historia propiamente dicha, siquiera sea estimulando el deseo y la afición hacia los más altos estudios, y siempre que, los lineamientos generales, en derredor de los cuales se agrupan las creaciones de la fantasía, sean respetados por el autor, conservándoles su carácter y tradición, rigurosamente históricos (Zárate 1923, IX).

Eduardo Ruiz fue testigo y rescató los recuerdos de la campaña del Ejército Republicano del Centro en Michoacán, incluyendo hechos históricos en *Un idilio a través de la guerra*, como el autor hace constar en el prólogo que escribió para su novela: “esta narración, tomada de apuntes informes que escribí en aquella época de constante agitación y de continuas alarmas...” (E. Ruiz, *Un idilio a través de la guerra* 1923, 2).

1.1.2. EDUARDO RUIZ: VIDA Y OBRA

Eduardo Ruiz Álvarez nació en Paracho, Michoacán, el 22 de mayo de 1839. Sus padres fueron Toribio Ruiz y Jacoba Álvarez. Tuvo dos hermanas: Cornelia y Librada. Ruiz cursó la primaria de 1848 a 1849 en Pátzcuaro, y de 1850 a 1851 la terminó en Uruapan. Don Toribio Ruiz era Prefecto de ese distrito y desarrolló gran actividad política como miembro del Partido Liberal, rodeándose de amigos con la misma ideología, como Melchor Ocampo y Santos Degollado (Hernández Cadenas 1998, Talavera Ibarra 1987, Torres 1894, Armenta López 1985).

Ruiz ingresó al Colegio de San Nicolás en 1852, ahí cursó la secundaria. Por su dedicación al estudio, Santos Degollado, regente de aquella institución, lo postuló a la beca de gracia que le otorgó el Gobernador Melchor Ocampo. El primer trabajo de Eduardo Ruiz como escritor fue en 1856, cuando era alumno del Colegio de San Nicolás, junto a Mariano de Jesús Torres comenzó a redactar manuscritos para una asociación que crearon para conmemorar el 16 de septiembre (Armenta López 1985, Torres 1894).

Durante la Revolución de Ayutla, Don Toribio fue nombrado Comandante Militar de Uruapan por Juan Álvarez. En ese tiempo, Eduardo Ruiz conoció a Ignacio Comonfort y otros caudillos, como Ghilardi, Arteaga, Pinzón, Zuloaga, Negrete, Huerta y Pueblita. Hacia 1857, Eduardo Ruiz empezó sus estudios en Derecho y obtuvo el grado de bachiller en Jurisprudencia. Durante la Guerra de Reforma, residió en Uruapan y conoció a Manuel Doblado, Ezequiel Montes, Pedro Ogazón, Ignacio Luis Vallarta y Miguel Contreras Medellín. En 1862, siendo pasante jurista, desempeñó el empleo de oficial redactor de la Secretaría del Congreso y fue colaborador y redactor de los periódicos *La Guerra* (1862) y *El Constitucional*, ocasionalmente durante la Guerra de Intervención Francesa.

En 1863, Eduardo Ruiz se tituló como Escribano Público y se alistó en un batallón de Michoacán, prestando sus servicios al Ejército Republicano del Centro como Coronel de Caballería cuando las fuerzas de la intervención francesa invadieron el Estado. Trabajó en el gobierno del Gral. Felipe Berriozábal, siendo designado para desempeñar varias comisiones de mayor interés y riesgo, entre las que sobresale una que llevó a cabo en Morelia de parte del general Arteaga. Siendo Uruapan la capital republicana de Michoacán, Eduardo Ruiz obtuvo el título de abogado en el Tribunal Superior de Justicia de esa ciudad en febrero de 1864, figurando entre sus réplicas los Magistrados Justo Mendoza (quien años después sería gobernador de Michoacán), Florencio Mercado (en ese entonces Procurador General) y Manuel Mercado (después Subsecretario de Gobernación).

Por esas fechas, Eduardo Ruiz se casó con Francisca Salgado. Con *Pachita*, como a él le gustaba llamarla, tuvo tres hijos: Eduardo de Jesús (n. 24 de diciembre de 1864), Josefina y María Dolores.

Más tarde, durante la Guerra de Intervención, y a las órdenes de Riva Palacio, Eduardo Ruiz fue Secretario Particular y Oficial Mayor de la Secretaría de Gobernación. Asimismo, fue Juez de Letras de los distritos de Uruapan, Huetamo y Apatzingán. En 1866, Riva Palacio es sustituido del cargo de Gobernador de Michoacán y General en Jefe del Ejército del Centro. Entonces, Riva Palacio pide una licencia y marcha al Estado de Guerrero. Eduardo Ruiz es también removido de su cargo y, al verlo enfermo, el licenciado Justo Mendoza le recomienda que viaje a la costa. Eduardo Ruiz parte en marzo de 1866 y se encuentra con Riva Palacio en la hacienda de *La Providencia*, propiedad del general Juan Álvarez, aquí conoció a Ignacio Manuel Altamirano. A su regreso a Michoacán, en mayo de ese mismo año, Ruiz se desempeñó como Auditor General del Ejército del Estado Mayor del General Nicolás de Régules, jefe del Ejército Republicano del Centro, cargo que

ocupó hasta el 18 de febrero de 1867, fecha en la que las fuerzas republicanas entraron en Morelia. En calidad de coronel de caballería, Eduardo Ruiz participó en el Sitio de Querétaro (Armenta López 1985, Godoy 1898, 47-48, Hernández Cadenas 1998, Paz 1888, 471, Pavia 1893, 85, Ruiz 1896, 25, Solís Chávez 2011, Talavera Ibarra 1987, Torres 1894).

Concluida la guerra, el gobernador Justo Mendoza lo nombra Secretario Particular y le encarga la redacción del Periódico Oficial de Michoacán. Sirvió en aquel puesto de 1867 a 1871. También Ruiz colaboró para los periódicos *El Constitucionalista* (periódico de Morelia, hasta octubre de 1868; y de nuevo en diciembre de 1870), *El Renacimiento* (1869) y *El Progresista* (periódico de Morelia, hasta octubre de 1871), e instaló en Morelia su bufete de abogados; primero, en la casa número 3 de la Calle de Cocheros, y después en los Bajos del Colegio de San Rafael, en el Portal Allende. Al finalizar junio de 1867, Ruiz fue nombrado Juez 1º suplente del Juzgado de Distrito, pero pronto renunciaría a este puesto, optando por ser Diputado al XIII Congreso del Estado, ocupando el cargo del 20 de noviembre de 1867 al 15 de septiembre de 1871. Asimismo, fue nombrado Fiscal militar del Estado en 1870. Al terminar su periodo de diputado, Ruiz se retiró a Uruapan por una temporada, dedicándose a atender las propiedades familiares y a la producción de la obra de teatro *El Despertar de un Pueblo*, drama en tres actos que representa la noche en que Miguel Hidalgo inició el movimiento de independencia en Dolores. Pronto sería elegido Diputado Federal suplente por el Distrito de Zinapécuaro para la XIV Legislatura, entrando en funciones a partir de noviembre de 1871 (El Federalista 1871, Hernández Cadenas 1998, La Iberia 1870, Torres 1894).

Durante la Presidencia de Sebastián Lerdo de Tejada, Eduardo Ruiz se desempeñó como Diputado al Distrito de Tancítaro en el Congreso de la Unión (1873-1875), formando

parte de la legislatura que elevó al rango de constitucionales las Leyes de Reforma, estableció el Senado, reglamentó las prácticas religiosas, prohibió las manifestaciones externas del culto católico romano y ordenó la expulsión de las Hermanas de la Caridad. En Michoacán se desató un levantamiento político-religioso. En una tentativa de contrarrestarlo, de febrero a mayo de 1875, Eduardo Ruiz, bajo el pseudónimo de *Perseo*, publicó en *El Siglo Diez y Nueve* un relato por entregas sobre el movimiento anticlerical en la prensa michoacana. Arremetió contra el diario *El Pensamiento Católico*, señalándolo como el agitador de las gavillas que en nombre y defensa de la religión y el clero actuaban por Michoacán (Pineda Soto 2003, 154-155).

A continuación, Eduardo Ruiz formó parte del XVII Congreso del Estado de Michoacán del 15 de septiembre de 1875 al 30 de noviembre de 1876. Ese año, fue profesor de literatura, derecho público y eclesiástico en el Colegio de San Nicolás y se integró a la Sociedad de Historia Natural de México. También sirvió como Asesor y Fiscal Militar, auxiliando las labores de la Secretaría del Cuartel General (*La Iberia* 1873, *La Revista Universal* 1876, Paz 1888, 472).

De igual manera, cabe mencionar que Eduardo Ruiz, influenciado por el manifiesto de Ignacio Manuel Altamirano, se afilió al Liceo Hidalgo³ desde mayo de 1872 y al Liceo Manuel Acuña de Morelia desde 1875. A la publicación de *El Despertar de un Pueblo*, le siguieron *Biografía de Carlos de Sigüenza y Góngora* (1874), a quien Ruiz coloca a la par

³ El Liceo Hidalgo fue una asociación literaria fundada en 1849. Sus principales promotores fueron: Francisco Zarco, hasta su muerte en 1869, e Ignacio Manuel Altamirano, quien se convirtió en mentor y guía de los nuevos escritores desde 1868 hasta su salida del país en 1889 para ejercer misiones diplomáticas. Otros miembros sobresalientes fueron: Guillermo Prieto, Luis G. Ortiz, Enrique de Olavarría y Ferrari, Ignacio Ramírez, Justo Sierra Méndez, José Tomás de Cuéllar, José María Roa Bárcena y Vicente Riva Palacio. Los temas más recurrentes en los textos de estos autores fueron: la época colonial, la guerra contra Estados Unidos y la intervención francesa, el santannismo, la didáctica de la moral y dramas pasionales (Colón Hernández 2009, 95).

de Isaac Newton; *Bosquejo Biográfico del Ciudadano Melchor Ocampo* (1875); y *Primeros conocimientos* (obra traducida del francés y publicada en Morelia en 1876).

Al triunfo de la revolución de Tuxtepec, Eduardo Ruiz se retira de la política y radica en Uruapan, en donde se dedica a la abogacía, a su huerta cafetalera “La Quinta” y a hacer producir un molino de trigo. También participó como orador en alguna festividad cívica. En este periodo, Ruiz enfrenta una crisis local de agricultores, comerciantes e industriales que no pueden producir sus mercancías, así como tragedias personales: el 7 de octubre de 1878 muere su padre, el 3 de septiembre de 1880, su madre; el 29 de marzo de 1881, el periódico *El Telégrafo* da el pésame a Eduardo Ruiz por la muerte de su esposa *Pachita* (El Telégrafo 1881).

En mayo de 1881, Eduardo Ruiz se traslada a la Ciudad de México por encargo del presidente Manuel González, quien le encargó una sección en el Departamento del cuerpo especial del Estado Mayor de la Secretaría de Guerra. El 17 de abril de 1882, contrae nupcias en el Sagrario Metropolitano con María Salomé Benítez, con quien tuvo un hijo llamado Daniel. Enseguida, Eduardo Ruiz fue nombrado Procurador General de la República, cargo que ocupó del 30 de mayo de 1882 a 1900, reeligiéndose en tres ocasiones, hasta que por acuerdo general del Congreso, se reorganizó la Corte y se estableció el Ministerio Público Federal. Fue Síndico primero en el Ayuntamiento de la Ciudad de México de 1882 a 1884. En un momento de crisis entre el gobierno y la Suprema Corte de Justicia, se le encomendó por algunos días la Prefectura del Distrito de Guadalupe Hidalgo, y en otro periodo, aunque corto, la secretaría de Gobierno del Distrito. También se desempeñó por muchos años como Profesor de Derecho Constitucional en la Escuela Nacional de Jurisprudencia de la Ciudad de México. El 2 de enero de 1891, fue nombrado socio honorario de la Sociedad de Geografía y Estadística (Torres 1894, Pavia 1893, 86, La

Patria 1891, Andrade 1940, Musacchio 1999, Solís Chávez 2011, Hernández Cadenas 1998, Talavera Ibarra 1985).

Eduardo Ruiz mantuvo prolífica actividad literaria mientras fue Procurador General de la República. Siguió colaborando con artículos para diversos periódicos, como *La República* (19 de junio - 23 de diciembre de 1881, 1882-1883, siendo director de la sección literaria), *El Nacional* (1882), *La Juventud Literaria* (1887), *La Escuela de Jurisprudencia*, *Revista de México* (1892), y *El Partido Liberal* (1888-1894). Moisés Guzmán Pérez afirma que la temática de los artículos era diversa: Ruiz escribía tanto de las tradiciones y costumbres de los antiguos michoacanos como de temas contemporáneos; de política y sociedad; de la riqueza de los pueblos o la biografía de algún personaje ilustre (Guzmán Pérez 1994).

En 1883, Eduardo Ruiz publicó en libro las biografías de Isaac Newton y Galileo Galilei, ambas traducciones del inglés; en 1885 vio la luz el libro *La Ciencia Política al alcance de los jóvenes*, traducción al español de la obra del norteamericano Charles Nordhoff. Tres años después, en 1888, publicó la obra de su autoría *Curso de Derecho Constitucional y Administrativo* en dos volúmenes, en el que explica a los alumnos de la Escuela Nacional de Jurisprudencia las garantías que la Constitución de 1857 les otorgaba y establece principios para regularizar la defensa de los derechos humanos. A partir de 1890, Ruiz organizó reuniones literarias en su casa de la Ciudad de México (Armenta López 1985, Hernández Cadenas 1998, Talavera Ibarra 1985, Talavera Ibarra 1987).

Don Toribio Ruiz, padre de nuestro autor, dedicó gran parte de su tiempo al estudio de la cultura tarasca, organizando reuniones en Paracho a las que asistían personas interesadas en cuestiones indígenas e inculcando en su pequeño hijo el amor por las antiguas tradiciones, costumbres, religión e idioma purépecha. La afición de Eduardo Ruiz

por la historia y cultura tarasca fructificó con la publicación del único *best-seller* michoacano: *Michoacán. Paisajes, tradiciones y leyendas*, publicado en dos volúmenes e ilustrado con litografías. El primero apareció en 1891 y el segundo en 1900 (Andrade 1940, Talavera Ibarra 1987, Armenta López 1985, Ruiz 2013).

En 1896 publicó *Historia de la Guerra de Intervención en Michoacán* (1896, aunque en su biografía de 1894, Mariano de Jesús Torres informa que Ruiz “en estos momentos acaba de publicar con aplauso público una obra interesantísima intitulada: “Historia de la Guerra de Intervención en Michoacán” que abraza el gran periodo corrido desde 1863 en que las tropas intervencionistas ocuparon la capital del Estado hasta Febrero de 1867 en que se retiraron de ella” (Torres 1894, 607, Cruzado 1905, 300).

Nuevas tragedias personales aquejarían a Eduardo Ruiz. En 1895 murió su hija María Dolores al dar a luz. Más tarde, se separó de su esposa Salomé, perdiendo la patria potestad de su hijo Daniel. En septiembre de 1899, Eduardo Ruiz se sintió enfermo y solicitó una licencia del cargo de Procurador General de la República para atenderse en Uruapan. El 20 de enero de 1900, su estado de salud se calificó como grave y se temió que padeciera pulmonía. A comienzos de marzo de 1900, *El Universal*, *La Patria* y *The Two Republics* reportaron que Eduardo Ruiz estaba gravemente enfermo y se dudaba de su recuperación. Semanas después, la prensa reportó su completo restablecimiento (La Patria 1900, The Mexican Herald 1899, The Two Republics 1900, Hernández Cadenas 1998).

Es en este momento cuando Eduardo Ruiz inicia la escritura de su única novela, *Un idilio a través de la guerra*, proceso que le ocuparía hasta 1902 y, debido a su repentina muerte, la obra se publicaría de manera póstuma hasta 1923.

El 11 de julio de 1900, Ruiz fue nombrado Séptimo Ministro de la Suprema Corte de Justicia de la Nación. Tomó protesta del cargo el 9 de octubre. El 22 de agosto de 1901,

Porfirio Díaz le concedió una pensión anual de 2,774 pesos por sus 35 años de servicios militares y su participación en la guerra contra el imperio. Además, por instrucciones del Presidente, se expidió su nombramiento como profesor titular en la Cátedra de Derecho Constitucional en la Escuela Nacional de Jurisprudencia (Hernández Cadenas 1998).

Eduardo Ruiz murió en Uruapan, a las diez de la noche del domingo 16 de noviembre de 1902. El deceso fue a causa de las heridas que sufrió al caer de un caballo en la casa de su amigo Francisco Camorlinga, quien había organizado una comida en su honor. En el obituario que *El Tiempo Ilustrado* publicó el 24 de noviembre de 1902, se afirma que Ruiz había estado padeciendo de algún tiempo atrás del pecho y los pulmones, y buscaba mejoría lejos de la Ciudad de México (El Tiempo Ilustrado 1902, Armenta López 1985, Hernández Cadenas 1998).

Además de *Un idilio a través de la guerra*, Eduardo Ruiz había compilado el *Álbum de Uruapan* con los poemas de los escritores uruapenses del siglo XIX y se publicó póstumamente en 1912. Dejó un escrito inconcluso, *Independencia o Muerte*. También escribió otras biografías breves y poesía lírica, destacan *El Café* y *Uruapan* (Armenta López 1985, Hernández Cadenas 1998, Musacchio 1999, Solís Chávez, Laura Eugenia 2011, Guzmán Pérez 1994).

La lista de la obra literaria de Eduardo Ruiz y sus ediciones puede consultarse en el Anexo 1 de este trabajo.

1.1.3. UN IDILIO A TRAVÉS DE LA GUERRA: ESBOZO HISTÓRICO – CRÍTICO

Un idilio a través de la guerra, primera y única novela completa de Eduardo Ruiz, se trata de una obra de madurez que el autor escribió después de la publicación de *Historia de la Guerra de Intervención en Michoacán* -que vio la luz en 1896-. Ruiz planeaba publicarla de inmediato, tal como sugiere Julio Zárate en su prólogo a *Un idilio a través de la guerra*:

Algún tiempo antes de su repentina y lamentable muerte [de Eduardo Ruiz], me indicó el deseo de que escribiera yo el prólogo de su novela *Un idilio a través de la guerra* [...] Obstáculos superiores a mi voluntad⁴ me impidieron llenarlo con la prontitud que correspondía a la amistad cordial e inalterable que me unió con el autor de la novela [...] (Zárate 1923, III).

Un idilio a través de la guerra, de Eduardo Ruiz, es una novela que adopta la forma de la prosa; es predominantemente histórica, pero adopta convenciones de la novela sentimental y la novela de costumbres para proveer al relato de mayor unidad e interés para los lectores. Para su composición, Eduardo Ruiz no limitó su documentación histórica en simples “apuntes informes”. Años atrás, Ruiz había realizado una investigación más extensa y rigurosa para dar forma a *Historia de la Guerra de Intervención en Michoacán*. El mismo autor hace recuento de su titánica labor en la introducción a dicha obra:

Penosa ha sido mi tarea al reunir elementos para llevar a cabo mi labor, y la detallaré para que sea conocida de quienes lean este libro.

En aquella época, el continuo batallar hizo imposible que se conservasen de nuestra parte las colecciones de periódicos, los documentos oficiales, la correspondencia particular de los jefes. Los archivos públicos eran incendiados por las guerrillas de bandoleros que militaban en uno u otro partido. [...] Sólo Riva Palacio posee aún la mayor parte de las cartas que en aquel momento le fueron dirigidas. [...] Por mera casualidad conservé algunos carnets, mío uno y dos de otras personas, verdaderos apuntes de lo que pasó en aquella

⁴ A la muerte de Eduardo Ruiz (1902), Julio Zárate (1844-1917) era Ministro de la Suprema Corte de Justicia; por lo tanto, Ruiz y Zárate, además de amigos cercanos, eran compañeros de empleo.

época, sin orden cronológico, ni método, ni objeto preconcebido de que pudiesen servir más tarde.

Para cubrir las deficiencias, he ocurrido con empeño a varias de las personas que tuvieron participación en la lucha o que presenciaron algunos de sus acontecimientos: algunas no se tomaron la molestia de contestar mis cartas; otras sólo conservan recuerdos vagos y a veces contradictorios, y otras que todavía los guardan frescos me han proporcionado un contingente valioso.

Solicité una vez del Gobierno de Michoacán que librase orden a los prefectos de los distritos para que recabaran informes, consultando a los vecinos que pudiesen ministrarlos. La idea fue acogida favorablemente y se puso en planta desde luego, pero el Ejecutivo de aquel Estado juzgó que mejor que enviarme aquellos datos que hubieran sido más útiles, unidos a los que ya tenía yo en mi poder, podrían servirle para dar interés a una de sus Memorias leídas ante la Legislatura. Así se hizo, y en un extracto muy diminuto y sin un concienzudo examen de aquel material, se incluyeron en la Memoria de 1890. Contiene ésta muchas noticias interesantes; pero nada extraño me pareció que, apenas publicada, diera motivo a numerosas rectificaciones, entre las cuales son de mencionarse preferentemente las que escribió el señor D. Jesús Rubio, antiguo oficial de filas del Ejército del Centro, y que en una época desempeñó el encargo de Oficial Mayor de la Secretaría de Gobierno, siendo Gobernador de Michoacán el general D. Vicente Riva Palacio.

La misma mención debe hacerse de las que publicó el periódico La Municipalidad de Pátzcuaro, del que fue director D. Rafael Chávez Carrillo, empleado de la Comisaría General del Ejército en la época de la campaña. Algunos otros periódicos de Morelia, tales como La Libertad, de tiempo en tiempo han dado a luz efemérides o artículos de importancia, que me han sido de grande utilidad.

Entre los informes privados relativos a estos sucesos, debo hacer mención de los que me fueron ministrados por D. Federico Bravo, agente en el ramo de hacienda en el Ejército Republicano, y cuya asombrosa y fiel memoria ha venido muchas veces en mi ayuda.

Así es como he ido formando un acopio, que si no puede considerarse completo, es comprensivo de los sucesos más notables, y no carece de detalles curiosos y a veces romancescos.

A este caudal deben agregarse mis propios recuerdos, como testigo no de pocos de aquellos acontecimientos, que presencié, primero de simple particular, luego en el tiempo en que fui secretario del general Riva Palacio y más tarde Auditor de Guerra en el Estado Mayor del general D. Nicolás de Régules (E. Ruiz 1896, VI-IX).

Manuel Tuñón de Lara (1979) señala que debemos tener en cuenta que los textos literarios no son en realidad sino fragmentos de memorias y testimonios integrados por el autor en un conjunto literario (Tuñón de Lara 1979, 35). Esto es precisamente *Un idilio a través de la guerra*, fragmentos de memorias y testimonios integrados por Eduardo Ruiz en un relato de ficción que parte del mismo trasfondo histórico de *Historia de la Guerra de*

Intervención en Michoacán y se centra, como ha quedado manifiesto, en los acontecimientos que Ruiz testificó o le fueron referidos por informantes diversos.

Con *Un idilio a través de la Guerra*, Ruiz continua su compromiso político y social de escribir estas historias regionales del Estado de Michoacán durante la Guerra de Intervención Francesa, de la cual Eduardo Ruiz da cuenta en la introducción a *Historia de la Guerra de Intervención en Michoacán*:

[...] siento como un deber de patriotismo no dejar que se extingan en el olvido los hechos gloriosos del ejército republicano que peleó en Michoacán por la independencia nacional. Quiero escribir estos recuerdos para que sirvan de ejemplo a los jóvenes que nos siguen en la carrera de la vida y para que éstos depositen en el altar de la patria las flores de la gratitud hacia aquellos hombres que murieron, llenos de fe en la libertad de los demás, comprada a precio de la sangre vertida en los campos de batalla o en la amarga soledad del patíbulo (E. Ruiz 1896, VI).

[...] se han relegado al olvido muchas acciones heroicas de nuestras fuerzas, que se hayan arrebatado a los jefes republicanos glorias legítimas, para atribuir las a sus contrarios, y que aun el mismo Ejército del Centro no haya sido juzgado hasta hoy con el criterio que merecen sus timbres de honor y patriotismo. Ni se conocen los sacrificios de los michoacanos, ni cuánto sufrió aquel noble Estado, ni sus grandes méritos durante aquella guerra [...] (E. Ruiz 1896, IX).

Lo que diferencia a *Un idilio a través de la Guerra* de *Historia de la Guerra de Intervención en Michoacán* es que la composición de la novela obedeció al propósito de ser accesible a un segmento más amplio de la población mexicana: a las masas.

Un idilio a través de la guerra es, en palabras de Julio Zárate, una “obra fecunda, porque dignifica lo que es eternamente bueno y fecundo: el patriotismo”. Libro que debe recibirse con plácemes, como todo lo que es sano y benéfico, y libro en que la abnegación, el sacrificio, el ideal de justicia se ensalzan y abrigantan...” (Zárate 1923, XII). Precisamente son los valores del patriotismo, abnegación, sacrificio y el ideal de justicia, los que Eduardo Ruiz pretendió inculcar en la población en general con esta novela. Se trata, en esencia, de una obra didáctica.

La edición príncipe de *Un idilio a través de la guerra*, de Eduardo Ruiz, fue publicada de manera póstuma en 1923 por la Librería de la Vda. de Ch. Bouret de la Ciudad de México, con sede en París. La hija del autor, Josefina Ruiz, promovió su publicación como un homenaje a su padre. Incluye el prólogo de Julio Zárate, escrito en julio de 1904, y una introducción que Eduardo Ruiz escribió para su obra. La extensión de la novela es de 392 páginas y trae índice al final (E. Ruiz 1923).

Cuarenta años después, en 1963, la Editora Nacional publicó una edición facsimilar íntegra de *Un Idilio a través de la Guerra*: Cuenta con las mismas 392 páginas, prólogo de Julio Zárate, introducción de Eduardo Ruiz e índice al término de la obra. Los únicos elementos distintos son la portada y contraportada (E. Ruiz 1963).

En 1981, *Un Idilio a través de la Guerra* formó parte de la colección *Novelas Mexicanas Ilustradas*, editada por la Secretaría de Educación Pública y el Grupo Sayrols. La adaptación de la obra corrió a cargo de Rolando Diez e ilustraciones de Ventura Cruz (E. Ruiz 1981).

La novela volvería a imprimirse en 1987, como parte de un compendio de Obras Completas de Eduardo Ruiz. La edición fue de dos mil ejemplares. Se incluyó en el volumen III, de la página 61 a la 251. Además de esta obra, se compiló en este volumen la biografía de Eduardo Ruiz, escrita por Pedro Leonardo Talavera Ibarra, y *Álbum de Uruapan*. Talavera Ibarra también escribió una introducción de cuatro páginas sobre *Un idilio a través de la guerra*, a manera de introducción. Se eliminó el prólogo de Julio Zárate y la introducción de Eduardo Ruiz. Balsal Editores fue la encargada de esta reedición (E. Ruiz 1987).

En 1990, el periodista Severo Mirón sintetizó el contenido de *Un idilio a través de la guerra* en el tomo 52 de su colección *Platícame un libro*, de 44 páginas, en un formato

de 21x14 cm., publicada por la editorial Limusa. Junto a la novela de Ruiz, Mirón también resumió *Robinson Crusoe*, de Daniel Defoe; *Los héroes*, de Thomas Carlyle; *Noches florentinas*, de Heinrich Heine; *Hacia un teatro pobre*, de Jerzy Grotowsky; *El romance de la Vía Láctea*, de Lafcadio Hearn; *El hombre y la técnica*, de Oswald Spengler; *El señor de palo*, de Efrén Hernández; *70,000 contra 1*, de Quentin Reynolds; y *Ficciones*, de Jorge Luis Borges (Noriega 2007, Ediciones Técnicas Paraguayas, S.R.L. n.d.).

El 30 de noviembre de 2015, la Secretaría de Cultura Federal publicó en formato *ePub* la novela, identificándola erróneamente con el nombre de “Un idilio”. Se puede descargar de manera gratuita en las aplicaciones iBooks, para dispositivos como iPad, iPhone y Mac; y por iTunes, para computadoras con Sistema Operativo Windows. La versión digitalizada es la de 1923 (E. Ruiz 2015).

Teniendo en cuenta que las ediciones de 1923 y la de 1987 presentan diferencias considerables entre sí, la de 1981 está resumida e ilustrada a manera de historieta, y la publicación de 1963 es facsimilar, he decidido trabajar con la príncipe de 1923, la cual adquirí en físico por Internet en abril de 2014, por medio de una tienda de antigüedades de Barcelona que me la vendió por tres mil pesos.

Las imágenes de las portadas de las ediciones de Un Idilio a través de la Guerra, de Eduardo Ruiz, pueden consultarse en el Anexo 2 de este trabajo.

1.1.4. UN IDILIO A TRAVÉS DE LA GUERRA: CORRIENTES LITERARIAS

Para terminar con este apartado, mencionaré la corriente literaria a la que *Un idilio a través de la guerra* se afilia: novela realista con rasgos románticos.

1.1.4.1. Rasgos realistas

El realismo en la literatura es una tendencia que tiene la finalidad de reflejar objetiva y verazmente la vida diaria, mediante la subordinación del estilo a lo narrado y de todos los elementos del contenido a las condiciones de la realidad (Chorén, Goicoechea y Rull 1990, Chávez Calderón y Oseguera Mejía 1993, Montes de Oca 1993, Ambrocio Barrueto y De la Cruz Mendoza 2008, 7).

Esta corriente se vio impactada por las conquistas de la ciencia en casi todas las áreas, incluyendo la psicología y la sociología. En el siglo XIX se pensaba que la ciencia debía explicarlo y esclarecerlo todo. La literatura adoptó el método científico, aplicándose también ella a la realidad para coleccionar hechos y fotografiarlos para el público; por lo tanto, realizar investigaciones y buscar documentos se convirtieron en tareas del novelista (Montes de Oca 1993, Ambrocio Barrueto y De la Cruz Mendoza 2008, 7).

Las filosofías que más aportaron al realismo de aquella época fueron el krausismo, el positivismo, las teorías de la herencia biológica y la teoría de la evolución de las especies de Charles Darwin. El krausismo propugnaba una filosofía práctica, racionalista, que hacía hincapié en el carácter ético de la conducta individual, en la perfección del hombre y en la

evolución de la sociedad. El positivismo sólo admitía los conocimientos fundamentados en la experimentación, y para esto se basaba en la aportación de las ciencias exactas y naturales. Para comprender y explicar la realidad, el hombre sólo tiene los hechos concretos que debe estudiar a través del conocimiento científico: éste inicia observando el entorno, para continuar con el análisis de esa realidad y para que el estudio tenga validez científica se debe someter a los métodos de experimentación y comprobación (Ambrocio Barrueto y De la Cruz Mendoza 2008, 7, Fernández Contreras 2001).

El género literario más cultivado por el realismo fue la novela, la cual desarrolló dos tendencias: novela social, donde se trazan amplios frescos de la sociedad de la época (Balzac, Dickens, Galdós), y la novela psicológica, en donde se analizan los temperamentos y motivaciones de los personajes (Dostoievski, Flaubert) (Chorén, Goicoechea y Rull 1990).

El realismo estuvo favorecido tanto por aspectos políticos, económicos y sociales, como por aspectos ideológicos y culturales. En la segunda mitad del siglo XIX, los gobiernos progresistas consagraron derechos democráticos e impulsaron reformas. Fue entonces el tiempo en que se consolidó el Estado liberal y la burguesía, y se desarrollaron las organizaciones obreras. *Un idilio a través de la guerra* da cuenta de las conquistas sociales y progresistas de la época, en una lucha crucial para que se consolidara el liberalismo en México, las leyes de reforma y se reafirmara la independencia frente al exterior.

El escritor realista siempre tuvo un propósito social y/o moral; en él había intereses en poner al descubierto las lacras sociales y las miserias humanas, en mostrar el origen de las conductas nobles o deleznable de las personas, tratando de orientar al lector (Chorén, Goicoechea y Rull 1990). Hemos visto que Eduardo Ruiz fue un escritor con arraigado

compromiso social, preocupado por conservar la historia y tradiciones de Michoacán, pero también se interesó por ensalzar el espíritu del patriotismo, la moral y las buenas costumbres entre la población, por eso las polaridades que hallamos entre Don Manuel Valencia y Don Magdaleno del Río, personajes adversarios en *Un idilio a través de la guerra*, o entre los chinacos (republicanos) y los contraguerrilleros (imperialistas).

El Realismo surge en Francia hacia 1830 con autores como Balzac y Stendhal, se desarrolla con Flaubert y se extiende por las literaturas europeas y de América hasta finales del siglo XIX (Fernández Contreras 2001, Ambrocio Barrueto y De la Cruz Mendoza 2008, 7). Comparado con los países del Viejo Continente, el realismo literario llegó tarde a México y estuvo en apogeo durante el Porfiriato (de 1880 a 1910). Los escritores realistas extranjeros (Balzac, los hermanos Goncourt, Benito Pérez Galdós, José María de Pereda, Charles Dickens) fueron muy leídos e imitados por nuestros compatriotas, quienes vieron en ellos modelos a seguir, tanto en los temas como en los nuevos tratamientos de la realidad contemporánea (Chorén, Goicoechea y Rull 1990).

Un Idilio a través de la guerra es una novela realista de carácter social porque trata temas variados: política, guerra, sociedad contemporánea, la vida en el campo, el tenso ambiente de la cárcel en Morelia, las fiestas, el tianguis dominical en la Huacana, entre otros; de la manera más apegada posible a la realidad de la época en la que sucedieron los acontecimientos históricos; tiene especial interés en desvelar las lacras sociales y la injusticia de la intervención extranjera en los asuntos nacionales, sobre todo los abusos de los “traidores a la patria”; y se esfuerza por reflejar la vida diaria del modo más objetivo posible. Además, fue escrita durante el Porfiriato (de 1900 a 1902), perteneciendo al periodo en que el realismo literario estuvo de moda en nuestro país.

A continuación enuncio las características fundamentales de esta corriente literaria, de acuerdo a autores como Chorén, Goicoechea y Rull (1990), Montes de Oca (1993), Ambrocio Barrueto y De la Cruz Mendoza (2008), y las comparo con el contenido de *Un idilio a través de la guerra*:

- a) Abunda en descripciones para transmitir al lector todo lo que se refiere al ambiente (costumbres, regiones, vestidos) y los antecedentes y caracteres de los personajes.

Gran conocedor de la geografía michoacana y sus habitantes, Eduardo Ruiz se esforzó por desarrollar el costumbrismo en su relato para ambientar la trama, haciendo uso de abundantes descripciones de la región en donde está el rancho Puruantzítiro, las áreas que componen esta propiedad, las costumbres de la región, como una boda tradicional en Churumuco, la fiesta de recepción y el entretenimiento, la vestimenta de las mujeres para diferentes ocasiones y la ropa de campo de los varones, los remedios caseros para curar las fiebres o las heridas, las labores domésticas de doña Tránsito y Florencia, las faenas agrestes, el pasado de don Manuel y cómo tuvo que robarse a Tránsito para poder casarse con ella, las costumbres de la familia de pescadores en la Ensenada del Potosí, la geografía de la tierra caliente michoacana y de la costa grande de Guerrero; así como también profundiza en los antecedentes y caracteres de los personajes principales; atendiendo hasta el mínimo detalle. El lenguaje en esta novela expresa la realidad con exactitud, sus diálogos tienen color local, son vivos y definen a los personajes.

A manera de ejemplo, incluyo un fragmento del capítulo VIII de la Parte Tercera de la novela, en donde el narrador describe a la madre de la familia Olivar, unos pescadores que Isidro y la familia de don Manuel conocen en la ensenada del Potosí durante sus vacaciones en la costa grande de Guerrero:

De aquella familia, quien especialmente llamó la atención de nuestros viajeros, fue la joven madre. ¡Qué hermosa! ¡qué esbelto su talle, qué negros sus ojos, circundados de oscuras ojeras y velados por sedosas pestañas, qué abundante y espesa la cabellera, qué turgentes las formas, qué limpia, qué satinada la color morena! (E. Ruiz 1923, 242).

- b) El escritor se centra en la realidad más próxima, la sociedad contemporánea en la que vive. Atiende hasta el mínimo detalle, tiene el espíritu de imitación fotográfica.

Como pudimos ver previamente en la biografía de Eduardo Ruiz, el autor no sólo vivió en la época en que se ambienta su novela, sino que combatió para el Ejército Republicano del Centro, conoció personalmente a los personajes históricos que intervienen en las acciones como personajes históricos, sobre todo al general Vicente Riva Palacio, y por las mismas fechas recorrió el mismo itinerario que los personajes de *Un idilio a través de la guerra*. Recordemos el viaje que Ruiz realizó en marzo de 1866 a la hacienda *La Providencia*, del Gral. Juan Álvarez. Asimismo, reproduce las tradiciones con imitación fotográfica.

- c) Los métodos más utilizados por los autores realistas son la observación directa, la toma de apuntes y una documentación rigurosa.

Como quedó demostrado páginas atrás, Eduardo Ruiz realizó una investigación histórica rigurosa en la que reunió algunos apuntes, tanto personales sobre los hechos que él presencié, como de otros jefes militares, recopiló notas periodísticas e informes de los municipios michoacanos y entrevistó veteranos de la guerra, aplicando el método científico y el modelo positivista, la base de la educación en México a finales del siglo XIX.

- d) Trata temas variados: política, trabajo, la vida de los barrios bajos y la vida burguesa.

Un idilio a través de la guerra trata, ya sea en primero o en segundo plano, de muchos temas culturales de la sociedad de la época. Aunque predominan los temas de política, guerra y trabajo en el campo, encontramos momentos, como el que se incluye en el capítulo V de la Parte II, en que Isidro y don Manuel platican de libros en la biblioteca del rancho Puruantzítiro:

—[Don Manuel] [...] el Virgilio me ha servido mucho para mis trabajos de campo. Todavía encuentro lecciones provechosas en su bello e inimitable poema de las *Geórgicas*.

—[Isidro Abad] ¿Y el Ovidio?

—[Don Manuel] ¡Cuántas veces, en mis ratos de descanso me deleitan esos versos dulcísimos, la prodigiosa imaginación del autor y su profundo estudio del paganismo, de esa religión que duró miles de años porque halagaba las pasiones del cuerpo humano y que ha sido substituida por el cristianismo que despierta las más nobles pasiones del espíritu (E. Ruiz 1923, 147).

- e) El estilo suele ser natural y la lengua se adapta a la situación y condición de vida de los personajes, ya sea culto, coloquial o vulgar; o de giros regionales.

Tula es un personaje cuyo lenguaje nos muestra cómo es su salud mental, condición social, el color de la región en la que vive y el resentimiento hacia sus patrones. Escuchémosla en una escena del Capítulo XVI de la Parte Primera, en la que ella está deshecha en llanto en su jacal, está embarazada, y le cuenta a Florencia su deseo de ya no vivir en Puruantzítiro cuando sea madre (los paréntesis son míos):

—[Florencia] Ese es un capricho, Tula, ¿en dónde podrías estar mejor que aquí? Y, además, ningún motivo tienes para alejarte de nosotros.

—¿Cómo no? Y mucho que lo tengo —contestó Tula lanzando furtivamente una mirada de odio a la joven.

—Pero, Tula...

—De veras, mi alma; aquí nadie nos quiere.

—[Florencia] No digas eso, al contrario; tú y Pedro son los consentidos de la casa.

—[Tula] ¡Malhaya! ¿Y la desconfianza que le tienen a mi hombre?

—También en eso te equivocas, y para que te convenzas, venía a decirte, de acuerdo con mis padres, que si gustas, yo seré la madrina de tu hijo.

Tula se sonrió, quién sabe si de satisfacción o de ironía, y dijo:

—Dios se lo pague, amita; siempre ha sido usted muy buena. ¿Cómo no hemos de querer? Siendo nuestra comadre, será usted una cosa sagrada para nosotros. Pedro la respetará más. Pero no lo crea; ya ve que el amo don Manuel le ha prestado sus fusiles a todos los peones, menos a Pedro. Es porque le desconfían. ¡Como si él no supiera también matar venados y todo lo que se ofrezca! (E. Ruiz 1923, 91-92).

- f) El Realismo es impersonal, suele utilizar el narrador en tercera persona. El escritor, en contraste con el subjetivismo romántico, suprime su "yo" de todo lo que escribe y se mantiene impasible ante la realidad que copia. Es exacto: no anticipa nada que no pueda ser probado, todos los epítetos están calculados y los sentimientos son sometidos a análisis. Describe minuciosamente. Posee el culto de la forma: el lenguaje debe expresar la realidad con exactitud; los diálogos son vivos, coloquiales, y sirven para definir a los personajes.

El punto de vista utilizado en *Un idilio a través de la guerra* para narrar los acontecimientos no coincide con esta característica del realismo, acercándolo más bien a las prácticas del romanticismo. En la novela de Ruiz encontramos a un narrador testigo, un soldado republicano que es amigo íntimo del protagonista y refiere lo que Isidro le ha contado, ya sea oralmente o por medio de cartas, y lo que él mismo presencia.

Aunque el realismo se opuso al movimiento romántico, se desarrolló a partir de él. El interés del escritor se desplazó de lo pintoresco a lo cotidiano, y se dejó de lado la evocación del pasado para interesarse en el presente. El escritor realista desarrolló el costumbrismo, tema muy grato a los románticos liberales, y lo llevó a sus últimas consecuencias (Chorén, Goicoechea y Rull 1990).

Sin embargo, en la novela mexicana realista fue común que los principios dictados en Europa no se siguieran. Álvarez (1993) y Fernández Contreras (2001) afirman que los autores realistas mexicanos buscaron, y hallaron en el campo, el escenario adecuado para

sus novelas y un tipo digno de expresión de la realidad nacional: el charro surge en la literatura mexicana, el campesino se convierte en soldado y en jinete. El personaje solía ser generoso o cruel, desprendido o avaro, jugador de naipes y gallero, libertador o azote de una región, amado y/o temido. La trama argumental de la novela realista mexicana parte de la romántica, pero con una diferencia de enfoque. Mientras que en la novela romántica los amantes se ven separados por fuerzas sobrehumanas, en la novela realista son las fuerzas sociales corrompidas las que los destruyen: la diferencia de clase, el dinero. También toma como tema al indio, exponiendo su posición degradada en la sociedad (Álvarez 1993, Fernández Contreras 2001).

Vemos, en efecto, que el campo michoacano es el escenario adecuado para *Un Idilio a través de la guerra*. El rancho de Puruantzítiro, un edén en medio de la Tierra Caliente michoacana, un paraje oculto en donde el protagonista, Isidro Abad, encuentra al amor de su vida, Florencia. Asimismo, encontramos a campesinos que por la amenaza de guerra pueden convertirse en soldados, cazadores y jinetes; destaca la figura de Don Manuel, el dueño de la hacienda y padre del interés romántico del protagonista, quien debe defender sus tierras de la ambición del antagonista y enseñar a disparar a sus sirvientes. Son los antivalores de Magdaleno del Río, su codicia por los bienes ajenos, su deshonestidad y la corrupción de los traidores mexicanos partidarios del Imperio con quienes éste acaba adhiriéndose, las fuerzas negativas que rompen la armonía de la novela y amenazan la felicidad de los jóvenes amantes. Mientras haya guerra, tanto de intervención como entre rancheros, este idilio no podrá consumarse.

A propósito de la transición entre romanticismo y realismo, Luis G. Urbina observa:

Un gran pensador —probablemente el más alto de nuestros pensadores— afirma que toda nuestra literatura poética, desde 1830, es romántica. La forma de las obras realistas — dice en 1895— es la que ha influido sobre nosotros, no la tendencia, el espíritu no, o muy

poco: románticos hemos sido y seremos largo tiempo, a pesar de las transformaciones que sufren las escuelas de nuestros maestros de Ultramar (Urbina 1917, 143-144).

Tuñón de Lara aclara la cuestión del “atraso” o falta de adecuación a las tendencias del exterior relacionándola con la historia de las mentalidades. Menciona que la mentalidad viene condicionada, más que por la vida cotidiana coetánea, por aquella de decenios anteriores (y a veces más); pero a su vez se expresa en gestos de la vida cotidiana (Tuñón de Lara 1979, 203-204).

1.1.4.2. Rasgos románticos

Aunque podamos decir que *Un idilio a través de la guerra* presenta una marcada influencia realista por la forma y el método con los que fue escrita, presenta rasgos románticos de “espíritu”, los cuales develaremos después de dar un breve contexto al romanticismo europeo y el mexicano.

El Romanticismo fue un movimiento cultural y político que surgió a finales del siglo XVIII en Alemania e Inglaterra, y tuvo su apogeo en Europa durante la primera mitad del XIX. Es “un estado sentimental”, una rebelión del individuo ante la sociedad y pugna por la personalidad libre del escritor ante las reglas culturales y artísticas establecidas. Es un fenómeno que comulga con los ideales burgueses y pretende ser una concepción íntegra de la vida; no sólo es un fenómeno artístico, sino metafísico (Chorén, Goicoechea y Rull 1990, Heath y Boreham 1999, 162, Kaufman 1936, Vela 1990).

Hubo dos tipos de romanticismo, según la postura ideológica de cada artista: tradicional y liberal. Los románticos tradicionales estuvieron a favor de valores como la

religión, la monarquía y la patria. Profesaron culto a lo histórico y lo arqueológico; se interesaron en el pasado como una evocación o una leyenda. Apelando a la Edad Media, tanto cristiana como islámica, con castillos, guerreros y damas enamoradas; en las literaturas en lenguas romances de la misma época; en el Renacimiento y el Oriente, en los cantos épicos, baladas y leyendas cristianas y caballerescas; satisficieron su gusto por lo remoto y exótico; pero su visión de la realidad estaba alterada. El culto a los sentimientos se compendia en amor, religión, paisaje y patria. Destacaron autores como Walter Scott, en Gran Bretaña; Chateaubriand, en Francia; y el Duque de Rivas, en España. El romanticismo liberal, en cambio, pugnaba por la libertad en toda la extensión de la palabra. En esta corriente destacaron Lord Byron, en Gran Bretaña; Victor Hugo, en Francia; y Mariano José de Larra, en España (Chorén, Goicoechea and Rull 1990, Millares Carlo 1975, Montes de Oca 1993, Vela 1990, Álvarez 1993, Diez-Echarri y Roca Franquesa 1979).

Cecilia Colón Hernández señala que, en México, la lucha por la independencia dejó un vacío de identidad entre la gente, que no se sentía identificada con lo indígena, pero tampoco con lo español, que arrastraban como un estigma de colonización. Lo único que consideraban un motivo literario auténticamente mexicano eran el paisaje y las costumbres (Colón Hernández 2009, 26).

La búsqueda de la identidad nacional fue constante entre muchos escritores y políticos mexicanos del siglo XIX, quienes estaban conscientes de que mientras este sentido de pertenencia colectiva a un mismo lugar no se encontrara, sería imposible unificar al país (Colón Hernández 2009, 97, Illades Aguilar 2003, 17).

Las preguntas del nacionalismo mexicano del siglo XIX, de acuerdo a Vittoria Borsò, fueron: cómo construir el país, qué elementos conforman la identidad mexicana, cuál es el significado de la independencia nacional, cómo acabar con la discordia y los conflictos internos, qué hacer para formar a los ciudadanos, cuáles son los instrumentos para que arraiguen los valores republicanos. El Romanticismo, más allá de su estética, originalidad o pureza, fue el telón de fondo sobre el que se forjó la producción de un imaginario que, como en el caso de las naciones europeas, contribuyó a la invención de la nación mexicana (Borsò 2010, 228).

El Romanticismo llegó a México alrededor de 1830, con fuentes de inspiración francesa en su mayoría, a excepción de Lord Byron, y después se vería influenciado por su variante española, a través de Espronceda y el Duque de Rivas, en la lírica, y de García Gutiérrez en el teatro. El romanticismo fue cultivado en la poesía, el drama y la novela. Los dos primeros representantes del romanticismo mexicano fueron Fernando Calderón e Ignacio Rodríguez Galván, en cuyas obras ya destacaban los temas amorosos, patrióticos y religiosos, con tonos de gloria y tristeza, y una ideología liberal. Los sucedió Guillermo Prieto, *Fidel*, quien de ser un poeta grandilocuente y sonoro, un poco artificial, se convertiría durante los años de lucha en el poeta nacionalista popular. Como prosista, destacan sus cuadros de corte costumbrista y pintoresco. Además de los poetas románticos mencionados, tenemos a Juan Valle, Isabel Prieto de Landázari, poeta y dramaturga; Marcos Arroniz, representante del ultra-romanticismo; Juan Díaz Covarrubias, Pantaleón Tovar y José María Esteva, quien escribió sobre las costumbres de Veracruz.

La novela romántica surge en México con Fernando Orozco y Berra, y *La guerra de treinta años*, publicada en 1850. Años más tarde, aparece Juan Díaz Covarrubias, uno de los Mártires de Tacubaya. Florencio M. del Castillo, ardiente liberal que luchó por los

principios reformistas, cultivó la novela corta y el cuento, trató tanto los amoríos sentimentales como las pasiones humanas en numerosos conflictos. Asimismo, destacaron Justo Sierra O'Reilly, Eligio Ancona, Aurelio L. Gallardo, José Ramírez y José Rivera y Río. El romanticismo en México culmina entre las décadas de 1870 y 1880 con Manuel Acuña, Manuel M. Flores y José Rosas Moreno (Kaufman 1936, 9-11, 16-28, 37-80).

Retomando nuestro análisis de corrientes literarias, además de ser una novela realista, *Un idilio a través de la guerra* también presenta algunas características de la corriente romántica, las cuales enuncio y ejemplifico a continuación:

- a) El protagonista romántico es sencillo, no pertenece a la aristocracia ni tiene abolengo. El héroe es más humano, tiene defectos, pero tiene la gran cualidad de luchar por un ideal y sacrificarse para conseguirlo. Esto provocó que el lector se identificara con él, ya que lo sentía cercano y sufría o gozaba junto al personaje las vicisitudes de la historia (Colón Hernández 2009, 9).

Isidro Abad no es un personaje aristocrático, ni tiene abolengo, ni se obsesiona por pertenecer a la alta sociedad. Es un personaje de clase media, originario de Guadalajara, Jal.; instruido, inteligente, bromista, refinado en sus modales y alegre. Estudiante de medicina antes de la Guerra de Reforma, médico y soldado durante las acciones bélicas. De principios políticos inquebrantables y fiel a la causa de defender la independencia de su patria de la dominación extranjera, Isidro Abad no siguió a Uraga ni a Caamaño en sus desertiones y regresó a Uruapan para ponerse a las órdenes del general Pueblita. Isidro Abad es un personaje de fuertes convicciones y sacrificado por el ideal por el que cree.

Así es como el narrador de la novela describe el carácter del joven Isidro que él conoció en Uruapan en 1859, durante la Guerra de Reforma (Capítulo I, Parte Primera):

Ni las enfermedades, las fatigas, el hambre, abatían el espíritu de Isidro. Su placer era el combate, su ideal el triunfo de la Reforma. Siempre alegre, siempre chancero, su semblante parecía la máscara de la palidez, cubriendo una alma expansiva, entusiasta, llena de animación.

Talentoso y consagrado al estudio tenía una brillante instrucción; sensible y delicado, la poesía hacía brotar de su alma veneros de inspiración, y sus versos cantaban unas veces al amor y la felicidad, otras la soledad y la tristeza.

Sus dotes intelectuales y sus maneras finas y elegantes, le abrieron las puertas de muchas casas de Uruapan y pronto estuvo allí relacionado con las mejores familias.

Todos le queríamos; la tropa lo adoraba porque los soldados le veían a su lado a la hora del peligro, en la pelea, y a la cabecera de la cama, cuando estaban enfermos. No había uno que no lo obedeciera, más que por la disciplina, por el cariño y la gratitud (E. Ruiz 1923, 7-8).

El perfil que el narrador describe del protagonista está enfocado a que el lector simpatice con Isidro Abad de inmediato.

- b) Los personajes románticos se identifican con la naturaleza, viendo reflejada en ella sus estados de ánimo. El tratamiento romántico de la naturaleza es casi siempre filosófico o moral. La naturaleza era el espejo en el cual los románticos veían los poderes eternos que habían creado tanto al hombre como al universo físico. Los románticos recurren a la noche y los paisajes decadentes o desolados, como las ruinas y los cementerios en los que observa melancólicamente el paso del tiempo; aman los bosques sombríos, el mar infinito y la furiosa tempestad, que sirven de marco a sus pasiones (Chorén, Goicoechea y Rull 1990, Montes de Oca 1993, Heath y Boreham 1999, 76).

Isidro Abad ama la naturaleza, en especial Puruantzítiro. Durante su convalecencia de las fiebres intermitentes, Isidro salía a recorrer las tierras de don Manuel para admirar el paisaje y disfrutar los aromas de los árboles y la tierra. A Isidro le gusta la noche, la luna y las estrellas. Don Manuel le aconsejaba que recorriera sus tierras para acelerar su recuperación.

Meses después, cuando Isidro convalece en Puruantzítiro, ahora de la herida que Pedro le hizo en el hombro izquierdo (capítulo XIII de la Parte Segunda), él descubre su lugar favorito para leer:

En otras ocasiones, en vez de perderme entre los bosquecillos de la huerta, encaminaba mis pasos a otro sitio delicioso. Allí, entre espesos tamarindos y sombrías zirandas, enlazadas con las floridas lianas del *coamecatl*, hay un promontorio cubierto de rocas. Allí surge el manantial del río, hierven las aguas, se deshacen en rocío y arrebatan de los rayos del sol la urdimbre del iris. Y como si la naturaleza intentase dar una muestra de sus caprichos, el caudal detiene su ímpetu y el agua se adormece tranquila y serena, formando un baño de misteriosa voluptuosidad. ¡Era el baño de Florencia! (E. Ruiz 1923, 204).

- c) La mujer es el personaje complementario del "yo" romántico: el protagonista masculino la sueña perfecta en su presencia física y textura espiritual, la ama con delirio, la convierte en el objeto de sus acciones, en el motor de su vida y en objeto de veneración, confundiéndola con la figura materna. En la novela, la mujer es la heroína que tiene poder para cambiar la vida y el destino del hombre. Cuando la realidad se impone a esta idealización, entonces maldice a la mujer, llora las ilusiones perdidas y se menosprecia a sí mismo (Fernández Contreras 2001).

Isidro se enamora de Florencia a partir de su arribo fortuito a Puruantzítiro, la atracción es a primera vista y de inmediato Isidro empieza a idealizarla perfecta. Coloco la impresión que Isidro tiene de su amada cuando la conoce:

Alcé los ojos para verla y noté su rostro encendido de carmín. Ella debe seguramente haber oído los latidos de mi corazón... (E. Ruiz 1923, 132).

Horas después de haberse conocido y estando Isidro acostado en una cama, convaleciente de la fiebre, Florencia entra a la habitación en donde él está. Isidro la compara con un hada o con un ángel:

Veía acercarse a mí la imagen de una hermosa joven que me sonreía y que de repente desplegaba unas alas diáfanas, pintadas del color de la rosa y que se elevaba y desaparecía en el cielo, dejando en pos de sí regueros de luz (E. Ruiz 1923, 134).

[...] yo creía ver una estela muy tenue que se perdía en la puerta por donde había desaparecido aquella radiante y angelical visión, la de la voz que semejava la vibración de una arpa eólica (E. Ruiz 1923, 136).

Al poco tiempo, Isidro se levanta de la cama y sale al comedor para almorzar.

Florencia pone la mesa e Isidro la mira extasiado:

¡Florencia!... ¡Qué hermosa contemplé entonces a mi blanca aparición! Su airoso continente, el color de su rostro, aquel ígneo fulgor desprendido de sus pupilas negras y hasta su traje de alba muselina que flotaba suavemente al andar, me representaban la imagen de un ángel de nívea vestidura, encarnado el semblante con los rayos de la aurora (E. Ruiz 1923, 137).

Durante ese mismo almuerzo, don Manuel cuenta a Isidro la amenaza de don Magdaleno, Tránsito recomienda a su marido que tenga cuidado, y Florencia interrumpe la conversación con estas palabras:

—Y, ¿qué nos ha de suceder? —dijo la joven—; mi padre ha hecho muy bien en ejercitar a los vaqueros en el manejo del fusil y en enseñarnos a nosotras a cargar las armas. Ya sabes que en caso ofrecido, mientras los hombres disparan, nosotras desde adentro estaremos cargando los fusiles (E. Ruiz 1923, 141).

La reacción de Isidro confirma la veneración que desde los primeros momentos el protagonista siente hacia su amada:

Había tanta sencillez en las palabras de Florencia, tal serenidad en su frente, que yo me sentí orgulloso de amar aquella mujer, alma de niña y corazón de heroína (E. Ruiz 1923, 141).

Isidro es plenamente correspondido por la joven, a quien también instruye en varias cuestiones durante su recuperación de la fiebre, y sus padres consienten el idilio. Además de su valentía, estas son las cualidades hicieron que Isidro se enamorara de Florencia:

En cuanto a Florencia, hacía rápidos progresos en su enseñanza. Su talento maravilloso, su rápida percepción, que es dote sexual de la mujer, su docilidad, su empeño en aprender y

aquella íntima relación entre maestro y discípula, que, como un imán, nos atraía, fundiendo en una nuestras dos almas fueron elementos poderosos y eficaces para que su inteligencia se desarrollase. Le sobraba tiempo para dedicarse a sus quehaceres domésticos, y tan bien sabía coser una camisa de hombre, que era entonces el *summun* a que podían aspirar las jóvenes, como lavar y aplanchar o guisar un *bocado*. Era toda una mujer de casa. Su carácter de infinita dulzura contrastaba con ciertos rasgos de energía que la ennoblecían más y más, a mis ojos. Su conversación, su andar gallardo, sus acciones todas, tenían el sello de la ingenuidad, de la confianza y la inocencia. Cuando mis ojos insistían en mirarla, cuando de mis labios salía alguna palabra de mayor cariño, cuando mis manos tocaban temblando y casualmente las suyas, se estremecía como si el ángel del pudor se apareciera en medio de los dos, cubriendo su semblante con un velo de grana (E. Ruiz 1923, 147).

Ya muy avanzada la Parte Cuarta, Isidro se menosprecia a sí mismo al creer que Florencia ha muerto, no quiere vivir y desea la muerte. Florencia se ha convertido en su única razón de vida. Este aspecto será ampliado en el siguiente rasgo de romanticismo presente en *Un idilio a través de la guerra*.

- d) El *individualismo y subjetivismo*. El "yo" romántico es inquieto y agitado, ansioso de contar sus emociones y defectos, se erige, orgulloso y libre, sobre lo que lo rodea, trata de crear sin trabas ni restricciones, buscando afanosamente la originalidad y unicidad. Está en oposición al mundo que lo rodea y limita, de este enfrentamiento surge la desilusión, la melancolía, y a veces la tendencia al suicidio (Chorén, Goicoechea y Rull 1990, Montes de Oca 1993).

Isidro Abad se convierte en el narrador de *Un idilio a través de la guerra* en las ocasiones en que el narrador principal, su amigo, le cede la palabra para que sea él quien cuente los acontecimientos, ya sea reproduciendo cartas que Isidro escribe a su amigo, o conversaciones que los personajes sostienen, o las memorias que el narrador conserva. Isidro se opone al Imperio desde el primer momento que se erige, precisamente porque es opresor a su libertad, y está dispuesto a hacer cualquier cosa para insubordinarse: a

combatir, morir, e incluso, a convertirse en un bandido, pero jamás humillarse ante el enemigo.

El capítulo I de la Parte Segunda comienza con las palabras “literales” que Isidro dice a su amigo, el narrador, apenas se reencuentran después del canje de prisioneros en Acuitzio:

Después de que te escribí una carta fechada en Zitácuaro, el 1o. de diciembre de 1864, hace un año, ¡cuántos acontecimientos se han sucedido, cuántos de nuestros hermanos han sucumbido en los campos de batalla, cuántos han desaparecido en la pelea, víctimas de los odios políticos y, en consecuencia, de las órdenes dictadas por el mariscal Bazaine, que ha dispuesto que no se hagan prisioneros en esta lucha que la Francia ha empeñado contra México, es decir, la civilización, en contra de los liberales mexicanos, cuya causa se equipara con la de la barbarie! (E. Ruiz 1923, 111).

En el fragmento anterior, encontramos a un Isidro en éxtasis por los triunfos republicanos, por volver a ver a su amigo y reintegrarse a la lucha liberal. Asimismo, expresa de viva voz su sentir contrariado por la guerra que Francia emprende contra los liberales mexicanos. Sin embargo, el protagonista no mantiene este estado permanentemente en el transcurso de la novela. Sobre todo cuando él cree que su amada Florencia está muerta, a partir del capítulo VII de la Parte Cuarta. El estado emocional de Isidro cambia a melancólico, desilusionado y suicida, como puede verse en el siguiente fragmento:

En el alma de Isidro se fijó una sola idea. ¡Morir! ¿De qué le serviría la vida sin Florencia; sin Florencia tal como él la había conocido; tan diáfana como existía en su corazón? Juró incorporarse a la tropa republicana que estuviese más próxima y hacerse matar en el primer combate (E. Ruiz 1923, 303).

Sin embargo, Isidro es capturado en el camino por hombres a las órdenes de don Magdaleno del Río y trasladado a Pátzcuaro para ser fusilado, no sin antes contar con un “juicio”, un abogado defensor y los servicios espirituales de un sacerdote. Isidro reacciona

ante la muerte con indiferencia, mientras que el abogado y el clérigo hacen hasta lo imposible para detener la ejecución de la sentencia. En el capítulo II de la Parte Quinta, después de la toma de Pátzcuaro y la liberación de Isidro, el narrador vuelve a ver al protagonista y éste le confiesa:

[...] lo que anega mi alma en el dolor más amargo es que viva o muerta, Florencia ha cesado de existir para mí. Te confieso que desde mi viaje a las ruinas del rancho he deseado la muerte, y que el cadalso que ha poco me amenazaba se me ofrecía como el gran consuelo de mis males (E. Ruiz 1923, 340).

Más adelante, en el mismo capítulo, el general Régules envía a Isidro a la Huacana para reclutar gente. Isidro vuelve a hacer una expedición a Puruantzítiro, pero otra vez no encuentra más que escombros de la propiedad. El narrador describe el estado emocional del protagonista de este modo:

Sin murmurar una queja, sin que su semblante reflejara las tremendas emociones que le desgarraban el pecho, Abad, cabizbajo y sumido en sombrío silencio como la imagen de la desesperación, tornó a montar a caballo, que emprendió otra vez la revuelta senda a través del lomerío (E. Ruiz 1923, 343-344).

En el siguiente capítulo (III de la Parte Quinta), el narrador e Isidro vuelven a coincidir, ahora en la plaza de Penjamillo el 31 de enero de 1867, cuando el ejército republicano estaba en vísperas de recuperar la ocupación de todo Michoacán. Mientras que los liberales estaban muy contentos, el narrador describe a Isidro como “más triste y abatido que nunca”. Y el protagonista le dice, a propósito de su más reciente búsqueda en Puruantzítiro y la Huacana:

—Hermano —me dijo—, no me queda más esperanza que hacerme matar para buscar en el cielo a Florencia (E. Ruiz 1923, 347).

En los siguientes capítulos, Isidro combate con arrojo durante los sitios de Querétaro y Ciudad de México, buscando con afán la muerte; pero sale ileso al término de

todos los combates. En el capítulo VI de la Parte Quinta, ante el evidente final de la guerra y la ansiada muerte que no llega, el narrador cuenta:

[...] Isidro porfiaba por hallar la muerte, desesperando ya encontrarla, pues que se presentía el próximo fin de la guerra, y con él, se desvanecería la esperanza de morir por la patria, y con la muerte, el término de su amargo e inextinguible desconsuelo (E. Ruiz 1923, 355).

De acuerdo a Mario Vargas Llosa (1997), en la novela moderna (a partir de la teoría de Flaubert) el narrador suele ser invisible o por lo menos discreto, y en las novelas románticas o las clásicas, una presencia destacada, a veces tan arrolladora que, a la vez que nos cuenta la historia, parece contarse a sí mismo y a veces hasta utilizar lo que nos cuenta como un pretexto para su exhibicionismo desaforado (Vargas Llosa 1997, 39). La narración que encontramos en *Un idilio a través de la guerra* corresponde a la de una novela romántica o clásica.

- e) El Romanticismo dio gran importancia a su propia identidad e individualidad, buscaba exaltar las características genuinas de cada país, como el arte popular, el habla “real” del pueblo, las tradiciones locales y costumbres. Crece el amor a la patria y la participación en los movimientos de liberación nacional (Chorén, Goicoechea y Rull 1990, Regueiro 2006, 102).

Eduardo Ruiz se preocupó en dotar a su novela de descripciones sobre la vida popular de la tierra caliente michoacana, las costumbres de sus habitantes, el habla, pero sobre todo, las canciones. A lo largo del relato se incluyen fragmentos de sones y malagueñas que se entonaban en la región. Florencia y doña Tránsito tocaban la guitarra y cantaban, Pedro también lo hacía, Riva Palacio compuso *Adiós, mamá Carlota* y se convirtió en el himno de la lucha republicana en el Estado durante la última etapa.

Recapitulando, Isidro Abad es un héroe esencialmente romántico, más sentimental que racional, amante de la naturaleza, instintivo, pasional, melancólico y con tendencias suicidas. Es un personaje sencillo, de clase media, con la virtud de luchar por un ideal, en este caso, la independencia de su patria, y sacrificarse para conseguirlo, estando en constante peligro de morir. A la par de las acciones bélicas de la Guerra de Intervención en Michoacán se desarrolla una historia de amor entre Isidro Abad y Florencia. Isidro la ama con locura, para él, ella es un ángel, el objeto de sus acciones, su razón de vivir, el objeto de su veneración. Florencia comparte las mismas convicciones políticas que él. Aunque escrita en un tiempo en que el romanticismo ya no era la tendencia literaria en México, *Un idilio a través de la guerra* conserva ese interés en el exhibicionismo de su narración, en el dar sentido a la identidad individual y colectiva y a la exaltación de las características vernáculas de Michoacán y el país.

En conclusión, Illades Aguilar (2003) opina que el mensaje social romántico en México tuvo una fuerte carga moral y moralizante: el recto comportamiento de las personas, la voluntad a conducirse acorde con los dictados de la fe y los intereses de la patria. A la par, un maniqueísmo didáctico operó en sus tramas, facilitó la exposición y abrevió la presentación de la complejidad social: aristócratas y ricos solían ser inmorales; la gente del pueblo, buena por naturaleza. El pueblo mestizo e indio se erigió como gigante de la soberanía nacional, depositario de los valores patrios, expresión de la mexicanidad y beneficiario directo de los proyectos de regeneración nacional (Illades Aguilar 2003, 17-18).

1.2. Asunto y tema

Comenzaré situando a la novela *Un idilio a través de la guerra*, de Eduardo Ruiz, en el género narrativo. Una narración, de acuerdo a Delmiro Antas (2005), es un relato de unos hechos ocurridos en un tiempo y lugar determinados (Antas 2005).

De este modo, *Un idilio a través de la guerra*, es una obra de ficción ya que presenta elementos ficticios, pero insertados en medio de acontecimientos históricos rigurosamente documentados. Su forma de expresión es la prosa. Es una novela de tipo histórica, sentimental y de costumbres; esto quiere decir que se sujeta a las convenciones narrativas que estos “géneros novelísticos” le dictan.

Como el título lo sugiere, en *Un idilio a través de la guerra* hay dos palabras clave: idilio y guerra, ambos constituyen los dos temas centrales de los que trata esta novela.

Por definición del Diccionario de la Real Academia Española (DLE), idilio es una palabra proveniente del griego *eidylion* que significa:

1. Coloquio amoroso, y por extensión, relaciones entre enamorados.
2. En teoría literaria, una composición poética que recreaba de manera idealizada la vida del campo y los amores pastoriles (Real Academia Española 2017).

La primera definición del diccionario deja entrever que en esta historia habrá conversaciones y algún tipo de relación entre un hombre y una mujer que se enamoran en el campo, acción que efectivamente sucede en *Un idilio a través de la guerra*. Además, la palabra idilio demuestra ser idónea en el segundo concepto, ya que la novela de Ruiz también presenta una visión idealizada de la vida en el campo y un amor sublime, “puro y desinteresado” entre los protagonistas.

La trascendencia del tema amoroso en *Un idilio a través de la guerra* queda manifiesto por Eduardo Ruiz al inicio de la introducción que él mismo hace a su novela:

Idilios como el que aquí se narra no fueron escasos en aquellos días de épicas luchas en que las contingencias de la guerra se enlazaban con la vida de la familia. Personas nacidas en un extremo del país eran llevadas por el vendaval de la revolución a los confines opuestos del territorio; y si en medio de las pasiones de toda clase que hervían en el corazón de los hombres, no siempre era respetado el honor de las mujeres, cuántas veces el amor más puro y desinteresado determinó enlaces que ni pudieran haberse imaginado en tiempos de paz. En no pocos casos, la dicha coronó aquellas uniones debidas a la mera casualidad (E. Ruiz 1923, 1-2).

Siguiendo con nuestro análisis del tema y asunto de nuestro objeto de estudio, encontramos en el título de la novela la locución preposicional “a través de”, que es: “pasar de un lado a otro o por entremedio de ello” (Real Academia Española 2017).

El título, reforzado por la cita textual de la introducción de Ruiz a su novela, nos está comunicando que esa relación de enamorados se desarrollará de manera simultánea a partir de algún momento en la trama y seguirá por el tiempo que esa “guerra” dure.

Ahora revisemos lo que el Diccionario de la Real Academia Española (DLE) define como *guerra*, una palabra de origen germano (*werra*) que significa:

1. Desavenencia y rompimiento de la paz entre dos o más potencias.
2. Lucha armada entre dos o más naciones o entre bandos de una misma nación.
3. Pugna (entre personas).
4. Lucha o combate, aunque sea en sentido moral.
5. Oposición de una cosa con otra (Real Academia Española 2017).

Del término guerra surge un conflicto dramático, un problema social específico: la guerra; pero, ¿cuál guerra? La Guerra de Intervención Francesa, que inició desde que Francia declaró la guerra al gobierno de Benito Juárez, en mayo de 1862 (algunos autores, como Guillermo Prieto, afirman que el estado de sitio comenzó desde que los barcos

franceses desembarcaron en Veracruz en noviembre de 1861), hasta la rendición de los imperialistas en la Ciudad de México el 21 de junio de 1867.

Revisando las definiciones dadas por el DLE y comparándolas con el contenido en concreto de *Un idilio a través de la guerra*, encontramos que, en efecto, entre Francia y México hubo una falta de acuerdo y entendimiento diplomático que motivó al monarca francés a declarar la guerra a Juárez y pactar con sus opositores mexicanos, los conservadores, para derrocarlo e instalar en su lugar a un Emperador, Maximiliano de Habsburgo. Por esta causa, durante poco más de cinco años se verificaron enfrentamientos armados en suelo mexicano entre compatriotas conservadores –partidarios del imperio–, apoyados por tropas extranjeras (conformadas no sólo de franceses, también de belgas, zuavos, argelinos, austriacos), y mexicanos partidarios del liberalismo y la República Federal.

Las desavenencias entre compatriotas liberales y conservadores no eran nuevas, habían generado inestabilidad política en México desde el momento que se consumó la independencia del país. Para el año de 1861, tanto la revolución de Ayutla como la Guerra de Reforma habían sido ganadas por los liberales, motivo por el cual los conservadores, no conformes con la situación política del país, buscaron el apoyo de una potencia extranjera para instaurar una monarquía en México, hallándolo en Napoleón III, quien aprovechó que Juárez postergó el pago de la deuda externa para declararle la guerra, mientras que España e Inglaterra se retiraron de tierras mexicanas.

La Guerra de Intervención Francesa dota a la novela *Un idilio a través de la guerra* de un contexto histórico, situándola en un tiempo y un espacio definidos. Si bien, estas luchas armadas ocurrieron por todo el territorio nacional, Eduardo Ruiz centra la mayor parte de su narración en el Estado de Michoacán (en donde la Guerra de Intervención está

históricamente periodizada del 28 de noviembre de 1863, fecha en que los imperialistas a las órdenes de Leonardo Márquez entran a Morelia, hasta el 18 de febrero de 1867, día en que el entonces Gobernador del Estado, Justo Mendoza, entra a esta ciudad y la reinstaura como capital de Michoacán) y algunas acciones, –de no menor importancia para el desarrollo de la trama– en otros Estados de la República, como Guerrero, el Estado de México y la Ciudad de México.

Asimismo, en *Un Idilio a través de la Guerra* hay una pugna entre la familia que Isidro conoce en la hacienda contra un anchetero espía del Imperio, don Magdaleno del Río, cuyas características definiré más adelante. Entre estos personajes también se suscitará una lucha tanto campal como moral.

Se demuestra de esta manera que desde el título están sintetizados los dos grandes temas sobre los que trata *Un idilio a través de la guerra*, así como el asunto central que aborda. En los siguientes apartados del análisis continuaré profundizando en más cuestiones presentadas en el texto, enfocándome en los elementos de la narrativa y en el discurso.

A manera de apoyo para acercarme al texto, realicé un glosario de términos de difícil comprensión, el cual está incluido en el Anexo 3 de este trabajo.

1.3. Estructura

Un Idilio a través de la Guerra, de Eduardo Ruiz, está dividida en cinco partes y cada una de ellas, a su vez se subdivide en una cantidad variable de capítulos. Cuenta con un prólogo escrito por Julio Zárate en 1904 y una introducción redactada por el autor de la novela: Eduardo Ruiz.

A modo de tabla, la ordenación y distribución de los hechos narrados en *Un idilio a través de la guerra* se presenta de la siguiente manera:

Tabla 1. Estructura externa de Un Idilio a través de la guerra

| PARTE | TÍTULO | Nº DE CAPÍTULOS |
|---------|--|-----------------|
| PRIMERA | <i>El nido de una paloma en medio de las águilas</i> | 18 |
| SEGUNDA | <i>Un paraíso olvidado</i> | 13 |
| TERCERA | <i>Frente a las olas</i> | 10 |
| CUARTA | <i>El Ave Fénix</i> | 13 |
| QUINTA | <i>El triunfo de la República</i> | 8 |
| EPÍLOGO | --- | 1 |
| TOTAL | | 63 |

Fuente: Elaboración propia.

Un idilio a través de la guerra responde a la clásica estructura interna lineal de planteamiento, nudo y desenlace, con algunas interrupciones de la narración, saltos o elipsis, ocultación de acontecimientos y anacronías narrativas que intercalan sucesos del pasado y anticipan eventos del futuro. En los apartados 1.3.2., 1.3.3. y 1.3.4. se marcarán los capítulos y momentos en los que estos recursos de tiempo aparecen.

1.3.1. SINOPSIS

Isidro Abad es un joven soldado que lucha en el Ejército Republicano del Centro para defender a su patria de la invasión extranjera y el Imperio. De manera fortuita, una mula que decomisa durante un combate en Pátzcuaro lo conduce a Puruantzítiro, un rancho desconocido a orillas del río Balsas. Los dueños de la propiedad, don Manuel y doña Tránsito, lo hospedan para que se recupere de la fiebre que lo aqueja. Se enamora de Florencia, la hija de ese matrimonio. Ambos sostienen un idilio inocente. Sin embargo, la Guerra de Intervención no ha terminado e Isidro deberá cumplir con su deber de enlistarse en el ejército, ya que “la patria es primero”. Por otra parte, la familia de Puruantzítiro está en peligro, ya que don Magdaleno codicia los bienes de don Manuel y no descansará hasta obtenerlos, por las buenas o por las malas.

1.3.2. ARGUMENTO

La Parte Primera se subtitula *El nido de una paloma en medio de las águilas*. Se subdivide en 18 capítulos. En esta parte se introduce el contexto histórico y político en México y en el Estado de Michoacán, la guerra que los liberales sostienen contra los conservadores, quienes han pactado con extranjeros para establecer un Imperio. Conocemos a Isidro Abad, estudiante de medicina de Guadalajara, quien para julio de 1864 está combatiendo para el ejército republicano establecido en Uruapan; también conocemos la hacienda Puruantzítiro y sus habitantes: Don Manuel y su esposa (doña Tránsito), su hija (Florencia), sus trabajadores (Pedro y Tula, su mujer) y al antagonista, don Magdaleno Mireles, un

comerciante de telas y bordados en el mercado de la Huacana, quien desde noviembre de 1863 ambiciona los bienes de don Manuel: la mula, su hija y sus tierras. Esta parte muestra la afrenta entre estos personajes: don Magdaleno arrebató la mula a don Manuel, pero fracasa en su intento por casarse con Florencia. Después de este descalabro, el antagonista se enlista en el ejército imperialista para vengarse. Por su cuenta, don Manuel se prepara para el combate contra su adversario, empeñándose en que sus empleados aprendan a disparar. En octubre de 1864, Isidro arrebató la mula a don Magdaleno en un combate en Pátzcuaro y recibe una herida de bala en el pecho que lo dejará convaleciente durante los próximos meses, esto aunado a las fiebres que el protagonista venía padeciendo desde tiempo atrás.

La Parte Segunda se subtitula *Un Paraíso Ignorado*. Se subdivide en 13 capítulos. Narra el nombramiento de Riva Palacio como Gobernador de Michoacán, en enero de 1865, la batalla de Nicolás Romero contra los franceses en Zitácuaro y el arresto del guerrillero chinaco en Papatzindan, la huida de Isidro a Turicato, montado en la mula golondrina. Inconsciente por un acceso de fiebres intermitentes, la mula conduce a Isidro a la hacienda de Puruantzítiro. Tránsito y Florencia lo atienden hasta que se recupera por completo. En el transcurso de los días, Isidro y Florencia se enamoran. Tiempo después, Isidro ya iba a abandonar Puruantzítiro cuando Don Magdaleno realiza una excursión para tratar de apoderarse de la propiedad, pero es rechazado. Isidro es herido por Pedro y debe permanecer en ese lugar para recuperarse.

La Parte Tercera se subtitula *Frente a las olas*. Se subdivide en 10 capítulos. Isidro se reincorpora al Ejército del Centro. Es hecho prisionero en la batalla de Tacámbaro del 16 de julio de 1865 contra los belgas. Permanece en una prisión en Morelia hasta que se verifica el canje de prisioneros en Acuitzio. A continuación, Isidro milita en la división de

Nicolás de Régules. Son prácticamente aniquilados en Tengüecho. En la retirada, Isidro es comisionado para que vaya a pedir apoyo a Juan Álvarez a la hacienda la Providencia. En el camino, Isidro visita a la familia de don Manuel y deciden viajar juntos a la costa grande de Guerrero.

La Parte Cuarta se subtitula *El Ave Fénix*. Se subdivide en 13 capítulos. Isidro se reincorpora al ejército de Régules. El 7 de septiembre de 1866 son derrotados en Etúcuaro. Isidro está solo, busca a su ejército durante varios días. Se reencuentra con Riva Palacio mientras sus hombres cantan *Adiós, mamá Carlota*. Isidro y el narrador reciben pasaportes para ir a Apatzingán a ofrecer sus servicios al coronel Villada. Isidro aprovecha para ir a Puruantzítiro, pero encuentra la hacienda destruida. Cree que todos han muerto y él también quiere morir. A su regreso es aprehendido por imperialistas, quienes están a punto de fusilarlo en Pátzcuaro el 4 de noviembre; no obstante, se salva porque la ley del 3 de octubre ha sido enmendada. El juicio de Isidro se pospone por tiempo indefinido.

La Parte Quinta se subtitula *El triunfo de la Patria*. Se subdivide en 8 capítulos. Comienza con la toma republicana de Pátzcuaro el 5 de enero y la reincorporación de Isidro al ejército bajo las órdenes de Régules. Los liberales retoman el control total de Michoacán en febrero de 1867. El Ejército del Centro apoya a Mariano Escobedo en el sitio de Querétaro y después a Porfirio Díaz en el sitio a la Ciudad de México. Isidro pelea con más arrojo, esperando morir; pero sale ileso. De manera fortuita, los enamorados se reencuentran en Mexicalcingo y se casan tres días antes de la rendición definitiva de los imperialistas.

Por último, la novela cuenta con un epílogo en donde Benito Juárez entra triunfal en la Ciudad de México el 15 de julio de 1867 y los recién casados, Isidro y Florencia, salen a las calles para presenciar el júbilo popular.

1.3.3. TRAMA

Parte Primera: El nido de una paloma en medio de las águilas

Los capítulos I y II giran en torno a Isidro Abad, el narrador nos lo presenta desde que lo conoció y entablaron amistad en la campaña liberal durante la guerra de Reforma en el Estado de Jalisco y el refugio de la tropa en Uruapan. De 1861 a 1864, el narrador le pierde la pista a su amigo y se reencuentran en julio de 1864 en Uruapan, justo en el momento en el que el general Uruga deserta del ejército republicano.

Los capítulos que van del III al XIV, y el XVI, detienen la historia de Isidro Abad y retroceden a noviembre de 1863. El narrador nos presenta la hacienda de Puruantzítiro, a su propietario: don Manuel y a su familia, sus costumbres y tradiciones, sus rutinas en el campo. Conocemos al peón y ahijado de aquel señor, Pedro, y a su esposa, Tula. También nos introduce al adversario: don Magdaleno, un anchetero de la Huacana que codicia los bienes de su cliente, don Manuel: su mula, su hija (Florenia) y sus tierras. Don Magdaleno logra apoderarse de la mula golondrina y pide la mano de Florenia, fracasando en el intento. Don Magdaleno promete vengarse. En el capítulo XVI los vemos preparándose para enfrentarse en combate. Don Magdaleno se enrola en el ejército imperialista y don Manuel enseña a sus peones a disparar, caza venados de su rancho con el pretexto de enviar las pieles a la Huacana para que las curtan allá.

Los capítulos XV, XVII y XVIII detienen los acontecimientos en torno a la familia de don Manuel y continúan el desarrollo de la historia de Isidro Abad y la campaña del Ejército Republicano en Michoacán durante la guerra de intervención, de julio a diciembre

de 1864 y hace elipsis al 5 de diciembre de 1865, fecha en el que Isidro y el narrador se reencuentran en Acuitzio del Canje.

Parte Segunda: Un paraíso ignorado

Isidro Abad platica al narrador lo que sucedió con él durante el año en que se perdieron la pista. Recordemos que el protagonista es uno de los prisioneros canjeados en Acuitzio. La Parte Segunda hace recuento de lo sucedido entre enero y junio de 1865.

Isidro comienza su relato a partir de que el general Riva Palacio es nombrado gobernador y comandante militar de Michoacán. Isidro milita bajo las órdenes del coronel Nicolás Romero durante pocos días, ya que el 31 de enero, Romero es capturado por los imperialistas. Isidro huye a bordo de la mula golondrina y llega a Turicato a mediados de febrero, permanece aquí porque sufre de fiebres intermitentes.

En otra emboscada, Isidro está a punto de ser capturado por imperialistas, pero la mula golondrina lo salva, conduciéndolo al rancho de la Mata de Plátano. Aquí Isidro se reúne con sus compañeros, quienes se dirigen a la Huacana. El protagonista se separa de ellos con la intención de alcanzar al general Riva Palacio en la hacienda de San Pedro Jorullo, pero no lo encuentra. Isidro tiene accesos de fiebre y pierde el conocimiento mientras su mula lo conduce libremente hasta la hacienda de Puruantzítiro.

Doña Tránsito reconoce su mula y llama a su marido, quien sale de la casa con un fusil, pero al ver el deplorable estado en el que se halla Isidro, la familia decide invitarle una copa de aguardiente y darle de comer. Isidro conoce a Florencia y es amor a primera vista. El protagonista tiene otro acceso de fiebre y pierde el conocimiento.

En los siguientes días, Isidro permanece en Puruantzítiro para recuperarse de la calentura. Mientras, se ofrece a dar lecciones a Florencia, acrecentándose el vínculo entre estos personajes. De igual manera, Isidro hace una amistad profunda con don Manuel. Dos o tres semanas después, Isidro ya se ha recuperado de su enfermedad lo suficiente y cree necesario regresar a la campaña. Florencia sufre ante la partida de Isidro, es en la despedida que los dos se confiesan su amor y Tránsito lo consiente.

A la mañana siguiente, Isidro ya iba a abandonar Puruantzítiro cuando descubre que don Magdaleno está próximo a atacar el rancho. Regresa a todo galope para avisar a don Manuel. Los rivales se enfrentan en un tiroteo. Durante el combate, Pedro hiere a Isidro en el hombro y mata al caballo de don Magdaleno, haciendo que el antagonista ordene la retirada. Isidro permanece en la hacienda para recuperarse de la herida y en espera de mejores noticias en la política. Durante ese tiempo, Isidro medita sobre el amor que le tiene a Florencia, y goza de la naturaleza.

Tras enterarse de la victoria que Arteaga obtiene en Uruapan el 20 de junio de 1865, Isidro decide abandonar Puruantzítiro al día siguiente para reincorporarse al ejército.

Parte Tercera: Frente a las olas

Isidro Abad sigue relatando su historia desde el 26 de junio al 5 de diciembre de 1865. El 26 de junio, Isidro abandona la hacienda de Puruantzítiro antes del amanecer. Se une al ejército liberal, que va derrotado y fugitivo por la costa de Tierra Caliente. En los siguientes días, los soldados son víctimas de las enfermedades, el hambre y la sed. Llegan a Tacámbaro el 14 de julio, dos días después son atacados por el enemigo. Sufren otra

derrota. Los imperialistas persiguen, capturan y fusilan a varios republicanos. Isidro es capturado y está a punto de ser fusilado cuando recuerda hacer un signo masón y esto lo salva. Un general belga lo hace su prisionero.

El protagonista es trasladado a Morelia, donde es encarcelado desde mediados de julio hasta los primeros días de diciembre de 1865, fecha en que es canjeado en Acuitzio. A partir de su liberación, hasta abril de 1866, Isidro sirve al general Nicolás de Régules. Participa en las derrotas republicanas en el cerro de la Magdalena y en Tengüecho y acompaña a su general en su camino hacia Uruapan, San Antonio de las Huertas y San Pedro Jorullo, donde establece Cuartel General y éste encomienda a Isidro que viaje al Estado de Guerrero a pedir apoyo moral y material a Juan Álvarez.

Isidro abandona la hacienda de Jorullo y arriba a Puruantzítiro al día siguiente, se reencuentra con Florencia y su familia. Platicando con don Manuel, Isidro conoce su temor de ser atacado en breve por don Magdaleno y su decisión de salir de Puruantzítiro por una temporada. Don Manuel resuelve acompañar a su amigo a su misión en la hacienda La Providencia. Florencia y Tránsito también van.

Parte Cuarta: El Ave Fénix

La Parte Cuarta narra eventos históricos y ficticios ocurridos entre el 8 de mayo y noviembre de 1866. En el capítulo I, Isidro y Florencia se separan. Ella regresa a Puruantzítiro e Isidro se reincorpora al ejército comandado por el general Régules. Ahí permanece hasta el 7 de septiembre, fecha de la batalla de Uñas de Gato, en la que una tempestad hace que el Ejército Republicano del Centro se desmiembre y pierda sus

provisiones. Isidro se pierde durante cinco días y siente que morirá de hambre y de cansancio hasta que identifica Tuzantla a lo lejos.

Recuperado, Isidro marcha hacia Zitácuaro y busca al general Riva Palacio en la hacienda de la Florida, se reencuentra con su amigo, el narrador. El general Riva Palacio está juntando patriotas para retomar la campaña en Michoacán, luego de que el general Régules renunciara a su mando en jefe. Días después, Régules anuncia su regreso al cargo y Riva Palacio saldrá del estado para combatir en Toluca. El protagonista y su amigo consiguen pasaportes a Apatzingán, para pelear bajo las órdenes de Villada.

Isidro está desesperado por reencontrarse con Florencia y regresa a Puruantzítiro. Al llegar ve la hacienda incendiada y sin señales de vida. Buscando en las chozas, se encuentra a Tula, quien está demacrada y ha perdido la razón. Confunde a Isidro con sus desvaríos, haciéndole desear morir en combate.

Camino a Ario, el 15 de noviembre, Isidro es arrestado por la gavilla de don Magdaleno y trasladado a Pátzcuaro para que ahí lo fusilen en menos de 24 horas, cumpliendo con la ley del 3 de octubre. El abogado de Isidro hace lo posible por salvar a su cliente de la muerte. Faltando menos de una hora para que se ejecute la sentencia, llega una diligencia de Morelia con un pliego para el Comandante de Pátzcuaro. Éste, al leer el mensaje, suspende la ejecución, ordenando se traslade al reo al cuartel y se le incomunique. El juicio de corte marcial contra Isidro queda pendiente por tiempo indefinido.

Parte Quinta: El triunfo de la Patria

La quinta parte narra los acontecimientos sucedidos desde el 4 de enero al 21 de junio de 1867, toma de Pátzcuaro y la entrada del ejército republicano a la Ciudad de México, respectivamente.

Isidro es liberado de su cautiverio. Esta vez milita bajo las órdenes del coronel Villada y participa en la campaña fallida en Acámbaro. A su regreso a Pátzcuaro, Isidro es encomendado a que vaya a la Huacana para reclutar gente para la causa de la República, Isidro escapa a Puruantzítiro y ve el mismo panorama devastador. En el correo de la Huacana nadie ha vuelto a saber nada de don Manuel desde julio de 1866. Con la idea de hacerse matar en combate, Isidro participa en la toma de La Piedad, Zamora y Morelia, en febrero de 1867. El Ejército Republicano del Centro se fusiona con el del Norte en marzo, y concentra sus ataques en Querétaro. A pesar de su arrojo, Isidro sale ileso.

Tras la rendición de Querétaro y la captura de Maximiliano, Isidro se enrola en la división del general Ramón Corona y participa en la campaña de Azcapotzalco y Guadalupe Hidalgo. En los últimos días del sitio a la Ciudad de México, su general le encomienda que vaya a buscar a Riva Palacio en Ixtacalco para informarle de la amenaza imperialista en La Piedad. Isidro no lo encuentra en esta población y marcha en Mexicalcingo, en donde se encuentra fortuitamente con Florencia y su familia.

Don Manuel narra cómo pudieron escapar del ataque de don Magdaleno en agosto de 1866 y sus temores sobre el fusilamiento de Isidro. Don Manuel informa de la muerte de su rival. El general Riva Palacio hace entrada en la casa y habla con Isidro. El general dispone que los enamorados se casen. La boda es el 17 de junio de 1867. Tres días después, los imperialistas capitularon. Al día siguiente, los republicanos entran a la ciudad.

CAPÍTULO 2: NOVELA HISTÓRICA, SENTIMENTAL Y DE COSTUMBRES

2.1. Novela Histórica

2.1.1. ¿QUÉ ES NOVELA HISTÓRICA?

Antonio Gómez Rufo (2006) define novela histórica como una historia de ficción que, aprovechando un acontecimiento histórico o de la vida de un personaje del pasado, crea una trama novelística con la finalidad de entretenimiento o reflexión. Cabe sólo pedirle que sea una ficción que produzca apariencia de verdad, de verosimilitud (Gómez Rufo 2006, 54-55). Mata Induráin la define como un subgénero narrativo en cuya construcción se incluyen determinados elementos y/o personajes históricos (Mata Induráin 1998, 17).

Fernando del Paso opina que toda novela es histórica en la medida en que refleja o recrea las costumbres y el lenguaje de una época, los hábitos y el comportamiento de una sociedad o una parte de ella (Paso 2004, 91).

Para Mata Induráin (1998), no existe una incompatibilidad entre historia y literatura; la historia supone rigor, fidelidad, exactitud, y la novela aporta fantasía, imaginación y ficción. La presencia de elementos históricos en una obra literaria puede embellecerla y enriquecerla. Es cuestión de proporciones, que los elementos históricos y literarios se mezclen en cantidad y manera adecuadas (Mata Induráin 1998, 47).

Herbert Butterfield da las pautas en que la historia se transforma en novela: La historia puede proveer de trama y peripecia, y la ficción puede sólo llenar las partes donde la historia es inadecuada para idealizar incidentes y eventos donde la historia está incompleta o resulta decepcionante. La historia provee un material que puede ser construido, entrelazado y unificado en un relato; por otra parte, la historia proporciona un relato en el que el escritor debe trabajar con sus propias ficciones; la historia es el metal y la novela crea el molde. El escritor puede inventar los personajes, los diálogos, todo el rango de incidentes que harán que la historia hable por sí misma (Butterfield 1924, 29, 31-32).

Mata Induráin establece la diferencia entre novela histórica y episodio nacional contemporáneo, reservando el segundo término a aquellas obras que no han alejado demasiado su acción en el tiempo, esto es, para aquellas que novelan acontecimientos históricos vividos —o que pudieron ser vividos— por el autor, como sucede con las cinco series de Episodios Nacionales, de Benito Pérez Galdós (Mata Induráin 1998, 15-16) o con *Un idilio a través de la guerra*, de Eduardo Ruiz.

En cuanto al protagonista, la novela histórica se diferencia de la epopeya porque en la obra épica el héroe está mitificado, es un personaje nacional que ocupa el puesto central del relato, en tanto que en la novela histórica el protagonista casi nunca pasa de ser un “héroe medio” que concilia los dos extremos en lucha, mientras que el héroe nacional será un personaje secundario (Mata Induráin 1998, 21, Lukács 1962, 45).

Isidro Abad es un héroe medio, no es general, pero sí logra ascensos durante la campaña y la dirección de batallones; mientras que los principales héroes nacionales, como Riva Palacio, Romero, Régules, Arteaga y Álvarez son personajes secundarios. Algunos, como los dos primeros, participan de algunas escenas y tienen diálogos con el protagonista.

Respecto a las características de la novela histórica, varios autores consideran:

- a) La característica más evidente de toda novela histórica es que ésta sitúa su acción (ficticia, inventada) en un pasado (real, histórico) más o menos lejano, separación que la crítica ha establecido como de mínimo unos cincuenta años, sin dejar de ser ésta una cifra arbitraria (Mata Induráin 1998, 13, 15).

La composición de *Un idilio a través de la guerra* (1900-1902) dista de las acciones verídicas que narra entre 35 y 40 años (1863-1867), inferior a la separación mínima de medio siglo que establece la crítica.

- b) La novela histórica es un género híbrido, mezcla de invención y realidad. El resultado final de esta mezcla de elementos históricos y literarios debe ser una obra de ficción (Mata Induráin 1998, 15, Butterfield 1924, 6).

Este hibridismo está presente en *Un idilio a través de la guerra*, la cual, si bien es una novela catalogada como histórica, su trama contiene una apasionada historia de amor entre Isidro Abad y Florencia, y tintes de costumbrismo, dando como resultado una obra de ficción.

- c) Para que una novela sea realmente histórica debe reconstruir la época en que sitúa su acción, para lo cual el autor deberá recopilar una serie de materiales no ficticios. Este andamiaje histórico mostrará los modos de vida, costumbres, y todas las circunstancias necesarias para que el lector comprenda mejor aquel pasado; pero el autor no debe olvidar que lo sustantivo de su obra es la novela, no la historia. Una novela histórica, de clima convincente y trama hábilmente tejida, ha de ser un recuerdo vivo: una evocación —fiel y auténtica— de un periodo pasado (Mata Induráin 1998, 13-15, Passuth 1967, 18-19).

- d) Para tratar el pasado, la novela histórica está ligada con las leyendas, las tradiciones de las localidades, y las baladas populares; con esto va más allá de la información autenticada de los libros históricos (Butterfield 1924, 3).

Esto es precisamente lo que encontramos en *Un idilio a través de la guerra*: sones de la tierra caliente cantados tanto por hombres como por mujeres, con o sin acompañamiento, leyendas de la guerra de independencia; supersticiones de las comunidades, en especial la creencia de los amores desgraciados al destapar una concha y no contenga la perla; vida cotidiana en el ejército, tradiciones durante una boda en Churumuco, etc. Datos de historia cultural no autenticados ni contenidos en libros de historia de Michoacán en el siglo XIX.

- e) Lo que importa en la novela histórica no es contar de nuevo los grandes hechos históricos, sino el despertar poético de los personajes que figuraron en esos eventos. La novela histórica entiende que la vida de los individuos olvidados es tan significativa como cualquier otro aspecto de la historia. Lo que importa es que el lector re-experimente los motivos humanos y sociales que guiaron a que los hombres pensarán, sintieran y actuarán justo de la manera en que lo hicieron en la realidad histórica (Lukács 1962, 42, Groot 2010, 37).
- f) La novela histórica a menudo nace del patriotismo; y casi nunca puede negar que eso es lo que la inspira, el impulso al buen sentimiento, y el recurso de la mayor parte de la acción y el heroísmo que describe (Butterfield 1924, 42).

Como se mencionó en el apartado 1.1.3., son el patriotismo y el afán de Eduardo Ruiz por preservar la memoria de las grandes batallas que terminaron de consumir la independencia de México y el proyecto liberal de nación las principales motivaciones para la escritura de *Un idilio a través de la guerra*. Los liberales, como Vicente Riva Palacio,

Nicolás Romero o Nicolás de Régules, y el protagonista ficticio, Isidro Abad, son los héroes de la acción. Mientras que los imperialistas, como Ramón Méndez o el antagonico, don Magdaleno del Río, son los traidores a la patria y no albergan nobles sentimientos.

- g) La novela histórica puede escribirse no por escapismo o evasión del presente, sino como una manifestación de añoranza romántica entre hombres y sociedades pasados. La novela histórica intenta dirigir la representación hacia alguna parte, es teleológica y sus finalidades son de diverso orden. Puede sufrir un proceso de politización, tanto en un sentido liberal como conservador. Puede ser también un instrumento de lucha en contra de la crítica, con fines subversivos, contra un sistema o un gobierno, una crítica enmascarada para eludir la acción de la censura, pero fácil de leer entre líneas si el lector es capaz de captar las situaciones semejantes entre pasado y presente. En suma, puede tener finalidades estéticas, políticas, ideológicas, apologéticas, lúdicas o paródicas, etcétera (Jitrik 1995, 60, Mata Induráin 1998, 31-32).

Eduardo Ruiz hace evidente en la introducción a *Un idilio a través de la guerra* que, “después de tantos años, vive de los recuerdos de la juventud”. Y agrega: “Las impresiones de entonces tenían tanta fuerza que parece que la comunican todavía a mi alma y que vigorizan mi existencia” (E. Ruiz 1923, 2).

El amor al pasado es el motor de esta novela, también el propósito de entretener al público por medio de la nostalgia, a los sobrevivientes de aquella época, o hacer accesible y masiva la historia del periodo. La finalidad detrás de la escritura de esta novela es política, su ideología es liberal, pero esta novela fue compuesta en una época en que este modelo ya había triunfado y era el oficial en el régimen de Porfirio Díaz, teniendo poca o nula

oposición. Por lo tanto, *Un idilio a través de la guerra* no es subversiva al sistema, al contrario, lo perpetúa sin escapar a la cultura oficial de su tiempo.

- h) En la novela histórica encontramos valores y sentimientos universales, los grandes temas (amor, honor, amistad, ambición, envidia, venganza, poder, muerte), en tanto humanos; son iguales para todas las épocas, y es gracias a su valor atemporal que el lector puede emocionarse al leer una novela ambientada en una época diferente a la suya (Mata Induráin 1998, 30).

Un idilio a través de la guerra comparte esta característica, en sus páginas están presentes el amor entre varios de los personajes (Isidro y Florencia, don Manuel y doña Tránsito, Pedro y Tula); el honor por parte del protagonista, quien pudiendo permanecer en Puruantzítiro, alejado de las acciones de la guerra, decide por lo que es moral y cívicamente correcto y se alista en el ejército republicano en varias ocasiones para defender a la patria del invasor extranjero; la amistad entre el narrador e Isidro Abad; la envidia de don Magdaleno, quien ambiciona la mula, las tierras y la hija de don Manuel, la venganza de éste mismo, al ver sus planes frustrados y ser tratado con desdén por la familia de don Manuel; la lucha por el poder entre liberales y conservadores, las pugnas internas entre los republicanos por el mando en el ejército o por la gubernatura de Michoacán; la muerte, constante en los campos de batalla, en la persecución de soldados dispersos, en la capilla que antecede al cadalso, la muerte que Isidro se afana en encontrar al creer a Florencia muerta, pero que no llega; la muerte que alcanza a Tula por amar y odiar con locura, como castigo por aliarse con el villano y en perjuicio de sus patrones. En conclusión, podemos afirmar que tanto los valores, como los sentimientos y los temas que *Un idilio a través de la guerra* trata son universales.

Juan Ignacio Ferreras (1976) identifica cuatro tendencias en la novela histórica:

1. *Novelas históricas de origen romántico*, temáticas medievales o de los siglos XV, XVI, XVII y XVIII. La novela histórica de origen romántico está estructurada sobre un héroe o un individuo protagonista; a su alrededor se alzaría un universo novelesco voluntario; pero ni aun creando un mundo a su medida, logra el protagonista encontrar una solución a sus problemas individuales. Crea un héroe romántico solitario que no encuentra solución a su conflicto e irremediablemente morirá, y un universo que, aunque mediador, no será capaz nunca de asimilarse al héroe, de integrárselo. La documentación, la investigación científica sobre el tiempo en que estará situada la novela no es un requisito esencial para escribirla, sin embargo, es importante investigar para crear un universo verosímil. Exagerar los detalles históricos inmoviliza la acción novelesca y da demasiado peso a un universo que nunca será mediador. No existe la conciencia nacional. El autor escribe una introducción histórica general, describe una sociedad sin particularizar, y después particulariza al introducir a los personajes que no pertenecen a la Historia. Si son históricos, el autor cuidará que no estén en primer plano, o incluirá figuras subalternas u oscuras. Los novelistas históricos románticos son imitadores de Walter Scott (Ferreras 1976, 100-107).
2. *Novelas históricas de aventuras*, buscan en la historia escrita, aventuras y nada más que aventuras. En este tipo de novelas desaparece el héroe romántico. El nuevo protagonista, en ruptura con el mundo, encontrará al final de la obra su destino personal. El héroe es individualista, tiene el yo exaltado, es nacionalista; por eso es necesario dejar entre paréntesis su ideología política. Este héroe va

pareciéndose más al protagonista de una novela realista. Este tipo de novela conserva el universo histórico construido, voluntario; pero ya no es opaco, hostil o inmisericorde. La novela histórica de aventuras no tiene por qué acabar mal, ya que la muerte no es obligatoria en un mundo en el que la ruptura romántica ha desaparecido. Los novelistas históricos de aventuras son imitadores de Dumas, Sué, Sand y otros. Los autores tratan de crear una novela nacional y se esfuerzan por documentarse debidamente (Ferrerías 1976, 101, 146-147).

3. *Novelas de aventuras históricas*, son novelas populares de entregas. La novela de aventuras históricas prescinde del héroe romántico y el universo histórico tiende a desaparecer; la trama o la peripecia tiende a complicarse o alargarse, la aventura lo es todo. La esterotipia gana terreno. El autor de la novela de aventuras históricas puede aumentar el número de personajes, de protagonistas y crea modelos que ni siquiera tienen que ser originales. El nacionalismo ha triunfado, por lo tanto, las novelas de aventuras históricas ya no abordan ruptura con el mundo sino reintegración con él. En la novela de aventuras históricas, la muerte es sólo un riesgo, natural, lógico, que ha de correr el protagonista para alcanzar su puesto en la sociedad. El mundo es conquistable, razonable e inteligible (Ferrerías 1976, 101, 179, 181).
4. *Novelas históricas nacionales o novelas históricas de tema contemporáneo*, derivaron de las novelas históricas de aventuras. Están escritas con la mirada puesta en problemas nacionales que de su mundo o de su sociedad tiene el autor. Los temas pretenden reflejar de alguna manera hechos, episodios, actos ocurridos en una nación durante el siglo XIX. En estas novelas tampoco existe un protagonista romántico o en ruptura con el mundo, pero hay un universo al que se

juzga y hasta se materializa, con y a través de una aguda conciencia política (Ferrerías 1997, 14, Ferrerías 1976).

Un idilio a través de la guerra pertenece a la tendencia de novela histórica nacional o de tema contemporáneo.

Por otra parte, Kurt Spang subdivide a la novela histórica en dos tipos: ilusionista y anti ilusionista. Uno de los rasgos de la novela histórica de tipo ilusionista es el afán de los autores por crear la ilusión de veracidad y autenticidad de lo narrado. Se crea la ilusión de que coinciden historia y ficción (Spang 1998, 66).

La forma de concebir la historia y de narrar repercute también en el modo de subdividir la totalidad de la novela; se presentan segmentos causalmente concatenados, de forma que no se pierda de vista la concepción de la historia como un continuo, como un tejido. Y si por las circunstancias del relato el narrador se ve obligado a cambiar de escenario, procura explicar detalladamente este cambio y las relaciones entre uno y otro y con la historia narrada en general. No se exige ningún esfuerzo al lector para identificar acontecimientos y su interrelación porque ello podría destruir el “hechizo” y “despertarlo” (Spang 1998, 67-68).

La novela histórica ilusionista tiene un final cerrado y definitivo; definitivo en el sentido que el conflicto evocado ha encontrado una solución provisionalmente concluyente (Spang 1998, 69).

En el tipo ilusionista del siglo XIX se advierte el gusto romántico por el paisaje en el que los elementos simbólicos ocupan un lugar preferencial; la naturaleza se erige en espejo y reflejo de las emociones y pasiones (Spang 1998, 70).

En la novela histórica de tipo ilusionista prevalece el relato lineal y cronológico con principio, medio y fin en el sentido aristotélico. Esta organización subraya la continuidad,

el orden y la jerarquización del contenido y se halla con más frecuencia en la novela histórica clásica, con el afán de totalidad que se observa hasta en la consecuente concatenación de los segmentos (Spang 1998, 73).

El novelista alemán Friedrich Hebbel criticó los intentos de algunos novelistas de asemejar el lenguaje de sus figuras novelísticas al lenguaje de la época a la que pertenecen históricamente. Para Hebbel, no se trata de reproducir servilmente el lenguaje del país y de la época ni de las figuras, la novela histórica es una evocación de una época del pasado en un tiempo distinto y, por lo tanto, el arcaísmo o el idioma original sería una falsificación, un anacronismo, no una forma de autentificar lo narrado. Los novelistas históricos que apoyan esta idea de Hebbel son anti ilusionistas (Spang 1998, 82).

De acuerdo con la clasificación de Spang, *Un idilio a través de la guerra* es una novela de tipo ilusionista, por el esfuerzo de Eduardo Ruiz por crear la ilusión de veracidad y autenticidad de los eventos narrados. La presentación de los episodios de la guerra están cuidadosamente enlazados en una estructura lineal, cronológica y aristotélica, dividida en cinco partes que corresponden a inicio, nudo y desenlace cerrado y definitivo: la Guerra de Intervención concluye y las fuerzas opositoras que amenazan con separar a los amantes desaparecen para siempre. La presentación de la totalidad de la novela parece el relato de las memorias del protagonista, Isidro Abad, quien da la impresión de ser un personaje de carne y hueso, que pudo haber vivido, luchado y amado en aquella época.

Clementina Díaz y de Ovando (1958) señala que la novela histórica es consecuencia de la avidez de la historia que caracterizó al siglo XIX, y también de los ideales de instruir y deleitar, que los románticos recogieron del Siglo de las Luces. Para estos pensadores, la novela histórica era el instrumento adecuado para ejercer este apostolado pedagógico de

llevar al lector una cultura que iba más allá de una obra de ficción, no sólo revivir el espíritu de una época, sino inculcar doctrinas sociales, la defensa de las ideas, las simpatías históricas y despertar la conciencia popular (Díaz y de Ovando 1958, 50).

Georg Lukács señala que la novela histórica, en su origen, desarrollo, apogeo, declive y resurgimiento, inevitablemente va de la mano con las grandes transformaciones sociales de los tiempos modernos (Lukács 1962, 17).

A continuación se hace una revisión sobre el origen y desarrollo de la novela histórica, primero a nivel mundial, enseguida en México, durante el siglo XIX.

2.1.2. ORIGEN Y DESARROLLO DE LA NOVELA HISTÓRICA

2.1.2.1. *El modelo de Walter Scott*

Waverley (1814), de Walter Scott, fue masiva, exitosa mundialmente, influyente e introdujo el subgénero de la novela histórica. De acuerdo a Mata Induráin, antes de Scott los escritores situaban sus obras en épocas pasadas, pero cuidaban poco la descripción detallada y exacta del ambiente pretérito y la vinculación entre la trama novelesca y el fondo histórico, lo que aparecía como algo postizo. Scott parte de la narrativa inglesa del siglo XVIII e influido por las tesis del historiador Macaulay, crea el patrón y fija las características de la fórmula de este subgénero narrativo (Butterfield 1924, 29, Mata Induráin 1998, 18, Groot 2010, 17).

En opinión de Herbert Butterfield, Walter Scott hace algo que el historiador no puede: recapturar la vida de una era, y resucitar una imagen del pasado. Scott fue el primero en entender a los individuos históricamente. Brander Matthews (1901) reconoce en Scott los dones de la narración y un conocimiento íntimo de más de una época pasada. Asimismo, era poeta y humorista (Lukács 1962, 19, Matthews 1901, 9).

Scott estaba interesado en las maneras en que los personajes actuaban, más que en los efectos y los propósitos de sus acciones. También se interesó por los modos en los que la “realidad” podía ser malinterpretada por la imaginación. En suma, quiso escribir sobre hombres, no sobre costumbres. Las costumbres y la conducta eran de poca relevancia, su prioridad era revelar la actualidad del pasado (Groot 2010, 20-22).

Para alcanzar este objetivo, en las novelas históricas de Scott, los personajes desconocidos, semihistóricos o no históricos, interpretan el papel protagónico. El protagonista de la novela de Scott es siempre un caballero promedio inglés, más o menos mediocre, que suele poseer un cierto, pero nunca sobresaliente, grado de inteligencia práctica, una cierta fortaleza moral y decencia que incluso le llevan a la capacidad del auto-sacrificio, pero que nunca crece en una pasión humana profunda, nunca es la ferviente devoción hacia una gran causa (Lukács 1962, 33).

Las figuras históricas, los líderes de las clases en guerra y partidos son personajes menores en la historia. Scott no los estiliza, pero tampoco los sitúa en un pedestal romántico; los muestra como seres humanos con debilidades y fortalezas, buenas y malas cualidades. No obstante, para Scott, el gran personaje histórico es representante de un movimiento importante y significativo que incorpora largas secciones de gente. El héroe es grandioso porque su pasión personal y heroísmo coinciden con este gran movimiento histórico (Lukács 1962, 38-45).

Scott sabe interpretar las grandes crisis, los momentos decisivos de la historia inglesa: momentos de cambios, de fricciones entre dos razas y culturas, de luchas civiles o de clases, y lo hace destacando la complejidad de las fuerzas históricas con las que se enfrenta el individuo. La acción de las novelas de Walter Scott movía todas las clases sociales de la época. También su lenguaje, conciso, enérgico, sencillo, contribuía a despertar un efecto artístico favorable (Mata Induráin 1998, 19, Passuth 1967, 4-5).

La publicación de *Ivanhoe* (1819) desató en toda Europa y en América la fiebre de la novela histórica. En esta novela encontramos casi todos los recursos que asimilaron los novelistas históricos de toda Europa y América (Mata Induráin 1998, 19, Alonso 1984, 31).

2.1.2.2. Primera mitad del siglo XIX

El modelo de Walter Scott se impuso rápidamente en Europa y América y dominó el panorama de la narrativa europea entre 1815 y 1850. No obstante, sería un error pensar que la totalidad de la gran ola de novelas históricas de la primera mitad del siglo XIX esté basada en sus principios. Hubo dos tendencias en la novela histórica: por una parte, el romanticismo liberal que aspiraba a un progreso moderado; y la novela romántica conservadora, que mantuvo intacta la visión del siglo XVIII (Lukács 1962, 63, Mata Induráin 1998, 19-20).

En 1823, Alessandro Manzoni, con la publicación de *Los Novios*, influye tanto como Scott, pero Manzoni fue un novelista histórico más meticuloso (Alonso 1984, 34). En una carta que escribió en 1821, afirma:

Concibo las novelas históricas como un retrato de un estado de sociedad dado a partir de hechos y personajes tan similares a la realidad que uno pudiera pensar que ha leído una historia verídica. Cuando los eventos históricos y los personajes se introducen, deben ser retratados en las formas históricamente más estrictas (Bermann 1984, 12).

De acuerdo a Lukács, la inventiva de Manzoni para contar una historia, su imaginario al presentar las más variadas clases sociales, su sensibilidad por la autenticidad de la historia iguala las cualidades de Scott. No obstante, en la diversidad y profundidad de la caracterización de los personajes, en el modo en que él agota todas las posibilidades personales y psicológicas de las grandes colisiones trágicas, Manzoni lo supera (Lukács 1962, 69-70).

El escritor estadounidense James Fenimore Cooper retomó y extendió varios de los principios de Scott referentes a la elección de los temas y su manera de retratarlos. Pero Cooper se concentra en el declive físico y la irrupción de las tribus indígenas, lo que da a

sus novelas una larga y amplia perspectiva histórica. Los ingleses y franceses son representados con una psicología superficial y un sentido del humor monótono y forzado. No obstante, el mayor logro artístico de Cooper es su manera singular de desarrollar el “héroe mediocre” de Scott (Lukács 1962, 64-65).

La novela histórica británica del siglo XIX tomó el ejemplo de Scott y analizó los procesos de la historia. En Inglaterra hubo dos tendencias de novela histórica: la primera de tipo medieval, patente en *The broad-stone of honour* (1822), de Henry Kenelm Digby, y mejor vista en *The last of the Barons* (1843), de Edward Bulwer-Lytton. La segunda fue de cambio social, cultivada por escritores como George Eliot (*Middlemarch*, *Romola*, *Felix Holt*), Charles Dickens (*Barnaby Rudge*, *A Tale of Two Cities*), William Makepeace Thackeray, Edward Bulwer-Lytton y Elizabeth Gaskell (Groot 2010, 34).

También hubo una interminable cantidad de autores ingleses que trataron de dar a su ficción histórica la forma de lo que habían aprendido durante sus viajes al extranjero, excavaciones arqueológicas o estudios escolares. Uno de los libros más populares que se produjeron bajo estos términos fue *Theodora Phranza: or The fall of Constantinople* (1857), de John Mason Neale (Maxwell 2009, 99).

Maxwell (2009) reconoce que la novela histórica inglesa del siglo XIX fue menos exitosa que la francesa, tanto en estética como en atracción popular. Desde la década de 1820 en adelante, los novelistas franceses establecieron el tono de la ficción histórica. El continuador del género, en el sentido de una concepción consciente e histórica del presente, fue Honoré de Balzac, quien más conscientemente representa la vida popular en la época contemporánea en su novela de juventud *Le dernier Chouan* (1829). Las novelas de Victor Hugo y de Alexandre Dumas gradualmente reemplazaron a las de Walter Scott, aunque el

mérito del autor escocés está en haber dado forma a la prosa de estos escritores (Maxwell 2009, 110; Lukács 1962, 82).

Política y socialmente, Víctor Hugo va mucho más lejos de los propósitos reaccionarios de sus contemporáneos románticos. Conserva el subjetivismo moralizante con contenido social y político. Para él también la historia se transforma en una serie de enseñanzas morales para el presente. Estas tendencias anti-románticas que se dan en Francia llevan al desarrollo de nueva novela histórica. Fue Francia quien ofreció la mayor resistencia contra el romanticismo oscurantista, que defendió más férreamente las tradiciones del siglo XVIII y la Ilustración. Los defensores más importantes de este tipo de romanticismo fueron Stendhal y Prosper Mérimée, quien escribe la novela histórica *Crónica del Reinado de Carlos IX* (Lukács 1962, 77-78).

En España, la consolidación de la novela histórica no se da hasta la década de 1830. Enrique Gil Carrasco publica en 1844 *El señor de Bembibre*, considerada la mejor novela histórica española escrita en el siglo XIX (Alonso 1984, 37, Mata Induráin 1998, 18).

En Rusia, a pesar de su retraso económico, político y cultural, el zarismo había creado un sentido de unidad nacional y se había defendido contra sus enemigos extranjeros. No es casualidad que en Rusia los principios de la novela histórica hayan sido entendidos con mayor profundidad y rapidez que en el resto de Europa (Lukács 1962, 71).

Las novelas históricas de Pushkin, *La hija del capitán* y *The Negro of Peter the Great*, muestran un estudio profundo de los principios de composición de Scott. La base de su grandeza artística es la representación de características decisivas de la vida popular, en su verdadera complejidad e intrincación histórica. Pushkin también sigue a Scott en la presentación del héroe mediocre con grandes conflictos humanos en medio de un conflicto,

e impone grandes pruebas y tareas sobre ellos para que muestren su crecimiento bajo esas condiciones difíciles (Lukács 1962, 72, Bermann 1984).

2.1.2.3. *Alessandro Manzoni sobre la crisis de la novela histórica*

Amado Alonso señala que, a pesar del éxito tan fulminante y universal, la novela histórica estuvo en crisis casi desde su nacimiento. En Inglaterra, los eruditos identificaron en las obras de Walter Scott situaciones falsas. De este modo, se planteó en estas novelas el conflicto íntimo entre lo histórico y lo inventado (Alonso 1984, 42).

Tratando de dar luz sobre dicha controversia, Alessandro Manzoni escribió el ensayo *Alegato sobre la novela histórica*, obra que lo ocupó de 1828 a 1850. En este trabajo, Manzoni cuestiona la relación entre historia, por una parte, y poesía, o (como Manzoni la llamaría) invención (Bermann 1984, 3). Entre las ideas que Manzoni expresa en *Alegato Contra La Novela Histórica* (1850) destacan:

- a. La novela histórica es materia de dos críticas diametralmente opuestas: Algunos se quejan de que en ciertas novelas históricas o en ciertas partes de una novela histórica, el hecho no se distingue de la invención y eso, como resultado, hace que las obras fracasen en uno de sus propósitos principales, que es dar una representación fiel de la historia. Hay otros críticos que se quejan que en una novela histórica cualquiera o en partes cualesquiera de una novela histórica, el autor sí distingue entre verdad factual e invención; esto, dicen, destruye la unidad que es la condición vital de este o cualquier otro trabajo de arte. ¿Cómo

responder a los críticos? A decir verdad, probablemente tengan razón (Manzoni 1984, 63, 65, 67).

- b. Mi respuesta a los primeros [críticos] es: Cuando exigen que el autor de una novela histórica les permita distinguir lo que realmente sucedió de lo que él ha inventado, ustedes no han considerado si esto puede hacerse [...] Una vez que ustedes pidan a la novela histórica que identifique realidad aquí y allá, lo que en realidad están pidiendo es que identifique la realidad absoluta de principio a fin: una imposibilidad (Manzoni 1984, 67-69).
- c. A los segundos críticos: De acuerdo a ustedes, distinguir hechos reales de la ficción en una novela histórica destruye la homogeneidad de su efecto, la unidad de las creencias del lector [...] Al leer una novela histórica, el lector sabe bien que encontrará ahí *facta atque infecta*, cosas que ocurrieron y cosas que han sido inventadas (Manzoni 1984, 69-70).
- d. La novela histórica es un trabajo en el que lo necesario se vuelve imposible, y en el que dos condiciones esenciales no pueden reconciliarse, ni siquiera cumplirse. Inevitablemente se deja llevar por una combinación contraria a su materia específica y una división contraria a su forma. Aunque sepamos que la novela histórica es una obra en el que la historia y la fábula deben figurar, no podemos determinar ni siquiera estimar su propia medida de relación. Es un trabajo imposible de lograr satisfactoriamente, porque sus premisas son inherentemente contradictorias [...] Ahí está su imperfección crítica (Manzoni 1984, 72).
- e. El arte bueno y tradicional es un arte que establece un objetivo sensible y usa los mejores medios para lograrlo, los valores que, aplicados en el material correcto, lo alcanzarán respecto a lo que el intelecto humano permita. Es posible obtener y

transmitir, si no un conocimiento perfecto, por lo menos una impresión aproximada sobre ciertos hechos, sobre la condición humana en un tiempo y lugar determinados. Esto es lo que la historia trata de hacer, asumida en buenas manos (Manzoni 1984, 73).

- f. La duda provocada por la novela histórica es inquietante. Puede que no esté fuera de lugar mencionar que a veces la historia usa lo verosímil, y lo puede hacer si lo utiliza apropiadamente y lo presenta como tal, distinguiéndolo de lo real (Manzoni 1984, 74).
- g. La novela histórica no tiene un propósito lógico propio, falsifica representar la condición humana en una época histórica a través de acciones inventadas y da la apariencia de unidad (esto es una correspondencia entre valores y fines) (Manzoni 1984, 76).
- h. La novela histórica es apenas única en la contradicción inherente de sus premisas y su inhabilidad resultante de tomar una forma convincente y estable (Manzoni 1984, 81).
- i. Comparando la épica y la tragedia, por un lado, y el propósito de la novela histórica, por el otro, es fácil ver que la diferencia esencial está en que la novela histórica no dibuja su materia principal desde la historia para transformarla con una intención poética, pero la inventa como la obra de la que ha tomado el nombre y de la que es una nueva forma (Manzoni 1984, 124).
- j. Lo que nos diferencia de la gente de aquellos tiempos es la posesión de un criticismo histórico que busca la verdad en hechos pasados y, mucho más importante, la posesión de una religión que, siendo verdadera, no puede ser

adaptada a cambios arbitrarios y elaboraciones no basadas en hechos (Manzoni 1984, 125).

- k. Es innegable que lo que primero ganó favor por la novela histórica fue la ilusión de la historia, y puede ser que esta ilusión no dure mucho [...] Si por historia se entiende cualquier libro que tenga ese título, el mensaje no lleva a nada; y si se entiende por historia todos los sucesos y costumbres que puedan ser conocidos, esto es falso. Existió la ilusión de que las novelas de Walter Scott eran más verdaderas que la idea en que él las había basado. Esto fue, de hecho, mucho más vasta, pero pagó el precio de ser menos histórica. Se agregó otra verdad, pero de diferente naturaleza, y por eso dejó de ser cierta (Manzoni 1984, 126).

2.1.2.4. Segunda mitad del siglo XIX

La revolución de 1848, en la que el proletariado se presentó como una clase armada resuelta a todo y la burguesía tuvo que luchar por su continuidad al frente de su mandato económico y político, significó una alteración decisiva en el agrupamiento de clases y sus actitudes hacia todas las preguntas importantes de la vida social, las cuales se dirigieron desde entonces hacia el desarrollo social (Lukács 1962, 171).

Passuth apunta que hacia mediados del siglo XIX tuvieron cada vez mayor ascendente los filósofos de historia, ante todo Carlyle, Taine y Thierry. De ahí la creación de una base sólida de un realismo burgués para la novela social, al igual que para la histórica (Passuth 1967, 5). A consecuencia de esto, los escritores más notables del periodo dieron un importante paso adelante al dar una formulación histórica ante la idea del

progreso: avanzaron en el concepto del carácter contradictorio del progreso humano (Lukács 1962, 174).

La primera novela histórica arqueológica es *Salambó* (1862), de Gustave Flaubert. Flaubert escogió un tema difícil: los cartagineses, e hizo alarde por la realización artística, inspirado por el modelo filosófico positivista, esteticista, contemplativo, sometido a la fidelidad erudita que demandaban los críticos. Es a partir de esta época en que la novela histórica se convierte en historia novelada (Alonso 1984, 72-73).

Con *Guerra y Paz*, León Tolstoi creó una novela histórica única en su tipo al retratar las condiciones reales de vida en un periodo transicional de la historia de su país: las guerras napoleónicas. La representación de la vida popular es más amplia, más colorida y rica en personajes, quienes resultan figuras secundarias al lado del protagonista verdadero y principal: el pueblo. Las distintas clases del pueblo ruso son las que forman el panorama auténtico para la acción histórica. El énfasis que Tolstoi hace en la vida popular como la base real de los acontecimientos históricos es más consciente (Lukács 1962, 86, Passuth 1967, 8).

Renovaron el género escritores de fuerte personalidad, impulsores del creciente realismo literario como Willibald Alexis, Gustav Freitag, con temas nacionales de Alemania; y el suizo Conrad Ferdinand Meyer, con temas medievales, renacentistas y de la reforma protestante. En Estados Unidos, Nathaniel Hawthorne publicó con gran éxito *La Letra Escarlata*. En esta época se le da mayor peso a la documentación histórica y se pasa al tratamiento arqueológico y profesoral. El egiptólogo Georg Ebers noveló el Egipto de Ramsés II en *Ouarda* (1876), el de los Ptolomeos en *Las Hermanas* (1880), el de los mártires cristianos en *Homo Sum* (1878), la destrucción de la biblioteca de Alejandría en *Serapis* (1884), la conquista musulmana en *La novia del Nilo* (1886). De la misma época

son las novelas eruditas de Felix Dahn: *La lucha por Roma*, *Los Cruzados*, *Atila; Quo Vadis?* (1896), de Henryk Sienkiewicz; y *Ben Hur* (1880), del general Lew Wallace (Alonso 1984, 71).

2.1.2.5. México

En América Latina, incluido México, surge el sentimiento romántico en función de los cortes políticos que implicaron los movimientos de independencia y que desbarataron la normativa opresiva, pero estabilizadora, de la vida colonial. Noé Jitrik (1995) afirma que la novela histórica latinoamericana del siglo XIX se pregunta qué se es como nación, actual o presunta, como realidad afirmada o como un proyecto más sensato de construcción, qué quiere decir ser mexicano frente a identidades bien definidas, como la española, inglesa o francesa, que sirven de unidades comparativas y de medida (Jitrik 1995, 20, 40-41).

Walter Scott se difunde en México, a la par que en España, desde la década de 1830. No obstante, de acuerdo a Reyes Nevares, la influencia de Scott en México no fue demasiado grande, ya que pronto los novelistas mexicanos se percataron de la necesidad de volver los ojos al pasado del país (Reyes Nevares 1960, 101, Alonso 1984).

La novela histórica en el México decimonónico trató de las civilizaciones indígenas de la Conquista, del Virreinato, de la Guerra de Independencia, de la Guerra contra Estados Unidos y de la Guerra de Intervención Francesa. Tanto liberales como conservadores utilizaban la novela para probar sus tesis políticas, haciendo polémica sobre materias de gobierno. Eran medios de propaganda (Reyes Nevares 1960, 102).

Las primeras novelas históricas escritas por mexicanos que alcanzaron popularidad en nuestro país fueron *El Inquisidor de México* (1835), de José Joaquín Pesado, y *El Misterioso* (1836), de Mariano Meléndez y Muñoz. Sin embargo, Manuel Sol (2014) señala que la primera novela histórica que se escribió en México fue *La hija del judío* (1848-1849), de Justo Sierra O'Reilly. Todas son novelas ambientadas en la época colonial y tratan el tema de la Inquisición (Sol 2014, 173, Díaz y de Ovando 1958, 51).

Los principales novelistas históricos de los conservadores fueron Crescencio Carrillo y Ancona, canónigo de la Catedral de Mérida, y José María Roa Bárcena, quien en 1870 publicó *La Quinta Modelo*. Los liberales contaron en cambio con una legión de novelistas: Justo Sierra O'Reilly, Juan Díaz Covarrubias, Juan A. Mateos, Eligio Ancona, Nicolás Pizarro, Ignacio Manuel Altamirano y Vicente Riva Palacio, entre otros (Reyes Nevares 1960, 103-105).

Manuel Payno incursionó en el género con la publicación en 1860 de la novela *El hombre de la situación*, en la que abuelo, padre e hijo representan tres actitudes de la sociedad mexicana durante la Colonia, la Independencia y la República (Oviedo 1997, 92).

La historia nacional adquirió una importancia singular y un propósito altamente didáctico a partir de 1867. Se hizo obligatoria la enseñanza de la historia nacional en todos los niveles educativos para fortalecer la lealtad del ciudadano a su patria, representada por el gobierno republicano. José María Roa Bárcena, Eufemio Mendoza, José María Vigil, Guillermo Prieto, Manuel Payno, Ignacio Manuel Altamirano y Justo Sierra redactaron manuales de una historia mexicana patria que con pocas modificaciones sigue siendo la interpretación liberal y oficial que ha perdurado hasta la actualidad. Para estos escritores, el propósito fundamental de la enseñanza de la historia era crear mitos que dieran aliento a la nacionalidad y a los héroes que la simbolizaban; y sobre todo proporcionar un análisis

conforme a la ideología política dominante. A pesar de su definición laica, para asegurar la lealtad de los ciudadanos hacia la concepción abstracta del Estado, la nación debió adquirir un espíritu religioso. La sacralización del “altar de la patria” sirvió para esa tarea de unificar (Maciel 1984, 109-110, Illades Aguilar 2003, 12, Borsò 2010, 228).

Una de las consecuencias inmediatas en la literatura del triunfo contra los invasores fue la inundación de novelas históricas que le siguió. Desde fines de los años sesenta hasta terminar el siglo XIX, el género vivió su apogeo (Sefchovich 1987, 36).

Destacó Vicente Riva Palacio, quien mostró un definido interés por los temas históricos nacionales, en especial por los de la época colonial. En sus novelas, Riva Palacio repite la fórmula popular de entretener intriga sentimental sobre un trasfondo histórico, tuvo acceso a los documentos de la Inquisición, en los cuales se basó para escribir *Monja y Casada*, *Virgen y Mártir* (1868), *Martín Garatuza* (1869), *Los piratas del Golfo* (1869), *Las dos emparedadas* (1869), *La vuelta de los Muertos*, *Memorias de un Impostor* (ambas en 1870), *Don Guillén de Lampart rey de México* (1872), y una sobre la Guerra de Intervención Francesa, *Calvario y Tabor* (1868) (Oviedo 1997, 95-96, Díaz y de Ovando 1958, 53).

2.1.3. HISTORIA DE LA GUERRA DE INTERVENCIÓN FRANCESA CONTENIDA EN UN IDILIO A TRAVÉS DE LA GUERRA, DE EDUARDO RUIZ

2.1.3.1. *Desde el fin de la Guerra de Tres Años hasta el comienzo de la Guerra de Intervención en Michoacán*

Miguel Miramón, presidente conservador, fue derrotado en forma definitiva el 22 de diciembre de 1860, después de un reñido combate en San Miguel Calpulalpan, Estado de México, por las tropas de Jesús González Ortega. Esto le orilló a renunciar a la Presidencia dos días después y refugiarse en Cuba (Casasola 1967, Díaz 1981, Aguirre Cinta 1903).

González Ortega asumió el mando militar y entró a la Ciudad de México el 1 de enero de 1861, mientras que Juárez, su gabinete y una tropa de veintiocho mil soldados lo hicieron el 11 (Altamirano 2006, 110, Casasola 1967, Schlarman 1976, Zavala 1981, Peza 1904).

El narrador de *Un Idilio a través de la Guerra* se refiere a este acontecimiento en el Capítulo II de la Parte Primera de esta manera:

La victoria de Calpulalpan dio fin a la guerra de tres años, que trajo consigo el triunfo espléndido de la Reforma (E. Ruiz 1923, 10).

De acuerdo al narrador de la novela, el protagonista, Isidro Abad, volvió a la Escuela de Medicina a continuar sus estudios. Sin embargo, al término de la Guerra de Reforma, México estaba en una condición económica crítica: la venta masiva de bienes confiscados de la Iglesia no alivió las penurias de Hacienda; pero, en cambio, enriquecieron a unos cuantos; por esta razón, los ministros cambiaron de forma constante. Los campos

abandonados, la administración pública destruida, el robo a la orden del día, el aniquilamiento y la matanza. El Ejército, con pocas excepciones, había dado todo su contingente y mejores fuerzas a los conservadores. El clero siguió dando a la guerra un carácter religioso y dogmático, manteniendo en las familias la inquietud y conservando la excomunión, la no absolución y la privación del sepulcro a quien profesara ideas liberales; y ayudó al Partido Conservador para hacer estallar pronunciamientos a lo largo de la República, proclamando Religión y Fueros.

Las dificultades financieras del gobierno de Benito Juárez obligaron a tomar la decisión de suspender por dos años el pago de la deuda exterior y sus intereses el 17 de julio de 1861. México debía \$69,994,542.54 a los ingleses; \$9,460,986.29 a los españoles; y \$2,800,762.03 a los franceses (Delgado de Cantú 2006).

España, Francia e Inglaterra se aliaron para exigir a México el pago de la deuda y decidieron en la Convención de Londres (31 de octubre):

- a. Ocupar fortalezas y posiciones militares para defender los intereses extranjeros.
- b. No procurar adquisición de territorio ni ingerirse en la política interior del país, ni en nada que menoscabase los derechos de México como nación soberana e independiente.
- c. Nombrar comisarios para que decidieran sobre los negocios de los súbditos extranjeros en México, cuidando de la recaudación y distribución de las sumas que les correspondiesen.
- d. Excitar a los Estados Unidos para que se adhiriesen a la convención.
- e. Fijar el término de quince días para la ratificación del tratado (Prieto 1890).

Manuel Payno (1886) establece que la Guerra de Intervención comprende desde el 22 de diciembre de 1861, fecha en que desembarcaron en Veracruz las tropas españolas, hasta el 21 de junio de 1867, en que Porfirio Díaz, general en jefe de las fuerzas republicanas, ocupó la Capital de la República (Payno 1886). Esta periodización la

comparte la novela *Un Idilio a través de la guerra*, de Eduardo Ruiz, quien se refiere a ella de este modo:

[...] vino la campaña contra la intervención francesa, el pelear gigantesco y glorioso que duró desde fines de 1861 hasta la mitad del año de 1867 (E. Ruiz 1923, 11).

Las primeras tropas intervencionistas francesas, comandadas por Saligny, desembarcaron en Veracruz entre diciembre de 1861 y enero de 1862. Aunque el Congreso era reacio a otorgarle facultades extraordinarias a Juárez, terminaron por concedérselas el 11 de diciembre. Para desenmascarar y mantener a raya a los conservadores, el 25 de febrero de 1862, Juárez promulgó un decreto en el cual ponía fuera de la ley a los que secundaran o favorecieran la intervención extranjera en México.

Gracias a la hábil intervención del Ministro de Relaciones, Manuel Doblado, España e Inglaterra aceptaron la cancelación temporal del pago de la deuda y se retiraron del territorio nacional el 15 de abril de 1862. Francia, representada por Saligny, reclamó cinco cuestiones, citadas por Francisco Bulnes en su obra *El verdadero Juárez y la verdad sobre la intervención y el Imperio*:

Primero.- La entrega inmediata de 12 millones de pesos, esta suma debía saldar las reclamaciones hasta el 31 de julio de 1861, debiendo el gobierno mexicano pagar lo que se le exigiese posteriormente.

Segundo.- El pago de 15 millones de pesos por los bonos Jecker.

Tercero.- La entrega de los puertos de Veracruz y Tampico, y los que designase Francia para que los administraran empleados franceses, quedando los productos a favor de los reclamantes.

Cuarto.- El Ministro de Francia tendría siempre derecho a asistir en cualquier estado de la causa y por medio de delegados que asignara al efecto, a todas las instrucciones entabladas por la justicia criminal del país, y estaría investido del mismo derecho relativamente a todas las causas criminales intentadas contra sus nacionales.

Quinto.- Continuación del pago de la convención francesa reconocida (Bulnes 1904).

El 17 de abril de 1862, Juan Nepomuceno Almonte desconoció al gobierno de Juárez mediante un Manifiesto. Dos días después, el general Taboada proclamó en Córdoba

a Almonte como Jefe Supremo de la Nación. El 20, las fuerzas francesas expedicionarias, al mando del Conde de Lorencez, sumadas a las tropas del partido conservador, declararon la guerra y avanzaron hacia la Ciudad de México con seis mil hombres. Se dispusieron ocupar todo el país bajo la responsabilidad de Almonte, quien prepararía el terreno para el futuro monarca.

Juárez llamó a los gobernadores y a los mexicanos de todos los partidos para aprestarse a la defensa del país. Vidaurri, gobernador de Nuevo León, no reaccionó. El 3 de mayo, el Congreso otorgó facultades extraordinarias al Presidente para enfrentar la amenaza (Altamirano 2006, León 1902, Payno 1886, Prieto 1890, Schlarman 1976, Vasconcelos 1978, Vázquez 2005).

El general Ignacio Zaragoza, con un ejército mal armado de menos de cuatro mil hombres, esperó a los franceses en las cumbres de Aculzingo y el combate prosiguió en Puebla, en los Fuertes de Loreto y Guadalupe. Los invasores, confiados en la facilidad con la que habían avanzado desde la costa, atacaron en escaso número y fueron rechazados tres veces el 5 de mayo. Una tormenta y la inferioridad numérica de sus tropas impidieron a Zaragoza perseguir a los franceses que se retiraron hacia el cerro de Amalucan (León 1902, Vasconcelos 1978, Prieto 1890, Hidalgo 1868, 104).

Los intervencionistas retrocedieron a Orizaba mientras esperaban refuerzos para proseguir la ofensiva con un jefe militar más experimentado que enviaría Napoleón III. Se les unió el general Leonardo Márquez con 2,500 soldados de caballería. Zaragoza y González Ortega se acercaron a atacar Orizaba. Ortega fue sorprendido y derrotado en el cerro del Borrego, Zaragoza se retiró a Puebla (González y González 2009, Payno 1886, Torres Quintero 1910, 175).

El 22 de septiembre, desembarcó en Veracruz el general Elías Forey con un ejército de 28,126 hombres; dos divisiones de infantería a las órdenes de los mariscales Bazaine y Douay, respectivamente. El comandante Lefevre se sumó a la intervención con 450 hombres. Éstas se sumaron al ejército invasor existente y formaron un total de 30,978 hombres (León 1902, Schlarman 1976, Torres Quintero 1910, 177).

Mientras los invasores se preparaban para el contraataque, el gobierno republicano de Juárez se dedicó el resto de 1862 a prepararse para la defensa. Los Estados enviaron sus contingentes respectivos y con ellos se organizaron dos ejércitos, uno se destinó a la defensa de Puebla y otro, *El Ejército del Centro*, se previno para auxiliar aquella plaza. Pero la muerte sorprendió al general Zaragoza, por lo que se confió el mando al general González Ortega (Altamirano 2006, 120).

Las tropas imperialistas retomaron el avance desde Orizaba y atacaron Puebla el 16 de marzo. La ciudad resistió el sitio sesenta y dos días, y se rindió el 17 de mayo de 1863. Ese día, México perdió doce mil combatientes, pero los mejores generales de Juárez escaparon: González Ortega, Porfirio Díaz y Mariano Escobedo. Los soldados se dispersaron en su mayor parte, pero varios oficiales mexicanos fueron hechos prisioneros y enviados a Francia (Schlarman 1976, Payno 1886, Torres Quintero 1910, 180, Prieto 1890).

Juárez abandonó la Ciudad de México el 31 de mayo y se estableció en San Luis Potosí el 10 de junio. En esta ciudad permanecería seis meses. En su autobiografía, José María Iglesias señala que esta decisión se debió a que la Capital de la República carecía de medios adecuados de defensa. Desde San Luis Potosí, Juárez autorizó a varios generales y jefes a que levantaran ejércitos en diferentes zonas de la República. Encargó al general Uraga el mando del *Ejército del Centro* para defender a los Estados de Occidente (Jalisco, Michoacán, Estado de México, Guanajuato y Querétaro); a Juan Álvarez el *Ejército del*

Sur; y a Porfirio Díaz, Oaxaca, Chiapas, Tabasco, Yucatán y Campeche (Iglesias 1987, Vázquez 2005, Payno 1886, Altamirano 2006).

Con más de treinta mil hombres, Bazaine entró a la Ciudad de México, sin resistencia alguna, el 7 de junio de 1863. El general Forey entró el 10, y el 18 procedió a formar una Junta de gobierno compuesta de 35 miembros, la cual, a su vez, nombró otra compuesta de 215 personas afines a la Intervención, la Junta de Notables. También nombró una Regencia, encabezada por Juan Nepomuceno Almonte, el arzobispo Pelagio Antonio Labastida y Dávalos, y Mariano Salas, la cual tomó el poder el día 21. Forey restringió la libertad de prensa, pero publicó un decreto en el que concedía la libertad de religión. Sobre los bienes confiscados de la Iglesia, aseguró que los compradores no serían molestados (Schlarman 1976, Torres Quintero 1910, 181, Altamirano 2006, 126, Vasconcelos 1978, Carballo 1999).

La Junta de Notables tuvo funciones de Congreso Constituyente. El 10 de julio de 1863, presentó un dictamen que contenía las siguientes resoluciones:

1. La nación mexicana adopta por forma de gobierno la monarquía moderada, hereditaria, con un príncipe católico.
2. El soberano tomará el título de Emperador de México.
3. La corona imperial de México se ofrece al príncipe Fernando Maximiliano, Archiduque de Austria, para sí y sus descendientes.
4. En el caso de que, por circunstancias imposibles de prever, el archiduque Fernando Maximiliano no llegase a tomar posesión del trono que se le ofrece, la nación mexicana se remite a la benevolencia de S. M. Napoleón III, emperador de los franceses, para que le indique otro príncipe católico (Prieto 1890, 181-182, León 1902).

A continuación se nombró una Comisión compuesta de diez vocales y un secretario, todos políticos conservadores, para que viajara a Miramar a ofrecerle la Corona de México a Fernando Maximiliano de Austria, casado con Carlota, hija del rey de Bélgica. Dicha comitiva se embarcó en Veracruz el 18 de agosto y llegó a su destino el 3 de octubre.

Maximiliano respondió que aceptaría el trono con gusto siempre y cuando le presentaran “los votos de la generalidad del país” (Rivera 1904).

Forey y Saligny fueron llamados a Francia, quedando al frente del cuerpo expedicionario el Mariscal Aquiles Bazaine, quien a partir del 1º de octubre emprendió una campaña al interior de la República Mexicana con un ejército compuesto de 34,144 franceses, 400 egipcios, 200 aventureros de varias nacionalidades y cerca de 13,000 mexicanos (Torres Quintero 1910, 184-185, Schlarman 1976, Rivera 1904).

A finales de 1863, el ejército invasor, que ya se había apoderado de Veracruz, Puebla y la Ciudad de México, avanzó hacia provincia para conquistar varias poblaciones de importancia como Morelia, Querétaro, San Luis Potosí, Guanajuato, San Miguel de Allende, Dolores Hidalgo, León, Lagos, Guadalajara, Aguascalientes y Zacatecas. Lo primero que hacían los imperialistas en las ciudades que tomaban era convocar juntas para que la ciudadanía expresara su deseo de llamar a Maximiliano, reuniendo un gran número de actas (Torres Quintero 1910, 185).

Mientras tanto, el presidente Benito Juárez se retiraba hacia el norte de la República. Primero a Matehuala, a donde llegó el 22 de diciembre; a continuación a Saltillo, en donde estableció su gobierno el 9 de enero de 1864 (Rivera 1904, Ríos y Albarrán 1890, E. Ruiz 1923, 12). Los liberales que lo apoyaban empezaron a prepararse “no sólo para defender el territorio, sino a tomar la iniciativa en una campaña dura y tenaz”, como queda manifiesto en el capítulo II de la Parte Primera de *Un idilio a través de la guerra* (E. Ruiz 1923, 12).

2.1.3.2. Parte Primera: El Nido de una Paloma en medio de las Águilas (de noviembre de 1863 al 28 de octubre de 1864)

En este apartado se muestran las referencias relativas al tiempo histórico en que se desarrollan las acciones de *Un idilio a través de la Guerra*, de Eduardo Ruiz. Para una mejor localización del tiempo histórico, algunas fechas que no han sido referidas con exactitud en la novela, fueron verificadas principalmente en la obra *Historia de la Guerra de Intervención en Michoacán*, del mismo autor. No obstante, también se ha recurrido a otros textos.

El general Felipe B. Berriozábal, quien había tomado posesión de los cargos de Gobernador y Comandante Militar de Michoacán el 21 de octubre de 1863, de inmediato puso a la entidad en estado de defensa para que la lucha iniciara en el momento que apareciera el enemigo. Su decreto del 11 de noviembre impuso a los prefectos de los departamentos el deber de declarar en estado de sitio sus respectivas localidades, disputándolas con armas en la mano hasta donde fuera posible; ordenándoles que si la cabecera del distrito era ocupada, no abandonasen su puesto, sino que se localizaran en el punto más inmediato para continuar las hostilidades y atender a la administración civil del departamento. Esta disposición se mantuvo durante toda la campaña, ya que nunca dejaron de funcionar en sus respectivas demarcaciones las autoridades de la República. Asimismo, Berriozábal municionó, aumentó la milicia regular, dio bases de organización a las guerrillas, dispuso que los archivos públicos se trasladaran a lugares seguros, estableció métodos eficaces para recaudar impuestos, aun en los puntos ocupados por el enemigo, y dictó cuantas medidas creyó oportunas para hacer frente a la situación (E. Ruiz 1896, 11).

La ocupación militar del territorio michoacano por los imperialistas fue puesta en marcha por la brigada francesa de Berthier y la división mexicana a las órdenes del Gral. Leonardo Márquez, provenientes de Toluca. El 4 de noviembre de 1863 llegaron las primeras fuerzas del ejército invasor. Mil trescientos simpatizantes del Imperio saquearon Yurécuaro y Tanhuato. De Toluca otra expedición de franceses, al mando del general Castagny, marchó rumbo a Acámbaro y Zinapécuaro, con el propósito de tomar Morelia. El 24, Berriozábal expidió una ley en la que declaraba a Uruapan capital del Estado de Michoacán mientras durara la guerra. El 28 y 29 evacuaron Morelia las tropas republicanas al mando del general Régules, situándose en Pátzcuaro. El gobernador Berriozábal y sus empleados (secretario particular, médico, ayudantes, y escribiente) abandonaron la plaza ese mismo día, dirigiéndose a Santa María de Guido, y de ahí hacia Santiago Undameo y Pátzcuaro, en donde se estableció provisionalmente el gobierno, desplazándose después a Uruapan. Quinientos hombres de Berthier y tres mil de Márquez se apoderaron de Morelia el 30 de noviembre. El general José de Ugarte fue nombrado prefecto político del gobierno imperial y Leonardo Márquez, jefe de armas (García Mora 1989, Sánchez Sandoval 1996, González 1997, Romero Flores 1946, Barbosa 1906, 166, E. Ruiz 1896, 18).

Cabe mencionar que, en la ficción, es en el mes de noviembre de 1863 cuando el conflicto entre Don Manuel Valencia y Don Magdaleno, en el que el segundo codicia los bienes del primero, comienza a gestarse y continuará su desarrollo hasta prácticamente coincidir con el final de la Guerra de Intervención Francesa.

José López Uraga, general en Jefe del Ejército Republicano del Centro, emprendió un ataque a Morelia el 18 de diciembre de 1863 con tres Divisiones dirigidas por Berriozábal (quien atacó por el oriente y por el sur), Miguel Echegaray (por el poniente) y Santiago Tapia (por el norte). El general imperialista que la ocupaba, Leonardo Márquez, se

defendió con los zuavos. Después de un día de reñido combate, Uraga suspendió el combate y ordenó la retirada, sin causa conocida para tal disposición. Siendo dicha disposición el equivalente a una derrota (Barbosa 1906, 178-179, E. Ruiz 1896, 21-22, 79).

Un idilio a través de la guerra dedica un párrafo a esta batalla, utilizando palabras parecidas a las que Eduardo Ruiz utilizó en *Historia de la Guerra de Intervención en Michoacán*:

En diciembre, nombrado general en jefe del Ejército del Centro, el viejo militar don José Uraga, atacó el día 18 de aquel mes a Morelia, defendida por la división del general don Leonardo Márquez. Se libraron poderosos combates; los asaltantes y la guarnición hicieron prodigios de valor; la lucha duró un día entero con pérdidas de jefes distinguidos por una y otra parte. El general don Santiago Tapia había penetrado ya hasta el centro de la ciudad y la plaza estaba a punto de ser tomada, cuando una orden extraña, reiterada y apremiante del general Uraga, obligó a los nuestros a abandonar las posiciones conquistadas y a pronunciarse en retirada, que equivalió a una derrota (E. Ruiz 1923, 13).

El descalabro sufrido en Morelia, aunado a la expedición de Douay a Uruapan, la ocupación de las fuerzas imperialistas de las poblaciones de Oriente, y las discordias e intrigas entre los liberales que rodeaban al gobierno de Berriozábal, desmoralizaron a los soldados republicanos. Diversas plazas fueron ocupadas a continuación por los franceses, como Zamora (22 de diciembre) y Los Reyes (28 de diciembre). El pánico se apoderó de los republicanos en Uruapan, la plaza era defendida por seiscientos hombres, cuando los invasores eran tres mil (E. Ruiz 1896, 55-56).

El 1° de enero de 1864, entraron a Uruapan los cazadores de África (imperialistas), quienes persiguieron a los exploradores de Ronda (republicanos) hasta llegar a la cuesta de Taretan, donde estaban situados los Lanceros de la Libertad. La columna de Douay llegó a la plaza principal de Uruapan y de ahí se desprendieron ocho partidas de tropa que se situaron en los barrios de la ciudad. Los argelinos permanecieron tres días en esta población, cometiendo atropellos y emborrachándose. Cuando se retiraron, Berriozábal

regresó a aquella ciudad. A partir de entonces, Michoacán se fraccionó en regiones adictas, ocupadas y resistentes al Imperio (González 1997, E. Ruiz 1896, 45-64, 128).

Sobre el estado existente en Michoacán a comienzos de 1864, el narrador de *Un idilio a través de la guerra* señala:

El gobierno legítimo de Michoacán se había instalado en Uruapan. En todo el Estado había pequeñas fuerzas a las órdenes del Gobernador, general don Felipe Berriozábal; y en el Distrito de Zitácuaro, el general don Vicente Riva Palacio mandaba a los patriotas de aquella heroica ciudad y a las valientes tropas de Toluca que vinieron a hacer campaña en el territorio michoacano (E. Ruiz 1923, 13-14).

Acerca de la defensa de los republicanos, dice Ruiz en *Historia de la Guerra de Intervención en Michoacán* que:

Los republicanos optaron entonces por emplear el sistema de hacer la guerra por medio de partidas sueltas, intangibles cuando se les perseguía, imponentes y terribles cuando atacaban de sorpresa, inextinguibles en la derrota, pues antes de emprender el ataque, por medio de una cita expresa o por costumbre, sabían el punto en que debían reunirse. [...] lo mismo caminaban a pie que a caballo, y cuando era preciso, recorrían inmensas distancias, apareciendo repentinamente en donde menos se les esperaba (E. Ruiz 1896, 93).

Para poder enfrentar a estas partidas sueltas, continúa diciendo Ruiz, el imperio procuró crear contraguerrillas que acabaron por convertirse en simples guerrillas de las columnas expedicionarias, quienes las arrojaban al combate para que sirviesen de carnaza (E. Ruiz 1896, 96).

Por aquellos días, Nicolás Romero, jefe de una banda de jinetes proveniente del Estado de México, se puso a las órdenes del general Riva Palacio con una tropa de cien jinetes, Lanceros de Zaragoza. Riva Palacio aumentó la fuerza de Romero con la guerrilla Garza y una compañía de Rifleros, haciendo un total de 150 hombres, los cuales iniciaron de inmediato campaña en Ixtlahuaca, Zitácuaro, Hacienda de la Encarnación, Tuzantla y Laureles (E. Ruiz 1896, 120-121, E. Ruiz 1923, 14).

A inicios de febrero de 1864, los exploradores republicanos establecidos en San Juan Parangaricutiro avisaron a Berriozábal que el enemigo se movía en dirección a San Francisco Peribán, rumbo a Uruapan. El general Berriozábal dispuso que se inutilizaran los puentes de madera que facilitaban el paso a dicha población. Sin embargo, los franceses reconstruyeron uno de los puentes y continuaron su marcha persiguiendo a Eugenio Ronda, el informante del gobernador. El gobierno republicano abandonó Uruapan, siendo perseguido por los imperialistas hasta la hacienda de Santa Catarina y cuesta de Taretan. Después de estos contratiempos, el 21 de marzo, el Gral. Berriozábal entregó el mando del Estado de Michoacán al Gral. Juan B. Caamaño. *Un idilio a través de la Guerra* menciona sólo la renuncia de Berriozábal en las páginas 14 y 15, omitiendo lo demás (Barbosa 1906, 169-170, E. Ruiz 1923, 14-15).

Un idilio a través de la guerra no hace ninguna mención a esto, pero Maximiliano había aceptado la Corona de México y firmó con Napoleón III el Tratado de Miramar el 10 de abril. El 14, Maximiliano, Carlota y el séquito, abordaron la fragata *Novara*. El 28 de mayo, desembarcaron en Veracruz, siendo recibidos con frialdad, pero los festejos que les rindieron en Orizaba y Puebla calmaron su espíritu. El 12 de junio, entró Maximiliano a la Ciudad de México en medio de grandes festejos, iniciando así el Segundo Imperio Mexicano (Schlarman 1976, León 1902, Torres Quintero 1910, Prieto 1890). Mientras que Juárez había marchado de Saltillo rumbo a Monterrey el 3 de abril de 1864 y permaneció ahí hasta agosto, fecha en las fuerzas del general Castagny avanzaban hacia dicha población.

La llegada de Maximiliano a México provocó las deserciones de generales del bando republicano a favor de los invasores, las cuales, aunque mermaron la resistencia, tuvieron la ventaja de desembarazarlo de indecisos y agentes dobles. El general Uruga

renunció al ejército republicano el 21 de junio para sumarse al Imperio, quedando al mando del Ejército Republicano del Centro el Gral. Arteaga, con facultades omnímodas en los Estados de Jalisco, Michoacán, Guanajuato, Colima, Querétaro y los Distritos 1° y 3° del Estado de México, tomando posesión de su cargo el 21 de julio. Caamaño renunció a la gubernatura de Michoacán el 13 de julio, seducido por Uruga, quedando al mando del ejecutivo el coronel José María Hernández. Sin embargo, por más que Uruga escribió cartas a otros jefes del ejército del Centro para invitarlos a unirse al Imperio, los interpelados protestaron contra la monarquía y desconocieron la autoridad de Caamaño, poniéndose a las órdenes del Gral. Nicolás de Régules (García Mora 1989, Barbosa 1906, 170-179, E. Ruiz 1896, 138-158).

A propósito de la traición del general Uruga, el narrador de *Un Idilio a través de la Guerra* cuenta:

En camino para la traición, sin pensar en que aquella senda que el Imperio le tapizaba de flores, le llevaría al abismo de la ignominia, apareció en Uruapan a mediados de julio de ese año. Para nadie era un secreto el fin de su viaje; mas como ningún acto oficial suyo había hecho aún patente su traición, le acompañaban todavía muchos jefes y oficiales que estaban resueltos a permanecer fieles defensores de la patria y de sus instituciones (E. Ruiz 1923, 15).

Este es el momento en el que el protagonista de *Un Idilio a través de la Guerra*, Isidro Abad, quien hasta ese momento combatió bajo las órdenes del general Uruga, y el narrador, que formaba parte del ejército de Riva Palacio, se reencuentran en Uruapan el 16 de julio de 1864. Cabe mencionar que, en este momento, Isidro ya venía enfermo de intermitentes.

El capítulo XV de la Parte Primera da cuenta del pánico que se vivía en Uruapan el 15 de julio, ante la incertidumbre por el futuro de la República, de cómo el ánimo regresa al coronel José Hernández cuando se entera de varias noticias: primera, que la División de

Caamaño ha desobedecido a su jefe y que entraría a Uruapan dentro de un par de días; que Eguiluz se mantenía fiel en Ario; que la División a cargo del general Pueblita entraría a la capital republicana del Estado dentro de tres días; y, por último, que las guerrillas contra el Imperio se mantenían en Coeneo, Zacapu y Zitácuaro, lideradas por Nicolás Romero (E. Ruiz 1923, 83-84), quien había combatido en el camino de Tuxpan contra la división de Leonardo Márquez, triunfando los chinacos, pero dejando en Zitácuaro una fuerza de dos mil hombres. Los republicanos atacaron Zitácuaro el 5 de julio, retirándose tras haber conseguido una victoria parcial (E. Ruiz 1896, 141).

Tras las defecciones de Uraga y Caamaño del Ejército Republicano del Centro, las antiguas tropas de estos, aunadas a las del general Pueblita, se reunieron en una junta en Uruapan el 19 de julio, la cual nombró Gobernador provisional a Antonio Rodríguez Gil. Las fuerzas se organizaron del siguiente modo: de dos mil hombres que componían el ejército de Caamaño, seiscientos permanecieron en Uruapan, y el resto marchó rumbo a Pátzcuaro, bajo las órdenes de Pueblita, sumándose a los quinientos que constituían su brigada. Lo que Pueblita buscaba con este movimiento era, por una parte, un centro más adecuado para las operaciones de la campaña, y espiar una oportunidad para recuperar Morelia (E. Ruiz 1896, 162, E. Ruiz 1986, 179). El capítulo XV de la Parte Primera de *Un Idilio a través de la guerra* menciona que Isidro Abad sienta plaza en el Batallón Matamoros, al mando del general Pueblita, quien lo confirma en el empleo de capitán (E. Ruiz 1923, 85).

A las siete de la mañana del 23 de julio, las fuerzas republicanas a las órdenes del general Pueblita atacaron Pátzcuaro. Más tarde, llegaron las tropas de Eguiluz para auxiliarlo. Después de un tiroteo de tres horas en las trincheras defendidas por los imperialistas, y sin lograr nada de provecho, se retiraron los atacantes con pérdidas

considerables (Barbosa 1906, 200, 227, E. Ruiz 1896, 168-171). El narrador de *Un idilio a través de la guerra* afirma que Isidro Abad participó en este combate como capitán en el Batallón Matamoros. Con arrojo, Isidro logró recuperar un cañón del que los imperialistas ya se habían apoderado y de una mula sin jinete que corría asustada, la mula golondrina que don Manuel se había visto a vender en un trato bastante desfavorecedor a don Magdaleno, con tal de pagar su rescate de la leva. Cuando Isidro Abad se reincorpora a su fuerza, descubre que tiene una herida en el pecho que sangra en abundancia (E. Ruiz 1923, 97-98).

Después de la derrota de Pátzcuaro, señala Eduardo Ruiz, la división republicana quedó reducida a menos de ochocientos hombres, mientras que el imperio tenía más de cinco mil a las órdenes de Leonardo Márquez (E. Ruiz 1896, 173).

El 26 de julio, Carlos Salazar llegó a Uruapan y tomó posesión como gobernador y comandante general de Michoacán. A comienzos de agosto, Salazar reorganizó las tropas republicanas. Ordenó a Régules que pusiera en alta fuerza la brigada de Eguiluz, disponiendo de los recursos de Ario y Tacámbaro. Envió a Villada rumbo a Los Reyes para que cubriese aquel puesto avanzado hacia Zamora. Antes de un mes, la primera división, al mando de Régules, tenía más de mil hombres, y la segunda, a las órdenes de Salazar, contaba con 1500 plazas. De nuevo el Ejército se adentraba a los lugares ocupados por el enemigo y se hacía de recursos. Riva Palacio continuó defendiendo el Oriente del Estado (E. Ruiz 1896, 176-177). Sobre la actividad de Carlos Salazar como gobernador y comandante militar de Michoacán, el narrador de *Un idilio a través de la guerra* dedica las siguientes líneas:

[...] el general Salazar [...] desplegaba inusitada actividad, aumentaba el número de nuestras tropas y reorganizaba la administración pública en todos sus ramos (E. Ruiz 1923, 102).

Una vez instalado el Imperio, Maximiliano emprendió un viaje por el interior del país. Realizó un recorrido por Michoacán del 1° al 18 de octubre, entrando a La Piedad, en donde permaneció hasta el día 8, el 9 pernoctó en Panindícuaro, el 10 en Tacacho, y el 11 arribó a Morelia, en donde nombró Prefecto Político a Antonio del Moral. En esos días, el mariscal Bazaine movió numerosas tropas imperialistas desde el Estado de México, rodeando Zitácuaro. El general Riva Palacio se retiró a Tuzantla, acompañado por los oficiales de su Estado Mayor, en donde permaneció hasta finales de mes, tiempo en que pudo regresar a Zitácuaro (García Mora 1989, E. Ruiz 1896, 217-219, 228, 231).

Ante el fracaso de Méndez por ocupar el resto del Estado para los imperialistas, el mariscal Bazaine dispuso que la División Douay cumpliera aquella misión. Mientras tanto, algunos conservadores se pronunciaban a favor del imperio en poblaciones ocupadas por los republicanos, como Uruapan, Parácuaro y Taretan. Arteaga ordenó sofocar aquellas revueltas, lo que sucedió con éxito el 20 de diciembre (E. Ruiz 1896, 258-259, 263).

Un idilio a través de la guerra se refiere a este incidente de manera muy breve, con estas palabras:

[...] (el) ridículo y trágico pronunciamiento que el 20 de diciembre de aquel mismo año (1864) llevaron a cabo en Uruapan doce ancianos de la ciudad y sus peones y sirvientes, pronunciamiento que por esta circunstancia se llamó de los *doce apóstoles*, y que duró lo que la flor de un día [...] (E. Ruiz 1923, 102).

2.1.3.3. Parte Segunda: Un Paraíso Ignorado (del 11 de enero de 1865 al 20 de junio de 1865)

El ejército imperialista en Michoacán contaba con más de ocho mil hombres a comienzos de 1865, repartidos en Morelia, Maravatío, Acámbaro, Angangueo, Pátzcuaro, Puruándiro, La Piedad, Zamora, Cuitzeo y otros puntos. Los destacamentos belgas habían comenzado a llegar a México desde finales de 1864. La legión contaba con un jefe de primer orden, el teniente coronel Van der Smissen. Mientras que las fuerzas republicanas en conjunto no excedían los 3,000 soldados (E. Ruiz 1896, 270-271).

El 11 de enero, el Gral. Vicente Riva Palacio fue nombrado Gobernador y Comandante Militar de Michoacán, continuó al frente del primer distrito del Estado de México con el cargo de jefe de la Tercera División del Ejército Republicano del Centro (E. Ruiz 1923, 112).

El 16, Riva Palacio llegó a Uruapan para que Arteaga le hiciera entrega de la gubernatura, no reconociéndolo Carlos Salazar y la 3ª División, que se dirigió por su propia cuenta a hacer campaña a Colima y Jalisco (Armenta López 1985, Avilés Becerril 2012, E. Ruiz 1896).

Sobre la conducta de Salazar, Isidro Abad opina:

Juzgo inútil recordarte [...] cómo Salazar, en mala hora inspirado por aquel aventurero abogado Blas José Gutiérrez Flores Alatorre, como él se afanaba en firmarse, desconoció a los poderes legítimos y creyó poder hacer por sí solo la campaña contra la intervención (E. Ruiz 1923, 112-113).

Al salir de Uruapan, Riva Palacio se dirigió hacia La Huacana por Ario, ahí nombró Secretario de Gobierno a Luis González Gutiérrez. Enseguida emprendió su marcha por Jorullo, La Lagunilla y Turicato, a donde llegó el 14 de febrero, continuando luego a

Huetamo para conferenciar con el Gral. Arteaga (E. Ruiz 1896, 275-276). Isidro Abad complementa lo anterior, diciendo: “sin llevar más que dos ayudantes y al coronel José María Alzati, como jefe de su Estado Mayor. Yo quedé a las órdenes de Romero” (E. Ruiz 1923, 113).

Nicolás Romero formó un grupo de guerrilleros chinacos, unidos a la Guardia Nacional de Zitácuaro. El 11 de enero, atacó la guarnición de Metepec, tomándola por asalto. El 26, apareció el coronel francés De Potier a la vista de Zitácuaro con dos compañías de cazadores de África. Nicolás Romero salió de la ciudad y se encontró con el enemigo en el Hoyo de la Arena. Los franceses tomaron la loma del Aguacate y ocuparon las posiciones de Romero, incluido Zitácuaro. Romero se retiró al cerro de Camémbaro, de ahí se puso en marcha rumbo a Carácuaro, plaza a donde Riva Palacio lo envió para que convenciera a Salazar de volver a la obediencia o combatirlo en caso de ser necesario (Avilés Becerril 2012, E. Ruiz 1896, 280-285).

Sin embargo, Romero ya no llegó a Carácuaro, fue capturado por los imperialistas en Papatzindan, un rancho cerca de Huetamo, el 31 de enero de 1865. La aprehensión de Romero es un punto de giro muy importante dentro de la novela *Un idilio a través de la guerra*, ya que en ese momento, Isidro Abad militaba a sus órdenes y a continuación, él queda sin ejército, llega hasta Turicato, pero no puede seguir adelante en su búsqueda del general Riva Palacio, los síntomas de las fiebres intermitentes son cada vez más acentuados.

Estos son los pormenores que Isidro Abad nos da en *Un idilio a través de la guerra* sobre la captura de Nicolás Romero, primero menciona un accidente ocurrido durante una fiesta del rancho a la que este jefe asistió el 29 de enero de 1865:

Nicolás Romero, montado en su mejor caballo, se dirigió al corral, eligió con la vista el toro más corpulento y lanzando un grito de alegría cogió la cola de la fiera, y ésta, el caballo y el jinete, arrancaron a carrera abierta. De improviso vimos caer el corcel, que había metido una de las patas delanteras en unas raíces y que en su caída arrastró a Romero. El coronel se levantó en el acto, pero tenía una pierna horriblemente lastimada. Lo llevamos en peso a una de las chozas, en donde presa de dolores atroces, tuvo que permanecer en reposo (E. Ruiz 1923, 115-116).

Isidro Abad continúa la narración diciendo que a las diez de la mañana del 31 de enero, Nicolás Romero le pidió que siguieran hacia Carácuaro sin él porque tenía la pierna hecha pedazos, él los alcanzaría en esta población dentro de dos o tres días. Sin embargo, poco tiempo después:

[...] se oyó se oyó un clarín dando el toque de "carga" y tras unos cuantos disparos, ví a los Cazadores de África acuchillando a nuestros chinacos. Los del 81 en línea y los traidores, brotando por todas partes y cortando todas las retiradas.

[...] A poco rato todo quedó en silencio y me imaginaba que los nuestros habrían podido romper la línea y que el enemigo iba tras ellos. Para cerciorarme me apee, dejando amarrada la mula en el interior del bosquecillo, y con toda precaución me asomé al campo abierto. ¿Cuál no sería mi sorpresa al ver que a poca distancia, en un grangeno aislado, estaba trepado un hombre, procurando ocultarse entre el follaje. Lo reconocí: era Nicolás Romero y puedes imaginarte el gusto que me dio, pensando que podría contribuir a su salvación y llevarlo en mi mula por aquel mal país que él conocía perfectamente.

Cómo la maldita suerte hizo que en aquel momento uno de los soldados franceses, persiguiendo un gallo, tomó la dirección del sitio en que se hallaba el coronel. El ave condenada voló chillando a ocultarse en el grangeno; el soldado se arrojó a ella. De repente se detuvo, fijó su atención entre las ramas y gritó desafortadamente:

—¡Un *zarragoza*! ¡Aquí un *zarragoza*!

Muchos de sus compañeros le oyeron y corrieron hacia aquel lugar. La gritería de los franceses estalló, cuando vieron salir de entre las ramas del árbol a un hombre y llegó a su colmo el vocerío cuando uno de los traidores exclamó:

—¡Es Nicolás Romero! (E. Ruiz 1923, 116-117).

La novela ya no lo menciona, pero Nicolás Romero fue trasladado de inmediato a la Ciudad de México, donde fue enjuiciado por una corte marcial del Imperio, que le condenó a ser fusilado el 18 de marzo.

Mientras tanto, Salazar, que pretendía hacer campaña en Jalisco, tuvo que regresar a territorio michoacano, pasando por Tepalcatepec y Los Reyes, en donde se instaló el 19 de

febrero. El 20, se batió contra 300 zuavos del 3er. Regimiento, dirigidos por Loisillon y Vanderback. Los republicanos a las órdenes de Salazar consiguieron hacer que los imperialistas huyeran a la desbandada. El 21 de febrero, Salazar marchó rumbo a Apatzingán y envió a los tenientes coroneles Villada y Trejo a que llevaran al general Arteaga el parte de la batalla de los Reyes y la sumisión de las tropas vencedoras al Cuartel General del Ejército del Centro. Concluyendo, de este modo, la rebelión de Salazar. En *Un idilio a través de la guerra* se hacen dos breves menciones de este episodio en los capítulos I y XIII de la Parte Segunda, con las noticias que don Manuel se ha enterado en la oficina de correo de la Huacana (E. Ruiz 1896, 292-297, E. Ruiz 1923, 112-113, 206).

El 27 de febrero, el republicano Garnica atacó Coeneo (el poblado de San Isidro), destruyendo por completo a aquella fuerza imperialista y apoderándose de todo el armamento y el parque (E. Ruiz 1896, 300-301). En *Un idilio a través de la guerra*, Isidro Abad hace una pequeña alusión al hecho, calificándolo como una de las acciones de guerra con las que el Ejército Republicano del Centro se cubrió de gloria en 1865 (E. Ruiz 1923, 112).

Tacámbaro se convirtió en la capital republicana del Estado. Riva Palacio estableció en ella su gobierno y el Gral. Arteaga el Cuartel General del Ejército. Arteaga confió el mando provisional de la División a Régules, quien inició una nueva campaña el 21 de marzo de 1865; mientras Pueblita hacía una excursión rápida por algunos puntos del Estado para desorientar al enemigo (E. Ruiz 1896, 322).

Parte de la legión belga, llamada también Regimiento de la Emperatriz Carlota, había arribado a Morelia el 1º de abril de 1865. La columna se componía de dos batallones; uno de estos, al mando del general Tydgat, salió de la capital el día 3 rumbo a Tacámbaro, venciendo en Acuitzio, en donde permanecieron durante tres días y, a continuación, el 7,

entraron sin resistencia en la capital republicana. La familia del general Régules vivía en esta población, por lo tanto, el enemigo hizo prisionera a la señora de Régules y a sus hijos y los pusieron como rehenes en la iglesia parroquial. Régules se aproximó a Tacámbaro para combatir a los belgas, evento que se verificó a partir de las cinco de la mañana del 11 de abril y se extendió por seis horas, hasta que los belgas se rindieron y fueron hechos prisioneros. Durante la batalla, Régules no se dejó amedrentar por el hecho de que los imperialistas pusieran a su familia en medio del fuego. Afortunadamente, salieron ilesos. *Un idilio a través de la guerra* menciona este acontecimiento en un par de líneas en los capítulos I y XIII de la Parte Segunda (Avilés Becerril 2012, Barbosa 1906, 219, E. Ruiz 1896, 332-351, E. Ruiz 1923, 112, 206-207).

En junio, el Ejército Republicano del Centro estaba conformado por cuatro mil hombres, mientras que las tropas invasoras eran diez mil y ocupaban casi todas las poblaciones importantes del Estado, excepto Tacámbaro y Ario (Armenta López 1985, E. Ruiz 1896, 382-385).

El general Arteaga, motivado por refuerzos provenientes del Estado de Guerrero, emprendió una nueva campaña. Salió de Tacámbaro el 14 de junio y venció en Acuitzio, a continuación marchó hacia Quiroga, poniendo en alarma a Pátzcuaro, pero siguió su camino hacia Zacapu, en donde se le unieron las secciones de Garnica y Rocha. Desde la sierra de Zacapu, ordenó el ataque a Uruapan, acción ejecutada los días 18 y 19, con el apoyo de Riva Palacio y Régules. Triunfaron los republicanos (E. Ruiz 1896, 385-396). Esta victoria es la que motiva a Isidro Abad a abandonar Puruantzítiro y reintegrarse al Ejército Republicano del Centro, en medio de la tristeza de Florencia y la nostalgia del protagonista (E. Ruiz 1923, 207).

2.1.3.4. Parte Tercera: Frente a las olas (del 26 de junio de 1865 a finales de abril de 1866)

En el capítulo I de la Parte Tercera de *Un idilio a través de la guerra*, Isidro Abad abandona Puruantzítiro el 26 de junio de 1865; está muy entusiasmado por el triunfo del Ejército Republicano del Centro en Uruapan. Sin embargo, apenas Isidro se encuentra con las tropas liberales en retirada hacia tierra caliente, le informan de que el general Arteaga, al ver que el enemigo volvía a la ciudad y convencido de la inferioridad numérica de sus tropas, decidió evacuar la plaza y refugiarse al Sur del Estado. Arteaga ordena a Isidro que sirva en el ejército como artillero, sin fijarse en quién era. Más tarde, los soldados republicanos se enteran que el 23 de junio, el general Pueblita había sido sorprendido y asesinado en Uruapan por la tropa del coronel Clinchant, compuesta por zuavos, pero la división del finado jefe republicano quedó intacta (E. Ruiz 1896, 399-402, E. Ruiz 1923, 211-212).

Arteaga se retiró hacia Urecho y Pueblo Nuevo. La noche del 26 de junio acamparon en Atuto y el 27 llegaron a la hacienda de Tamo. De aquí salieron las secciones de Garnica y Ronda, con la orden de ir a Tacámbaro y permanecer ahí por unos días para observar al enemigo. El resto del ejército continuó la marcha hacia Tierra Caliente, incluido Isidro Abad, el protagonista de *Un idilio a través de la guerra*. Más de trescientos soldados republicanos murieron de hambre e insolación en Cinahua (E. Ruiz 1896, 406-408).

Isidro relata el episodio en el capítulo I de la Parte Tercera de *Un idilio a través de la guerra* con estas palabras:

El calor era insoportable. Nuestros soldados no habían comido desde la víspera, y más que el hambre, la sed los devoraba. No había en aquel desierto un manantial; el más insignificante arroyo, una charca siquiera.

De repente se oyó un grito agudo; un soldado se tambaleaba y en seguida se desplomó; después caían grupos enteros, soltando los fusiles. Eran presa de horribles convulsiones, con el semblante amoratado y la boca escupiendo una saliva sanguinolenta. Como si todos estuvieran acometidos de terrible meningitis y de oftalmia, tenían los ojos inyectados y salientes y se notaba en su semblante lastimoso abatimiento. Cuando el único remedio hubiera sido la baja de la temperatura, un sol de fuego parecía complacerse en causar aquella espantosa hecatombe. En vano el general Riva Palacio, seguido de muchos oficiales, ministraba dosis de alcohol a los enfermos; en vano, haciéndonos apeaar de nuestros caballos, les daba a muchos de aquellos infelices. ¡La insolación hacía estragos! Más de trescientos soldados yacían tendidos en el suelo. Sólo la noche puso término a aquella escena de luto y de desolación, en que quedaron muertos como sesenta hombres, muchos de los cuales fueron enterrados en Cinahua, en donde los soldados abrieron sepulturas con sus bayonetas (E. Ruiz 1923, 213-214).

El 28 de junio, las tropas republicanas llegaron a Chrumuco. De acuerdo a la narración de Isidro Abad, el general Régules enfermó de intermitentes, y Riva Palacio y Arteaga discutieron sobre lo que harían enseguida. Se tomó la determinación de ir a tomar cuarteles en Tacámbaro y allá resolver las acciones siguientes. El 14 de julio volvieron a instalarse en dicha población (E. Ruiz 1896, 408, E. Ruiz 1923, 214-215).

No obstante, el ejército republicano no pudo permanecer en Tacámbaro por mucho tiempo. El 16 de julio de 1865, los imperialistas se aproximaron a la población y enfrentaron a los republicanos en la Batalla de Cerro Hueco. La derrota republicana fue dolorosa. La división quedó prácticamente deshecha, sin artillería y casi sin armamento. Ramón Méndez cortó la retirada a los fugitivos, fusilándolos sin piedad. Los pocos prisioneros que sobrevivieron fue gracias a la intervención de los belgas (E. Ruiz 1896, 408-413).

En *Un idilio a través de la guerra*, Isidro Abad es hecho prisionero por un grupo de partidarios del Imperio, quienes le estaban ordenando que se arrodillara para fusilarlo, pero él permaneció de pie con serenidad. Ya el enemigo iba a ejecutar al protagonista cuando

éste ve aproximarse a un joven oficial belga. Esto es lo que a Isidro se le ocurre hacer para salvarse:

El instinto o no sé qué, me hizo acordarme de la masonería, hice el signo de socorro, y en el acto el oficial extranjero, repitiendo la señal, penetró al grupo y tomándome del brazo, declaró que yo era su prisionero, y me condujo al lugar en que se hallaban los pocos de nosotros que no habían sido asesinados en la batida (E. Ruiz 1923, 216).

En el capítulo XXVIII de *Historia de la Guerra de Intervención en Michoacán*, Eduardo Ruiz narra los acontecimientos ocurridos en la misma batalla y cuando menciona el saldo final del combate, refiere la siguiente anécdota:

José G. Caldelas, aquel simpático prisionero de Puebla, se hallaba entre un grupo de traidores que pretendían que se arrodillase para fusilarlo, prodigándole al mismo tiempo toda clase de insultos. Caldelas permanecía de pie, sereno y altivo. Ya preparaban los imperialistas sus fusiles para hacerle fuego, cuando se aproximó un joven oficial belga. Al verlo, hizo Caldelas el signo masónico de socorro, y en el acto el oficial extranjero, repitiendo el signo, penetró al grupo, y tomando del brazo al capitán republicano, dijo que aquel hombre le pertenecía, y lo condujo al lugar donde se hallaban los demás prisioneros (E. Ruiz 1986, 438-439).

Notamos que hay, en efecto, una transferencia de la anécdota verídica de Caldelas a la ficción de Isidro Abad. Al respecto, habría que preguntarnos si Isidro Abad está construido en torno a José G. Caldelas o si hay otros personajes reales que sirvieron para dar forma al protagonista de *Un Idilio a través de la Guerra*.

A partir de este día, hasta el 5 de diciembre de 1865, Isidro sigue los acontecimientos de la guerra, pero sin participar en ellos, ya que es encarcelado en Morelia. Podemos encontrar el resumen de lo sucedido durante aquel tiempo en el capítulo II de la Parte Tercera.

De lo primero que Isidro Abad da noticia es del resurgimiento en alta fuerza del Ejército Republicano del Centro, siendo Tacámbaro el centro de reunión de todas las tropas (E. Ruiz 1923, 217). El 1º de octubre, se concentraron en Uruapan todas las fuerzas

liberales reorganizadas y rearmadas, aproximadamente 1600, provenientes de varios puntos del Estado y el país (E. Ruiz 1896, 461).

La división de Riva Palacio marchó de Paracho a Cherán, después a Ojo de Agua, el bosque alrededor de Zinziro, el pueblo de Azajo, hasta llegar a Quiroga el 11 de octubre. Al día siguiente, tomaron el camino de Morelia, no para atacarla, sino para hacer salir a la guarnición francesa y belga de la ciudad y combatirla afuera, en Tres Puentes. Sin embargo, los belgas atacaron de lejos y Riva Palacio ordenó la retirada hacia el Quinceo (E. Ruiz 1896, 486-491).

Isidro Abad vivió este episodio como prisionero en la cárcel de Morelia la mañana del 12 de octubre. Desde la celda, Isidro escucha salvas de artillería y repiques de campanas. El alcaide engaña a los reos diciéndoles:

—Ese regocijo cuyos ecos llegan hasta aquí, es porque se está publicando la ley del 3 de octubre (E. Ruiz 1923, 218).

No obstante, con el tiempo los prisioneros liberales sabrían la verdad, misma que Isidro Abad expone en las siguientes líneas:

[...] la salva de que habló el alcaide, era el tiroteo cambiado entre los belgas y la brigada de Riva Palacio, que había amagado la ciudad, y que los *vivas* lanzados a la ley del 3 de octubre los habían proferido los mismos chinacos que penetraron en las calles (E. Ruiz 1923, 219).

Haremos una pausa en los hechos históricos en Michoacán para dar más pormenores sobre la ley del 3 de octubre mencionada por el alcaide de la cárcel de Morelia.

Benito Juárez había establecido la sede del gobierno de la República en la ciudad de Chihuahua en septiembre de 1864, pero, el 5 de agosto del año siguiente, los franceses invadieron el Estado y Juárez, junto a su Ministerio, tuvo que huir a Paso del Norte (hoy Ciudad Juárez), villa en la que se confinaron a partir del 14 de ese mes. Los imperialistas

comenzaron a circular rumores sobre la disolución del gobierno liberal y la huida del Presidente a los Estados Unidos, los cuales Juárez tuvo que desmentir por medio de una carta que el día 18 dirigió al gobernador de Veracruz, Gral. Alejandro García. Añadiendo: «El Gobierno legítimo existe y existirá en el territorio nacional, que sólo muerto abandonaré» (Aznar 1906, Prieto 1890).

En la Ciudad de México, el emperador Maximiliano, presionado por el jefe del ejército francés, Aquiles Bazaine, firmó una ley marcial el 3 de octubre de 1865, en la que condenó a pena de muerte a todos los prisioneros de guerra republicanos, declarándolos criminales. Este edicto también ordenaba la ejecución de todas las personas que formaran parte de bandas armadas, a quienes los auxiliasen con recursos, vendiéndoles caballos, armas o parque, dándoles avisos, noticias, consejos, alimentos; mantuvieran correspondencia con ellos, les proporcionaran escondite, o alteraran el orden público por cualquier causa. El Imperio estableció cortes marciales y mató a millares de mexicanos, incendió y arrasó poblaciones enteras (Villalpando y Rosas 2005, León 1902, Sierra 1922, Galeana de Valadés 1989, Torres Quintero 1910).

A los diez días de haberse puesto en vigor la ley del 3 de octubre, fueron sorprendidas en Santa Ana Amatlán, mientras descansaban, las tropas del general republicano José María Arteaga por el imperialista Ramón Méndez. Tanto él como otros jefes, como el general Carlos Salazar, y los coroneles Díaz, Villagómez y Milicua, y la mayoría de los soldados, a excepción de 80, fueron hechos prisioneros. Méndez ordenó exhibir a sus cautivos, paseándolos por Apatzingán, recorriendo Tierra Caliente, yendo después al Norte, hasta que los imperialistas entraron en Uruapan el día 20. A la mañana siguiente, fueron fusilados los generales José María Arteaga y Carlos Salazar, los coroneles Jesús Díaz y Trinidad Villagómez, y el capitán Juan González. A partir de entonces se les

conoce como los *Mártires de Uruapan*. El coronel Villada no fue condenado a muerte, gracias a que a él debían la vida muchos de los oficiales imperialistas. Maximiliano ascendió a Ramón Méndez a general de brigada. Los demás chinacos fueron conducidos a Pátzcuaro, en donde las señoras de dicha población pidieron a Maximiliano por sus vidas. El Emperador accedió a la petición, en parte por una carta que escribieron los prisioneros belgas en la que reprobaban los hechos y exigían castigo para Méndez (Sánchez Sandoval 1996, E. Ruiz 1896, 463-468, 513-514).

Isidro Abad se entera de la captura de Arteaga, Salazar y los coroneles republicanos el 17 de octubre. Describe auditivamente la fiesta de los imperialistas en Morelia y cómo es que el guardián informa a los prisioneros el motivo de la celebración al exterior:

A los cinco días, otra salva de cañonazos, repiques de campanas, músicas militares que recorrían las calles. El guardián asomó el rostro para comunicarnos que el general Arteaga había sido derrotado en Santa Ana Amatlán y que él, los principales jefes del ejército, la oficialidad y la tropa, todos habían caído prisioneros. De aquí la fiesta en que ardían los imperialistas de Morelia (E. Ruiz 1923, 219).

Diez días después, Isidro Abad recibe en la cárcel la noticia de la ejecución de los jefes republicanos. Es el alcaide de la prisión quien se lo informa con un aspecto risueño, y agrega con énfasis: “—*La hidra revolucionaria ha perdido todas sus cabezas*” (E. Ruiz 1923, 219). Cuando los prisioneros chinacos capturados en Santa Ana Amatlán llegaron a la cárcel de Morelia, el alcaide dejó a todos los presos incomunicados durante un mes (E. Ruiz 1923, 220).

A la muerte de Arteaga, la junta de guerra aclamó como General en Jefe del Ejército del Centro a Riva Palacio, quien ejercía además el encargo de Gobernador y Comandante militar de Michoacán. Aceptó el cargo provisionalmente, manifestando que el nombramiento debía proceder del Presidente de la República. Riva Palacio decidió no

tomar represalias contra los prisioneros en su poder y obrar con prudencia. Los sargentos de la caballería e infantería que habían marchado con Arteaga fueron reincorporándose al ejército en Tacámbaro, al igual que los dispersos. La tropa liberal en aquellos días no excedía novecientos hombres (E. Ruiz 1896, 494-497).

Hacia el final del capítulo II de la Parte Tercera de *Un idilio a través de la guerra*, Isidro Abad cuenta cómo a finales de noviembre comienza a circular en la cárcel el rumor de que los prisioneros serían canjeados por los belgas. Isidro se emociona ante la posibilidad de recuperar su libertad, pero teme que el intercambio sólo incluya a los cautivos de Santa Ana Amatlán. No obstante, el 1º de diciembre, Isidro Abad fue informado que el evento los incluía a todos (E. Ruiz 1923, 220-221).

En efecto, el 5 de diciembre de 1865, se verificó en Acuitzio el canje de prisioneros de guerra belgas (capturados en la batalla de Tacámbaro del 11 de abril, la batalla de Uruapan del 19 de junio y en Morelia el 12 de octubre, encarcelados en Zirándaro, Gro.) y los prisioneros chinacos de la batalla de Tacámbaro del 16 de julio de ese año —donde había sido capturado Isidro Abad—, encarcelados en Morelia; los generales Tapia y Juan Ramírez, presos en Oaxaca y Puebla, y los reos de la emboscada de Santa Ana Amatlán. El Mariscal Bazaine y el general Riva Palacio habían logrado el acuerdo en los últimos días de noviembre. El teniente coronel republicano Agustín Linarte fue comisionado para entregar y recibir los prisioneros de guerra por dominar el idioma francés; por parte de los imperialistas, apareció el capitán Visart de Bocarmé (Barbosa 1906, 228-229, E. Ruiz 1896, 514-515).

Al inicio del capítulo III de la Parte Tercera de *Un idilio a través de la guerra*, apenas recupera la libertad, Isidro Abad y su amigo el narrador se presentan ante el general

Riva Palacio, quien coloca al protagonista a las órdenes de Nicolás de Régules, quien de inmediato emprendió sus excursiones (E. Ruiz 1923, 221).

A finales de 1865, el Ejército Republicano del Centro contaba con cuatro mil hombres. El gobierno funcionaba regularmente y había vuelto a fabricar municiones de guerra. La ley del 3 de octubre y la sanguinaria circular de Bazaine produjeron el efecto contrario entre la población civil y hasta en los franceses y belgas, quienes abandonaban las filas del Imperio para sumarse a las republicanas (E. Ruiz 1896, 503-504).

El 20 febrero de 1866, el ejército republicano se batió contra las tropas imperialistas de Méndez en el cerro de La Magdalena, cerca de Uruapan, con pérdidas considerables para los dos bandos (E. Ruiz 1896, 574-583).

El narrador de *Un idilio a través de la guerra* cuenta algunos pormenores de este combate y del error republicano que les costó la derrota cuando estaban a punto de vencer al enemigo:

Fue un brillante hecho de armas en que por ambas partes se luchó con valor, por espacio de cinco horas, a campo raso, a pecho descubierto. La victoria coronaba ya nuestros esfuerzos, cuando el ansia de rapiña de algunos de los bandidos que andaban en nuestras tropas, como andan en todo ejército, los condujo a ir a robar los equipajes de Méndez que estaban detrás de la línea de batalla de los traidores. Introdujeron la confusión, dejaron descubierta nuestra ala derecha, hicieron suspender nuestro fuego y proporcionaron al talento e instrucción militar de Méndez la oportunidad de aprovecharse de todo ello, lanzando sus columnas sobre el lado descubierto del cerro. Nuestro triunfo se convirtió en una derrota inesperada y tremenda, si bien el enemigo sufrió pérdidas tan considerables, que lo paralizaron por varios meses (E. Ruiz 1923, 224).

A finales de mes, llegó a Tacámbaro el coronel Pablo Haro para dar a conocer pliegos del Presidente de la República. El más importante, puso en manos de Régules el despacho de General de División y el nombramiento de General en Jefe del Ejército Republicano del Centro. Riva Palacio obedeció la voluntad de Juárez y, para dejar a Régules libre el campo de acción, pidió una licencia del cargo de Gobernador del Estado

para retirarse por algún tiempo de la política e irse al Estado de Guerrero (E. Ruiz 1896, 588-590, E. Ruiz 1923, 224-225).

En marzo, la situación de los republicanos se agravó de nuevo ante el envío de refuerzos imperiales a Michoacán, formadas por cazadores de África (entraron a Zamora), zuavos (se dirigieron a Pátzcuaro), tiradores argelinos (en Zitácuaro) y mexicanos provenientes de otros Estados. La milicia imperial entró en una intensa actividad sin tregua. No obstante, la resistencia republicana se mantuvo activa (García Mora 1989, E. Ruiz 1896, 598-599).

Después de reorganizar las filas republicanas, Régules salió el 1º de marzo rumbo a Uruapan. El día 6, marchó hacia La Piedad y penetró en el oriente del Estado de Jalisco; al saberse perseguido, retrocedió hacia Michoacán, pasando por Chavinda, Jiquilpan y se detuvo la noche del 17 a descansar en la ranchería de Tengüecho, cerca del pueblo de Patamban. A la medianoche, los imperialistas de Zamora, a la orden de Aymard, sorprendieron a los republicanos. Régules estuvo a punto de caer prisionero, pero sus captores, al escuchar dónde estaba el botín, corrieron a apropiarse de éste y a él lo soltaron. El Ejército del Centro se desbandó, los imperialistas se apoderaron de 135 caballos, 45 mulas, 420 fusiles, mosquetes, 259 lanzas y 6,875 cartuchos. Después de la derrota en Tengüecho, la lucha republicana sólo se conservó en Quiroga, Coeneo y Zacapu (E. Ruiz 1896, 593, 600-601, 607).

A propósito de esta acción desafortunada, el narrador de *Un idilio a través de la guerra* señala:

Entonces, la extinción de las tropas republicanas parecía tan completa, que los imperialistas anunciaron por los cuatro vientos la pacificación de Michoacán. Apenas si quedaban bajo las cenizas del desastre algunas chispas encendidas en la pequeña línea que corre entre Quiroga, Coeneo y Zacapu.

En aquella terrible jornada de Tengüecho, el general Régules estuvo más de una vez a punto de caer prisionero. Le formaban los ayudantes, con sus cuerpos, un cerco impenetrable, y allí entre ellos se distinguió por su serenidad nuestro amigo Isidro Abad. A pie, sin la más pequeña moneda y seguido tan sólo de su Estado Mayor, se retiró Régules hasta Uruapan, en donde el vecindario le proporcionó algunos recursos para que continuara su marcha hacia el remoto confín de San Antonio de las Huertas (E. Ruiz 1923, 225-226).

Régules permaneció algunos días en San Antonio de las Huertas, esperando reunir a los dispersos. A principios de abril, con 250 hombres, se dirigió al sur de Ario, hasta la hacienda de Jorullo. Este movimiento tuvo por objeto proporcionarse recursos. En estos días, el Lic. Justo Mendoza fue nombrado Gobernador del Estado de Michoacán, siendo el único inconveniente que Riva Palacio no había renunciado a su cargo. Régules lo destituyó sin justificación (E. Ruiz 1896, 610-611).

En *Un idilio a través de la guerra*, el general Régules envía a la hacienda La Providencia un comisionado para pedir auxilio material y moral a Juan Álvarez, siendo Isidro Abad el elegido. El protagonista siente gran alegría al presentar este encargo la oportunidad de visitar a Florencia y su familia en Puruantzítiro, ya que el rancho quedaba de camino a la costa (E. Ruiz 1923, 226-227).

En el capítulo IX de la Parte Tercera, el general Juan Álvarez recibe a Isidro y lamenta no poder apoyarlo por la situación que se vive tanto en la costa chica como en la grande de Guerrero. Isidro emprende el regreso, a los dos días de camino se encuentra al general Riva Palacio en Atoyac y cabalgan juntos hasta llegar a San Jeronimito, ahí se encuentran con don Manuel y su familia, y los ayudantes de Riva Palacio, incluyendo a Eduardo Ruiz, “el autor de las presentes líneas”, quien se descubre no sólo como el autor de la novela, sino como el narrador y amigo de Isidro Abad (E. Ruiz 1923, 249-252).

Eduardo Ruiz fue nombrado auditor de guerra por Nicolás de Régules, pero éste, al verle tan enfermo de intermitentes, le dio licencia de que fuera a Turicato para asistir al Lic.

Justo Mendoza. Éste, al verlo, le aconsejó que viajara a la costa, única región en donde podía tener tranquilidad y algunos elementos para curarse. Ruiz aceptó con gusto, ya que le proporcionaba la ocasión de reunirse con el general Riva Palacio (E. Ruiz 1896, 597, 620).

Don Manuel refiere a Isidro noticias de Michoacán que parecen indicar que la situación en el Estado ha mejorado:

Régules, aunque con muchos esfuerzos y penalidades, había logrado reunir una gran parte de los dispersos de Tengüecho; Ronda, Garnica y Arias, con sus pequeñas fuerzas en muy buen estado, se mantenían fuertes en su terreno; Villada hacía prodigios de reorganización en el Carrizal y Tumbiscatío; los guerrilleros de Zitácuaro tenían en constante alarma a las guarniciones imperialistas del oriente de Morelia y poniente de Toluca. Por su parte, Méndez, que había penetrado hasta Huetamo, retrocedió rápidamente, siendo molestado en su marcha por los tiradores de Valdés. Podía, pues, decirse, que la situación había mejorado, hasta el punto de que los liberales habían vuelto a ocupar las líneas que poseían dos meses antes (E. Ruiz 1923, 250-251).

El imperialista Méndez ocupó Huetamo el 25 de abril sin disparar un solo tiro, los republicanos habían evacuado la plaza a tiempo. Mientras tanto, Régules cruzó el Balsas el día 28 y se internó en el Estado de Guerrero. A comienzos de mayo, volvió a Michoacán, encaminándose de nuevo a San Antonio de las Huertas para aumentar su tropa. El coronel Villada se situó en el rancho de los Olivos y de ahí marchó hacia Apatzingán, en donde permaneció un mes sin ser molestado, dedicándose a organizar su fuerza. El 3 de junio, con ochenta infantes y doscientos jinetes, avanzó hasta Tancítaro para continuar organizando el ejército y cambiar de clima. Arrebató Coalcomán y Tancítaro del dominio imperialista, recuperando para el ejército republicano la extensa línea de Tierra Caliente. Mientras tanto, continuaban los pronunciamientos liberales en la región de Zitácuaro (E. Ruiz 1896, 611-614, 636-638).

2.1.3.5. Parte Cuarta: *El Ave Fénix (del 8 de mayo de 1866 a finales de año)*

En 1865 terminó la Guerra de Secesión en Estados Unidos. De inmediato, aquel país decidió apoyar de nuevo a Juárez enviándole armas, dinero y hombres en la frontera norte. El presidente Andrew Johnson y el Ministro de Relaciones Exteriores, el Señor Seward, consecuentes con la política de no admitir en América la intervención de ninguna potencia europea, presionaron a Napoleón III para que retirara sus tropas de México, amenazándole con invadirlos con un ejército a las órdenes del general Ulysses S. Grant en caso de que no cediera (Aznar 1906, Frías 1901, Vasconcelos 1978).

Al mismo tiempo, Napoleón III se alarmó por la amenaza prusiana y no tuvo ánimo para declarar la guerra a Estados Unidos, viéndose orillado a ceder ante la presión diplomática. El 22 de enero de 1866 firmó un pacto en el cual sus ejércitos desocuparían México en tres fracciones: la primera en noviembre de aquel año, la segunda en marzo de 1867 y la tercera en noviembre del mismo año, adelantándose por dos años a los compromisos que el monarca francés había firmado en los Tratados de Miramar. De inmediato Napoleón III ordenó el retiro de sus tropas y aconsejó a Maximiliano que abdicara y abandonara el país junto a las tropas franco-belgas que lo habían ayudado a instalar el gobierno (Aznar 1906, Vasconcelos 1978, Torres Quintero 1910, Rivera 1904, Villalpando y Rosas 2005).

La Parte Cuarta de *Un idilio a través de la guerra* poco a poco va reflejando los efectos de la decisión del emperador francés de retirar a sus tropas para la recuperación de terreno por los ejércitos republicanos.

El 8 de mayo, Riva Palacio y Eduardo Ruiz volvieron a pisar suelo michoacano después de su excursión por el Estado de Guerrero. Se dirigieron hacia Huetamo (E. Ruiz

1896, 628). En el Capítulo I de la Parte Cuarta de *Un idilio a través de la guerra*, son dos los contingentes que marchan juntos: el conformado por el general Riva Palacio y sus asistentes, entre los que se encuentran Isidro Abad y el narrador y autor de la novela: Eduardo Ruiz; y el grupo de don Manuel y su familia. Dos días después, la familia de don Manuel toma el camino de Churumuco, mientras que los guerrilleros de Riva Palacio permanecen en Zirándaro e Isidro se dirige a Huetamo, con destino a San Antonio de las Huertas, para recibir instrucciones de parte del general Régules (E. Ruiz 1923, 271-275).

En ese tiempo, las fuerzas del ejército de Régules iban en aumento. Cuando el general en jefe del Ejército Republicano del Centro logró reunir más de mil hombres, reanudó la campaña de excursiones por el terreno enemigo, esto sucedió el 23 de junio. Régules se dirigió a la hacienda de La Florida desde donde planeó atacar Zitácuaro, defendida por 150 argelinos, 200 zuavos y 100 mexicanos. En esta finca se unieron a Régules varios jefes republicanos con sus respectivas fuerzas. Régules entró a Zitácuaro sin enfrentar a los imperialistas, ya que éstos se retiraron al Estado de México. De inmediato, Régules entró en arreglos para que Riva Palacio volviera al servicio y se dedicó a organizar su fuerza, construir parque, hacerse de recursos y retomar la comunicación con Huetamo (E. Ruiz 1896, 638-639, E. Ruiz 1923, 275-276).

El 10 de agosto, los franceses al mando del general Aymard se dirigieron a Zitácuaro para atacarlo por el rumbo de Angangueo. La excursión fue infructuosa para los imperialistas, quienes se retiraron a Maravatío y emprendieron la marcha para México, en la concentración que los franceses hacían para evacuar el país (E. Ruiz 1896, 644). El Ejército Republicano del Centro retrocedió hasta Tuzantla y enseguida avanzaron hacia el Estado de México, donde amagaron con atacar Ixtlahuaca, seguido muy de cerca por

Méndez, quien al final decidió retirarse a Morelia por algunos días para esperar un momento más oportuno para batirse (E. Ruiz 1923, 276-277).

Régules y una tropa, fatigada en extremo, arribaron el 6 de septiembre a Etúcuaro. El 7 de septiembre los chinacos se enfrentaron en batalla contra los hombres de Ramón Méndez en un punto llamado Uñas de Gato (hoy Mpio. de Etúcuaro de la Cal). Ambas fuerzas se retiraron después de haber combatido por cuatro horas, en medio de la lluvia, la oscuridad de la noche y la confusión. La tropa republicana se dispersó por completo, volviendo a quedar aniquilado el Ejército del Centro, que a lo mucho llegaba a cien hombres, que Régules pudo reunir entre oficiales y hombres, con estos llegó a Carácuaro el día 8. Aquí intentó organizar de nueva cuenta sus tropas y reclutar soldados. A los pocos días, Régules desalojó y derrotó un pequeño destacamento militar en Indaparapeo, recogiendo armas, parque y algunos caballos que en su fuga abandonó el enemigo (E. Ruiz 1896, 653-654, Barbosa 1906, 272, E. Ruiz 1923, 277-278).

El protagonista de *Un idilio a través de la guerra* se pierde en el campo de batalla y vaga durante cuatro días en busca de algún chinaco disperso, o de un imperialista. En aquellos momentos, para Isidro era preferible ser capturado por el enemigo que morir de hambre o sed. Sin embargo, Isidro consigue llegar a Tuzantla el 16 de septiembre, donde se une a los festejos del día de la independencia. Al día siguiente, se reúne con Riva Palacio y Eduardo Ruiz en la hacienda de la Florida (E. Ruiz 1923, 278-285).

El cambio favorable en la situación internacional y nacional hizo posible el resurgimiento de las fuerzas republicanas. Chihuahua fue abandonada por los franceses y ocupada por los liberales; García de la Cadena levantaba tropas al sur de Durango; en febrero el general Viesca se apoderó de Parras y en julio de Santa Isabel, Coahuila, derrotando a los imperialistas. Mariano Escobedo triunfó en Santa Gertrudis, derrotando

completamente al imperialista Olvera, quitándole un convoy de 200 carros y todo el material de guerra. En junio, los liberales comandados por Escobedo se apoderaron de Matamoros, Monterrey y Saltillo. Juárez se desplazó a Chihuahua y el 17 de junio estableció ahí su gobierno (Díaz 2001, Torres Quintero 1910, 199, Ríos y Albarrán 1890).

Maximiliano pensó en abdicar y retirarse a Europa, pero Carlota contrarió la decisión y propuso a su marido ir ella misma a París y Roma para conferenciar con Napoleón III y Pío IX, y arreglar la cuestión político-religiosa. Partió para Veracruz el 8 de julio de 1866. El 11 de agosto, la Emperatriz Carlota celebró en el palacio de Saint Cloud una entrevista con Napoleón III. Le exigió el cumplimiento de los compromisos contraídos, pero el gobernante francés se mostró inquebrantable en su resolución: ni un soldado ni un franco más para el Imperio. Carlota salió hacia Miramar y después partió a Roma, donde vio al papa Pío IX, sin éxito. Perdió la razón (Casasola 1967, Torres Quintero 1910, 203, León 1902).

Vicente Riva Palacio se encontraba en Huetamo cuando supo de la partida de la Emperatriz Carlota a Francia. Aunque estaba retirado de la milicia, fundó un periódico satírico contra el Imperio, *El Pito Real*, distribuido entre ancheteros y varilleros en Huetamo, Tacámbaro, Pátzcuaro, Morelia y otras ciudades ocupadas por los invasores. Una mañana, Riva Palacio estaba tomando café cuando leyó la noticia. Fue tanta su alegría que le dictó a su secretario (Eduardo Ruiz) unos versos satíricos para publicarlos en el periódico. A estos versos los chinacos le compusieron música, transformándolos en *Adiós, mamá Carlota*, la canción popular antiimperialista por excelencia en la última etapa de la resistencia armada (García Mora 1989, E. Ruiz 1896, 646-647, 651).

Riva Palacio se reincorporó a la lucha en Michoacán marchando de Huetamo a Laureles, enseguida a la hacienda de la Florida, guiado por Alzati. En este lugar se pusieron

a sus órdenes antiguos soldados, Luis Couto y sus hijos, los Alzati, Luis Carrillo, Acevedo, Castillo, Luis Malo, Granda, entre otros. Un mes después, Riva Palacio retomó la campaña (E. Ruiz 1896, 648-651).

En el capítulo IV de la Parte Cuarta de *Un idilio a través de la guerra*, cuando Isidro se encuentra con Riva Palacio y su amigo en la hacienda de la Florida, los soldados del general estaban entonando alegremente *Adiós, mamá Carlota* (E. Ruiz 1923, 285-286). Asimismo, Eduardo Ruiz e Isidro Abad son testigos del momento en el que varias comitivas de antiguos colaboradores de Riva Palacio (de quienes se hace mención en el párrafo anterior) vienen a él para volverse a poner a sus órdenes (E. Ruiz 1923, 288).

El 30 de septiembre, los coroneles republicanos Leonardo Valdés y José María Castro conspiraron en Huetamo para desconocer a Régules por su ineptitud para el mando político y militar, para la acción administrativa y por haber sufrido vergonzosas derrotas. Ofrecieron el cargo de General en Jefe a Juan Álvarez, pero éste no aceptó. Los rebeldes atacaron Carácuaro el 4 de octubre, y aprehendieron a Régules, jefes y subalternos que lo rodeaban; pero temiendo las consecuencias por su desacato, los pusieron en libertad al día siguiente. Régules escribió a Riva Palacio una carta en la que le comunicaba lo ocurrido, le avisaba se ausentaría del Estado y que había dispuesto que él fuera el general en jefe del Ejército Republicano del Centro. Riva Palacio ocupó el mando hasta que Régules retomó el cargo en los primeros días de noviembre. Entonces, Riva Palacio abandonó Michoacán e hizo campaña en el Estado de México, apoderándose de varias poblaciones, incluida Toluca. Eduardo Ruiz permaneció en Michoacán, alojándose en la casa del coronel Villada en Apatzingán y acompañándole en sus campañas (E. Ruiz 1896, 655-658, 662, E. Ruiz 1923, 289-291).

En el capítulo V de la Parte Cuarta de *Un idilio a través de la guerra*, Eduardo Ruiz (el amigo del protagonista) e Isidro Abad aprovechan estos acontecimientos y que Riva Palacio ha dado a su comitiva la libertad de decidir si lo siguen al Estado de México o incorporarse al Cuartel General. Ruiz pide pasaportes para él e Isidro para dirigirse a Apatzingán, Ruiz acompaña al coronel Villada en sus campañas e Isidro Abad continuará el camino hacia Puruantzítiro, en donde pronto encontrará la hacienda reducida a escombros y creará a Florencia muerta (E. Ruiz 1923, 294-303).

La información de los próximos dos párrafos no se cuenta en los siguientes capítulos de *Un idilio a través de la guerra* porque Isidro Abad es capturado por los hombres de don Magdaleno después de su visita a Puruantzítiro y conducido a Pátzcuaro para ser fusilado de acuerdo a la infame ley del 3 de octubre, pero el coronel Villada poco a poco aumentó la fuerza del ejército republicano en Apatzingán. A finales de septiembre atacó Tancítaro, apoderándose de armas, caballos y huaraches de la guarnición imperialista que la defendía. La guarnición de Los Reyes se reconcentró a Zamora, abriendo el paso a Villada en aquella zona. A comienzos de octubre, Villada contaba con más de seiscientos hombres entre infantería y caballería. Sólo faltaban armas. Para hacerse de ellas, Villada planeó un golpe de mano a Uruapan. En el camino, el 14 se batió contra los imperialistas en Jucutacato y estaba a punto de ser derrotado cuando llegaron los refuerzos republicanos, lo cual decidió el combate a su favor. Villada regresó a Apatzingán (E. Ruiz 1896, 659-661).

A mediados de diciembre, la fuerza de Villada tenía mil soldados y era la única regular y prestigiada que quedaba en Michoacán. El 26, Uruapan fue evacuado por las fuerzas imperiales, y ocupado por el ejército republicano del coronel Villada el día 30. Mientras tanto, Régules, aunque invisible, seguía dando órdenes apremiantes y oportunas.

Las fuerzas republicanas seguían creciendo. En Uruapan se construyó nuevo parque, vestuario, armas. Sólo la tropa descansaba a fin de año (E. Ruiz 1896, 671-673).

En el Capítulo XIII de la Parte IV de *Un idilio a través de la guerra*, Isidro Abad se salva de ser fusilado minutos antes de que se ejecute la sentencia, cuando el Prefecto Superior de Morelia da a conocer al Comandante Militar de Pátzcuaro la ley del 4 de noviembre de 1866, enmienda de la del 3 de octubre de año anterior. El nuevo decreto no abolía la pena de muerte, sólo otorgaba a los prisioneros las formalidades de un proceso penal (E. Ruiz 1923, 328). Los artículos de los que Eduardo Ruiz cita de esa ley son los siguientes:

Artículo 1°. Las cortes marciales establecidas en México y en las capitales de las grandes divisiones territoriales del imperio, solo conocerán de los delitos puramente militares; de las causas contra individuos de bandas armadas, que con pretexto político o sin él recorren los caminos, y en ellos, en las haciendas o poblaciones que invaden cometen depredaciones; de las de robos en despoblado en general, y en fin, de los procesos contra plagiaros.

Artículo 6°. Las sentencias de las cortes marciales se ejecutarán dentro de veinticuatro horas, procurando que el reo reciba los auxilios espirituales; sólo se suspenderá la ejecución por recurso de nulidad por falta de jurisdicción, del que conocerá el Consejo de revisión; y no se dará curso a las solicitudes de indulto de los condenados (Magallón Ibarra 2005, 268).

Sin embargo, el momento en que Isidro Abad fuese juzgado por la corte marcial establecida por la ley del 4 de noviembre ya no llegó. Isidro permaneció incomunicado en el Cuartel de Barrio Fuerte en Pátzcuaro, desde mediados de mes hasta el 4 de enero de 1867, fecha en que los republicanos atacaron y recuperaron la ciudad. Ramón Méndez no determinó nada porque fue enviado a hacer campaña a Guadalajara en diciembre de 1866 (E. Ruiz 1923, 329-331).

2.5.2.6. *Parte Quinta: El triunfo de la patria (del 4 de enero de 1867 hasta la toma de la Ciudad de México)*

Villada emprendió la toma de Pátzcuaro. El 4 de enero, a media legua de la plaza, se le unieron Régules, Garnica, Ronda y Arias con más fuerzas, 2,600 soldados en total, y entraron a la ciudad para enfrentar a los imperialistas al día siguiente. El enemigo se rindió después de horas de combate. Se fueron reinstalando las instituciones republicanas, como los ayuntamientos y dependencias judiciales en esta población (E. Ruiz 1896, 673-677).

La toma definitiva de Pátzcuaro por el Ejército Republicano del Centro es narrada a detalle en el capítulo I de la Parte Quinta de *Un Idilio a través de la guerra*:

A las cuatro de la mañana del día 5, los imperialistas traidores saludaron a los liberales con un cañonazo dirigido a cada una de sus posiciones. A las cinco comenzó a oírse el fuego granado de la fusilería y a la luz de la aurora se veía el humo de los disparos hechos por los patriotas avanzando hacia el centro de la ciudad. A las seis se habían apoderado de algunos edificios fuera de trincheras. A las nueve se daba el asalto, se tomaban varias fortificaciones y el fuego devoraba el templo de San Francisco, atacado por el valiente coronel José Vicente Villada y defendido vigorosamente por parte del “batallón de Pátzcuaro”. Los vecinos de la ciudad, desde las alturas de las torres y casas particulares, hacían, hábiles tiradores, un fuego certero sobre nuestras tropas. A las diez se libraban combates dentro del perímetro fortificado. Esto pasaba en el poniente de la plaza; por el sur, Méndez Olivares se había apoderado de la eminencia de San Miguel y avanzaba sobre la Compañía, y por el norte, las tropas de Coeneo, a las inmediatas órdenes del general Régules, atacaban el Barrio Fuerte y formaban sus columnas para asaltar la Parroquia, defendida por los mejores soldados de la guarnición. A su vez, el jefe de estas fuerzas, valiente y aguerrido, formó una columna e hizo una salida para rechazar a los asaltantes (E. Ruiz 1923, 335-336).

En la novela, Isidro es puesto por el enemigo en el campanario del templo de San Francisco, a merced de las balas de su propio bando y el incendio en el edificio que los chinacos provocan. Isidro alcanza a escapar de la iglesia antes de que ésta se derrumbe. Isidro encuentra a Régules en medio del combate y se une al ataque de la plaza. Los imperialistas se rindieron a discreción e Isidro se salvó de su prisión y posible fusilamiento.

Así termina el capítulo I de esta parte. De inmediato, Isidro se reintegra a las filas del general Régules (E. Ruiz 1923, 336-338).

Lo siguiente no se cuenta en *Un idilio a través de la guerra*, pero en *Historia de la Guerra de Intervención en Michoacán*, Eduardo Ruiz da fe de los fusilamientos de liberales prisioneros en Pátzcuaro a lo largo de toda la revolución y señala:

De tiempo atrás había entre la masa del pueblo, en Michoacán, un odio profundo contra Pátzcuaro, por las ideas retrógradas de sus habitantes y porque eran incontables los liberales fusilados en su recinto desde los días de la insurrección: la época del imperio no había desmentido estos antecedentes. El deseo de venganza era más vivo entre los chinacos, y por eso en el día a que me estoy refiriendo fue preciso hacer uso de las armas para impedir que muchos soldados y gran número de indios de los alrededores consumasen el saqueo que habían intentado a multitud de casas (E. Ruiz 1896, 677).

Al día siguiente, la División Republicana al mando de Régules marchó rumbo a Morelia; por falta de parque no atacaron la población y se dirigieron hacia Acámbaro, Gto., dirigiendo un ataque infructuoso el 10 de enero (E. Ruiz 1896, 678). *Un idilio a través de la guerra* se refiere brevemente a este acontecimiento diciendo: “Seguimos a este jefe en su inútil y desastrosa expedición a Acámbaro, donde bastó para derrotarnos el sólo silencio del enemigo, como lo dirá la historia” (E. Ruiz 1923, 341).

Régules regresó a Pátzcuaro sin gran parte del botín que había conseguido en el ataque del día 5, tras una marcha penosa de seis días y varias deserciones (E. Ruiz 1896, 679). A mediados de enero, los jefes republicanos Ronda, Garnica, Arias y Villanueva volvieron a Coeneo, Zacapu y Quiroga para reclutar más soldados para ponerlos a las órdenes de Régules. Villada fue a Uruapan, Méndez Olivares a Tacámbaro, y Norberto Salgado se dirigió a Ario. Ruiz (1896) afirma: “los pueblos nos ayudaban empeñosamente, no solamente por su patriotismo, sino deseosos de que terminara cuanto antes la guerra” (E. Ruiz 1923, 342, E. Ruiz 1896, 679-680).

En *Un idilio a través de la guerra*, Isidro Abad, que seguía muy triste por no haber tenido noticias de la familia de don Manuel por meses, consigue, por intervención de su amigo (el narrador de la novela) que Villada lo comisione para reclutar gente en la Huacana. Isidro no sólo cumple su comisión, aprovecha para seguir adelante hacia Puruantzítiro. Vuelve a encontrarlo en escombros, abandonado. A continuación, va hacia la tienda que también funcionaba como correo, pero ahí le dicen que no han sabido nada de don Manuel desde agosto, tiempo en que éste dejó de venir al pueblo. Isidro lamenta nunca poder saber la verdad sobre esa familia, se siente más desesperado que antes (E. Ruiz 1923, 342-345).

Triste y abatido, con deseos de morir en medio de algún combate, Isidro se reintegra a la brigada del coronel Villada el 31 de enero en Penjamillo (E. Ruiz 1923, 346). También Régules, Ronda y Méndez Olivares se juntaron ese día en aquella población. La división republicana contaba con tres mil hombres a finales de mes (E. Ruiz 1896, 680).

El 1º de febrero, los republicanos reanudaron la marcha para atacar La Piedad cuando en Numarán se enteraron que ya los imperialistas la habían evacuado para confinarse en Zamora (E. Ruiz 1896, 680, E. Ruiz 1923, 347).

El 4, los republicanos entablaron combate contra los imperialistas en esta población. A la mañana siguiente, los imperialistas se fugaron, dejando la ciudad poder de los republicanos, quienes tomaron del enemigo más de seiscientos fusiles y nueve piezas de artillería (E. Ruiz 1896, 682-685, Barbosa 1906, 286).

La toma republicana de Zamora es narrada en el capítulo III de la Parte Quinta de *Un idilio a través de la guerra*:

Al amanecer del siguiente día se rompieron los fuegos y se combatió todo el día con igual valor por ambas partes, sufriendose también de ambas partes gran pérdida de vidas. La bravura y serenidad de Isidro Abad en los sitios en que era más reñido el combate llamaron

la atención de todos. Yo bien veía que buscaba la muerte; pero esta deidad inexorable tiene sus caprichos, y parece que adrede huye de los valientes. Era ya cerrada la noche cuando nos replegamos a nuestras posiciones, y en la madrugada siguiente, ya a punto de lanzar nuevamente nuestras columnas sobre la plaza, supimos que el enemigo hacía dos horas que la había evacuado en el mayor silencio (E. Ruiz 1923, 347-348).

El 5 de febrero de 1867 cayó Zamora en poder del Ejército Republicano del Centro, concluyendo la guerra de intervención en Michoacán. Ese mismo día, el mariscal Bazaine había salido de la Ciudad de México rumbo a Veracruz, llevándose a todas las fuerzas francesas, compuestas de turcos, cazadores de África, zuavos, cazadores de Vincennes y los batallones 7º y 93º de línea. Ese mismo día fue retirada la bandera francesa que ondeaba sobre Palacio Nacional. El 13, Maximiliano marchó de la Ciudad de México hacia Querétaro, escoltado por los generales Leonardo Márquez, Santiago Vidaurri, el coronel Quiroga y su séquito. Un día antes, el Emperador había escrito a Ramón Méndez para pedir el apoyo de su brigada en Querétaro; por lo tanto, el ejército imperial abandonó Morelia la mañana siguiente (Díaz 2001, Payno 1886, E. Ruiz 1896, 685-687, E. Ruiz 1923, 349).

El 17, el Ejército Republicano del Centro entró a Morelia en medio del repique de las campanas, el tronar de los cohetes y el júbilo de sus simpatizantes. Al día siguiente, arribó el gobernador Justo Mendoza, reinstaurándola como capital del Estado (E. Ruiz 1896, 685-689, E. Ruiz 1923, 348-349).

Tres días después, el Ejército Republicano del Centro, disuelto para ponerse a las órdenes del Gral. Ramón Corona, partió desde Morelia rumbo a Querétaro para sumarse a las fuerzas nacionales para la lucha final contra Maximiliano. Régules tomó el mando de la primera división. Eugenio Ronda acudió a la toma de Puebla, bajo las órdenes del general Guadarrama. La brigada del coronel Villada se incorporó a las tropas que sitiaron la Ciudad

de México, formando parte del ejército del Gral. Porfirio Díaz (Sánchez Sandoval 1996, González 1997, García Mora 1989, E. Ruiz 1896, 689).

En marzo de 1867, de acuerdo al narrador de *Un idilio a través de la guerra*:

[...] no subsistieron en los siguientes días más que dos ejércitos de la República: el del Norte, a las órdenes del general Escobedo y el de Oriente, al mando del general Díaz. En el primero quedaron refundidos el del Centro y el de Occidente, y en el segundo, las tropas que habían conformado la división del Sur. Aquel se destinó para sitiar a Querétaro, y éste para apoderarse de México, Puebla y Veracruz.

El Imperio contaba con generales como Miramón, Márquez, Tomás Mejía, Méndez (Ramón); Castillo y otros, la flor y nata del partido clerical en las armas, veteranos que en continuas batallas venían sosteniendo sus ideas desde hacía muchos años.

La República llevaba al estadio de la guerra a hombres como Escobedo, Porfirio Díaz, Corona, Nicolás de Régules, Riva Palacio, que habían aprendido a ser militares en los campos de batalla, pero que habían salido del pueblo, simples ciudadanos, a defender la democracia y las instituciones republicanas (E. Ruiz 1923, 349-350).

Mariano Escobedo, general republicano al mando de 25,000 hombres, emprendió el sitio al Emperador el 6 de marzo. Apoyaron el sitio Ramón Corona, Nicolás de Régules, Vicente Riva Palacio y otros jefes. El primer ataque formal a la ciudad de Querétaro se hizo el 14, las tropas fueron rechazadas. El ejército conservador se componía de once mil hombres. El hambre reinaba en la ciudad y los pobladores sufrían por las inclemencias (Frías 1901, Aguirre Cinta 1903, E. Ruiz 1923, 352).

El capítulo V de la Parte Quinta de *Un idilio a través de la guerra* menciona el combate de la Cruz del 14 de marzo, en el que participó Isidro Abad:

El 14 se hizo un reconocimiento general sobre la plaza, que dio motivo a sangrientos combates. Isidro se cubrió de gloria en el combate de la Cruz; caían a su lado, como segadas espigas, sus valientes soldados; sus oficiales todos salieron heridos; él quedó ileso, y el Cuartel General mandó que se hiciera mención honorífica de su conducta. Vivía, a pesar de su decidido empeño en desafiar a la muerte (E. Ruiz 1923, 352-353).

Porfirio Díaz se apoderó de Puebla el 2 de abril y a partir del 12 rodeó la Ciudad de México con quince mil hombres. El general Imperialista Leonardo Márquez, que había

partido de Querétaro a la capital por refuerzos, no pudo volver a Querétaro para auxiliar al Emperador (Díaz 2001, Rivera 1904).

Porfirio Díaz era Presidente de México en el tiempo en que *Un idilio a través de la guerra* fue escrita. Su autor era Ministro de la Suprema Corte de Justicia y aprovecha la ocasión para loar a Díaz en algunos párrafos:

Puebla había caído el 2 de abril ante el incontrastable asalto llevado a cabo por el valor, la pericia y la audacia del héroe de la guerra y de la paz, del modesto republicano Porfirio Díaz.

Márquez había marchado en auxilio de aquella plaza, pero derrotado por el invicto caudillo en los campos de San Lorenzo, fue perseguido hasta las puertas de México, y el 12 de abril comenzó el asedio de la capital (E. Ruiz 1923, 353).

La madrugada del 15 de mayo, en Querétaro, dispuso el general Escobedo sorprender el punto fortificado de La Cruz, operación encargada al general Francisco Vélez y que éste llevó a cabo acompañado de otros jefes, tomando el punto. El ejército republicano penetró ahí. Los sitiados, sorprendidos, hicieron esfuerzos para rechazar a los asaltantes y se entabló una resistencia desesperada, pero fue inútil. Maximiliano decidió entregarse al general Escobedo (Frías 1901, Torres Quintero 1910, 214).

A dicho episodio, el narrador de *Un idilio a través de la guerra* dedica unas palabras:

Después de setenta días de un sitio riguroso, cuando los imperialistas buscaban una salida para desbandarse al grito de *Sálvese quien pueda*, Maximiliano entregó la plaza, con él y todos los suyos, y hundió en el abismo de la historia el trono que soñaron sus partidarios y los partidarios de Iturbide (E. Ruiz 1923, 353).

Lo que a continuación sucede con el Emperador es omitido en *Un idilio a través de la guerra*; no obstante, es preciso mencionarlo. Al enterarse Juárez de la captura de Maximiliano, dispuso que el Emperador, Miramón y Mejía fueran enjuiciados conforme a los artículos 6º y 11º de la ley del 25 de enero de 1862. De acuerdo a ella, se instaló en el

Teatro Iturbide (hoy Teatro de la República) de la ciudad de Querétaro, un consejo de guerra para decidir la suerte del Archiduque. Finalmente, Maximiliano fue condenado a muerte el 14 de junio y fusilado en el Cerro de las Campanas el 19, junto con los generales Miguel Miramón y Tomás Mejía (Frías 1901, Vázquez 2005, Vigil 1884, 849).

Mientras tanto, Leonardo Márquez resistía el sitio de la Ciudad de México. *Un idilio a través de la guerra* alude a este episodio en este párrafo: “Quedaba en pie la capital, convertida en teatro de rapiña del célebre don Leonardo Márquez, por unos y otros tenido por traidor” (E. Ruiz 1923, 353).

La caída del Emperador en Querétaro fue ocultada a los habitantes de la capital. El gobierno imperial logró sostenerse gracias a préstamos forzosos e impuestos extraordinarios. La verdadera situación se conocería en los primeros días de junio, al llegar el emisario que buscaba a los abogados solicitados por Maximiliano para su defensa (Díaz 2001, Vigil 1884).

Al término del sitio de Querétaro, los generales Riva Palacio y Corona, al mando de una fuerte brigada, acudieron a la toma de la Ciudad de México para reforzar al ejército de Porfirio Díaz. Iba con ellos Isidro Abad (E. Ruiz 1923, 354). De acuerdo a *Un idilio a través de la guerra*:

Riva Palacio estableció sus cuarteles entre Ixtacalco⁵, Mexicalcingo⁶ e Ixtapalapa⁷; Corona cubrió la línea que se extiende desde Guadalupe Hidalgo hasta Azcapotzalco. El general Díaz situó su cuartel general en Tacubaya (E. Ruiz 1923, 354).

⁵ Ixtacalco (hoy Iztacalco). Delegación política del Distrito Federal. Limita al Norte con la delegación Venustiano Carranza, al Oeste con Benito Juárez, al Sur con Iztapalapa y al Este con el municipio mexiquense de Nezahualcóyotl. En 1824 fue parte del Estado de México. En 1854, durante la dictadura de Santa Anna, se integró al Distrito de México. En 1857 se incluyó en el Distrito Federal. En 1865, durante el gobierno de Maximiliano, Iztacalco quedó dentro del departamento del valle de México. A la restauración de la República volvió a la disposición política de 1857.

⁶ Mexicalcingo. Municipio del Estado de México situado al sureste de Toluca.

⁷ Ixtapalapa (a partir de 1978, Iztapalapa). Delegación política del Distrito Federal. Limita al norte con la delegación Iztacalco, al noroeste con el municipio de Nezahualcóyotl, al sur con la delegación Tláhuac y

Es en Mexicalcingo en donde Isidro Abad se reencuentra, por azares del destino, con Florencia y su familia, quienes vinieron a refugiarse a la Ciudad de México para ponerse a salvo del ataque de don Magdaleno del Río a Puruantzítiro, y luego se resguardaron en Mexicalcingo para escapar de las inclemencias del sitio a la capital.

El 21 de junio de 1867, dos días después del fusilamiento de Maximiliano, y tres después de la boda de los protagonistas de *Un idilio a través de la guerra*, la Ciudad de México se rindió (E. Ruiz 1923, 385).

2.5.2.7. *Epílogo (Entrada de Benito Juárez de la Ciudad de México)*

Lo que sucedió en los días siguientes a la rendición de la Ciudad de México es omitido de las páginas de *Un idilio a través de la guerra* por medio de una elipsis. Ignacio Manuel Altamirano apunta que se dictaron órdenes para que en 24 horas se entregaran todos los que habían servido al Imperio en cargos públicos. Algunos fueron condenados al destierro perpetuo, otros, como Ramón Méndez, Santiago Vidaurri y Tomás O’Horan, fueron fusilados. El 4 de julio se rindió Veracruz y con esto desapareció el último resto de la defensa del Imperio. Benito Juárez entró a la capital el 15 de julio de 1867 (Altamirano 2006, 155).

José María Vigil, en *México a través de los siglos*, recuerda lo sucedido:

Xochimilco, y al oeste con las delegaciones Benito Juárez y Coyoacán. En 1824 fue parte del Estado de México. En 1854, durante la dictadura de Santa Anna, se integró al Distrito de México. En 1857 se incluyó en el Distrito Federal. En 1865, durante el gobierno de Maximiliano, Iztacalco quedó dentro del departamento del valle de México. A la restauración de la República volvió a la disposición política de 1857.

[...] el 15, a las nueve de la mañana, [Juárez] entró en la capital por la puerta de Bélem y paseo de Bucareli. En la glorieta, donde está colocada la estatua de Carlos IV, se detuvo a recibir las felicitaciones de las autoridades civiles y militares, y un laurel de oro que le fue presentado por un grupo de niñas vestidas de blanco. En seguida el Presidente, los ministros, las autoridades y varios particulares depositaron coronas de flores en el altar de la patria que allí se había levantado. Continuó luego el señor Juárez por las calles de la Alameda, de San Francisco y de Plateros hasta el Palacio de gobierno, en cuyo balcón principal presencié el desfile de la columna de honor. Los repiques, las salvas de artillería, los adornos de las casas, la multitud bulliciosa que llenaba las calles, todo revelaba el extraordinario júbilo de los habitantes de México [...]. Ese día expidió el señor Juárez el manifiesto [...] (Vigil 1884, 858-859)

El epílogo de *Un idilio a través de la guerra* recrea el momento en que el presidente Benito Juárez y sus Ministros entran triunfales a la Ciudad de México. Isidro y Florencia asisten a la ocasión, abriéndose paso entre la multitud desde las calles de Plateros, San Francisco y costado sur de la Alameda, hacia el Poniente, hasta la entrada del Paseo de Bucareli. En este punto es donde Isidro y Florencia ven pasar a Benito Juárez y sus ministros en su carruaje, resguardados por una escolta de honor. La gente con gran júbilo aclama con aplausos a los vencedores.

Citamos el resto de la crónica de aquel día, en palabras del narrador de la novela:

[...] apenas se restableció el silencio avanzó hasta cerca del Presidente la Corporación Municipal encabezada por el famoso jurisconsulto don Antonio Martínez de Castro, quien con su voz robusta y vibrante, saludó en levantada alocución, y en nombre de la Capital, al gran ciudadano que nunca había desesperado de la salvación de la República; luego un numeroso grupo de niñas vestidas de blanco se adelantó a su vez, y una de ellas entregó al immaculado patriota un laurel de oro, digno emblema de alta virtud cívica ofrecido al que acababa de quebrar con tan indomable energía la odiosa corona de un monarca. Volvió a ponerse en marcha el carruaje con dirección al Palacio Nacional en medio de las entusiastas aclamaciones del pueblo, que no cesaba de vitorear a Juárez y a todos los caudillos de la segunda guerra de independencia; de los balcones se arrojaban flores a su paso y el entusiasmo iba en aumento a medida que el Presidente avanzaba en su marcha por las calles más céntricas de la Capital.

Isidro y Florencia volvieron sobre sus pasos, e impulsados por aquella incontestable corriente humana que seguía el coche del Presidente, llegaron a la Plaza de la Constitución, henchida de un incontable gentío. En ese momento una gran bandera que acababa de ser izada en la enorme asta del Palacio Nacional se desplegó majestuosa y ondeante, echando al aire los colores de la patria, que se destacaron vigorosamente sobre el intenso azul de un

cielo sin nubes. El entusiasmo popular, ante aquel inefable espectáculo, que significaba el triunfo completo del derecho, la salvación de la independencia llevada a felicísimo remate, y la inmortalidad de la República, se convirtió entonces en verdadero frenesí; y más vigorosa que el estruendoso clamoreo de las campanas de la Catedral y de todos los templos de la Ciudad, más potente que el ronco estampido de los cañones que saludaban la insignia nacional, y más penetrante que el sonar de las dianas, fue la aclamación tremenda, sin ejemplo, de los cuarenta mil espectadores que llenaban la vasta Plaza de la Constitución (E. Ruiz 1923, 390-391).

2.2. Novela Sentimental

2.2.1. ¿QUÉ ES NOVELA SENTIMENTAL?

Jesús Menéndez Peláez define novela sentimental como un género en el que confluyen varias tradiciones en torno al tema amatorio, sobre un fondo simbólico y alegórico; donde los autores se detienen a describir los sentimientos y psicología de los protagonistas (Menéndez Peláez 2007, 226, 236).

Marcelino Menéndez Pelayo afirma que en una novela erótico-sentimental “se da mucha más importancia al amor que al esfuerzo, sin que por eso falten en ella lances de armas, bizarrías y gentilezas caballerescas, subordinadas a aquella pasión que es alma y vida de la obra, complaciéndose los autores en seguir su desarrollo ideal y hacer descripción y anatomía de los afectos de los personajes. Es, pues, una tentativa de novela íntima y no” (Menéndez Pelayo n.d.).

No ha sido fácil determinar las características generales de las novelas sentimentales; sin embargo, varios autores concuerdan en que este tipo de narraciones suelen ser cortas, son historias amorosas que manejan una visión trágica del amor; en la mayoría de los casos, el argumento termina con la muerte o un símbolo de amor frustrado; concentran su atención sobre los estados emocionales y los conflictos internos sobre las acciones externas, incluyen cartas o poemas, tienden al autobiografismo (el narrador es en primera persona, o un personaje). La idealización de la mujer es la nota más característica, maneja un erotismo intenso, pero sin llegar a la recompensa. Los amadores adoptan una actitud servil y lacrimógena ante los caprichos de la amada (Menéndez Peláez 2007, 237-

239). *Un idilio a través de la guerra* comparte varias de estas características, como a continuación iremos revisando pormenorizadamente.

C.S. Lewis caracterizó la cultura del amor cortés con cuatro notas: la humildad, la cortesía, el adulterio y la religión del amor:

Humildad. Los amadores, protagonistas de las novelas sentimentales, adoptan siempre una postura servil frente a la dama. Obediencia ciega, satisfacen todos sus caprichos y aceptan sus reproches, aunque éstos sean injustos.

En *Un idilio a través de la guerra*, jamás leemos que Isidro Abad esté enojado con Florencia. Su enamorada le hace reproches y peticiones en varias ocasiones, pero Isidro, si bien no puede obedecerla, la escucha y busca la manera de tranquilizarla. Sin embargo, en el capítulo IX de la Parte Tercera, después de que Isidro Abad regresa a Atoyac, acompañado de Vicente Riva Palacio y su amigo, Eduardo Ruiz, y se encuentran con don Manuel y su familia. El ranchero expresa su deseo de volver a Puruantzítiro cuanto antes, pero su hija le dice:

—Papá, —insinuó Florencia—, acuérdate de que Desideria nos ha invitado a pasar el día de mañana en su rancho. Esa buena muchacha tendrá mucho gusto de volver a ver a Isidro, y además es fuerza despedirnos de la familia Olivar y contemplar por última vez *el charco*, como ellos le dicen (E. Ruiz 1923, 251-252).

Petición que doña Tránsito entiende que es para que su hija pase un día más con su amado, así también parece entenderlo don Manuel, quien contesta, no sabemos en qué tono:

—Está bien, mañana iremos a la playa y pasado nos iremos sin falta, ya lo oye usted, don Isidro, y si gusta, convide al general Riva Palacio a que pase un mal día con nosotros (E. Ruiz 1923, 252).

El cumplimiento de este capricho, por tanto, involucra no sólo a Isidro Abad, quien no tiene inconveniente alguno en obedecer y dejar esperando a la patria un día más, sino

que también arrastra a personajes históricos, como el general Vicente Riva Palacio y su secretario e ahijado, Eduardo Ruiz.

Cortesía. El diccionario de la Real Academia de la Lengua Española la define como: “demostración o acto con que se manifiesta la atención, respeto o afecto que tiene alguien hacia otra persona” (Real Academia Española 2014). Este valor moral engloba un conjunto de cualidades y virtudes, como la amabilidad, consideración y buena educación. Su opuesto sería la villanía, es decir, un conjunto de vicios en relación con la norma cortesana. La cultura del amor cortés tiene un fuerte carácter aristocrático: sólo el cortesano es capaz de amar. La “mesura” está íntimamente relacionada a este concepto, lo cual implica un equilibrio entre lo racional y lo sentimental, y la armonía entre corazón e inteligencia.

Desde que el narrador nos presenta a Isidro Abad en el capítulo I de la Parte Primera de *Un idilio a través de la guerra* nos dice:

Sus dotes intelectuales y sus maneras finas y elegantes, le abrieron las puertas de muchas casas de Uruapan y pronto estuvo allí relacionado con las mejores familias.

Todos le queríamos; la tropa lo adoraba porque los soldados le veían a su lado a la hora del peligro, en la pelea, y a la cabecera de la cama, cuando estaban enfermos. No había uno que no lo obedeciera, más que por la disciplina, por el cariño y la gratitud (E. Ruiz 1923, 7-8).

Isidro Abad es un personaje cortés, capaz de amar y ser amado. Caso contrario con el antagonista, don Magdaleno del Río, que tiene varios vicios que lo colocan en el arquetipo del villano: es grosero, ambicioso, desconsiderado, mentiroso, embaucador, irascible, entre otros vicios. Florencia rechaza tajantemente su propuesta de matrimonio en el capítulo XIV de la Parte Primera. A él nadie lo quiere, no tiene pareja ni amigos. El capítulo XVI de la Parte Primera describe el carácter del villano de esta manera:

Su carácter reservado, su codicia y mala fe en los tratos y ese no sé qué que indica en la fisonomía del hombre que posee un corazón perverso, lo habían dejado sin amigos; así es que comenzó a darse créditos a ciertos rumores que circulaban en su contra (E. Ruiz 1923, 86).

Religión del amor. Si la creencia en un ser supremo, Dios, del cual el hombre se siente religado, la mujer ocupará el lugar de ese ser absoluto en la “religión del amor”. Ella será objeto de culto con características análogas a la religión cristiana. El amador hace de su amada un dios. El amor, en este contexto, cumple la misma función que la gracia en la revelación divina. El amor es fuente de bondad. Así como la religión cristiana posee sus dogmas y códigos ético-morales, que modulan la conducta del individuo, la religión del amor formula sus preceptos, sus normas y sus máximas para triunfar en la vida amorosa.

Encontramos una interesante analogía de la mujer amada con dios en el capítulo XI de la Parte Segunda de *Un idilio a través de la guerra*, en la que Florencia toca la guitarra y canta una canción de despedida para Isidro, quien se disponía a marchar hacia la guerra después de quince días de ya no tener accesos de fiebre. Esta sería la primera vez que se separarían:

De repente, Florencia tomó la guitarra y entonó una canción tristísima, cuya letra era un juramento de amor, pronunciado ante el trono de Dios (E. Ruiz 1923, 191).

Asimismo, en el capítulo XIII de la Parte Segunda, cuando Isidro descubre el baño de Florencia y va allá a leer, Isidro hace una alusión a *Las Metamorfosis* de Ovidio y al mito de la Diana y Acteón. Poniendo a su amada en el lugar de la diosa latina de la cacería, quien también es virgen, joven y hermosa. Isidro algo tiene de Acteón, pero no teme correr la misma suerte que él, porque él es respetuoso del pudor de su amada:

[...] Cuántas veces releí la desgraciada metamorfosis de Acteón, castigado por haber, inconsciente, sorprendido la virginal belleza de Diana, envuelta en el cristal de fuente bulliciosa. Al presentarse el indiscreto, las ninfas rodean a la diosa, le forman una muralla con sus cuerpos; mas el semblante de Artemisa —su nombre de cazadora—, se destaca

sobre ellas, y como una nube herida por los baños del sol, se tiñe de diversos matices, o como baña el carmín la frente de la aurora, así se sonroja del hombre que la profana con sus ojos. Ve a decir —exclama—, ve a decir ¡si puedes! que has visto a Diana sin su peplo. A esas palabras el infeliz Acteón se ve convertido en ciervo; huye; sus perros, que lo desconocen, lo persiguen, lo alcanzan y destrozan sus miembros.

Jamás en mi pensamiento hubo el temor de que yo sufriese la desgraciada suerte de Acteón. El más profundo respeto idealizaba mi amor. Aquel baño, bajo la gruta que le formaban las zirandas y los tamarindos, era un templo augusto del que me alejaba, llena mi alma de sueños de blanca ingenuidad (E. Ruiz 1923, 204-205).

Adulterio. Las invocaciones de un trovador se dirigen casi siempre a una mujer casada. Amor y matrimonio son dos categorías antagónicas; hay una oposición absoluta e irreductible entre el verdadero amor y el matrimonio, porque las relaciones entre los esposos estarán marcadas por vínculos legales. Se parte de una realidad donde el matrimonio no se realiza por amor sino por conveniencia. De ahí se concluye que las relaciones entre los esposos no pueden ser corteses; falta en ellas la ansiedad, la espera, el peligro, el riesgo, la zozobra, el cortejo, cualidades todas ellas que deben sazonar la relación cortés. El amor matrimonial resulta aburrido y monótono, mientras que el amor cortés busca la variación. El amor dentro del matrimonio no fomenta los celos (Menéndez Peláez 2007, 229-231). Esta característica no se encuentra en *Un idilio a través de la guerra*, ya que ni Isidro ni Florencia se han casado.

Adicional a la cultura del amor cortés, también suele encontrarse en las novelas sentimentales la figura del “mediador” o “celestino”, un tercero que media entre los amantes, ya sea para intercambiar correspondencia y coadyuvar en la planificación de encuentros amorosos (Zó 2007, 94). En *Un idilio a través de la guerra*, ese mediador o celestino es el narrador y autor de la novela, Eduardo Ruiz, quien no sólo consuela al protagonista y le da esperanzas durante la adversidad, sino que también interviene para que den a su amigo pasaportes o encargos que le permitan ir a Puruantzítiro a visitar a su novia.

Titular las obras con el nombre de los protagonistas responde a la influencia de las ideas filosóficas de John Locke sobre la importancia y el valor de la personalidad de cada individuo. Tal es el caso de novelas como *Pablo y Virginia*, *Clemencia*, *Ernestina*, *Martín Rivas*, *María*, entre otras (Zó 2007, 89). Esta condición no se cumple con la novela analizada en la presente tesis.

Los protagonistas de las novelas sentimentales son prototipos de héroes o heroínas románticos idealizados con formas estereotipadas, a veces son lectores de novelas sentimentales también, en una especie de entramado intertextual (Zó 2007, 90).

Los personajes de *Un idilio a través de la guerra* responden a estereotipos y arquetipos. Muchos de ellos son lectores de novelas sentimentales. Isidro Abad lee *El genio del cristianismo*, de Chateaubriand cuando está encarcelado en Pátzcuaro, esperando la “feliz” hora de ser fusilado. Don Manuel y su familia son también ávidos consumidores de este género, tanto en la novela como en poesía; pero no es lo único, también hay libros de historia, política liberal, religión y filosofía. Es evidente que el narrador de *Un idilio a través de la guerra* ha leído *Pablo y Virginia*, ya que en un diálogo citado en el capítulo II de la Parte Quinta, éste piensa, sin comentárselo a su amigo Isidro (recién rescatado de su cautiverio en Pátzcuaro), en una alusión del trágico desenlace de Virginia como modelo de virtud y honor en el hipotético caso de que Florencia hubiese caído en manos de don Magdaleno del Río cuando éste atacó Puruantzítiro, o de Pedro (el peón de don Manuel), en su defecto. Esto es lo que narrador temía que hubiera sucedido con la novia de Isidro:

[...] En cuanto a mí, tenía por seguro que Pedro, aprovechándose del ataque de don Magdaleno al rancho, y en medio de la confusión que la sorpresa y el asalto debió producir entre sus habitantes, había logrado apoderarse de Florencia, desmayada tal vez, y que vuelta en sí y con ese valor desesperado que inspiran en una mujer su virtud y su dignidad amenazadas, con aquella resolución sublime que empujó a Virginia a arrojar al mar, al volver a la isla de Francia, se había precipitado por uno de tantos abismos de las barrancas

de Puruantzítiro, o en cualquiera de los encrespados remolinos del atronador e impetuoso torrente que allá corre entre las negras y afiladas rocas [...] (E. Ruiz 1923, 340-341).

Las novelas sentimentales románticas hacen uso de la metáfora amorosa floral, vista como una isotopía de la metáfora flor-vida, flor-amor (Zó 2007, 92).

El sujeto amante proyecta sus sentimientos en todo lo que le rodea, el amor está en todos lados y el paisaje y él están en comunión amorosa. La naturaleza sirve de marco amigo y protector de los enamorados (Zó 2007, 93).

Otra característica de la novela sentimental es la presencia de una patología amorosa, en la que se puede considerar al amor como una enfermedad padecida por el enamorado; de esta forma, se observa una patología y sintomatología en los textos. En la novela sentimental, cuando el enamorado confiesa su pasión amorosa, se puntualizan los síntomas de esta enfermedad: tristeza y amargura, debilidad y dolor en el corazón, insomnio, inapetencia, llanto exacerbado y deseos de morir (Zó 2007, 94). Como hemos visto, los protagonistas de *Un idilio a través de la guerra* no escapan a estos síntomas.

Por último, existe cierto fetichismo en estos textos, que consiste en sustituir el objeto sexual (la amada) por un fetiche, es decir, por una parte del cuerpo muy poco apropiada para fines sexuales, como el cabello o los pies, o por un objeto inanimado que esté relacionado con la persona, generalmente una prenda de vestir, pañuelos o anillos (Zó 2007, 95).

2.2.2. ORIGEN Y DESARROLLO DE LA NOVELA SENTIMENTAL

2.2.2.1. Edad Media

Menéndez Peláez (2007) parte de la idea de que los orígenes de la novela sentimental están íntimamente relacionados con la cultura del amor cortés con su peculiar concepción de la mujer, al margen de los códigos axiológicos de la tradición cristiana. El resurgimiento del espíritu caballeresco, dentro del arcaísmo cultural y político que fomenta la aristocracia nobiliaria es el telón de fondo del nuevo género. La corriente profeminista del amor cortés la alimentará intelectualmente. El género epistolar y los tratados doctrinales sobre el tema amoroso tampoco fueron ajenos al nacimiento de la novela sentimental (Menéndez Peláez 2007, 226, 236-237).

Menéndez Peláez (2007) sitúa los orígenes de la novela sentimental en un proceso sociológico medieval en el que un determinado grupo creó un nuevo cliché sobre la vida amorosa que se presenta como una auténtica religión de características antagónicas a la cristiana; es una lucha estructural entre el clérigo (monástico) y el laico (o burgués). A partir del siglo XI el laico trata, cada vez con más ímpetu, de sustraerse a la tutela de la Iglesia. De acuerdo a Menéndez Peláez, la época áurea de la literatura del amor cortés ocupó los siglos XII y XIII, y a partir del siglo XIV comienza su decadencia e impregnará las literaturas francesa e inglesa. Esta nueva situación se intensificó durante la Baja Edad Media para dar como resultado el Renacimiento (Menéndez Peláez 2007, 234).

Marcelino Menéndez Pelayo sugiere buscar los orígenes en Italia, con obras como *La Vida Nueva*, de Dante Alighieri y en la *Fiammeta*, de Giovanni Boccaccio, ésta última

fue leída e imitada en España durante el siglo XV. Se distinguen huellas de dicha influencia en la parte seria y trágica de *La Celestina*, de Fernando de Rojas, tanto en sus defectos como en sus cualidades. Entre las cualidades de la *Fiammetta*, Boccaccio penetró en la psicología y en el estudio del alma de la mujer; entre los defectos, Menéndez Pelayo menciona el estilo redundante y ampuloso, lleno de rodeos y circunloquios. De Boccaccio los españoles también conocieron *Filóculo* y *Laberinto de Amor* (Menéndez Pelayo n.d.).

Además de las obras de Boccaccio, influyó en los primeros novelistas españoles sentimentales, y especialmente en Diego de San Pedro, la *Historia de Eurialio y Lucrecia* (1444), del autor italiano Eneas Silvio Piccolomini, futuro papa Pío II. En esta obra predomina el tono sentimental y romántico, lo cual la acerca a la *Fiammetta*. No obstante, el estilo es otro: vivo, obra maestra de la latinidad refinada y voluptuosa, Eneas Silvio agregó el empleo de la forma epistolar: parte de esta novela está en cartas entre los dos amantes, recurso mucho más natural, en palabras de Marcelino Menéndez Pelayo, que los soliloquios empleados por Boccaccio (Menéndez Pelayo n.d.).

Otro autor italiano del siglo XV leído e imitado en España fue el florentino Leo Battista Alberti con sus diálogos *Ecantofilia* y *Deifira*, el primero de los cuales enseña el ingenioso arte de amar y el segundo exhorta a huir del amor mal comenzado (Menéndez Pelayo n.d.).

Por otra parte, están los orígenes caballerescos, siendo el *Amadís de Gaula* (1508), de Garci Rodríguez de Montalvo, la obra que más se combinó con la *Fiammetta* (Menéndez Pelayo n.d.).

2.2.2.2. Renacimiento español

La novela sentimental fue un género que gozó de gran popularidad entre el público femenino que vivía en la corte de Castilla en el siglo XV (Menéndez Peláez 2007, 226).

El iniciador del género de novela sentimental en España fue Juan Rodríguez del Padrón, con el *Siervo libre de amor* (1440). De acuerdo a Menéndez Peláez (2007), dicha obra está escrita en forma autobiográfica y trata de amores desafortunados, la materia narrativa está estructurada en tres partes o tiempos, en los que la alegoría envuelve toda la narración: amar y ser amado, amar y no ser amado, y ni amar ni ser amado; el texto tiene una fuerte intencionalidad moralizante y es un caso a la manera provenzal del amor cortés. El protagonista se hace vasallo (siervo) de una dama (señora feudal), esto hace que el amador pierda la libertad y se convierta en cautivo, el amador ama sin ser correspondido (Menéndez Peláez 2007, 237, 240-242).

La segunda novela sentimental en España, siguiendo el orden cronológico, es *Sátira de infelice e felice vida*, de don Pedro, Condestable de Portugal. A ésta obra le siguió *Triste delectación*, de autor anónimo, que cuenta la historia de amores adúlteros entre dos parejas de amantes que terminan trágicamente (Menéndez Peláez 2007, 244).

Uno de los autores más importantes de la novela sentimental renacentista española fue Juan de Flores. Su obra representa una innovación en la narrativa de la novela sentimental y la consolida en el reino de Castilla. Escribió tres obras para el género: *Grisel y Mirabella*, *Grimalte y Gradisa*, y *Mirabella y el triunfo del amor*, todas de 1495 (Menéndez Peláez 2007, 244-245).

Otro autor español que alcanzó la fama con novelas sentimentales fue Diego de San Pedro, quien escribió *Sermón de amores*, la cual, como su nombre lo indica, está escrita en

forma de sermón literario sobre preceptos y reglas del amor, y se estructura en tres partes; *Cárcel de amor*, la obra más representativa de la novela sentimental española, que incluye algunas cartas; *Tractado de amores de Arnalte y Lucenda* (Menéndez Peláez 2007, 245-248).

2.2.2.3. Ilustración

El sentimiento moral burgués comienza con el empirismo de Locke y se une a la sensibilidad religiosa y su proceso de secularización, junto a las mujeres que demandaban una literatura propia que les permitiera soñar con otra vida, lejos de la rutina y el aburrimiento diario (Seoane Pinilla 2011, 110, Zó 2007, 88).

Zó (2007) ubica el resurgimiento de la novela sentimental en el prerromanticismo inglés con *Pamela o la virtud premiada* (1740), y *La vida de Clarissa Harlowe*, de Samuel Richardson. Este autor inició una nueva forma de ficción que renovó su prosa con técnicas novedosas, una estética anclada en los postulados de Hume, Locke (empirismo), Hutcheson (sentido moral, el sentimiento afirma la individualidad, la educación y el talante) y Shaftesbury (carácter social de los sentimientos), basados en la creencia de la bondad innata del ser humano, y la creación de un nuevo lector sentimental. En Francia, Prevost, y, sobre todo, Jean-Jacques Rousseau, con *La nueva Eloísa* (1761), introdujeron la literatura más adecuada para el Siglo de las Luces (Zó 2007, 82, Seoane Pinilla 2011, 111).

En palabras de Seoane Pinilla, hablar de novela sentimental es hablar de la novela ilustrada por antonomasia. Quien no la escribe, la lee, y a poco, todos hablan en lenguaje sentimental. Las lágrimas, en las que todos coincidían y cualquiera comprendía,

justificaban que la sociedad fuera un sistema de relaciones basadas en la simpatía social (Seoane Pinilla 2011, 111).

Asimismo, Seoane Pinilla señala que la novela sentimental ayudó a conformar la conciencia moderna, a partir de ella se pudo sentir de muchas maneras, sin dejar de ser un carácter, un modo determinado en que el mundo se ordena. La novela sentimental se presentó a manera de relato autobiográfico en el que el sujeto es capaz de experimentar afecciones muy diferentes sin perder su individualidad. No aprende, no cambia, pero esto permite establecer por primera vez una identidad. A veces el héroe se pierde y puede caer en el vicio, pero siempre alcanza la virtud. A menudo los personajes actúan sin saber, son engañados por sentimientos o palabras falsos, pero aún cayendo en el vicio, el lector lo interpreta como una prueba de la categoría moral del personaje. Se juzga la conciencia como un doble acercamiento a la acción del individuo. Siempre hay caídas que pertenecen por completo a la heroína y que se arrastran por toda la novela. La conciencia sentimental recoge el más pequeño pormenor y lo añade a la configuración de la identidad del personaje (Seoane Pinilla 2011, 111-112).

De acuerdo a Seoane Pinilla, los personajes de *Clarissa* y *Eloísa* caen de prueba en prueba, se levantan y llegan a la virtud suprema: ser dueños de sí mismos. Este es el significado de la conciencia: cada acto es nuestro y sólo toma valor en cuanto compone nuestra identidad (Seoane Pinilla 2011, 113).

Sin embargo, hay diferencias entre las novelas de Richardson y las de Rousseau, mientras Richardson plantea que el individuo vive en un mundo que con su esfuerzo puede ser armónico, para él los sentimientos morales son importantes, pero sólo en combinación con un sentido del orden providencial; Rousseau supone que el mundo armónico está en el

mismo personaje y al igual que en él, está en todos; también la voz interior de la naturaleza hace que los sentimientos definan lo que es bueno (Seoane Pinilla 2011, 118-119).

La novela sentimental de la Ilustración es la aventura de un individuo autónomo que decide desde sí en contra incluso de su propio interés, heroínas que renuncian a la “vida acomodada” por ser fieles y consecuentes consigo mismas, pero su actuación cobra un significado virtuoso, integrado en un juego social que los sitúa en la benevolencia, en la naturaleza social del individuo. Su sentimiento no se hace público y se expresa mejor por medio de la forma epistolar; nada mejor que las cartas para reflejar el ser más íntimo que se ofrece y expresa a los demás, sin exteriorizar nada. No habría novela sentimental sin estas cartas que exponen y dan un diálogo al corazón de la heroína (o héroe) y hacen llorar a los lectores (Seoane Pinilla 2011, 113-114).

En la literatura rococó, el amor es sobre todo un juego. Los sentimientos son nobles. El seductor seduce con su sentimiento sin protegerse de caer en redes que teje sin darse cuenta. Los personajes se configuran mediante engaños, medias verdades y comportamientos virtuosos y honestos. En la literatura rococó triunfa el amor. Un amor que implica renunciaciones, incoherencias y engaños, pero también dignidades momentáneas, actos de heroicidad y honestidad y virtud permanente. En la literatura rococó, toda pérdida, sin ser una ganancia, es la construcción de la vida. Ejemplos de novela sentimental rococó los encontramos en *Las relaciones peligrosas*, de Cloderlos de Laclós, y *Justine*, del Marqués de Sade (Seoane Pinilla 2011, 120-121).

2.2.2.4. *Romanticismo*

Reyes Nevares (1960) afirma que a partir de la década de 1830, lo sentimental generó importantes cambios en el terreno de la cultura. El sentimiento era una actitud; apoyándose en él, los románticos se dieron a la desesperación o se entregaron a un heroico entusiasmo. Algunos agotaron sus fuerzas en lágrimas y quejas, y otros las emplearon en la defensa de las causas nobles, en la transformación política de las sociedades. Los escritores de la época huían de los paisajes demasiado claros, así como renunciaban a conductas demasiado lúcidas. La pasión en lo moral, y la bruma en lo material, son los medios en que se desarrollan las obras literarias del periodo. Todo es media tinta y pasión desbordada. Surge el nocturno. El canto amoroso cobra nuevo vigor. La amada es casi un hada, con la misma consistencia irreal de esos seres fantásticos. Tinieblas, tinieblas por todas partes. Entre ellas, ocupando lugar privilegiado, las tinieblas más densas que sea posible imaginar: las del sepulcro. Los escritores tenían predilección por el papel de la víctima del amor y de la incompreensión; pero también les tentaba la imagen del calavera, que suponía el desengaño y la certidumbre de que los amores puros acaban por flaquear y extinguirse (Reyes Nevares 1960, 96-100).

Los autores de novelas sentimentales durante el romanticismo construyeron su discurso amoroso enmarcados en un proyecto nacional de afirmación de valores morales y postulados políticos. De esta forma, las obras sentimentales serían catalizadores de la conducta de los individuos en el marco de un programa político nacional; pero se mantuvieron como una vía de escape o un rechazo de la hegemonía de la vida doméstica. Durante este periodo, el sentimentalismo se afianzó y enriqueció con novelas como

Werther (1774), de Goethe; *Pablo y Virginia* (1787), de Bernardino de Saint-Pierre; *Atala* (1801) de Chateaubriand; *Hiperión, o el eremita en Grecia*, de Friedrich Hölderlin; y *Graziella* (1852) de Lamartine (Zó 2007, 83, 86, 88, Llovet 2012, 132).

2.2.2.5. *Latinoamérica y México*

Zó (2007) apunta que las novelas sentimentales del siglo XIX en Latinoamérica fueron textos ideológicamente representativos de su época, que reflejaron la realidad social y la historia patriótica (Zó 2007, 85).

Fernando Unzueta (2005) señala que la novela sentimental fue el género dominante en el continente americano durante la década de 1850. Eran historias de amor llenas de convenciones literarias idealizadas, como la polarizada caracterización de los protagonistas; contiene una visión teleológica de la historia asociada al liberalismo, la ideología de la clase ascendente que participa en la configuración de las naciones hispanoamericanas. Las novelas nacionales apelan a la sensibilidad y emociones de los lectores para motivarlos a la acción, adiestrarlos en un tipo específico de conducta social e incentivar una identidad colectiva (Unzueta 2005, 132, 144).

En la producción sentimental de América Latina, destacan las novelas: *Soledad* (1847) y *Memorias de un botón de rosa* (1847), del argentino Bartolomé Mitre; *Esther* (1851), del uruguayo Miguel Cané; *Martín Rivas* (1862), del chileno Alberto Blest Gana; *Julia* (1861), del peruano Luis Benjamín Cisneros; *La peregrinación de Bayoán* (1861), del puertorriqueño Eugenio María de Hostos; *María* (1867), del colombiano Jorge Isaacs; y *Cumandá* (1879), del ecuatoriano Juan León Mera (Zó 2007, 82).

En México hubo varios y muy populares novelistas dedicados a los temas amorosos, fieles a los modelos europeos. Sólo introdujeron modificaciones de escenario. Destacaron Fernando Orozco y Berra, Florencio María del Castillo, Juan Díaz Covarrubias e Ignacio Manuel Altamirano (Reyes Nevares 1960, 97).

2.2.3. TRAMA SENTIMENTAL EN *UN IDILIO A TRAVÉS DE LA GUERRA*

En su libro *20 Master Plots (and How to Build Them)* (1993), Ronald Tobias devela la trama maestra detrás de las historias de amor, resultado del desarrollo histórico de la novela sentimental previamente expuesto, por la que pasa *Un idilio a través de la guerra* (escrita a principios del siglo XX y ambientada hacia el último tercio del XIX) hasta llegar a la actualidad.

Para Tobias, la historia romántica empieza con la acción “chico conoce a chica”. Pero esto no es suficiente porque el conflicto es fundamental para la ficción; por lo tanto, a este enunciado cabe añadir: “Chico conoce a chica, pero...”. Ahí es donde se incluyen los obstáculos que impiden que los amantes consumen su relación (Tobias 1993, 168).

De acuerdo al enunciado que incluye el conflicto, Tobias señala que este tipo de trama, en la cual se inserta *Un idilio a través de la guerra*, tiene tres fases dramáticas: 1) Los amantes se encuentran, 2) Los amantes se separan, 3) Los amantes se reúnen (Tobias 1993, 179-180).

Retomando la novela de nuestro análisis, puedo afirmar que la primera fase: *los amantes se encuentran*, sabemos que Isidro Abad fortuitamente llega a la hacienda de Puruantzítiro porque la mula golondrina lo ha conducido hasta ahí cuando éste pierde el conocimiento a causa de las fiebres intermitentes que padece. Isidro (el chico) conoce a Florencia (la chica), hija del matrimonio de don Manuel y doña Tránsito, dueños del rancho. A diferencia de lo ocurrido con el arribo de don Magdaleno a Puruantzítiro, ni don Manuel ni doña Tránsito sienten miedo por la llegada de este desconocido; al contrario, lo acogen en su casa, curan su enfermedad, le autorizan que recorra sus tierras para que eso ayude a su pronta recuperación, permiten que enseñe dibujo a Florencia, que se enamore de

su hija y vivan su idilio sin ocultarse de nadie. Don Manuel y doña Tránsito no son obstáculos, al contrario: son aliados del protagonista. No estamos hablando de una trama de amor prohibido, sino de un amor correspondido, incluso aprobado por la sociedad y sus familias.

Tobias (1993) afirma que cerca del fin de la primera fase los amantes están profundamente enamorados y comprometidos, ya sea por matrimonio, fe o algún símbolo de conexión. Pero algo sucede que separa a la pareja. Esto puede venir de un antagonista que hace algo para privar a los amantes de ellos mismos. O los amantes pueden ser separados como el resultado de circunstancias, o el destino (Tobias 1993, 179).

Volviendo a *Un idilio a través de la guerra*, ¿quién se opone, o qué fuerzas se oponen a que Isidro y Florencia terminen juntos? El mayor opositor es, sin duda, don Magdaleno del Río, quien antes de que los protagonistas se conozcan intentó pedir la mano de Florencia en matrimonio, pero de un modo tan insolente que la muchacha se negó tajantemente a ser su esposa y le dejó en ridículo, con sed de venganza. Para llevar a cabo su revancha, don Magdaleno aprovecha la guerra de intervención francesa y las contraguerrillas autorizadas por el Imperio para amenazar a las propiedades de don Manuel por medio de asaltos armados periódicos.

En el Capítulo XII de la Parte Segunda, Isidro Abad está a punto de abandonar a su amada y su familia, después de una larga recuperación, cuando descubre que don Magdaleno y quince hombres se aproximan a Puruantzítiro para atacarlo. Isidro cabalga de regreso a la hacienda para prevenir a don Manuel y éste se prepare para el combate. El duelo entre don Manuel y sus peones contra don Magdaleno y su gavilla se verifica enseguida. Don Magdaleno ordena el retiro de sus tropas gracias a que Pedro, trabajador y

ahijado de don Manuel, mata al caballo del villano de un balazo y hiere a Isidro de un tiro en el hombro.

Casi durante la totalidad de la novela, tanto doña Tránsito, como Florencia e Isidro Abad, desconfían de la lealtad de Pedro hacia don Manuel y sospechan de su traición al servir a don Magdaleno. Una cosa es cierta, Pedro no soporta a Isidro porque ama a Florencia en secreto. Sin embargo, parece (el texto lo deja ambiguo) que el trabajador está consciente de que un romance con Florencia no es posible por la diferencia de clase y porque él ya está casado con Tula. Esta situación no impide a Pedro ser un obstáculo latente en la relación de los amantes, hasta que tiene oportunidad de hacer algo bueno por Florencia, cuando la pone a salvo en la mula golondrina durante el ataque a Puruantzítiro de agosto de 1866, en el que el rancho es reducido a escombros.

No obstante, es la lucha entre liberales y conservadores entre finales de noviembre de 1863 y junio de 1867, periodo que el mismo Eduardo Ruiz denominó la *Guerra de Intervención en Michoacán*, la gran fuerza opositora detrás del idilio entre Isidro y Florencia. Mientras el conflicto bélico no termine, ellos no podrán casarse, ya que “la patria es primero”. Isidro tiene esto muy presente, al igual que el papá de su amada, quien es veterano de la Guerra contra Estados Unidos (1846-1848). Recordemos que en *Un idilio a través de la guerra*, los valores del honor y sacrificio están por encima del erotismo.

A partir del primer alejamiento real entre Isidro y Florencia desde que se conocen, el 20 de junio de 1865, es que comienza la fase que Tobias (1993) define como *los amantes se separan*.

Ronald B. Tobias menciona que en la segunda fase dramática, al menos uno de los amantes separados hace un intento por encontrar, rescatar o reunirse con el otro amante.

Usualmente el punto de vista está sobre uno de los amantes quien debe poner todo de su parte mientras que el otro puede esperar pacientemente (Tobias 1993, 179).

Esto es precisamente lo que ocurre en *Un idilio a través de la guerra*. Isidro Abad es quien se va a la guerra, pero también es quien está ansioso por regresar a ver a Florencia, quien lo espera pacientemente en Puruantzítiro. Isidro es el amante activo. Florencia es la pasiva, sin que esto signifique que ella no lo quiera con la misma intensidad. Era la costumbre de la época, y aún persiste en algunas culturas actuales, que el hombre sea el activo en la relación.

Las circunstancias de la guerra y la constante amenaza de don Magdaleno imponen a los novios varias pruebas a superar, entre las que destaco:

El 16 de julio de 1865, menos de un mes después de reintegrarse a las filas republicanas tras una larga recuperación física e idilio en Puruantzítiro, Isidro Abad es hecho prisionero después del desastroso combate de los republicanos en Tacámbaro. El protagonista salva la vida porque es masón y hace una señal a un coronel belga, quien lo reconoce y señala que él es su prisionero. Isidro Abad se salva de ser pasado por las armas, pero debe permanecer encarcelado en Morelia hasta el 5 de diciembre de ese mismo año, fecha en que se verifica el canje de prisioneros de ambos bandos en Acuitzio.

A finales de abril de 1866, Isidro es comisionado por el general Régules para reunirse con el general Juan Álvarez en la hacienda de La Providencia, en Acapulco, para pedirle apoyo para continuar la campaña en Michoacán. El protagonista aprovecha este encargo para visitar a Florencia y su familia. Se encuentra con que don Manuel y su esposa temen por su seguridad y desean refugiarse en la costa grande de Guerrero mientras pasa el peligro. En consecuencia, Isidro y Florencia pasan más de dos semanas juntos en los que el enamoramiento aumenta y los personajes refrendan su voluntad de estar juntos para

siempre. Isidro Abad consigue una victoria sentimental con sabor un poco amargo por el presagio de la concha de Florencia que al abrirla sale sin perla, lo cual significa mal agüero y anticipa la desgracia futura de la pareja.

Aunque Florencia, su familia y peones no participen directamente de los acontecimientos de la Guerra de Intervención Francesa, son víctimas involuntarias de ellas y de la ambición y odio de don Magdaleno del Río, quien en más de una ocasión organiza correrías de su gavilla hasta Puruantzítiro para intentar tomarla por asalto y destruirla. Lo que por fin sucede en agosto de 1866, pero gracias a las precauciones que don Manuel ha puesto en práctica desde finales de 1863, logra poner a su familia a salvo de la furia de su enemigo, mas debe desaparecer de su tierra sin dejar rastro, confundiendo, sin tener intención de ello, a Isidro Abad, quien en octubre de 1866 vuelve a Puruantzítiro para visitar a Florencia cuando observa el rancho reducido a escombros y no sabe nada del paradero de su amada ni de su familia. Su angustia aumenta cuando encuentra a Tula en la cabaña, quien ha perdido la razón y le hace creer que Florencia se ha ido con don Magdaleno por su propio gusto.

Se inicia a partir de este momento la prueba más difícil para la pareja. Apenas cabalgaba Isidro Abad de regreso de Puruantzítiro, confundido y devastado por la desaparición de su novia, es capturado por la gavilla de don Magdaleno, quien por fortuna no lo reconoce como el novio de la hija de su enemigo, pero lo envía al cuartel imperialista de Pátzcuaro para ahí lo fusilen, amparado por la ley del 3 de octubre de 1865. Isidro Abad quiere morir, porque cree a Florencia deshonrada o muerta; pero surgen varios personajes que lo defienden: su abogado, Anselmo Rodríguez; el sacerdote que le da servicios espirituales, y no quiere verlo muerto; y las piadosas mujeres de la ciudad, quienes no sólo le llevan alimentos, sino que lloran su tragedia y se congregan ante la autoridad para evitar

que la sentencia se ejecute. Isidro Abad está a nada de ser fusilado, de no ser porque llega a la ciudad la notificación de que la ley del 3 de octubre había sido enmendada y otorgaba al prisionero la gracia de enfrentar un proceso penal primero, el cual ya nunca sucedió por el modo en que los partidarios mexicanos de Maximiliano perdieron el apoyo de Francia y quedaron en desventaja.

El 5 de enero de 1867, Isidro Abad es liberado de su cautiverio tras la toma republicana de Pátzcuaro. En los últimos días de ese mes, antes de la toma de Zamora (5 de febrero), Isidro es comisionado para ir a la Huacana a reclutar soldados para las tropas republicanas. Él cumple con su deber, pero aprovecha para ir a una tienda de aquel pueblo para preguntar por don Manuel. No tener noticias de él lo entristece y lo frustran al grado de experimentar abatimiento y ansias de morir para encontrarse con Florencia en el más allá (una vez más él es el amante activo, el que busca), razón por la que el protagonista combate al enemigo con mayor arrojo y descuido, tanto en las batallas finales en suelo michoacano como en el sitio de Querétaro; pero sale ileso de todos los enfrentamientos. Pretende no salir vivo de la guerra, incluso se lamenta de que ésta ya casi se acabe.

Es entonces que comienza la tercera fase dramática: *los amantes se reúnen*. Faltando pocos días para que los imperialistas de la Ciudad de México se rindan, Isidro se reencuentra por casualidad con Florencia y su familia en el campamento de refugiados del general Riva Palacio en el pueblo mexiquense de Mexicalcingo. Poniendo fin de esta manera al agónico sufrimiento del protagonista. El desenlace de *Un idilio a través de la guerra* parece que será desafortunado entre el capítulo VII de la Parte Cuarta y el capítulo VIII de la Quinta. Sin embargo, gracias a este giro dramático, se revierte la tragedia y la pareja alcanza un final feliz: Isidro y Florencia se casan en Mexicalcingo dos días antes de

la toma de la Ciudad de México, el general Riva Palacio es su padrino. Don Magdaleno es derrotado, capturado por los republicanos y ahorcado, y la guerra termina a los dos días.

De acuerdo a Tobias, los obstáculos que separaban a los amantes se disuelven para siempre y el equilibrio de la primera fase se retoman con la misma intensidad. El amor, ahora puesto a prueba, es más grande, y los lazos se han hecho más fuertes (Tobias 1993, 180).

A propósito del conflicto que suelen contener este tipo de tramas románticas, Ronald B. Tobias señala: “En la literatura, el amor a menudo no es fácilmente encontrado, o si lo es, no se conserva fácilmente. A menudo la historia de amor es una historia de frustración, porque alguien o algo usualmente se atraviesa en el camino” (Tobias 1993, 169).

En *Un idilio a través de la guerra*, Isidro y Florencia expresan su frustración en más de una ocasión porque la guerra no les permite estar juntos, ni verse, ni tener noticias el uno del otro; o en el caso de Isidro, combatir por su patria mientras que su amada está en grave peligro. Por ejemplo, en el capítulo II de la Parte Tercera, Isidro Abad narra que él, en los meses que estuvo encarcelado en Morelia (de julio a diciembre de 1865):

[...] jamás tuve noticia alguna de Puruantzítiro. Me torturaba el temor de que el infame don Magdaleno hubiese intentado y tal vez llevado a cabo otra sorpresa. ¡Dios mío! ¡En vano quiero alejar de mi alma este pensamiento! (E. Ruiz 1923, 217).

Florencia tampoco es ajena a este sentimiento de impotencia y frustración cada que se ve forzada a dejar ir a Isidro. En el capítulo I de la Parte Cuarta, Florencia tiene una pesadilla y un mal presentimiento la noche anterior a separarse de su novio en mayo de 1866. En el fragmento de la conversación que a continuación cito, Florencia pasa de suplicar a Isidro que no vaya a la guerra, a un breve intento de chantaje con un tono de

frustración. El protagonista sabe desarmar a su amada con palabras que la invitan a la reflexión y a no sentirse desplazada por las circunstancias adversas que determinan la interrupción de su idilio:

—No, Isidro, tengo miedo. Si fuese posible... Isidro, no vayas a incorporarte a la tropa...

—¡Amor mío! ¿qué se diría de mí? ¿Cómo me juzgaría don Manuel?

—Es verdad, mi padre dice siempre que primero es la patria. Tú la amas más que a mí, por eso no vacilas en sacrificarme...

—Y tú misma lo apruebas, tú sientes que debo estar dispuesto a morir por ella.

—Y ¿por mí?...

—¡Por tí me estoy muriendo siempre!

—¡Bien mío! —contestó Florencia con una sonrisa inefable (E. Ruiz 1923, 274-275).

Surge entonces otra premisa de Ronald B. Tobias, que redondea la condición que la mayoría de las historias de amor debe cumplir para ser efectiva: “El amor que no ha sido puesto a prueba no es amor verdadero. El amor debe ser puesto a prueba, generalmente a través de dificultades” (Tobias 1993, 171). Eduardo Ruiz logra manejar este principio con éxito en su novela, con las dos veces que el protagonista es hecho prisionero y está a punto de ser fusilado, las veces que libra combates contra el enemigo y, sobre todo, las ocasiones en que debe separarse de su amada Florencia. La prueba más grande que ambos deben enfrentar es, sin duda, la destrucción de Puruantzítiro y el exilio de la familia Valencia a la Ciudad de México sin que nadie sepa nada de ellos.

Ronald B. Tobias se cuestiona qué elementos hacen una buena historia de amor y afirma que esto tiene más que ver con los personajes que con las acciones. Es por eso que una trama amorosa es una trama de personajes. Las historias de amor funcionan por la “química” entre ellos. Química es la atracción especial que los personajes tienen por el otro que los saca de lo ordinario. A menudo, los romances son genéricos: En una trama que sigue una fórmula, un hombre común conoce a una mujer común mientras ellos persiguen

sus fantasías y deseos de la manera más infantil. Esto no quiere decir que este tipo de tramas no funcionen dentro de su propio registro limitado (Tobias 1993, 172).

Esta situación también se cumple en *Un idilio a través de la guerra*. Con todo y que en la novela se narran acontecimientos históricos que amenazan tanto el futuro de México como la vida de los protagonistas, son la verosimilitud de sus caracteres, no son héroes nacionales, sino de trascendencia mediana (en el caso de Isidro) o nula (en el caso de Florencia y su familia); y la química inocente e infantil que hay entre ellos es lo da coherencia e interés a la totalidad de la trama. Las pruebas que Isidro y Florencia deben superar para estar juntos es lo que saca a su historia de amor de lo ordinario.

Ronald B. Tobias marca la diferencia existente entre crear sentimiento y crear sentimentalismo. La novela romántica depende del sentimentalismo; una historia de amor que trate de ser única depende del sentimiento. La diferencia tiene que ver con emoción honesta contra emoción pre-empaquetada. Una obra sincera genera su propio poder; un trabajo sentimental toma prestado sentimientos de lo ya existente. En vez de crear personajes o eventos que generen sentimientos únicos, el sentimentalismo meramente confía en personajes tipificados y eventos que ya tengan emociones incorporadas (Tobias 1993, 175).

Tobias agrega: Con sentimiento, se tiene el retrato de gente real en situaciones reales. Esto hace el sentimiento objetivo, porque se relaciona a objetos (gente, lugares y cosas) en vez de emociones generalizadas. Lo sentimental tiene su lugar en ciertos tipos de escritura, por ejemplo melodramas y romances. El sentimiento real tiene lugar en un mundo que tiene sus propios sentimientos y no confía en la memoria del lector para completar descripciones ambiguas o clichés sobre el sentimiento del amor. El sentimentalismo es el

resultado de exagerar cualquier emoción más allá de lo que el contexto del momento puede expresar (Tobias 1993, 177).

Me atrevo a afirmar que Eduardo Ruiz se limita a hablar de amor, no muestra lo suficiente en *Un idilio a través de la guerra*. Asimismo, tiende a exagerar las emociones de tristeza, maldad y frustración, dejando al lector imaginar cómo el personaje se siente o reaccionaría de acuerdo a los tipos o a los clichés. Además, como había señalado antes, la novela de Ruiz es popular, nacionalista, aunque con influencias marcadas de los “grandes monumentos literarios” de Francia que menciona Altamirano en su manifiesto, los cuales el autor de *Un idilio a través de la guerra* no imita servilmente, pero en cierto modo mexicaniza.

En conclusión, *Un idilio a través de la guerra*, de Eduardo Ruiz, es una novela sentimentalista cuya trama sigue con los patrones de una fórmula dramática con características bien definidas, en la que un hombre conoce a una mujer, se enamoran y deben enfrentarse a varias pruebas para demostrar que son merecedores de la felicidad juntos cuando los obstáculos se resuelvan.

Es esta trama, y no la histórica, la que da unidad e interés al relato, la única ficción que se permitió Ruiz, tal como él mismo lo afirma en su prólogo a la novela:

Los personajes son ciertos, sus nombres verdaderos; y aunque la verdad es que no fueron ellos solos los protagonistas de los hechos que se les atribuyen, los cuales pasaron a personas que ni siquiera se mencionan, es la única ficción que se ha permitido el autor de estas líneas y su disculpa consiste en el deseo de dar unidad e interés al relato. Son recuerdos dispersos de los pasados tiempos que reúno en un haz para conocimiento de mis lectores.

Idilios como el que aquí se narra no fueron escasos en aquellos días de épicas luchas en que las contingencias de la guerra se enlazaban con la vida de la familia. [...] cuántas veces el amor más puro y desinteresado determinó enlaces que ni pudieran haberse imaginado en tiempos de paz. En no pocos casos, la dicha coronó aquellas uniones debidas a la mera casualidad (E. Ruiz 1923, 1-2).

2.3. Novela de Costumbres

2.3.1. ¿QUÉ ES COSTUMBRISMO?

Ma. Elena Nava Perea (1948) define costumbrismo como:

[...] la pintura y descripción de la sociedad bajo sus aspectos propios y exclusivos que caracterizan cada tipo de sociedad; esta pintura es realizada por medio de bosquejos y cuadros, para reivindicar el carácter de cada sociedad, con diálogos y narraciones que permiten copiar sus tipos con exactitud y colorido, a fin de hacer resaltar las costumbres [...] Esta pintura de las costumbres enaltece las virtudes propias de cada pueblo, fustiga sus vicios o satiriza sus ridiculeces, y hace una reconstrucción exacta de la sociedad en épocas determinadas (Nava Perea 1948, 7).

Las características generales del costumbrismo, de acuerdo a Diez-Echarri y Roca Franquesa (1979), Garvida (2007), Losada (n.d.), y Oseguera de Chávez (1990), son:

- a) Intenta describir la forma de vivir de una sociedad determinada, sin pretender adoctrinarla, sólo ironiza las acciones humanas.
- b) Expresa amor por lo propio, el ambiente provinciano, la moda y los hábitos sociales de la época en que se escribe.
- c) Tiene la necesidad de dar testimonio de los cambios sociales (guerras y reconstrucción postguerra) que están ocurriendo y de los cuales hay que dejar constancia.
- d) Afán moralista y pedagógico, que se manifiesta a través de la sátira y el humor, muy de acuerdo con las épocas de crisis.

- e) Descripción de usos y costumbres, tanto en tono anecdótico y burlesco, como en afán de satanización y desprestigio, o realista.
- f) Se desarrolla a través del periodismo, la narrativa y el teatro.
- g) Critica los vicios sociales de la época, y se manifiesta como una literatura comprometida con el proceso social.
- h) Adopta dos vertientes: popular y antipopular.
- i) Su época de mayor apogeo comprende tres corrientes literarias: Romanticismo, Realismo y Naturalismo.

Reyes Nevares (1960) señala que los románticos creían que los pueblos, como los individuos, tienen un espíritu propio, en el cual se finca su personalidad y al que se refieren sentimientos tan nobles como el patriotismo. Las costumbres populares, los cuentos transmitidos por generaciones de narradores, las canciones cuyo origen se pierden en lo pretérito, todo ello formaba un material rico y digno de atención, porque en él hablaba aquella alma, aquel espíritu difuso y antiquísimo (Reyes Nevares 1960, 97).

Aun siendo el costumbrismo y el realismo formas literarias similares, la novela costumbrista aprovecha lo popular para extraer tipos y situaciones, sólo que idealizándolos y exagerándolos, con propensión a la sátira. La novela histórica busca sus temas en el pasado colonial o en las guerras civiles recientes; presenta mayor exactitud en la reproducción de los hechos, mayor fidelidad en la descripción de vida y costumbres y un interés mucho mayor en los tipos humanos. El deslinde entre los productores de novela histórica y los costumbristas casi siempre es difícil, ya que un novelista de la época podía simultanear los dos modos de narración (Diez-Echarri y Roca Franquesa 1979).

El origen del costumbrismo ha sido muy discutido. Enrique Rubio Cremades (1995) señala que puede hablarse de costumbrismo desde una doble perspectiva: atendiendo al

significado de la palabra costumbrismo como reflejo o descripción de las costumbres. Esta definición hace posible agrupar géneros literarios preocupados e inmersos en la descripción de ambientes, usos y tipos, como sucede con la novela picaresca o cortesana, o en el teatro popular español –pasos, entremeses y sainetes- y la comedia de costumbres, como las de Moratín o Bretón de los Herreros. En todos los casos, existe una realidad histórica parcial que nos acerca a un contexto social en un momento específico y concreto. Desde una perspectiva más restringida, se puede señalar al periodo conocido con el nombre de costumbrismo romántico, consolidado con la publicación de los artículos de Mesonero Romanos, Larra y Estébanez Calderón (Rubio Cremades 1995).

2.3.2. ORIGEN Y DESARROLLO DEL COSTUMBRISMO

2.3.2.1. Anterior al siglo XIX

La observación y la pintura de las realidades circundantes se ha dado en todos los países y en todas las épocas. En Grecia, dramaturgos como Aristófanes y Teofrasto ridiculizaron las costumbres del pueblo. En la época de mayor esplendor del Imperio Romano, autores como Juvenal intentaron corregir las costumbres de la sociedad por medio de la sátira. El Emperador Marco Aurelio escribió aforismos morales que pretendían denunciar y corregir las costumbres de los romanos (Nava Perea 1948, 7, Diez-Echarri y Roca Franquesa 1979).

Las fábulas también criticaban las costumbres y ofrecían una correspondiente reflexión moral, en la Antigüedad destacaron Esopo y Fedro. No obstante, encontraría cultivadores en épocas posteriores y en varios países, como La Fontaine en Francia, Félix María de Samaniego en España y José Rosas Moreno en México (Nava Perea 1948, 7).

A comienzos del Renacimiento italiano, encontramos costumbrismo en *La Divina Comedia*, de Dante Alighieri, en donde el poeta describe la sociedad florentina y los tipos; también está presente en las novelas, historietas y cuentos de Giovanni Boccaccio. En España hubo muestras de costumbrismo desde los romances castellanos y moriscos, donde los escritores pintaron con perfección los tipos de los caballeros andantes, sus ideales y sentimientos. Esta corriente continuaría con la novela picaresca y la obra cumbre de la literatura española: *Don Quijote de la Mancha*, de Miguel de Cervantes. De igual manera, en el Siglo de Oro español hallamos dignos antecesores del género en figuras como Miguel de Cervantes con *Rinconete y Cortadillo*, Pedro Calderón de la Barca, Lope de Vega, Tirso

de Molina, Francisco de Quevedo, Mateo Alemán y Luis Vélez de Guevara (Nava Perea 1948, 8).

El costumbrismo moderno primero germinó, y fue muy cultivado, en Francia desde finales del siglo XVIII y la primera mitad del XIX. La llamada "*littérature de mœurs*" francesa trata los valores y resortes morales del hombre y la sociedad. Este tipo de literatura adoptó varias formas: artículos en los periódicos parisienses y provincianos que dieron lugar a series de viajes, paseos, ojeadas, novelas cortas y cuadros de costumbres. Sobresalieron autores como Gérard Nerval, Mercier y Víctor Etienne Jouy. También adoptó la forma epistolar, destacando Madame de Staël y Montesquieu. Diversos autores reunieron un conjunto de cuadros de costumbres en un libro titulado *París*, importante antecedente para la posterior novela realista y naturalista. En la novela, Honoré de Balzac presenta tipos y caracteres costumbristas en sus series de *La Comedia Humana* y *Los pequeños burgueses* (Garvida 2007, Nava Perea 1948, 8-9, 11-18).

2.3.2.2. España

El costumbrismo surge en España por la necesidad de dar testimonio de los cambios sociales que se estaban operando y de los cuales había que dejar constancia. Cuando este género llega a España, proveniente de Francia, en la década de 1820, con Sebastián Miñano y sus *Cartas de un pobrecito holgazán*, la palabra "*mœurs*" no encuentra su equivalente exacto en castellano, por lo que los autores deciden emplear en su lugar "costumbres", que era el vocablo más apropiado para referirse a los modos de ser y las costumbres de las personas y la sociedad. En cuanto a su significado, la voz *costumbre* se usa para describir la

conducta de las personas, ya sea correcta o detestable. Es decir, "pintan a uno con buenas o malas costumbres" (Garvida 2007, Correa Calderón 1949, 291).

El cuadro de costumbres español no se rige por normas fijas, los autores escriben con irregularidad e independencia, sin sujetarse a normas determinadas. No obstante, en ellos se pueden observar constantes:

- a. Tendieron a describir la vida y la sociedad contemporánea en sus más variados aspectos: costumbres y aspiraciones, virtudes y vicios, sentimientos e ideología.
- b. Cuenta con un estilo llano, descuidado con frecuencia.
- c. Los cuadros de costumbres se relacionan con la comedia o con la poesía descriptiva, al reflejar el ambiente popular.
- d. A menudo se basaban en hechos reales y describían lugares muy concretos.
- e. Suelen titularse anunciando el tipo, uso o lugar descrito, resumiendo el contenido del mismo. Por ejemplo: *El castellano viejo*, *Los cómicos en cuaresma*.
- f. Citan a autores clásicos o del Siglo de Oro español, o escritores franceses. A continuación intercalan digresiones que apoyan lo que el autor quiere reflejar.
- g. Se apoyan en la historia y el folclor.
- h. Los autores se valen de tipos o personajes genéricos, arquetípicos.
- i. Por lo que respecta a la forma, adopta la descripción directa con diálogos intercalados. A veces se presenta bajo la apariencia de un cuento. Rara vez se presenta con forma epistolar.
- j. El autor solía firmar sus cuadros con pseudónimo.
- k. La observación atenta de la realidad y la descripción de tipos, costumbres y escenarios distintos, según lo exige el género, hace de los escritores costumbristas el

más calificado antecedente de la novela realista de finales de siglo XIX (Diez-Echarri y Roca Franquesa 1979, Medina Barrenechea 2009, 156-158).

La moda de componer *cuadros de costumbres* se extendió tanto como la de hacer novelas históricas durante la primera mitad del siglo (Diez-Echarri y Roca Franquesa 1979). Se distinguieron en la pintura literaria de costumbres sociales: Serafín Estébanez Calderón, Mariano José de Larra, Ramón de Mesonero y Romanos, y Fernán Caballero (Cecilia Böhl de Faber) con su novela *La Gaviota* (Nava Perea 1948, 8).

De acuerdo a Nava Perea, con Mesonero el género de costumbres adquirió una rápida popularidad, porque además de las costumbres, encerraba las condiciones de un drama o de una novela. Los principales artículos de Mesonero son: *La calle de Toledo; Las ferias; La comedia casera; La casa antigua; La procesión del Corpus; Las costumbres de Madrid; Las tiendas; Riqueza y Miseria; La politicomanía; El romanticismo y los románticos; La casa de Cervantes; El camposanto* (Nava Perea 1948, 26-27).

Mariano José de Larra publicó sus cuadros de costumbres en la revista *El Pobrecito Hablador (1832-1833)* con el pseudónimo *El bachiller Juan Pérez de Munguía*, y artículos que escribió después para *La Revista Española* y los periódicos *El Observador* y *El Español* con el pseudónimo de *Fígaro* (Nava Perea 1948, 19-20).

Los artículos de Larra criticaron las malas costumbres, los hábitos arraigados, la sociedad, la familia, el individuo, lo reprehensible y vicioso, todo satirizado en tono burlesco y jocoso. Analiza los defectos de sus compatriotas, su patriotismo exagerado, el afán de afrancesamiento del pueblo español, el régimen, la pereza de la sociedad a educarse e instruirse, las costumbres, los vicios y modales. Muchos de sus artículos son la consecuencia de sucesos históricos que asolaron a España entre 1832 y 1834: crisis política,

epidemia de cólera en Madrid, guerra civil, levantamientos carlistas, saqueo de conventos y asesinatos de clérigos, mientras el gobierno era incapaz de controlar los descontentos. El carácter de Larra era melancólico, pero sus artículos no lo reflejan, por el contrario, son alegres y espontáneos, plasmados de la propia sensación. Amaba el progreso y la novedad, todo lo relacionado a la libertad; fue uno de los pioneros del romanticismo en su país (Nava Perea 1948, 20-23).

Los artículos de Serafín Estébanez Calderón (1799-1867) están compilados en *Escenas Andaluzas* (1847). Estos son, en opinión de Nava Perea (1948), la mejor reproducción de personajes y cuadros andaluces, escritos en un estilo elegante, lleno de gracia y espiritualidad; retrata los tipos del bajo pueblo de Andalucía, sus ocupaciones y diversiones, en sus casas, en la calle, la feria, en la taberna, etc. Destacan: *Los filósofos en el figón*; *La rifa andaluza*; *Un baile en Triana* (Nava Perea 1948, 27-28).

A partir de la segunda mitad del siglo, el cuadro de costumbres, que era por entonces una mezcla de ensayo y cuento, empezó a encaminarse hacia la narrativa novelística, que a su vez se acercaba al realismo. El escritor costumbrista quería reflejar la realidad tal como era. Los escritores españoles dieron testimonio de los cambios que habían ocurrido en su país y proporcionaron aspectos de la realidad coetánea que habían escapado a los historiadores. Además, intentaron influir en los ciudadanos para que tomaran conciencia de su entorno y de la situación que atravesaba la sociedad, aunque el concepto de nación aún se asociaba con la clase media.

La novela costumbrista española nace del cuadro de costumbres. El narrador romántico es antecedente del realista, porque describe escenarios y costumbres con objetividad. A mediados del siglo XIX, el costumbrismo, romántico en origen, se hizo realista. En la novela costumbrista el paisaje es un aspecto importante. En ocasiones

determina la acción misma de los personajes. Con el tiempo, el costumbrismo se identifica más con la naturaleza y se define mejor (Anderson Imbert 1970, Valdés Becerril 1988).

El costumbrismo en la novela surgió en 1849 con la publicación de *La Gaviota*, de Fernán Caballero, denominándola “Novela original de costumbres españolas”. En ella, la autora describe ciertos aspectos de la vida popular española, con el lenguaje, creencias y tradiciones que el romanticismo había puesto de moda. En 1858, publicó *Lágrimas*, y la subtítulo “Novela de costumbres contemporáneas”. *La familia de Alvareda* (1861) y *Clemencia* (1862), fueron clasificadas como “novela de costumbres”. Caballero publicó sus *Cuadros de Costumbres*, serie episódica, fiel trasunto de la realidad (Álvarez 1993, Millares Carlo 1975, Correa Calderón 1949, 311).

Caballero fue seguida por Pedro Antonio de Alarcón, quien escribió *El escándalo*, *El niño de la bola*, *Norma*, *El Capitán Veneno*, *El sombrero de tres picos*, *La pródiga*, etcétera. En Galicia surgió Emilia Pardo Bazán, mujer de gran capacidad intelectual que cultivó el naturalismo, aunque luego se inclinara por el realismo moderado y el idealismo. Sus obras principales son *Los pazos de Ulloa* y *La madre Naturaleza* (Vela 1990).

Juan Valera escribió *Pepita Jiménez*, un estudio psicológico de un joven seminarista enamorado de una joven viuda. Con esta novela, Valera abre un camino nuevo a la novela española, apartándola de los sentimentalismos de Fernán Caballero y Antonio Trueba. Valera publicó, además, *Las ilusiones del doctor Faustino*, *Pasarse de listo*, *Juanita la Larga*, *Doña Luz*, *El comendador Mendoza*, y numerosos cuentos (Millares Carlo 1975, Vela 1990).

Armando Palacio Valdés describe en *La Aldea Perdida* un medio rural martirizado por el nuevo mundo de las minas; capta con gracia el medio sevillano en *La hermana San Sulpicio* (Montes de Oca 1993).

José María de Pereda fue maestro del costumbrismo regional, cantó como nadie la montaña y el mar de Santander, sus tipos y problemas. Comenzó escribiendo cuadros de costumbres y más tarde escribiría las novelas: *El sabor de la tierruca*, idilio amoroso sobre un fondo de intrigas políticas en la aldea; *Peñas Arriba*, un vibrante canto a la naturaleza y a la sana alegría de la vida montañesa; *Sotileza*, epopeya del Mar Cantábrico, historia de una muchacha huérfana recogida por unos pescadores (Montes de Oca 1993).

El más insigne novelista de costumbres es Benito Pérez Galdós. Trabajador metódico, observador de la vida y del ambiente en que se mueve, escritor de enorme potencia creadora, se le ha nombrado el Balzac español. En sus novelas, Galdós crea una interminable galería de tipos humanos. Su producción novelística fue clasificada en dos grupos por el mismo autor: *Episodios Nacionales* y *Novela Contemporánea*. Entre sus novelas costumbristas destacan *Fortunata y Jacinta*, *El amigo manso*, *Misericordia* y *El doctor centeno* (Montes de Oca 1993).

En el capítulo tres de su ensayo de 1870, *Observaciones sobre la novela contemporánea en España*, Galdós menciona los atributos que una buena novela de costumbres debe tener:

La novela moderna de costumbres ha de ser la expresión de cuanto bueno y malo existe en el fondo de esa clase [media], de la incesante agitación que la elabora, de ese empeño que manifiesta por encontrar ciertos ideales y resolver ciertos problemas que preocupan a todos, y conocer el origen y el remedio de ciertos males que turban las familias [...] Esa clase es la que determina el movimiento político, la que administra, la que enseña, la que discute, la que da al mundo los grandes innovadores y los grandes libertinos, los ambiciosos de genio y las ridículas vanidades: ella determina el movimiento comercial, una de las grandes manifestaciones de nuestro siglo, y la que posee la clave de los intereses, elemento poderoso de la vida actual, que da origen en las relaciones humanas a tantos dramas y tan raras peripecias [...] Al mismo tiempo, en la vida doméstica, ¡qué vasto cuadro ofrece esta clase, constantemente preocupada por la organización de la familia! Descuella en primer

lugar el problema religioso, que perturba los hogares y ofrece contradicciones que asustan; porque mientras en una parte la falta de creencias afloja o rompe los lazos morales y civiles que forman la familia, en otros produce los mismos efectos el fanatismo y las costumbres devotas. Al mismo tiempo se observa con pavor los estragos del vicio esencialmente desorganizador de la familia, el adulterio, y se duda si esto ha de ser remediado por la solución religiosa, la moral pura, o simplemente por una reforma civil. Sabemos que no es el novelista el que ha de decidir directamente estas graves cuestiones, pero sí tiene la misión de reflejar esta turbación honda, esta lucha incesante de principios y hechos que constituye el maravilloso drama de la vida actual (Pérez Galdós 2012).

Asimismo, Galdós observa:

Es más fácil retratar al pueblo, porque su colorido es más vivo, su carácter más acentuado, sus costumbres más singulares, y su habla más propia para dar gracia y variedad al estilo. En el pueblo urbano, muy modificado ya por la influencia de la clase media, sobre todo en las grandes ciudades, la dificultad es mayor. Los nuevos elementos ingeridos en la sociedad por las reformas políticas, la pasmosa propagación de ciertas ideas que van penetrando en las últimas jerarquías, la facilidad con que un pueblo dócil y de vivísima imaginación como el nuestro acepta ciertas costumbres, hacen que sea más difícil y complicada la tarea de retratarlo [...] (Pérez Galdós 2012).

También son dignos de mención Jacinto Octavio Picón (*Dulce y sabrosa*), Leopoldo Alas "Clarín" (*La Regenta; Adiós, Cordera*), Ricardo Macías Picavea (*La tierra de Campos*, donde refleja el ambiente de los pueblos castellanos), y Arturo Reyes (novelista de asuntos andaluces, como *Cartucherita* y *La goletera*) (Millares Carlo 1975).

2.3.2.3. México

De manera similar a Europa, en México el costumbrismo se da sobre todo en el cuadro de costumbres, la novela y el cuento. Es un género nacional con características marcadas: busca la risa del lector; muestra, con un discreto tono moralizante y de manera crítica, los

defectos sociales de la época contemporánea con la intención de mejorarlos; descripciones pintorescas, y un rico esbozo de tipos y personajes (Schade 1979, 3, Martínez Luna 2000, 128).

En 1845, Guillermo Prieto publicó un artículo llamado “La literatura nacional: Cuadros de Costumbres”, en el que desarrolla tres cuestiones: 1) por qué era difícil escribir relatos costumbristas antes de la revolución de independencia; 2) por qué era importante escribir este tipo de relatos; 3) cuáles son las características que los definen como cuadros de costumbres (Navarro Hernández 2005, 55).

Sobre la primera cuestión, Prieto señala:

Los cuadros de costumbres en todos los países, ofrecen dificultades, porque esas crónicas sociales, sujetas al análisis de todas las inteligencias, esos retratos vivos de la vida común, que pueden calificarse de una sola ojeada, comparándolos con los originales, requieren de sus autores, observación prolija y profunda del país en que describen, tacto delicado para presentar la verdad en su aspecto más risueño y seductor, y un juicio imparcial, enérgico y perspicaz, que los habilite para ejercer con independencia y tino la ardua magistratura del censor (Prieto 1997, 15).

Prieto identifica que en México las dificultades para realizar estos trabajos morales y literarios presentan incluso más dificultades porque: “Nuestro periodo colonial fue de marasmo y vergüenza, sin costumbres, sin idioma, sin nada propio, conjunto de hipocresía y avaricia, de insuficiencia y petulancia, es más bien el sueño que la vida, más la vegetación que existencia” (Prieto 1997, 18, Navarro Hernández 2005, 56).

Prieto agrega, respecto a la dificultad de los mexicanos para hacer cuadros de costumbres en los primeros años de vida independiente:

Los cuadros de costumbres eran difíciles, porque no había costumbres verdaderamente nacionales, porque el escritor no tenía pueblo, porque sólo podía bosquejar retratos que no intentasen sino reducirlo sino a un reducido número de personas (Prieto 1997, 19).

Esther Martínez Luna (2000) señala como punto de partida para el costumbrismo en nuestro país a *El Diario de México* (1805-1817), un periódico en el que se encuentra literatura que incluye artículos y cuadros de costumbres de principios del siglo XIX; incluso existió entre sus páginas una sección llamada “Costumbres”. Textos que aspiraban a imponer normas, preceptos y cánones en todos los ámbitos de la vida pública. Los colaboradores del *Diario de México* escribían textos amenos y con lenguaje ligero sobre diferentes tipos populares que tenían pocas aspiraciones de poder, como los jugadores, los holgazanes y los avaros. También se dedicaron a tipos que desempeñaban diversas profesiones, atribuyéndoles defectos característicos en su desempeño laboral. A los ricos se les vio como desalmados, ambiciosos y avaros que se obsesionaban por demostrar su linaje y no tenían escrúpulos. El objetivo de estos artículos era señalar el camino para recuperar las costumbres perdidas, mostrar las reglas de qué hacer y cómo hacerlo, y educar y moralizar a las masas (Martínez Luna 2000, 129-132).

Nava Perea menciona que Juan Bautista Morales, “el *Gallo Pitagórico*”, comenzó a publicar sus escritos en 1812, comentando los sucesos más importantes de la Colonia en el lenguaje del pueblo, con sus modismos e incorrecciones (Nava Perea 1948, 31).

Carballo (1999) opina que el costumbrismo entre los mexicanos no fue una importación, sino que proviene en mayor o menor medida de la actitud y obra de José Joaquín Fernández de Lizardi, el primer novelista de costumbres en México (Carballo 1999).

Las novelas de Lizardi (*El Periquillo Sarniento*, *La Quijotita y su prima*, *Don Catrín de la Fachenda*) contienen las más fieles pinturas y tipos de la sociedad mexicana de aquella época: el “pelado”, el “payo”, la señorita casadera, la madre complaciente, el padre

que simula gravedad y en fondo es débil, el funcionario, el militar de baja categoría, el prestamista, el hostelero, la manceba, el catrín, etcétera (Reyes Nevares 1960, 94).

La influencia de los costumbristas españoles, si bien se advierte entre los mexicanos, nunca fue decisiva. Los nuestros adaptaron el costumbrismo dinámico de Lizardi al estatismo propio de sus cuadros. Desligan de la anécdota la descripción de tipos, hábitos, escenas e instituciones por medio de la sátira y la enumeración de vicios y defectos (Carballo 1999, Valdés Becerril 1988).

En la década de 1840, bajo el pseudónimo de *Fortún*, Francisco Zarco publicó cuadros de costumbres en columnas de periódicos (Peña y Reyes 1929, IX-X).

Guillermo Prieto, bajo el pseudónimo de *Fidel*, escribió cuadros de costumbres con un estilo sentimental, amoroso y heroico, que buscan exaltar lo mexicano, inspirado en los artículos de *El Curioso Parlante* y los cuadros de Mesonero. La observación de Prieto es amplia, describe lo que se servía en las comidas, explicando cómo se cocinaban los platillos; definió los tipos de mexicano, describiendo al charro, a la china poblana, al lépero, el empleado burocrático, el barbero, el boticario, el militar, la vendedora de aguas frescas, etc. Habló sobre las costumbres, los bailes, el teatro, los paseos, las funciones religiosas, los lugares públicos, las fondas, las pulquerías, la aduana, el Parián, la Plaza del Volador y los lugares privados. Centró su actividad de autor de cuadros de costumbres en la Ciudad de México. Años más tarde, escribiría *Viaje a los Estados Unidos*, en el que habla de hoteles, periódicos, parques, museos, etc.; dando testimonio de la vida estadounidense y de la psicología de sus habitantes (Nava Perea 1948, 32, 50-86).

Después de Lizardi, son Manuel Payno, con *El Fistol del Diablo* (1845-46) y *Los bandidos de Río Frío* (1889-1891), y Luis G. Inclán, con *Astucia* (1865), los autores que más se aproximaron a la novela costumbrista tal como se entendía el género en España. La

novela costumbrista mexicana como tal aparecería hasta 1869 con José Tomás de Cuéllar (Reyes Nevares 1960, 105).

De acuerdo a Diez-Echarri y Roca Franquesa, la novela costumbrista en México no se dio de forma pura, sino veteada por rasgos más o menos sentimentales y con una fuerte tendencia al tono moralizante; se exaltan virtudes poco frecuentes en la sociedad: resignación, constancia, fidelidad, olvido y perdón; cuando no busca moralizar, cae en un socialismo barato, donde los ricos aparecen recargados de las más negras tintas, y los pobres, dotados de las más altas cualidades (Diez-Echarri y Roca Franquesa 1979).

Cuéllar, con sus pinturas de tipos de la capital y sus implacables críticas, alcanzó gran prestigio con la serie de 24 novelas titulada *La Linterna Mágica*, con la que dejó un testimonio fehaciente de cómo era la sociedad de entonces. Su periodo de producción fue entre 1868 y 1890 (Reyes Nevares 1960, 111).

María del Carmen Millán (1974) señala que las novelas de Ignacio Manuel Altamirano recogen muchas de sus ideas y su doctrina fundamental. El momento histórico es un telón de fondo de sus ficciones; pone en evidencia los males que aquejan al país, como el militarismo, la educación deficiente, los desajustes sociales que dejan como saldo lamentable la proliferación de asaltantes, bandidos, malhechores de profesión, causas directas de las cruentas guerras internas” (Schade 1979, 36-37, Millán 1974).

Los novelistas del Porfiriato prefieren la ciudad, pero no desdeñan los temas rústicos, se acercan de vez en cuando al rancho o a la hacienda; se las arreglan para que el campesino oculte sus rasgos étnicos, sólo se distingue por su ocupación y su nivel de fortuna (Reyes Nevares 1960, 112).

De acuerdo a Reyes Nevares, en *La Parcela* (1898), de José López Portillo y Rojas, los peones son sumisos, desdibujados, cuando están delante del patrón. Se conducen de manera respetuosa, con una actitud apetecible (Reyes Nevares 1960, 112).

Valdés Becerril (1988) y Diez-Echarri, Roca Franquesa (1979) brindan una clasificación interna del género costumbrista en México y nombres de sus cultivadores: el costumbrismo sentimental está representado por Fernando Orozco y Berra, Juan Díaz Covarrubias, Florencio M. del Castillo, Pedro Castera, José Rivera Río, José María Ramírez, Jesús Echaniz, Juan de Dios Peza, Emilio Ramírez Aparicio y Manuel Balbontín. El costumbrismo satírico, por Manuel Payno, Luis G. Inclán, Vicente Riva Palacio, Ignacio Manuel Altamirano, Emilio Rabasa (*Sancho Polo*), José López-Portillo y Rojas, Rafael Delgado, Federico Gamboa, José Tomás de Cuéllar (*Facundo*); Guillermo Prieto, e Hilarión Frías y Soto. El costumbrismo realista-descriptivo, por Ángel de Campo, *Micrós* (Carballo 1999, Diez-Echarri y Roca Franquesa 1979, Valdés Becerril 1988).

2.3.3. VIDA COTIDIANA EN *UN IDILIO A TRAVÉS DE LA GUERRA*

El diccionario define “costumbre” como una manera habitual de obrar de una persona, animal o colectividad, establecida por un largo uso o adquirida por la repetición de actos de la misma especie.

De acuerdo a Margarita Ucelay da Cal (1951), los temas concretos del costumbrismo son la descripción de tipos, escenas, incidentes, lugares o instituciones de la vida social contemporánea –la temporalidad es una nota imprescindible-; con escasa o nula trama argumental. En cuanto a la tendencia de su contenido, presenta un carácter variable: puede ser satírico o didáctico, con propósito de reforma de la moral o de la sociedad (Ucelay da Cal 1951, 16-17).

Aunque en *Un Idilio a través de la guerra* el autor presta atención a las costumbres de la tierra caliente de Michoacán y la costa grande de Guerrero para ambientar el relato e imprimirle verosimilitud, es una novela costumbrista cuyo tema principal no gira alrededor de esto. En cambio, como ya hemos visto, se centra en la relación romántica de sus protagonistas y la Guerra de Intervención Francesa. Por consiguiente, no es posible analizarlas del modo que hice con la historia y el sentimentalismo. Sin embargo, sí lo es desde otras perspectivas, como el estudio de la vida cotidiana, relacionado a la historia social.

Albert Soboul define historia social como el estudio de la sociedad y de los grupos que la constituyen, tanto en sus estructuras como bajo el ángulo de la coyuntura, tanto en el tipo cíclico como en la larga duración (Tuñón de Lara 1979, 4).

Febvre señala los documentos artísticos y literarios como fuentes fundamentales para conocer la historia de las mentalidades y de la vida cotidiana de una población (Tuñón de Lara 1979, 36).

Para poder analizar la historia social en *Un idilio a través de la guerra* me centraré en la hacienda Puruantzítiro y la familia que la habita, los Valencia: Don Manuel, Doña Tránsito y Florencia, una familia de clase media, de acuerdo a Isidro Abad (E. Ruiz 1923, 144), la cual: “si no la más ilustrada, la de mayor moralidad y la que alienta las nobles virtudes cívicas”. Por consiguiente, la familia de don Manuel es un prototipo de familia mexicana, de acuerdo a la ideología oficial que comenzó a construirse a partir del triunfo de la República y se buscó consolidar durante el Porfiriato. En esto coincide Ruiz con Galdós: en una novela de costumbres no se retratan a las clases altas de las ciudades, sino a las clases medias de pueblos o provincias, tanto por sus costumbres más auténticas como su accesibilidad a un mayor número de lectores.

A pesar de que los Valencia están alejados de las grandes ciudades, aislados en Puruantzítiro, son personas cultas e instruidas, amantes de los libros y los “buenos autores”. En el capítulo V de la Parte Segunda, Isidro Abad menciona una estantería de la casa de la hacienda con los siguientes títulos:

[...] la *Biblia*, de Amat; el *Quijote*, el *Periquillo*, la *Antología*, del Padre Marchena; las *Recreaciones filosóficas*, de Almeyda; el *Genio del Cristianismo*, Pablo y Virginia; el *Instructor*; las *Revoluciones Romanas*, del abate Vertot; la *Historia de México*, por Clavijero; el *Contrato Social*; el *Guillermo Tell*, de Florián; las *Ruinas de Palmira*; *Matilde o las Cruzadas*, de Madame Cottin, una colección completa de los calendarios de Cumplido y de Galván; las poesías de Carpio y las de Fernando Calderón (E. Ruiz 1923, 145).

Además de los libros antes mencionados, don Manuel tiene en su biblioteca las obras de Virgilio y *Las Metamorfosis* de Ovidio, ambas en latín y ediciones lujosas.

Las categorías que se estudiarán en este apartado son: familia y urbanidad, la casa y el trabajo, religión, otros aspectos de la vida cotidiana.

2.3.3.1. Familia y Urbanidad

Don Manuel Valencia

Es un hombre de edad madura, entre cuarenta y cincuenta años de edad. Casado con doña Tránsito y padre de Florencia. Es dueño de la hacienda Puruantzítiro, en su juventud estuvo en el seminario para ser sacerdote y defendió a México de la invasión estadounidense. Honrado, trabajador, valiente, astuto, instruido y buen conversador. Es un hombre sabio, capaz, protector del honor y la seguridad de su esposa y su hija.

Don Manuel es el único proveedor económico de su familia, lo que consigue con la venta de los productos de su hacienda en los pueblos cercanos. Él es quien está al frente del rancho Puruantzítiro, de sus trabajadores y de las actividades. Es un buen patrón, es considerado con sus trabajadores y se ha ganado el cariño y el agradecimiento de todos, a excepción de Tula, cuya devoción pierde a raíz del incidente de leva del que Pedro y don Manuel son víctimas por las intrigas de don Magdaleno. Don Manuel tiene buen carácter, aunque pierde control de sí mismo cuando está iracundo; no obstante, esto es algo difícil que ocurra. Patriota. Amante de la naturaleza y la privacidad.

Don Manuel cumple con el arquetipo del padre y la autoridad. Es infalible, justo, paternalista y patriota (Gomezjara y de Dios 1981, 140). Ve con buenos ojos y motiva que Isidro priorice sus deberes con la patria y lo ponga por en frente, antes de que éste permanezca a salvo en Puruantzítiro, al lado de su hija. Es buen patrón, siempre toma

buenas decisiones, es un hombre precavido y también es un excelente padre y esposo. Si acaso tiene un defecto, no le hace caso a doña Tránsito cuando ella trata de advertirlo sobre la probable infidencia de Pedro hacia ellos.

Sobre sus experiencias lectoras, don Manuel dice a Isidro en una conversación que sostienen en la biblioteca de su casa en Puruantzítiro:

[...] el Virgilio me ha servido mucho para mis trabajos de campo. Todavía encuentro lecciones provechosas en su bello e inimitable poema de las *Geórgicas* (E. Ruiz 1923, 147).
(sobre Ovidio) [...] ¡Cuántas veces, en mis ratos de descanso me deleitan esos versos dulcísimos, la prodigiosa imaginación del autor y su profundo estudio del paganismo, de esa religión que duró miles de años porque halagaba las pasiones del cuerpo humano y que ha sido substituida por el cristianismo que despierta las más nobles pasiones del espíritu (E. Ruiz 1923, 147).

Doña Tránsito

Esposa de don Manuel Valencia y madre de Florencia. Para 1864, “se hallaba en la plenitud de la vida” (E. Ruiz 1923, 19). Mujer de edad madura. Ama de casa. Sabe tocar la guitarra y cantar malagueñas. Desconfía de la lealtad de Pedro y Tula, teme que los peones puedan traicionarlos. Desde que conoce a don Magdaleno, éste le inspira mucha desconfianza y advierte a su marido en repetidas ocasiones que tenga cuidado con él. Caso contrario con Isidro, de quien no desconfía, le cree que haya llegado al rancho porque la mula golondrina lo condujo mientras él estaba casi inconsciente por la enfermedad, lo aprecia y aprueba que corteje a su hija.

El personaje de doña Tránsito corresponde a un personaje estereotipado. En general, el estereotipo⁸ femenino lo constituye la mujer siempre buena, pasiva, obediente, servil, tierna, maternal, ama de casa, amable, comprensiva, discreta, delicada, dependiente y sin iniciativa, administradora de parte del dinero del hombre en el ámbito del hogar, temerosa, atractiva físicamente, siempre joven y con apoyo incondicional para el hombre. También con la afectividad, dependencia y preocupación por los demás (Suárez Villegas 2007, 6).

Las amas de casa estereotipadas son mujeres dedicadas a las tareas del hogar y su único fin es satisfacer a su marido e hijos. Tienen una apariencia real, joven, razonablemente atractivas para gustar a su marido, bien vestidas, de aspecto agradable y suelen aparecer en marcos neutros e inconcretos. El ama de casa alimenta y cuida a su familia siendo posiblemente la hija la única ayuda con la que cuenta (Suárez Villegas 2007, 7), lo que en efecto vemos en *Un idilio a través de la guerra*. Doña Tránsito es una mujer de su casa, una mujer pasiva que satisface a su marido, cuida a su hija y a las mascotas, quiere mucho a los animales y los respeta, ordeña las vacas, es una señora agradable, pulcra, amable, muy sentimental, se conmueve fácilmente con las desgracias ajenas, tiene buen aspecto, es buena cocinera, sabe preparar itacate⁹ (E. Ruiz 1923, 160), sabe de remedios caseros –cura las fiebres intermitentes de Isidro con tisanas–, administra el dinero del hogar y siempre está preocupada por el bienestar de su familia. Florencia sólo la ayuda en algunas tareas del hogar.

⁸ Un estereotipo es un conjunto de ideas que una sociedad obtiene a partir de las normas o patrones culturales previamente establecidos. Los estereotipos siguen modelos preestablecidos, conocidos y formalizados que se adaptan de manera fija. Los estereotipos sociales generalizan sobre personas e instituciones, pertenecen al imaginario colectivo y se nos presentan como una realidad objetiva e incuestionable (Suárez Villegas n.d., 5).

⁹ Un itacate es una provisión de comida que se lleva en un paquete. Suele incluir tortillas, carne de res, cerdo o borrego, y chile.

En conclusión, podemos afirmar que, en las relaciones familiares, la madre representa lo cotidiano, lo permanente, lo funcional, es la que controla y vigila continuamente a los hijos.

Florencia

Florencia es el interés romántico del protagonista, nació hacia 1848, después del fin de la Guerra contra Estados Unidos y que su padre, Don Manuel, raptara a Doña Tránsito, su madre, para poder casarse con ella. La primera mención que de ella se hace en la novela la presenta de este modo: [...] con sus quince años entraba en el dintel florido de la juventud (E. Ruiz 1923, 19). Esa era la edad que Florencia tenía en noviembre de 1863, para el desenlace de la novela, en julio de 1867, Florencia habrá cumplido 19 años.

Su personalidad corresponde al estereotipo de la mujer buena. Su ideología es republicana liberal. Su apariencia física es joven, virgen, con cintura delgada, graciosa y esbelta. Hermosa, fresca y sonrosada.

Así es como el capítulo VI de la Parte Primera la muestra:

[...] Es la mariposa que sale del capullo y se le ven alas y tiene delgada la cintura y es graciosa y esbelta. La hija de don Manuel no tenía a su favor solamente la juvenil edad; los cocoteros hubiesen envidiado lo cimbrador de su cuerpo, las flores el color de sus mejillas, el aire su gentileza, las ramas de los árboles la suave ondulación de su cabellera, las perlas la blancura de sus dientes, la tarde la dulce melancolía de sus miradas y la mar el vaivén de su lánguido pero gallardo andar (E. Ruiz 1923, 36-37).

Florencia cumple con el estereotipo de la mujer niña, una ninfa de rasgos infantiles, un aura de inocencia y pureza simbolizada por velos y gasas blancas. Es atractiva, bella (Suárez Villegas 2007, 9).

Florencia es amorosa con sus padres, hacendosa, dócil, dulce, tiene “alma de niña y corazón de heroína”; patriota (simpatiza con la causa republicana); sencilla de palabra, serena. Fácil aprendizaje, talentosa, empeñosa para aprender. Andar gallardo, ingenua, noble, pudorosa. Buena conversadora, amistosa. Sabe escribir, leer, dibujar, cocinar, coser, cantar, tocar la guitarra, hacer los quehaceres domésticos, lavar y “aplanchar”. Ha recibido toda la educación en casa. Se enamora de Isidro Abad y vive un idilio con él que se consuma en matrimonio al final de la novela.

Cuando Isidro está recuperándose de su enfermedad en la hacienda Puruantzítiro, observa el afán de don Manuel y Tránsito en la educación de su hija, y observa la rutina de la joven, en la que Isidro Abad se introduce como instructor de dibujo. Cuenta Isidro:

Dedicábamos algunas horas de la mañana a la escritura y al dibujo, en la tarde leía mi hermosa discípula algunos trozos escogidos de buenos autores. A la hora de la siesta, meciéndonos voluptuosamente en nuestras respectivas hamacas, rasgueaba Florencia una guitarra que había pertenecido a doña Tránsito y que no sólo era un buen instrumento de música, sino un objeto de lujo, de madera preciosa, con incrustaciones de concha y clavijas de plata. La joven la había adornado, además, con una flor de listón azul. Doña Tránsito era la que entonces daba la lección (E. Ruiz 1923, 144-145).

De acuerdo al *Manual de Urbanismo para Niñas*, de José Rubio (1849), afirmar que una niña es descortés, equivale a decir que está mal educada, que es orgullosa, necia, parlanchina, desaseada y que tiene poca estima de sí misma (Rubio 1849, 7-8).

Dentro de *Un idilio a través de la guerra* hallamos el opuesto a Florencia en el personaje de Tula (la esposa de Pedro, el trabajador y ahijado de don Manuel), cuyos vicios (ser orgullosa, necia, parlanchina, rencorosa y traicionera) la llevan a la locura, la soledad y la muerte. Florencia, por el contrario, gracias a su cortesía y buen corazón, encuentra un buen hombre y, consume exitosamente la transición de niña a mujer y, tras años de sufrimiento, alejada de su amado Isidro, la vida la recompensa con el matrimonio.

A lo largo de la novela, Florencia pone en práctica varias de las reglas de urbanidad enunciadas por José Rubio (1849) y Paluzié y Cantalozella (1885), las cuales a continuación menciono:

Cómo portarse con los padres. Los niños para sus padres tienen la obligación de la gratitud y el cariño, porque a ellos se lo deben todo. Se lo han de demostrar profesándoles el amor más tierno, el respeto más profundo, obediéndoles y sirviéndoles, sin límites de afecto o reconocimiento. Deben obedecer ciegamente las órdenes de sus padres, sin replicarles ni murmurar, hacer prontamente lo que le exijan, con agrado y celo. Debe besarse la mano a los padres en señal de sumisión y respeto. Debemos hacerlo al levantarnos y después de haber rezado las oraciones de la mañana, y cumplido con las obligaciones que impone la limpieza, al salir de casa y al volver a ella, al ir y venir de la escuela, después de la comida y al acostarse (Paluzié y Cantalozella 1885, 6-7, Rubio 1849, 50).

Este comportamiento lo vemos en el personaje de Florencia las veces en que ella convive con doña Tránsito y don Manuel, al comienzo del día, cuando ésta ayuda a su madre con las tareas domésticas y en el amor y agradecimiento que les tiene. Para ellos, jamás tiene Florencia un reproche ni una queja.

Cómo portarse con los criados. Dice José Rubio: A los criados debemos tratarles con afabilidad y agrado; no tutearles, ni mandarles nunca con tono imperioso o aspereza; cuando nos falten en algo decírselo a nuestros padres en vez de regañarles por nosotros mismos, y en fin comportarse con ellos como quisiéramos se portasen con nosotros si la desgracia nos llevase a aquel estado (Rubio 1849, 52).

Don Manuel da excelente trato a sus trabajadores, quienes lo quieren como un padre. Su hija, Florencia, quiere mucho a Pedro y a su esposa Tula. Con ella, que pierde la

cabeza con facilidad y guarda rencor a don Manuel, Florencia es especialmente afable y paciente. Cuando Tula le hace favores a don Magdaleno y la mete en problemas cuando el villano le pide matrimonio, Florencia oculta el incidente a sus papás y busca salir del embrollo sin involucrarla.

De acuerdo a Rubio (1849), la urbanidad se funda en el principio *pórtate con los demás como deseas se porten los demás contigo*, y en *observar atentamente a las personas bien educadas y procurar imitarlas, tanto en su modo de obrar como en sus acciones* (Rubio 1849, 9). La familia Valencia es ejemplo de educación y buenas costumbres en su relación con las demás personas, las tratan como a ellos les gustaría ser tratados. Esto también lo podemos ver en el siguiente punto:

Cómo tratar a los maestros. Los niños deben obedecer a sus maestros y respetarlos como a sus segundos padres, porque si los primeros les dieron la vida, los últimos le enseñan a usar bien de ella por medio de la instrucción y educación (Paluzié y Cantalozella 1885, 7). Debemos tratarles con el mayor respeto, amarles de todo corazón, a ser dóciles a sus consejos y a mostrarnos agradecidos a los desvelos y cuidados que por nuestro bien se toman (Rubio 1849, 53).

En *Un idilio a través de la guerra*, como la educación e instrucción de Florencia era en Puruantzítiro y corría a cargo de doña Tránsito y don Manuel, porque la muchacha nunca salía de la hacienda, el cumplimiento de estos principios podemos verlos cuando Isidro Abad se ofrece a dar lecciones de dibujo a Florencia, en donde ella no sólo respeta, obedece a su profesor, y es buena alumna; sino que termina enamorándose de él.

Florencia sigue las reglas de urbanidad respecto al protocolo para visitar a un enfermo. Señala José Rubio:

Cuando se visite a un enfermo, debemos preguntar por el estado de su salud, manifestando la pena que por su enfermedad sentimos, y el deseo de que se alivie; o que nos alegramos de la mejora y que deseamos que vaya progresando en ella, ofreciendo nuestra persona y todo cuanto pueda contribuir al alivio del paciente.

De ningún modo debemos entrar al aposento de un enfermo, a menos que se nos invite expresamente, cuidando no colocarnos arrimado a la cama o donde se pueda estorbar, y hablando lo menos posible y en voz baja, particularmente si el mal que padece la persona enferma es de los que exige quietud y recogimiento.

Por lo general estas visitas deben ser cortas; pero se puede y hasta se debe hacerlas largas cuando el paciente sufre alguna de esas enfermedades que exigen distracción o el consuelo de los amigos (Rubio 1849, 24).

Cuando el protagonista de *Un idilio a través de la guerra* convalece en una habitación de la casa de la familia Valencia en Puruantzítiro, al día siguiente de su llegada, Florencia entra a la recámara y procura no molestar al enfermo, haciendo cortas sus visitas, dando seguimiento a la salud de la visita y contribuyendo lo más que ella puede con el alivio de Isidro.

Por último, mencionaré las reglas de conversación que imponía la urbanidad en el siglo XIX. Apunta José Rubio que:

Cuando la mujer hable, procurará tomar un tono de voz natural y modesto, ni tan alto que aturda, ni tan bajo que no se deje oír. No abusará del permiso concedido, hablando continuamente e impidiendo a los demás que puedan alternar en la conversación. Cuando tengas que emitir una opinión será con franqueza, pero no con tono de autoridad, y mucho menos despreciando y poniendo en ridículo la de los otros (Rubio 1849, 13-14).

En la Parte Segunda de *Un idilio a través de la guerra*, cuando Isidro Abad está sentado a la mesa con don Manuel y su familia, Florencia permite que sean sus padres quienes conversen con la visita y ella de vez en cuando se atreve a decir algo. Es osado cuando ella muestra valentía cuando dice que no le tiene miedo a don Magdaleno y si éste se atreviese a atacarlos, ella y las mujeres estarían en la casa cargando fusiles para ayudar a la defensa del hogar. Esto, que de primera impresión pareciera ser impertinente en una dama de la época, Isidro lo encuentra fascinante y se siente orgulloso de amarla.

2.3.3.2. *La Casa y el trabajo*

De acuerdo al general José María Pérez Hernández (1872), al poco tiempo de consumarse la independencia de México, en 1822, Michoacán fue dividido en cuatro Departamentos, que se llamaron del Este, Oeste, Norte y Sur. Los Departamentos se subdividieron en Partidos y éstos en Municipalidades o Ayuntamientos, presentando cambios considerables a través del tiempo (Pérez Hernández 1872, 13-16).

Al promulgarse la constitución de 1824, Michoacán fue distinguido con el carácter de Estado libre, soberano e independiente para su régimen interior, y como una de las entidades federadas. Tiempo después, en memoria de Melchor Ocampo, gobernador del Estado en 1847 y 1852, al nombre de Michoacán se le unió el de Ocampo (Pérez Hernández 1872).

Sobre la geografía de Michoacán en el siglo XIX, Pérez Hernández (1872) proporciona los siguientes datos: Michoacán limita al Norte con los Estados de Guanajuato y Jalisco, al Noreste con Querétaro, al Oeste con Colima y el Océano Pacífico, al Este con el Estado de México, y al Sur con Guerrero y el Océano Pacífico. Su extensión total era de 3,453 leguas cuadradas (Pérez Hernández 1872, 18-19).

En el Estado había 8 ciudades, 19 villas, 75 municipalidades, 243 pueblos, 27 minerales, 9253 casas que pagaban contribución, 4426 fincas rústicas que soportaban el gravamen rentístico, 2213 ranchos y 1255 haciendas. La población se componía por raza blanca, mixta e india pura. El 20% de la población hablaba una lengua indígena (purépecha, otomí, náhuatl, pirinda, pame y mazahua) (García Mora 1989, Pérez Hernández 1872, 50-51, García Cubas 1856, Carta XIV).

Pérez Hernández menciona la cantidad de 618,240 habitantes en el Estado, según el censo oficial de 1869, los cuales se hallaban distribuidos en 17 distritos o partidos (que ya presentaban cambios considerables respecto a la división política de 1822 y la de 1856): Morelia, Zinapécuaro, Maravatío, Zitácuaro, Huetamo, Tacámbaro, Ario, Pátzcuaro, Uruapan, Apatzingán, Coalcomán, Los Reyes, Jiquilpan, Zamora, La Piedad, Purépero y Puruándiro (Pérez Hernández 1872, 49-50).

El distrito de Ario, que interesa a los fines de la presente investigación, lo componía, además de la Cabecera del Distrito: Ario de Rosales, los municipios de Nuevo Urecho y La Huacana; y las rancherías o aldeas de Cueramo, Capire, Joya de Álvarez, Cuarallo, Paso Real y otras (Pérez Hernández 1872).

El 3 de marzo de 1865, Maximiliano expidió un decreto para establecer la división territorial del Imperio Mexicano. Michoacán se fraccionó en cuatro departamentos, el primero con la capital Morelia, el segundo fue Tancítaro; el tercero, Coalcomán, el cuarto se llamaba Michoacán, y Zitácuaro se agregó al departamento de Valle de Bravo con el objetivo de nulificar al Michoacán de la República (Sánchez Sandoval 1996). Sin embargo, esta división política sólo fue utilizada por los partidarios del Imperio, nunca por los republicanos.

En *Un idilio a través de la guerra*, la hacienda Puruantzítiro y la estancia que don Manuel tenía en Churumuco pertenecían al Distrito de Ario, región de la tierra caliente michoacana.

La zona de Tierra Caliente, en donde se encuentran Puruantzítiro, La Huacana y Churumuco, es extensa, ya que abarca partes de los Estados de Guerrero, Michoacán, el Estado de México, sureste de Colima y sur de Jalisco (Informador 2011). El calor en la región es excesivo (Pérez Hernández 1872).

Sobre tierra caliente, el narrador dice a Isidro Abad cuando éste último le pregunta al primero si no cree que existen huertas sobre la de Puruantzítiro:

[...] El clima, la fertilidad del suelo, el agua que vivifica la vegetación y hombres que no sean los de hoy, convertirán los desiertos en los vergeles [...] (E. Ruiz 1923, 151).

En la novela *Un idilio a través de la guerra*, de Eduardo Ruiz, Puruantzítiro es un rancho que sirve de hogar y refugio del mundo exterior para don Manuel, su esposa doña Tránsito, su hija Florencia y sus trabajadores. Se llega a él por medio de un paraje oculto. Aunque es un lugar del cual no se tiene ninguna evidencia de que haya existido, el narrador hace varias descripciones que nos hacen pensar de que ese espacio en algún lugar fue próspero y fue testigo de la historia de amor entre Isidro y Florencia.

El capítulo III de la Parte Primera ofrece descripciones precisas que nos ayudan a ubicar este espacio en la tierra caliente michoacana. Asimismo, nos habla de las condiciones geográficas que hacían este rancho prácticamente impenetrable:

Hay un rancho escondido en el Sur del Distrito de Ario, en medio de aquella región que en ciertos lugares es tristemente estéril y que en otros ostenta una vegetación ataviada con todo el lujo tropical. [...] en los otros parajes, rayados por cristalinos arroyos, en perpetuos campos de verdura, se opera sin cesar, en los animales y las plantas, el misterio de la reproducción.

La topografía forma también allí una completa antítesis: a veces la mirada se espacia en llanuras que forman horizonte; a veces se presentan a la vista risueños oasis donde reinan la frescura y la sombra de los bosques; ora son monótonos lomeríos, ora deliciosos valles; ya montañas inaccesibles y escabrosas, ya barrancas como abismos, en cuyo fondo culebrillean peligrosos senderos. Así va desarrollándose aquella zona hasta llegar al gran río de las Balsas, límite por aquel rumbo entre Michoacán y Guerrero.

El camino que conduce de Ario a la costa atraviesa aquel terreno en sus diversas fases. A la derecha se encuentra situado el rancho a que me he referido, el cual lleva el nombre indígena de Puruantzítiro. [...]

El solitario albergue descansa al pie de una montaña [...]. Detrás de la casa brota un caudaloso río que en rápida y espumosa corriente y encajonado en honda barranca, huye hacia el Balsas. Aquel sitio es boscoso y no lejos del grande manantial existe otro pequeño, que se desliza enfrente de la habitación y que se pierde entre las avenidas de la cercana huerta.

Hacia el Oriente se extiende un lomerío [...]. Las innumerables lomas forman, en el contacto de unas con otras, angostos barrancos, cuyo lecho está formado de peñas lisas y de ásperos guijarros.

El único sendero que conduce al rancho se aparta del camino de la costa en una hondonada, cubierta de enramada *otatera* que borra toda huella, haciéndolo invisible.

Gracias a todas estas particularidades, el rancho de Puruantzítiro no era conocido más que de sus moradores. [...] (E. Ruiz 1923, 16-18).

Siguiendo la descripción de Pérez Hernández, sabemos que:

El río Atoyac, Mezcala, Balsas o Zacatula, se origina en el pueblo de Atoyac, Puebla, sirve de límite entre los Estados de Morelos y Guerrero, por una parte; desde su nacimiento al paso de Mezcala recibe varios tributarios y vertientes, entra en Michoacán, poco más arriba de Huetamo de Núñez, sirviendo de línea divisoria con el Estado de Guerrero; pasa por Zirándaro y San Francisco, donde se le reúne el del Espíritu Santo; riega las orillas de San Gerónimo y diversas haciendas, y poco más abajo del paso de las Balsas, cuya hacienda divide, toma las aguas del potente río del Marqués, siguiendo ambos su curso hasta una legua antes de Zacatula que se divide en dos brazos, dejando una isla extensa al centro, y tornándose a unir sus aguas, que se depositan en el Océano Pacífico por entre los terrenos de Zacatula y hacienda de la Orilla (Pérez Hernández 1872).

Esta información sobre el río Balsas es de vital importancia conocerla, ya que en la Parte Tercera de la novela, veremos que los protagonistas siguen esta ruta para llegar a la hacienda La Providencia, del General Juan Álvarez, en la actualidad perteneciente al Municipio de Acapulco.

Retomando las descripciones de Puruantzítiro en *Un idilio a través de la guerra*, encontramos más adelante en este mismo capítulo, III de la Parte Primera, que en la hacienda había:

En torno del *casco* de la hacienda se alzaban seis cabañas en que vivían los peones, con su mujer y sus hijos. En el amplio corral gruñía algún cerdo, cacareaban las gallinas y ufano alzaba el grito un gallo [...]. Ninguna pobreza se revelaba en la habitación de los amos (E. Ruiz 1923, 19-20).

Paurantzítiro es el punto al que la mula golondrina conduce a Isidro en el Capítulo III de la Parte Segunda. En esta hacienda permanece el protagonista de febrero a junio de

1865, mientras se recupera de las fiebres intermitentes y del balazo que le dará Pedro durante el combate que entablan contra la gavilla dirigida por don Magdaleno. Isidro convive con la familia que lo cuida, haciéndose amigo cercano de don Manuel y ganándose el afecto de doña Tránsito. El idilio entre Isidro y Florencia aquí sucede.

Es a partir de este capítulo que comienzan a describirse los espacios que componen el casco de la hacienda, la casa en la que vive don Manuel Valencia con su familia: hamaca, cocina, habitaciones.

El capítulo IV de la Parte Segunda ofrece una descripción de los paseos que Isidro daba alrededor del rancho para acelerar su recuperación de las fiebres intermientes. Esto es lo que el protagonista platica al narrador cuando se reencuentran después del canje de prisioneros en Acuitzio:

[...] La casa está situada en el suave declive de una ladera que a pocos pasos se interrumpe por altas rocas talladas a pico. Casi al pie de la ladera, detrás de la casa, brota el caudaloso río, que se precipita luego convertido en espuma y que por esta circunstancia lleva el nombre tarasco de *Puruantzítiro*. El cauce sirve por aquel lado del foso para la defensa de la casa. Detrás y al norte de ésta se extiende la huerta. Decirte que es aquello un vergel, es dar una pálida idea de la realidad. Le sirve de entrada un tupido platanar en que se ostentan los racimos de las *mulatas* de corteza roja, los que, semejando el marfil, se llaman de *Costa Rica*, los guineos de epidermis de oro y las *huembas* indígenas, de robusto fruto; hay calles de limoneros y naranjos que impregnan el ambiente con el aroma de sus azahares; se pierde la vista en largas avenidas de mameyes, y los *zapoteros* aprietan sus ramas, dejando su tronco sumido en las tinieblas. Grupos de palmeras destacan sobre todos los árboles sus ricos pabellones. Allí cuelgan sus nidos los turpiales, se oye la greguería de los pericos, la charla estrepitosa de las hurracas y el grito misterioso del *guaco* (E. Ruiz 1923, 149-150).

Asimismo, el capítulo IV de la Parte Segunda proporciona datos sobre la recámara en la que Isidro se recupera de las fiebres intermitentes de la costa:

[...] observé que estaba acostado en un catre de caoba y me cubría un mosquitero blanco como la nieve. Algunos rayos penetraban en la estancia, en bandas luminosas, salpicadas de un polvo brillante [...].

[...] Aquella estancia perfumada, el mullido lecho, los alegres rayos del sol, deslizándose a través del mosquitero e iluminando mi semblante [...] (E. Ruiz 1923, 133-134).

Sobre el aspecto físico del territorio michoacano en aquella época, Pérez Hernández (1872) proporciona la siguiente información:

“[...] bastante montañoso por una parte, mientras por la otra presenta valles y planicies cubiertas de cristalinos arroyos, ojos de agua y lagunas. Su vegetación es robusta y exuberante: la mayor parte de los terrenos fértiles [...] En sus montes, bosques y praderas se ostentan las robustas ceybas, los sabinos y diversas ricas maderas de construcción y ebanistería: en sus elevadas montañas se levantan gigantes pinos, cedros y robles. Sus ríos [...] se precipitan en algunos puntos formando encantadoras cascadas, bellísimas colinas asentadas sobre planos de un color esmeralda, como consecuencia de sus ricos y oleosos pastos; rocas basálticas y crestones, revelan su riqueza mineral; unido a esto, está la abundancia de cereales, frutos diversos y ganados” (Pérez Hernández 1872, 19).

Don Manuel logró levantar el rancho de Puruantzítiro del páramo y lo convirtió en un vergel gracias a su inteligencia, laboriosidad y capacidad de improvisación. Recién compró estas tierras, se empeñó en construir una presa y no cedió en la tarea hasta que consiguió que los muros resistieran las corrientes del río, cuatro años le tomó, pero al final tan bien salió la obra que don Manuel presume a Isidro:

[...]el resultado es que cada año almaceno una cantidad extraordinaria del precioso líquido, que hasta me sobra para regar mis campos (E. Ruiz 1923, 163).

Las actividades con las que don Manuel hacía que el rancho produjera también son descritas en *Un idilio a través de la guerra*: puros de tabaco que el mismo don Manuel cultivaba y fabricaba en sus tierras (E. Ruiz 1923, 70); a partir de su enemistad con don Magdaleno y ante la amenaza, comenzó a instruir a sus peones para que cazaran venados y curtieran sus pieles para llevarlas a vender a La Huacana (E. Ruiz 1923, 89); cultivo y recolección de frutas y vegetales, ordeña de vacas, crianza de quinientas reses.

El rancho generaba suficientes riquezas, ya que en muy raras ocasiones, dice el narrador, los habitantes de Puruantzítiro iban a La Huacana a comprar objetos indispensables para cumplir sus necesidades (E. Ruiz 1923, 19).

En el capítulo VIII de la Parte Segunda, don Manuel revela a Isidro en un paseo cómo es que adquirió Puruantzítiro y comenzó a hacerlo producir. En palabras de don Manuel:

[...]Al comprar el rancho encontré cuatro vaqueros que me parecieron hombres discretos y honrados. Dos hijos de otros tantos de ellos aumentaron el número. Di colocación a todos ellos y me he hecho querer hasta el grado de que no hay sacrificio que no hagan por mí (E. Ruiz 1923, 162).

Ya antes, la relación de don Manuel con sus trabajadores había sido contada por el narrador:

Don Manuel, más que amo, era el padre de sus criados, los trataba con un cariño sincero, los atendía en sus enfermedades, acudía a ellos con solicitud, cuando necesitaban dinero; por todo eso lo adoraban, le servían con empeño, y le consagraban profundo respeto (E. Ruiz 1923, 88).

Los trabajadores de la hacienda Puruantzítiro de quienes la novela hace mención son:

Pedro

Empleado de don Manuel. Casado con Tula. Tiene mucho cariño a Florencia y la protege. Pedro es quien ensilla el caballo de Florencia y quien va al jardín a cortarle flores. Es un personaje cuya lealtad y confiabilidad es puesta en tela de juicio a lo largo de la novela.

Tula

Esposa de Pedro.

La primera descripción física de Tula es del día que se casa:

[...] preciosa mulata de ojos negros, de talle gentil, la cual estaba en el rincón más oscuro huyendo de los curiosos [...] (E. Ruiz 1923, 36).

Tula es mulata y de cabello chino. Tiene rencor a don Manuel y a su familia por haber permitido que su esposo permaneciera secuestrado en el ejército por una semana. Tránsito dice que ella tiene celos hasta de su sombra. Florencia la define como una mujer muy maniática. Pierde la razón después de que el bebé que estaba esperando fallece. En ocasiones es aliada de don Magdaleno.

Cleto

Empleado de don Manuel. A éste le encargan que ensille el caballo de Isidro la primera vez que el protagonista pretende marcharse de Puruantzítiro.

Trabajan más personas para don Manuel, pero el narrador no los menciona por sus nombres.

En Puruantzítiro también hay reglas, el narrador de *Un idilio a través de la guerra* señala lo siguiente:

Solamente tres cosas había prohibido don Manuel a sus sirvientes: embriagarse, revelar el sitio en que estaba el rancho, y cazar, porque la caza sin necesidad, no le parecía más que un asesinato en seres inocentes que no pueden defenderse (E. Ruiz 1923, 88-89).

Sin embargo, a partir de la enemistad de don Manuel con don Magdaleno, éste cambió de idea respecto a la cacería, para enseñar a sus peones a disparar; no sólo eso, don Manuel trazó una vía de escape para ponerse a salvo con su familia cuando su enemigo volviera intentar atacarlo. Esta previsión e inteligencia salvaron su vida.

Es evidente que Eduardo Ruiz, a través del personaje de don Manuel, instruye al lector en agricultura, ganadería y todas las faenas para hacer producir los campos, no sólo los michoacanos, sino los del país. Él habla desde su propia experiencia, recordemos que él fue empresario. Heredó la Quinta Ruiz, hoy el Parque Nacional de Uruapan, y sus tierras fueron tan fértiles que permitieron, entre otras cosas, el cultivo de café.

2.3.3.3. Religión

Aunque el narrador no enfatiza demasiado en el papel que juega la religión en la sociedad michoacana de la época, es un hecho que don Manuel y su familia son católicos y que Isidro también lo es, a pesar de etapas en las que parece no creer ni esperar nada.

Recordemos que para don Manuel: “el cristianismo despierta las más nobles pasiones del espíritu (E. Ruiz 1923, 145). La filosofía de don Manuel para hacer que sus tierras sean fértiles se basa en sus creencias, cabe destacar que este personaje fue seminarista antes de participar en la Guerra contra Estados Unidos.

Durante un paseo, don Manuel dice a Isidro:

[...] los hombres tenemos el deber de comprender los designios de la Providencia. Dios ha puesto a nuestro alcance el estudio de la naturaleza y nos ha dado la inteligencia para utilizar sus fuerzas. Y si no, dígame, si Dios no ha hecho el agua de *las aguas para las secas* ¿para qué la hizo? (E. Ruiz 1923, 165).

Doña Tránsito también es creyente, cuando era joven vivió con un tío que era sacerdote y quien se oponía que ella se desposara con don Manuel, la quería casar con un coronel que murió durante la guerra contra Estados Unidos. Sin embargo, su tío, prefería que ella entrara al convento antes de verla casada con don Manuel. En Puruantzítiro, doña Tránsito: “...leía en familia los domingos, teniéndolos en las manos con una mascada de

seda para preservarlo mejor; era aquella apología de la Madre de Dios, llena de piadosas supersticiones, titulada: *Glorias de María*” (E. Ruiz 1923, 165-166).

En el capítulo XI de la Parte Segunda, cuando Isidro se despide de don Manuel y su familia, antes de volverse a integrar al Ejército, regala a doña Tránsito un rosario que su mamá le dio cuando se fue del hogar para combatir en la guerra. Doña Tránsito recibe el obsequio y dice:

—Con él me enterrarán, y mientras viva no habrá noche que no rece con sus cuentas, pidiéndole a Dios que libre a usted de todo peligro, para que lo volvamos a ver sano y salvo entre nosotros (E. Ruiz 1923, 193).

Queda más que evidente en estas citas cuál es la religión de don Manuel, de su familia y la de Isidro. Sin embargo, la fe de Isidro es puesta seriamente a prueba en el clímax de la novela, en que él tiene el corazón destrozado por creer que su amada fue capturada por don Magdaleno o que está muerta, y, lo que es peor, ha caído prisionero por el enemigo, que lo ha llevado a Pátzcuaro y pretende fusilarlo sin goce de un proceso penal en toda forma. Sin embargo, los imperialistas le asignan un confesor, el padre Bustamante.

Padre Bustamante

Sacerdote confesor de Isidro. Aparece en la Parte Cuarta en Pátzcuaro. El narrador lo introduce en la historia como un “buen clérigo” que exhorta a Isidro a que haga una confesión sincera. Asiste a Isidro en la antesala de la muerte, trata de dar auxilio espiritual y defender al prisionero ante las autoridades imperialistas que pretenden fusilarlo.

El padre Bustamante es también un modelo a seguir como sacerdote. El capítulo IX de la Parte Cuarta lo describe con las siguientes virtudes: carácter verdaderamente evangélico, humilde, lleno de caridad, de una fe pura, piadosa, ilimitada, que creía que la

religión es amor, sin mezcla de preocupaciones, ni menos de odio y avaricia. [...] daba gracias a Dios de que lo mantuviese allí, donde sólo podía ejercer su ministerio con los pobres y desvalidos. No ambicionaba vestir de seda y encajes, le bastaba estar cubierto con las blancas alas de los ángeles (E. Ruiz 1923, 309-310).

Dice José Rubio en su manual de urbanidad:

A los sacerdotes debemos tratarle como lo exige su carácter venerable, saludarles con el mayor respeto, besarles la mano y ponerse en pie en su presencia. Si además del carácter de sacerdote, tuviese la persona con quien hablamos una dignidad, que lleve consigo tratamiento debemos darle el que corresponda a la misma (Rubio 1849, 58).

Cuando Isidro Abad conoce al Padre Bustamante, él está en una etapa de decepción y tristeza, de total abatimiento porque piensa que Florencia está muerta y que la guerra está lejos de terminar. Aunque a Isidro no le importe morir, y al contrario, eso sea lo que más quiere, nunca le falta al respeto al sacerdote, incluso, con el trato, Isidro y el clérigo entablan una amistad.

2.3.3.4. *Otros aspectos de la vida cotidiana*

BODA TRADICIONAL DE TIERRA CALIENTE

El narrador de *Un idilio a través de la guerra* describe a detalle las costumbres para celebrar una boda en Tierra Caliente, Michoacán, en el Capítulo V de la Parte Primera. La ceremonia religiosa tiene lugar en la iglesia de Churumuco, mientras que la fiesta es en una estancia que don Manuel tiene en el mismo pueblo.

El capítulo V comienza un día antes de la ceremonia, con los preparativos del lugar y muestra una clara división de roles, actividades específicas para los varones, como cavar

el suelo para colocar las tablas para el palenque; y para las mujeres, por ejemplo: barrer, preparar los utensilios de cocina, lavar los trastes, traer leña y hacer arreglos florales. Después, en la noche, se invita a la gente a la boda por medio de lanzar cohetes.

El día de la boda, domingo, la iglesia de Churumuco se llena de gente de los ranchos y comarcas cercanas. Llegan los novios y los padrinos, vistiendo ropas especiales cada uno: el novio y el padrino, visten pantalonera con botonadura de plata, sombrero galoneado y zarapes de Saltillo. La madrina lleva un vestido de gros, un rebozo zamorano de seda y zarcillos de oro. La novia, enaguas de percal, camisa bordada, rebozo de bolita y grandes arracadas de plata. El narrador menciona que en aquella época y en ese lugar, no se conocían ni los atuendos de traje blanco, ni el velo transparente, ni los azahares.

Al concluir la ceremonia religiosa, en la que los novios se dieron el sí, se tomaron de las manos, intercambiaron arras y el párroco los unió “para siempre con vínculos indisolubles” (el narrador tiene la ideología tradicional de que el matrimonio es para toda la vida y que el hombre no puede romperlo), los convidados montaron a caballo y se dirigieron a caballo hacia la estancia de ganado que don Manuel tenía a dos o tres leguas de distancia de Churumuco, en una carrera en la que el vencedor despojaba al novio de la espuela y el primero que estuviera en la estancia, recibía en sus brazos a la novia. Don Magdaleno ya estaba en el lugar, por lo que fue él quien cargó a Tula en un acto simbólico que antecede a la relación de complicidad que más adelante habrá entre ella y el antagonico.

Durante la fiesta, se bailan dos tipos de baile, descritos por el narrador de la novela: el primero, un jarabe alegre y bullicioso como el *Gusto federal*, o el corriente que se baila solo; sonos melancólicos y voluptuosos de la costa de tierra caliente, como la *Indita* o la *Malagueña*.

La comida que en esa ocasión se ofrece a los asistentes fue abundante, siendo el mole de guajolote el platillo principal. De beber hubo licores que circularon con profusión, comían y bebían entre música y canciones tocadas por un arpa, el vocerío y el tronar de los cohetes (E. Ruiz 1923, 31-32).

Para terminar los festejos, los invitados van al corral para presenciar las corridas de toros. Esto es lo que hacen con el primer toro que sueltan:

[...] Sale la fiera del toril. Se detiene *engentada*, vuelve la gruesa cerviz a todos lados, escarba la tierra, despide fuego de los ojos y humo de las narices. Como un rayo se lanza sobre los jinetes. Los piquetes de las garrochas no hacen más que enardecer su coraje. Escucha la inmensa gritería y la acepta como un reto. Pelea él sólo contra todo un escuadrón y embiste con tanta cólera y rabia, que hombres y caballos huyen amedrentados, hasta que pasados los primeros empujes, más que con valor, con maña, el hombre domina a la fiera, la fatiga con la *cuera* que le sirve de capa, la humillan los picadores, la cansan los jinetes que apoderándose de la cola, la hacen caer por tierra.

Fácil es después lazar y manganear al toro, echarle el pretal y soltarlo con un jinete encima. El animal da saltos increíbles, imprevistos, enormes. La piel de su lomo se mueve en todas direcciones, haciendo casi imposible el equilibrio. Huye, se para repentinamente, embiste su propia sombra, pero no consigue arrojar al suelo al centauro, que le rasga los hijares con estupendas espuelas, cuyas puntas parecen las aspas de un molino de viento (E. Ruiz 1923, 34-35).

El narrador de la novela censura estas diversiones, denominándolas “diversiones de barbarie y frenesí” (E. Ruiz 1923, 35).

A consecuencia de la embriaguez en la fiesta por la abundancia de licores, el narrador cita algunos incidentes, como el duelo de machetes entre rancheros, con espectadores que se colocan alrededor de los hombres que se están batiendo sin hacer nada por evitar el encuentro. Esta es la descripción del espectáculo:

Se oye el choque de los machetes, que desprenden chispas de lumbre, la respiración de los contrincantes se hace cada vez más fatigosa, y por fin corre la sangre y un hombre se desploma, gritando: *¡Jesús me ampare!* (E. Ruiz 1923, 35).

El capítulo termina con una opinión del narrador, que dice: “Por fortuna, esa y otras costumbres bárbaras de *Tierra Caliente* van desapareciendo, a medida que la ignorancia y

el fanatismo ceden paso a la civilización” (E. Ruiz 1923, 35), haciendo alusión a la lucha del hombre decimonónico contra la barbarie para dar paso a la civilización por medio de una educación positiva, la cual llegó a México en 1867, a partir del triunfo de la República y el impulso que le dio el Doctor Gabino Barreda inspirado por las teorías de Augusto Comte.

SONES DE TIERRA CALIENTE Y CANCIONES POPULARES

Asimismo, durante la boda de Pedro y Tula, como en otras escenas de la novela, encontramos que los personajes entonan sones tradicionales de Tierra Caliente, en ocasiones con instrumentación musical y en otras a capela. A continuación, incluyo información importante sobre dicha manifestación cultural de gran historia y arraigo en aquella región de Michoacán:

De acuerdo al antropólogo Juan José Atilano Flores, los sones de la región de Tierra Caliente son un género musical de posible origen en el siglo XVI. El género está conformado por rasgos españoles, indígenas y africanos, cuyo primer mestizaje musical y poético se dio a partir del canto llano y los villancicos utilizados en el proceso de evangelización. Su lírica, inundada de analogías cristianas, evidencia la influencia de la orden de los agustinos. Con el paso del tiempo, este estilo musical se propagó por los pueblos asentados a lo largo de la Depresión del Balsas, a través de la arriería, el comercio y los puertos, como punto de encuentro entre las poblaciones (Informador 2011).

De acuerdo a Juan José Atilano Flores,

“Los sones constituyen la identidad de los habitantes de Tierra Caliente, reflejan sus pensamientos, creencias, ideas e incluso su historia, al expresarse en coplas y corridos la construcción de analogías, característica del pensamiento cristiano [...]” (Informador 2011)

Los sones calentanos se interpretan con violín, guitarra y tamborita, y sus características principales es su ejecución en tiempos de seis octavos, con la presencia frecuente de alteraciones rítmicas con compás de tres cuartos. Atilano Flores también señala que estas piezas musicales se caracterizan por tener nombres de animales que forman parte del entorno del lugar (Informador 2011).

El primer escenario en donde encontramos fragmentos de sones de tierra caliente es durante la fiesta de bodas de Pedro y Tula, en la que estas piezas son tocadas con un arpa y cantadas por un trovador o por un coro. Los convidados bailan jarabes en el palenque que instalaron en el toro de la estancia de don Manuel próxima a Churumuco.

Para bailar un son de Tierra Caliente, dice el narrador de *Un idilio a través de la guerra*:

[...] En esos bailes no se acostumbra invitar a la compañera. La mujer es la que busca la ocasión, provocando, por así decirlo, a su compañero. Se coloca en un extremo de la tarima que forma el palenque y comienza a bailar sola. Al instante se presenta un hombre, no siempre un desconocido, sino antes bien, el que de antemano ha podido hacer una seña imperceptible, el que está de acuerdo desde la víspera, el escogido, en suma, por la discreta bailadora. Aquella música sencilla, pero llena de sentimiento, la sensualidad en el baile, el constante agitar de los pañuelos que sirven de abanicos, el calor que, como fuego se siente circular en las venas, todo esto revela que en aquellas almas se ha llegado al colmo del placer y de la alegría (E. Ruiz 1923, 29).

En Puruantzítiro, los trabajadores de don Manuel son aficionados a las canciones populares de la región y a los bailes, organizan fiestas a las que invitan a sus patrones con regularidad. Durante el camino de regreso a la hacienda, Pedro va entonando canciones sin darse cuenta de que don Magdaleno va siguiéndolo muy de cerca, mostrándole, sin querer, la ruta hacia el rancho de su padrino.

En *Un idilio a través de la tierra*, doña Tránsito y Florencia saben tocar la guitarra y cantan los sonos de tierra caliente. Isidro los califica diciendo: “en la costa adquieren un tono de lánguida melancolía que llena el alma de deliciosa tristeza” (E. Ruiz 1923, 149).

En el capítulo IV de la Parte Cuarta, cuando Isidro llega al campamento del general Riva Palacio en la hacienda de la Florida en Zitácuaro, escucha a los soldados entonar los versos de *Adiós, mamá Carlota*, composición poética del mismo Riva Palacio cuando supo la noticia del embarque de la Emperatriz rumbo a París. Isidro Abad venía huyendo de una severa derrota en *Uñas de Gato*, en la que la división de Régules había quedado completamente deshecha. Isidro estaba muy preocupado por la suerte de Puruantzítiro a partir de entonces, mientras que el narrador estaba muy esperanzado porque creía que el fin de la guerra estaba próximo con la retirada de los franceses. Trata de contagiar este entusiasmo al protagonista, sin conseguirlo del todo.

Para concluir, la importancia de las canciones populares dentro de *Un idilio a través de la guerra* es tal que, gracias a que doña Tránsito estaba cantando una canción en su refugio en Mexicalcingo, Isidro logra reencontrarse con Florencia después de meses de éste buscaba afanosamente la muerte.

CAPÍTULO 3: DISCURSO POLÍTICO DE UN IDILIO A TRAVÉS DE LA GUERRA, DE EDUARDO RUIZ

3.1. Ideología y discurso

En 1980, Van Dijk afirmó que la ideología es un sistema cognitivo, una representación mental almacenada a largo plazo en la memoria que puede ser utilizada para actividades tales como la interpretación de acontecimientos y acciones, la comprensión de un discurso o la producción de (inter-) acciones. También es un sistema social porque es compartida por miembros de grupos amplios y culturas, y porque su conducta puede controlarse por dicha ideología. Las ideologías se adquieren y cambian dentro de contextos sociales, como la escuela, iglesia o partido político. Una ideología es un instrumento para interpretar el mundo, por un lado, y para actuar en el mundo, por otro (Van Dijk 1980, 37-38).

De acuerdo a Luis Giannetti (1993), el término “ideología” es generalmente asociado con política y plataformas de partido, pero también puede significar un escenario dado de valores que están implícitos en cualquier empresa humana, incluyendo la literatura. Virtualmente, toda obra artística nos presenta modelos a seguir, formas ideales de conducta, características negativas, y una moralidad implicada basada en el sentido del autor de lo correcto y lo erróneo. En resumen, cada texto tiene una inclinación, una perspectiva ideológica dada que privilegia ciertos personajes, instituciones, conductas y motivos como atractivos, y coloca un esquema opuesto como repelente (Giannetti 1993, 374).

Van Dijk señala que una ideología es una forma de auto-representación (y representación de los otros) que resume las creencias colectivas y los criterios de identificación de los miembros del grupo (Van Dijk 2011, 27).

Existe una tradición central que va de Hegel y Marx a Georg Lukács y otros pensadores marxistas posteriores que se ha interesado más por las ideas de conocimiento verdadero o falso, por la noción de ideología como ilusión, distorsión y mistificación; mientras que una tradición de pensamiento alternativa ha sido menos epistemológica que sociológica, y se ha interesado más por la función de las ideas dentro de la vida social que por su realidad o su irrealidad (Eagleton 1997, 21).

Las ideologías pueden implicar categorías abstractas de grupo, como por relaciones grupales o identidades, pero también objetivos colectivos, normas o valores. Por esta razón a menudo definen lo que es bueno o malo, correcto o incorrecto, pero las ideologías controlan también nuestras creencias sobre el mundo, como en el caso de las ideologías religiosas o científicas. Sin embargo, las ideologías sólo controlan el conocimiento a nivel general y global del grupo, mas no necesariamente el conocimiento personal (Van Dijk 2005, 296).

Van Dijk (2011) afirma que el uso del lenguaje y el discurso juega un papel fundamental en la forma de adquirir, aprender, expresar, reproducir o modificar las ideologías. Éstas se aprenden al leer o escuchar a otros miembros del grupo a los que el individuo pertenece, mirando la televisión, a través de la publicidad, periódicos, novelas o al participar en conversaciones diarias entre amigos y colegas, así como en discursos orales o escritos (Van Dijk 2011, 17).

Las ideologías, de algún modo, forman sistemas de creencias. Es probable que surjan de categorías convencionales que permiten que los actores sociales comprendan,

construyan, rechacen o modifiquen rápidamente una ideología. Si las ideologías fundamentan las creencias sociales de un grupo, la identidad y la identificación de los miembros de éste han de seguir un esquema más o menos fijo de categorías básicas, junto con normas de aplicación flexibles (Van Dijk 2011, 27).

Van Dijk (2011) distingue los diferentes tipos de creencias y la manera en que influyen las ideologías, que a continuación se resumen:

Memoria episódica. Son creencias personales y se fundamentan en las experiencias episódicas. Esta memoria es personal, autobiográfica y subjetiva. El Yo desempeña un papel central. Las ideologías influyen en las creencias de la memoria episódica.

Conocimiento sociocultural. Es básico para entender, hablar e interactuar con los demás, ya que aquí se encuentran los conocimientos sobre la mayor parte de los aspectos del mundo y de la vida cotidiana: idioma, objetos del entorno, instituciones de la sociedad, medios de comunicación, discurso educativo, etc. (Van Dijk 2011, 21-22).

Existe un cuerpo de conocimiento que sin cuestionar aceptan los miembros competentes de una cultura. Esto es el *fundamento común* de un grupo o cultura, son creencias que suelen expresarse cuando se las enseña o explica a gente que todavía no las conocen. De esto se infiere que el discurso presupone una gran cantidad de creencias (Van Dijk 2011, 22).

Las ideologías suelen generar diferencias de opinión, conflictos y luchas. En un grupo ideológico, sus miembros comparten más o menos la misma ideología; aunque existen subgrupos con variantes de la ideología general e individuos de un grupo que quizá tengan opiniones propias respecto a algunos temas en concreto (Van Dijk 2011, 23).

Van Dijk (1980) señala que una ideología no sólo consiste en conocimientos y creencias, sino también en opiniones y actitudes. Es un sistema de actitudes en el que el conocimiento, las creencias y las opiniones están organizadas (Van Dijk 1980, 38).

Las actitudes son sistemas complejos porque organizan varias clases de información cognitiva. Por ejemplo, una actitud (étnica) acerca de los “negros” puede contener creencias (los negros son holgazanes), opiniones (los negros deberían permanecer separados de los blancos) y conocimientos (los negros viven en guetos). Las actitudes son la energía para la formación de posibles acciones. Las normas también pueden pertenecer al sistema de actitudes (Van Dijk 1980, 41).

Las proposiciones son unidades de significado usualmente expresadas mediante una oración simple. Las creencias generales de las ideologías se representan mediante proposiciones (Van Dijk 2011, 25-26).

Los valores definen lo que está bien y lo que está mal, lo que está permitido o prohibido, así como los objetivos básicos por los que han de luchar los individuos, grupos y sociedades: la independencia, la igualdad, la libertad, la belleza o la paciencia. Los valores son válidos para la mayoría de los miembros competentes de la misma cultura. La interpretación de los valores de una manera específica, en función del grupo y de sus intereses, establece los pilares de las creencias ideológicas (Van Dijk 2011, 24-25).

Las opiniones son creencias en las que los componentes evaluativos juegan un papel, son cosas que descubrimos. Tenemos opiniones particulares y otras más generales. Las opiniones generales pueden, si son adoptadas por un grupo cultural, formar el sistema de *valores* de ese grupo. En el momento en que las opiniones o valores generales estén relacionados a la acción humana se habla de *normas* (Van Dijk 1980, 40).

Las actitudes están relacionadas unas con otras entre sí. Esto es posible cuando las proposiciones de un sistema y las de otro son instancias particulares de *proposiciones de un nivel más alto*. Este nivel más alto de proposiciones puede, por ejemplo, definir un punto de vista más ‘liberal’ o uno ‘conservador’ en el que podría estar ausente o presente un aspecto paternalista o autoritario. Es tarea de una teoría de la ideología, formular este nivel más alto de proposiciones (de una época particular, periodo, cultura o grupo), mientras que en el análisis de una ideología particular se debería especificar qué actitudes (y por lo tanto, cuál componente de conocimientos, creencias y opiniones) están dominadas por estas proposiciones más generales (Van Dijk 1980, 42).

No existen actitudes o ideologías estables. La gente tiende a construir las opiniones sobre la marcha, para cada contexto y al comunicarse con otras personas. Por lo tanto, no se debe postular cogniciones sociales generales y abstractas (Van Dijk 2011, 34).

Los modelos mentales muestran fragmentos de ideologías compartidas socialmente, lo que explica la capacidad de categorizar e identificar ideológicamente a los actores o a los interlocutores como progresistas o conservadores, feministas o antifeministas, racistas o antirracistas, etcétera (Van Dijk 2011, 34-35).

Los modelos generalmente tienen mucha más información que los discursos. Los discursos sólo expresan unos cuantos significados (proposiciones) y de los cuales se podría presuponer mucha más información. Los emisores y receptores de una cultura comparten el mismo fundamento común mientras construyen y comprenden el discurso (Van Dijk 2011, 35-36).

Los modelos no siempre son personales, privados y limitados a los encuentros cara a cara, también pueden ser públicos, que corresponde al tipo de acontecimientos que difunden los medios de comunicación (Van Dijk 2011, 36).

Para Van Dijk (2005), el conocimiento es fundamental para la producción y la comprensión del discurso; este conocimiento puede estar sesgado ideológicamente, y así debe poder observarse en el discurso (Van Dijk 2005, 299).

Existe un tipo de conocimiento presupuesto llamado *conocimiento público* sobre sucesos específicos. Dada la seriedad de los sucesos (definidos en términos de sus consecuencias, como por ejemplo el número de muertes y la guerra subsiguiente así como los cambios fundamentales en el país donde ocurrió como en el mundo) y la difusión de información sobre ellos, es también el tipo de suceso que define al *conocimiento histórico*. El conocimiento sobre el suceso será generalmente dado por sabido dentro de los discursos de la misma cultura, y probablemente en muchas otras culturas. Los editoriales y artículos de opinión presuponen al menos parcialmente el conocimiento de los sucesos que están tratando, y cuando no es así, los sucesos relevantes se resumen al comienzo (Van Dijk 2005, 300).

Ese conocimiento es también parte del fragmento de modelos de contexto compartidos por el autor y el público. Los sucesos están prominentemente presentes en la memoria episódica de la mayoría de los lectores y constituyen parte del contexto (Van Dijk 2005, 300)

Este tipo de conocimiento es específico, público, histórico, fáctico y seguro, y presupuesto como compartido por virtualmente todos los lectores. Sean cuales sean las diferencias ideológicas en la interpretación o evaluación de los sucesos, no hay duda de que éstos tuvieron lugar. La representación mental compartida de este suceso constituye la 'base común histórica' que al menos durante un largo periodo podrá ser dada por sabida en todos los discursos futuros de la misma cultura (Van Dijk 2005, 301).

No sólo los límites entre conocimiento e ideologías son borrosos, también lo son los que separan la información presupuesta y la afirmada. Para entender un texto ideológico, los lectores necesitan vastas cantidades de diferentes tipos de conocimiento, incluido el conocimiento histórico sobre la política exterior del país. Por otra parte, demasiado conocimiento de este tipo puede ser contraproducente, al menos desde la perspectiva del autor, pues puede producir inferencias inconsistentes con lo que él está afirmando o queriendo dar a entender. El conocimiento histórico no está libre de aspectos ideológicos nacionalistas (Van Dijk 2005, 304-305).

Link define discurso como: “un concepto de habla que se encontrará institucionalmente consolidado en la medida en que determine y consolide la acción y, de este modo sirva para ejercer el poder”. Los discursos son un factor de poder porque son capaces de inducir comportamientos y de generar (otros) discursos. De este modo, contribuyen a la estructuración de las relaciones de poder en una sociedad. Por eso Jäger considera al discurso como “el fluir del conocimiento –y de todo conocimiento societal acumulado– a lo largo de toda la historia”. Al operar como un “fluir de conocimiento”, el discurso crea las condiciones para la formación de sujetos y la estructuración y configuración de las sociedades (Jäger 2003, 63, 65, 68).

El texto discursivo es la unidad básica de la comunicación, ya que el discurso, en su conjunto, es una unidad que se regula y es creadora de conciencia, evoluciona y se vuelve independiente como consecuencia de procesos históricos. Jäger observa que los discursos “transmiten más conocimiento del que los sujetos individuales son capaces de percibir”. El ACD toma en cuenta, de modo muy concreto, los discursos institucionales, políticos, de género y mediáticos que dan testimonio de la existencia de unas más o menos abiertas relaciones de lucha y conflicto (Jäger 2003, 65, 67, Wodak 2003, 18).

De acuerdo a Siegfried Jäger, los discursos (dominantes) pueden ser criticados y concebidos como objetos problemáticos. Esto se realiza a través de su análisis y de la revelación de sus contradicciones, de sus elementos no expresados, y del espectro de lo que, desde ellos, es posible decir y hacer, así como por medio de la exposición de los medios con los que ha de lograrse la aceptación de verdades asumidas, presentadas como racionales, sensatas y fuera de toda duda, cuya validez es meramente temporal (Jäger 2003, 63).

Sin embargo, pese a lo anterior, advierte Jäger que un discurso no puede ser reducido a una mera visión distorsionada de la realidad o a una ideología necesariamente falsa –como frecuentemente se hace desde el concepto de crítica ideológica adscrita al enfoque del marxismo ortodoxo–. De hecho, un discurso representa una realidad propia que, relacionada con la realidad, no es en modo alguno un cúmulo de distorsiones y mentiras, sino que posee una realidad material propia, además de nutrirse de discursos pasados, así como de (otros) discursos coetáneos (Jäger 2003, 66).

La característica más destacada de la definición de un discurso, para Wodak, es el macrotema. Cada macrotema permite la existencia de muchos subtemas: de este modo, desempleo abarca subtemas como los de mercado, sindicatos, bienestar social, mercado global, políticas de contratación y despido y muchos más. Los discursos son híbridos y abiertos, y no se trata en modo alguno de sistemas cerrados. Es posible crear nuevos subtemas, y la intertextualidad y la interdiscursividad permiten nuevos ámbitos de acción (Wodak, El enfoque histórico del discurso 2003, 105).

Son tres los conceptos que han de figurar en todo Análisis Crítico del Discurso: el concepto de poder, el concepto de historia y el concepto de ideología.

El lenguaje es ideológico, los discursos son ideológicos y no hay arbitrariedad de signos. Para el ACD, la ideología representa un importante aspecto del establecimiento y la conservación de relaciones desiguales de poder. El estudio de la ideología es, para Thompson, el estudio de las formas en que se construye y se trasmite el significado mediante formas simbólicas de diversos tipos. Este tipo de estudio también investiga los contextos sociales en cuyo interior se emplean y se despliegan las formas simbólicas (Wodak 2003, 19, 30).

Todo discurso es un objeto históricamente producido e interpretado que se sitúa en el tiempo y en el espacio, por lo tanto, sólo puede entenderse por referencia al contexto (cultura, sociedad, ideología, elementos sociopsicológicos, políticos) en el que una práctica discursiva ejerce el poder, razón por la que se necesita un procedimiento interdisciplinar de estudio. Las estructuras de dominancia están legitimadas por las ideologías de grupos poderosos. El enfoque del ACD permite analizar las presiones provenientes de arriba y las posibilidades de resistencia a las desiguales relaciones de poder que aparecen en forma de convenciones sociales. Según este punto de vista, las estructuras dominantes estabilizan las convenciones de poder y las convierten en algo natural, es decir, los efectos del poder y de la ideología en la producción de sentido quedan oscurecidos y adquieren formas estables y naturales. El ACD analiza las relaciones con otros textos (Wodak 2003, 20, 30, Meyer 2003, 37, Jäger 2003, 64).

Uno de los objetivos del ACD consiste en desmitificar los discursos mediante el descifrado de las ideologías. Los textos son con frecuencia arenas de combate que muestran las huellas de los discursos y de las ideologías encontradas que contendieron y pugnaron por el predominio (Wodak 2003, 31).

El ACD no sólo atiende a la noción relacionada con las luchas de poder y el control, sino que también presta una detallada atención a la intertextualidad y a la recontextualización de los discursos que compiten (Wodak 2003, 31).

3.2. Contexto histórico – político: liberales contra conservadores (1821-1867)

Eduardo Ruiz Álvarez (1839-1902) vivió los primeros veintiocho años de su existencia en un México asolado por guerras constantes que costaron la vida de millones de mexicanos, provocaron rezago educativo, económico y cultural, endeudamiento con potencias extranjeras y con el alto clero, pérdida de territorio, parálisis de las actividades económicas, inestabilidad política traducida en treinta y cuatro gobiernos de 1824 a 1867, anarquía manifiesta en los pronunciamientos militares, golpes de Estado constantes, y lucha ideológica entre conservadores y liberales (Bolívar Meza 2004, 135, Hidalgo 1868, 5).

De acuerdo a Érika Pani (2009), en México se enfrentaron dos proyectos políticos desde 1810: el liberal, popular, federalista, republicano, secular, progresista, pro yanqui, judeo-masónico, revolucionario, de izquierda y bueno. El otro, conservador, elitista, centralista, monárquico, clerical, retrógrado, tradicionalista, hispanista, reaccionario, de derecha y malo (Pani 2009, 18).

Sin embargo, no fue sino hasta 1848 que, como señala Gregorio Torres Quintero, los grupos centralistas y federalistas ya habían definido sus ideas y principios, y comenzaron a autodenominarse *conservadores* y *liberales*. Había un tercer partido, los *moderados*, quienes, buscando un término medio, se inclinaban más bien hacia los conservadores (Torres Quintero 1910, 127).

3.2.1. PARTIDO CONSERVADOR

Los conservadores mexicanos eran herederos de las logias escocesas, centralistas y anti reformistas. Nutrían sus filas con españoles peninsulares, criollos simpatizantes de la Iglesia, miembros del alto clero, altos jefes militares, poderosos terratenientes y comerciantes. Pugnaban por un sistema de privilegios, con jerarquías sociales, un poder centralizado, monárquico en el mejor de los casos, una división territorial en departamentos, no en Estados, estaban a favor de las juntas departamentales, una sociedad corporativa e instituciones fuertes, principalmente la Iglesia y el Ejército, defendían el dogma católico y su influencia en la educación. Fueron la prolongación de los grupos dominantes de la última etapa de la Colonia que no lograron mantenerse en el poder de manera definitiva después de la contrarrevolución independentista (Silva 2007, Bolívar Meza 2004, 138).

En su libro *Apuntes para escribir la historia de los proyectos de monarquía en México desde el reinado de Carlos III hasta la instalación del Emperador Maximiliano*, José Manuel Hidalgo (1868) se muestra a favor de la monarquía y el conservadurismo con los siguientes argumentos:

No vemos, pues, por qué lo que se ha aplaudido en Europa ha de vituperarse en México, país gobernado más de cuatro siglos por la monarquía más absoluta que han conocido los tiempos modernos; autoridad paternal, es verdad, pero que había establecido la obediencia pasiva, ya en el orden político, ya en el religioso, arraigando en aquellas regiones todos los elementos que constituyen una sociedad monárquica, con cuyas tradiciones no pueden romperse en un día para proclamar una libertad completa, no conocida ni preparada, sin caer en los desaciertos y descomposición en que ha caído aquella hermosa parte del Nuevo Mundo (Hidalgo 1868, XVI).

La esencia del conservadurismo a nivel global es, de acuerdo a Soberanes Fernández, en esencia, contrarrevolucionario. Nace como una reacción a la Revolución Francesa y al “espíritu del siglo” —la Ilustración, concebida como escepticismo ante las tradiciones, sospecha del *status quo* y rompimiento con el orden, lo estable y lo permanente—, y se renueva con cada revolución violenta y radical posterior. El conservadurismo puede desencadenar revoluciones para oponerse a cambios violentos o acelerados y luchar contra ellos (Soberanes Fernández 2012, 72).

El pensamiento conservador mexicano estuvo influenciado por Edmund Burke (1729-1797), uno de los críticos más eminentes de la Revolución Francesa, y la democracia impuesta por Rousseau (Meza 1996, 10). Soberanes Fernández observa que el conservadurismo de Agustín de Iturbide, Lucas Alamán y Sánchez de Tagle constituye más un liberalismo moderado que un conservadurismo radical. Ellos estaban en contra del poder absoluto y en pro de los incipientes derechos humanos; no propugnaba por un inmovilismo político, sino que aceptaba que las sociedades enfrentan nuevos retos y deben cambiar y adaptarse. Querían transformar gradualmente a la sociedad, en continuidad con el pasado y resolviendo problemas concretos sin depender de complicados y abstractos esquemas teóricos (Soberanes Fernández 2012, 75).

Lucas Alamán, fundador del Partido Conservador en 1849, identificó a la nación mexicana con la herencia hispánica (lengua, costumbres, leyes, habitantes) y se mostró partidario de que en nuestro país pervivieran las tradiciones políticas, económicas y culturales provenientes de la época colonial. No obstante, estaba convencido de la industrialización y el progreso económico. Elogió el papel que la Iglesia Católica desempeñó en la sociedad colonial, pensando que esta institución era el centro alrededor del cual se debía construir la vida individual y social. Criticaba la ignorancia del pueblo, su

poca instrucción en el fondo de la religión, haciendo diversión de las funciones religiosas cuando éstas debían ser espirituales. Su proyecto modernizador consistía en reanudar la minería, misma que impactaría en la capacidad de consumo de la población, reactivándose enseguida la manufactura e industrias locales. Esto se lograría impidiendo la entrada libre de importaciones mediante un estricto control aduanal y el fortalecimiento del Estado central que hiciera posible dicho control (Meza 1996, 12, Gutiérrez Grageda 2003, 63, Mijangos 2004, 65-70).

En la carta que Lucas Alamán escribió al general Antonio López de Santa Anna el 23 de marzo de 1853 para ofrecerle el gobierno de México, pone de manifiesto las aspiraciones de gobierno de los conservadores mexicanos en aquel momento:

Es el primero conservar la religión católica porque creemos en ella, y porque aun cuando no la tuviéramos por divina, la consideramos como el único lazo que liga a todos los mexicanos, cuando todos los demás han sido rotos, y como lo único capaz de sostener a la raza hispano-americana, y que puede librarla de los grandes peligros a los que está expuesta. Entendemos también que es menester sostener el culto con esplendor y los bienes eclesiásticos, y arreglar todo lo relativo a la administración eclesiástica con el Papa; pero no es cierto, como han dicho algunos periódicos para desacreditarnos, que queremos inquisición o persecuciones, aunque sí nos parece que se debe impedir por la autoridad pública la circulación de obras impías e inmorales.

Deseamos que el gobierno tenga la fuerza necesaria para cumplir con sus deberes, aunque sujeto a principios y responsabilidades que eviten los abusos, y que esta responsabilidad pueda hacerse efectiva y no quede ilusoria.

Estamos decididos contra la federación; contra el sistema representativo por el orden de elecciones que se ha seguido hasta ahora; contra los ayuntamientos electivos y contra todo lo que se llama elección popular, mientras no descansen sobre otras bases.

Creemos necesaria una nueva división territorial que confunda enteramente y haga olvidar la actual forma de Estados y facilite la buena administración, siendo éste el medio más eficaz para que la federación no retoñe.

Pensamos que debe haber una fuerza armada, en número competente para las necesidades del país, siendo una de las más esenciales la persecución de los indios bárbaros, y la seguridad de los caminos; pero esta fuerza debe ser proporcionada a los medios que haya para sostenerla, organizando otra mucho más numerosa de reserva como las antiguas milicias provinciales, que poco o nada costaban en tiempo de paz, y se tenían prontas para caso de guerra.

Parécenos indispensable que se reprima el cohecho y el soborno en todas las operaciones del gobierno, que ha llegado al grado de poner en ridículo a las autoridades supremas a la vista de toda la Europa y América.

Estamos persuadidos que nada de esto lo puede hacer un congreso, y quisiéramos que vd. lo hiciese, ayudado por consejos, poco numerosos, que preparasen los trabajos (Anónimo 1855, 41-42, Parra 1906, 2).

No obstante, Lucas Alamán murió menos de dos meses después de haber escrito esta carta y el gobierno de Santa Anna degeneró en despotismo, ambición y crueldad. De acuerdo con Raúl Figueroa Esquer (2012), durante los gobiernos de Juan Álvarez e Ignacio Comonfort, los conservadores carecieron de un programa político propositivo y se enfocaron en llevar la contraria a todas las leyes liberales (Figueroa Esquer 2012, 26).

En la primera mitad de septiembre de 1861, una comisión de miembros del partido conservador, integrada por José Manuel Hidalgo, Juan Nepomuceno Almonte y José María Gutiérrez de Estrada, sostuvieron encuentros en París con Napoleón III para el establecimiento de la monarquía en México (Rivera 1904).

José María Hidalgo justifica el propósito de su actuar diciendo:

“Queríamos establecer un gobierno fuerte y de progreso, que aplicase una libertad ilustrada, no esa democracia, como la calificaba el venezolano Sr. Baralt, agresiva y callejera, díscola y perseguidora, que mata en vez de vivificar, que trastorna sin fruto los fundamentos de la sociedad, que cifra la libertad en la tiranía de las turbas, y la igualdad en el reinado de la anarquía” (Hidalgo 1868, XXI).

Al respecto de estas agencias en París y el surgimiento de la candidatura de Maximiliano para ocupar el trono de México, José María Hidalgo señala:

Lo más natural, lo más cuerdo, lo más acertado, era volver la vista atrás y recordar el Plan de Iguala proclamado por Iturbide, en que se llamaba al trono de México, entre otros, a un Archiduque de la Casa de Austria; y los pasos que otra vez había dado en Viena el Sr. Gutiérrez [en 1840] con el mismo objeto. El nombre del Archiduque Maximiliano se presentaba naturalmente en esta coyuntura, atento a que se había adquirido cierta popularidad en Europa por sus ideas de progreso y por sus tendencias durante el tiempo que gobernó la Lombardía y la Venecia. Todo lo que S.A.I. y R. [Su Alteza Imperial y Real] se sabía, nos llevaba a creerlo el más a propósito para la regeneración de un país trastornado

por cuarenta años de una sangrienta anarquía. [...] el emperador Napoleón no sólo no se oponía a ese candidato, sino que reconocía las grandes cualidades que en él resplandecían, y no ocultaba las simpatías que le profesaba (Hidalgo 1868, 45-46).

Sin embargo, siendo Maximiliano Emperador de México, en vez de entregarse a los conservadores, ratificó las medidas liberales de Forey y se rodeó de un concejo de hombres jóvenes y moderados. Su intención era gobernar según el sistema civilizado que reconoce y concilia el interés de los partidos más opuestos (León 1902, Schlarman 1976). Según Vasconcelos, Maximiliano comprendía que no iba a fundar una dinastía exótica en América, sino a servir de puente para la creación de un gobierno nacional, una Monarquía Democrática (Vasconcelos 1978). Esto, aunado a otras medidas, lo hicieron impopular entre los conservadores.

3.2.2. PARTIDO LIBERAL

El liberalismo en México se remonta a décadas previas a la independencia, con España y el sistema virreinal en crisis. La penetración de ideas políticas ilustradas a la Nueva España cambió la orientación de la monarquía. En la segunda mitad del siglo XVIII, el despotismo ilustrado de los reyes Borbones introdujo algunas reformas que afectaron de manera significativa el gobierno colonial, por ejemplo, la centralización del poder, la descentralización de la administración, la reestructuración de la hacienda pública y la formación de monopolios reales, el establecimiento del sistema de intendencias, la creación de la Comandancia de Provincias Internas y la concesión del comercio libre. Estas reformas otorgaron beneficios a la colonia y debilitaron el poder del Virrey. Este fue el primer paso hacia el liberalismo (Moreno Garavilla 2010, 324-326, Gutiérrez Grageda 2003, 59).

Fue liberal la ideología que abanderó Miguel Hidalgo y Costilla al iniciar la guerra de independencia y su deseo de abolir la esclavitud. Estos ideales continuaron en los elementos constitucionales de Ignacio López Rayón y los *Sentimientos de la Nación* o los veintitrés puntos dados para la Constitución, de José María Morelos y Pavón. La Constitución de Cádiz, promulgada en 1812 durante las guerras napoleónicas en España, fue un código de corte liberal que sumó al sentimiento de libertad y lucha por condiciones igualitarias. Estos hechos sentaron importantes precedentes para la formulación de la Constitución de Apatzingán, promulgada el 22 de octubre de 1814. Esta Constitución marcó las bases de la nación mexicana: soberanía popular, división de poderes, elecciones democráticas de los diputados, apertura del Congreso, forma de gobierno republicana y la declaración de absoluta independencia de España y cualquier otro país. La guerra de independencia fue una revolución popular de inclinación liberal, sin embargo, fue

concluida por los centralistas, monarquistas y conservadores (Moreno Garavilla 2010, 326, Hutchinson 1983, 25).

De acuerdo con Charles A. Hale, el liberalismo mexicano se formula de 1821 a 1840, se expresa en la Constitución de 1857 y las Leyes de Reforma de 1859, pero después de 1867 dejó de ser una ideología en lucha contra otras y se convirtió en un mito político unificador (Vargas Lozano 2014, 1).

Hutchinson apunta que en la historia del liberalismo en México hay dos fases superpuestas: la primera es destructiva, encaminada a la liquidación de las ataduras políticas, sociales y económicas del antiguo régimen, y la segunda está dedicada a la construcción de un nuevo orden social en el cual estuviesen preservados los derechos del hombre (Hutchinson 1983, 25).

El primer intento de Reforma política que hubo en el México independiente lo encabezaron Valentín Gómez Farías, presidente interino de México, y José María Luis Mora, su consejero e ideólogo. El modelo liberal del primer tercio del siglo XIX fue expuesto por Mora en el *Programa de los principios políticos que en México ha profesado el partido del progreso, y de la manera con que una sección de este partido pretendió hacerlos valer en la administración de 1833 a 1834*.

Mora resumió en ocho puntos las ideas esenciales que integraban dicho modelo:

1. Libertad absoluta de opiniones, supresión de las leyes represivas de la prensa.
2. Abolición de los privilegios del clero y la milicia.
3. Supresión de las libertades monásticas, y de todas las leyes que atribuyen al clero el conocimiento de negocios civiles como el contrato de matrimonio.
4. Reconocimiento, clasificación y consolidación de la deuda pública, designación de fondos para pagar su renta, y de hipotecas para amortizarla más adelante.

5. Medidas para detener y reparar la bancarrota de la propiedad territorial, para aumentar el número de propietarios territoriales, fomentar la circulación de este ramo de la riqueza pública y adelantar a las clases indigentes, sin ofender ni tocar en nada al derecho de los particulares.
6. Mejora del estado moral de las clases populares, por la destrucción del monopolio del clero en la educación pública, por la difusión de los medios de aprender, y la inculcación de los deberes sociales, por la formación de museos, conservatorios de artes y bibliotecas públicas, y por la creación de establecimientos de enseñanza para la literatura clásica, ciencias y moral.
7. Abolición de la pena capital para todos los delitos públicos, y aquellos que no tuviesen el carácter de un asesinato de hecho pensado.
8. Garantía de la integridad del territorio por la creación de colonias que tuviesen por base el idioma, usos y costumbres mexicanas (Labastida 2010, 293-294).

Además de los ocho ejes políticos de Mora, los puntos culminantes en el programa de Valentín Gómez Farías fueron cuatro:

- a) La supresión de los privilegios y la omnipotencia del clero se realizó con las siguientes medidas:
 - i. Separación de la Iglesia y el Estado
 - ii. Derecho del gobierno de asignar a las iglesias los gastos de su culto.
 - iii. Reconocimiento, a favor del Estado, del derecho del Patronato, que consistía en la potestad declarada del poder civil sobre el eclesiástico en algunos aspectos de la vida administrativa del Clero.
 - iv. Abolición de la obligación civil para el pago de diezmos y establecimiento de un sistema de libre arbitrio en la contribución económica de los creyentes.

- v. Libertad absoluta para que los frailes y monjas pudieran abandonar sus congregaciones cuando lo desearan, sin sufrir represalias de carácter civil.
 - vi. Provisión de los curatos por el gobierno.
 - vii. Reintegración a la autoridad civil de las funciones que le habían sido arrebatadas por la Iglesia.
- b) El arreglo definitivo de la deuda pública con base en la ocupación de los bienes de la Iglesia.
- c) La reforma educativa, encaminada a aniquilar el monopolio educativo del Clero y poner la instrucción pública en manos del Estado y bajo una moderna orientación. Fueron abolidos los castigos corporales y la costumbre de asistir obligatoriamente a todas las funciones religiosas. Se suprimió la Real y Pontificia Universidad, siendo sustituida por la Dirección de Instrucción Pública. Se establecieron seis escuelas: estudios preparatorios, estudios ideológicos y humanidades, estudios físico-matemáticos, estudios médicos, estudios de jurisprudencia, y estudios sagrados. Se establecieron escuelas primarias oficiales para niños y adultos, esto supuso una revolución científica que respondía a las aspiraciones culturales de la clase media progresista, no sólo académica, ya que abría el campo de las profesiones liberales.
- d) El Ejército quedó reducido, en su número, hasta el mínimo, y en lugar de sus onerosos contingentes surgían las fuerzas de ciudadanos armados que tenían a su cargo la función esporádica de defender la estabilidad de las instituciones, nulificando así el papel del ejército como instrumento de opresión y anarquía (Fuentes Díaz 1981, 99-112).

Gómez Farías contó con el apoyo unánime del Congreso, pero los decretos de reforma presagiaban tan claramente la separación de la Iglesia y el Estado, que el pánico se

difundió entre los conservadores, provocando agitación en todo el país. Los brotes de la rebelión promovida por el alto Clero, el ejército y las clases acomodadas, obligaron a Santa Anna a salir de su retiro para reprimirlos, pero los pronunciamientos continuaron hasta que Gómez Farías fue expulsado del gobierno el 24 de abril de 1834. Santa Anna retomó la presidencia, derogó las reformas y sobrecargó su gobierno de medidas represivas que desencadenaron levantamientos en varios territorios del país; el más grave fue la guerra de independencia de Texas (Roeder 1972, 83, 91, Torres Quintero 1910, 101).

A partir de octubre de 1855, con el triunfo del Plan de Ayutla y la desaparición de Santa Anna de la vida política del país, se facilitó el acceso al poder de los políticos liberales. El Gral. Juan Álvarez tomó posesión de la presidencia interina de México y de inmediato convocó un Congreso Constituyente. Asimismo, se promulgó la *Ley Juárez*, que establecía la supresión de fueros que tanto el clero como el ejército tenían para que sus individuos fueran juzgados por los mismos tribunales que el resto de los mexicanos (Ruiz, et al. 1972).

El general Álvarez renunció a la presidencia, dejando como sustituto al Gral. Ignacio Comonfort, cuya administración se extendió del 11 de diciembre de 1855 al 21 de enero de 1858 (González Obregón, D. Juan Álvarez 1890).

El gobierno de Comonfort continuó aplicando diversas leyes en contra del poder y privilegios del clero: El 28 de diciembre de 1855 entró en vigor la *Ley Lafragua*, la cual reguló la libertad de prensa y expresión, eliminándose la censura impuesta en la dictadura de Santa Anna. El 5 de junio de 1856 se decretó la extinción de la Compañía de Jesús. El 25 de junio, Miguel Lerdo de Tejada (Ministro de Hacienda) formuló la Ley de Desamortización de Bienes Eclesiásticos, la cual postuló que el clero no podía poseer

bienes raíces, como las fincas rústicas y urbanas. Con esto quedaron destruidas fundaciones privadas, colegios, universidades y hospitales.

Ignacio Manuel Altamirano (1882) señala que la Ley de Desamortización de Bienes Eclesiásticos fue la causa de que se desencadenara más furiosa que nunca la guerra civil fomentada por el clero. Sin embargo, hubo liberales que tacharon esta medida de débil todavía, creyendo que habría sido mejor expedir la Ley de Nacionalización. Pero Comonfort, fiel al programa del partido moderado al que pertenecía, repugnaba estos golpes definitivos y creyó conseguir con esto la paz y el desarme de sus enemigos (Altamirano 2006, 84-85).

El 15 de septiembre de 1856 se descubrió una conspiración en el Convento de San Francisco de la Ciudad de México. Dos días después se decretó la extinción de dicha orden y que se abriera una calle que pasara por el espacio que ocupaba ese edificio. La República gozó de paz durante algunos meses (León 1902).

El Congreso Constituyente, convocado por los revolucionarios de Ayutla, mantuvo debates del 14 de febrero de 1856 al 5 de febrero de 1857, fecha en que se juró la nueva Constitución en un acto encabezado por el presidente del Congreso, Valentín Gómez Farías. El Congreso estuvo compuesto en su mayoría por liberales "puros" e intelectuales distinguidos. El presidente Comonfort juró esta constitución y la promulgó solemnemente el 12 de febrero de 1857 (Prieto 1890, Vázquez 2005).

En lo fundamental se apegó a la de 1824: federalismo de Estado, forma democrática y republicana de gobierno. Dividió el ejercicio del supremo poder de la Federación en Legislativo (dividido en dos cámaras), Ejecutivo (un presidente nombrado popularmente cada cuatro años) y Judicial (desempeñado por la Suprema Corte de justicia y los tribunales de Circuito y Distrito). Proclamó la libertad y soberanía de los Estados en su representación

interior, y estableció la responsabilidad de los funcionarios públicos, y los requisitos para reformar o adicionar la Constitución. Estableció la libertad como derecho del hombre, el ejercicio de la enseñanza y el de las profesiones e industrias, la libertad de imprenta y de palabra, el derecho de petición, asociación, portación de armas, supresión de pasaportes, de títulos de nobleza. Prohibió las leyes privativas y retroactivas, los tribunales especiales, la prisión por deudas, la pena de muerte para los delitos políticos, la mutilación e infamia, el tormento, los azotes, los palos, la confiscación de bienes; consagró la inviolabilidad del domicilio, y el derecho de defensa para los acusados. Innovó en cuanto a la supresión del vicepresidente y la ampliación del capítulo de las garantías y libertades individuales (expresión, asociación, trabajo, enseñanza, etcétera), eliminación del Senado, ampliación de las facultades de la Cámara de Diputados hasta casi delinear un régimen parlamentario, acotación del Poder Ejecutivo, elección popular de los ministros de la Suprema Corte de Justicia, y desaparición de las alcabalas. El Artículo 123 dejaba opcional la intervención del gobierno en actos del culto público y disciplina eclesiástica (González, El Periodo Formativo 2001, Krauze 2010, Prieto 1890, 784-786).

La Constitución fue recibida con cierto entusiasmo por parte de los liberales, a pesar de haberse omitido el tema religioso, condición impuesta por los moderados que integraban el Congreso. Los conservadores se negaron a reconocerla por impía. De igual manera, el clero y el antiguo ejército se opusieron a dicho código por herético, al no establecer la intolerancia religiosa, y porque vulneraba sus privilegios. Los obispos promovieron excomuniones contra los que hubieran jurado la Constitución o se hubieran adjudicado o comprado fincas, así como no administrarles los sacramentos ni darles sagrada sepultura. Hubo revueltas en Tunasblancas, San Luis Potosí, el Distrito Federal, Guadalajara,

Chalchicomula, Puebla y Tepic; todas fueron sofocadas y los reos indultados (Casasola 1967, León 1902, Payno 1860).

El 11 de abril de 1857, se promulgó la Ley Iglesias, la cual pretendía, en palabras de su propio autor (José María Iglesias): "libertar a los pobres del pago de los derechos parroquiales que se les han cobrado hasta aquí, por sus nacimientos, matrimonios y entierros" (Iglesias 1987, 20).

Como Ministro de Justicia e Instrucción Pública, José María Iglesias también se encargó de expedir la ley de sucesiones por testamento y *ab intestato*, y la de procedimientos judiciales en los tribunales y juzgados del Distrito y Territorios. Esta nueva legislación introdujo reformas importantes en sucesiones, especialmente respecto de los derechos de los cónyuges, y de los hijos naturales y espurios. También se expidió la Ley sobre procedimientos judiciales, la cual mejoró la administración de justicia en el país (Iglesias 1987).

El 1 de diciembre de 1857, Comonfort fue ratificado en su cargo de Presidente Constitucional y tomó posesión el 10 de diciembre. El 30, Comonfort debía jurar la nueva Constitución, pero convencido de que no podría gobernar con ella por considerarla impracticable, decidió desconocerla (secundado por Manuel Payno - Ministro de Hacienda, Juan José Baz - Gobernador del Distrito Federal, y Félix Zuloaga - Jefe de Estado, de ideología conservadora) mediante el Plan de Tacubaya (Henestrosa 1985).

Los miembros del plan enviaron cartas a los gobernadores, a quienes se les anunció la voluntad de cambiar de política. Pocos Estados respondieron. Los liberales radicales, encabezados por Benito Juárez, Manuel Doblado y Santos Degollado, se opusieron. Tres o cuatro días fueron de dudas y vacilación de parte de Comonfort, finalmente decidió echar a andar el plan de Tacubaya, al cual se adhirió el 19 de diciembre. Los liberales radicales

rompieron decididamente con el gobierno al día siguiente. Benito Juárez, presidente de la Suprema Corte de Justicia, e Isidoro Olvera, Presidente del Congreso, fueron arrestados por el general Zuloaga. Varios miembros del gabinete renunciaron a sus cargos. El 27 de diciembre, Comonfort pidió al Congreso que le permitiera hacer algunas reformas a la Constitución y se le otorgaran facultades para modificar algunas leyes existentes. El Congreso y varios gobernadores desconocieron al presidente. El 30 de diciembre, Comonfort terminó desconociendo su propio plan cuando recibió un telegrama que Veracruz no lo apoyaría en su lucha y resolvió renunciar al cargo.

El 11 de enero, Comonfort ordenó la libertad de Benito Juárez, quien estaba encarcelado en La Ciudadela, y otros presos políticos. Se acordó que él se haría cargo de la presidencia interina de la República, como único medio de pacificación. Recién se firmó este pacto, Manuel Payno renunció al Ministerio de Hacienda. Miguel Miramón y Luis G. Osollo, se posesionaron de la Ciudad de México el 13 de enero con violencia, siguiendo con el Plan de Tacubaya, pero eliminando del mando a Comonfort. En medio de las hostilidades, se pactó un armisticio de cuarenta y ocho horas. Sin renunciar, Comonfort abandonó la capital el 17 de enero. La mañana del 19, hubo una lluvia de balas en la Ciudad de México, Miramón y Osollo tomaron la Acordada y el Hospicio. Al día siguiente, Comonfort oficializó su renuncia (Payno 1860, Alvear Acevedo 1995, Rivera 1904).

México contaba con dos mandatarios: Benito Juárez, por un artículo constitucional que establecía que él, en calidad de titular de la Suprema Corte de Justicia, debía hacerse cargo de manera interina de la presidencia de la República; y Félix Zuloaga, elevado a consecuencia de un pronunciamiento. Como resultado, estalló una guerra de tres años entre liberales y conservadores. De acuerdo a Torres Quintero (1910), ésta fue una guerra que dividió profundamente a los mexicanos, incluso a las familias, los padres, los hijos y los

hermanos peleaban en un bando o en el otro. Hasta las mujeres se exaltaban y tomaban partido. Se simbolizó con el color rojo a los liberales y con el verde a los conservadores. Hubo varios nombres para designar a los bandos: a los liberales se les denominó *puros*, *hacheros* y *chinacos*; a los conservadores o aristócratas, *mochos*, *retrógrados*, *cangrejos*, *reaccionarios* y *clericales*. Los conservadores dieron un carácter religioso a la guerra, pues los jefes y los soldados ostentaban en el pecho cruces, rosarios y estampas de santos; y cada que entraban a una población recibían felicitaciones del clero y las señoras por haber vencido a los chinacos; se celebraban eucaristías en su loor y se hacían procesiones de las imágenes más notables del lugar (Torres Quintero 1910, 150-151).

Después de haber estado en peligro de muerte y haber tenido que escapar hacia Panamá, La Habana y Nueva Orleáns, Benito Juárez estableció la sede de su gobierno en Veracruz el 4 de mayo de 1858, bajo la protección del gobernador Manuel Gutiérrez Zamora (Casasola 1967, Ríos y González Mier, 1890).

Los bienes del clero estaban divididos en dos categorías, de acuerdo a Payno: capitales impuestos sobre fincas rústicas y urbanas, y propiedad raíz, en su mayor parte urbana. Convencido Juárez de que los bienes del clero sólo servían para fomentar las revueltas de los conservadores, se propuso despojarlos de ellos y consumir la separación Iglesia-Estado, desconociendo su personalidad jurídica. El 25 de julio de 1859, Juárez promulgó las Leyes de Reforma (redactadas por Melchor Ocampo) en el Estado de Veracruz, que establecieron la nacionalización de los bienes de la Iglesia (propiedades valuadas en cien millones de pesos de aquella época, se calcula que cuarenta mil cambiaron de dueño), supresión de órdenes monásticas, cierre de conventos; la Ley del Matrimonio y Registro Civil, la secularización de los cementerios (en vigor desde el 28 de julio de 1859), la prohibición de la asistencia de funcionarios públicos a las ceremonias eclesiásticas y la

supresión de varias fiestas religiosas, sólo respetando a las del pueblo (11 de agosto de 1859). Los párrocos pudieron conservar sus casas curales y el Estado siguió dando por válidos los matrimonios religiosos. El 4 de diciembre de 1860, Juárez decretaría la tolerancia de cultos. El 2 de febrero de 1861, mediante el decreto de Secularización de Hospitales, el gobierno se hizo cargo del cuidado y dirección de estas instituciones. Finalmente, el 26 de febrero de 1863, se dictó el Decreto para la Supresión de Comunidades Religiosas y, en vista de las necesidades producidas por la guerra de intervención, los conventos fueron convertidos en hospitales (Payno 1886, Vasconcelos 1978, Payno 1860).

3.3. Análisis Crítico del Discurso de *Un idilio a través de la guerra*

3.3.1. ANÁLISIS DE LOS ACTORES, VALORES Y ACTITUDES

Las fuerzas políticas que se enfrentaron durante la Guerra de Intervención Francesa por imponer su programa de gobierno quedan bien caracterizadas, generalmente haciendo uso de epítetos, por el narrador de *Un idilio a través de la guerra* desde los primeros dos capítulos de la Parte Primera.

En general, los actores que están contruidos de forma implícita o explícita a lo largo de todo el texto mediante referencias y predicados pueden incluirse en dos grupos. Por un lado están los republicanos, por el otro, los extranjeros o los invasores, el Emperador y los mexicanos traidores (los conservadores, generales).

A continuación analizo las referencias y predicados con los que el narrador describe (en este caso es el autor en una autoficción, mediador del mundo narrado) a los actores (personajes) que participan de las acciones de *Un Idilio a través de la guerra* y sus conductas, enfocándome principalmente en la Parte Primera de la novela.

3.3.1.1. Narrador

De acuerdo a Aurora Pimentel (2008), el mundo narrado (relato) está conformado por la historia (contenido narrativo) y el discurso (texto narrativo) que se interrelacionan de diversas maneras, mientras que el narrador como mediador toma a su cargo el acto de la narración (narrador) (Pimentel 2008, 11-12).

Para Mario Vargas Llosa (1997), el narrador es el personaje más importante de todas las novelas y del que, de cierta forma, dependen todos los demás. El narrador cumple la función de contar la historia, adoptando determinado punto de vista, y es diferente del autor, quien solamente la escribe (Hiriart and Guijosa 2003, 99, Vargas Llosa 1997, 32).

Pimentel afirma que es por la mediación de un narrador que el relato proyecta un mundo de acción humana. El narrador es la fuente misma de la información que tenemos sobre el mundo de acción humana propuesto. En cualquier forma de relato verbal, siempre hay alguien que da cuenta de algo a alguien. La situación de enunciación del modo narrativo implica una relación temporal y de interdependencia entre el acontecimiento y el enunciador que da cuenta de él (Pimentel 2008, 12, 16).

Asimismo, Pimentel señala que entre lo acontecido y el acto de narrar existe una distancia temporal necesaria –hacia el pasado, o hacia el futuro, en el caso de las narraciones predictivas, oráculos o premoniciones-, pues narrar presupone algo que narrar, aun cuando los acontecimientos narrados sean inventados y no meramente referidos, aun cuando la distancia temporal entre el acontecer y el narrar sea mínima. Lo característico de un relato es esa dualidad peculiar del modo narrativo: mundo construido o narrado / voz narrativa que al enunciarlo lo construye (Pimentel 2008, 16).

De primera impresión pudiera parecer que para la novela *Un idilio a través de la guerra*, Eduardo Ruiz utilizó un narrador-personaje en primera persona y que esto sigue con el conocido principio “el narrador no es el autor”: un amigo cercano de Isidro, que a veces es testigo, en otras ocasiones falso omnisciente y de vez en cuando cede la palabra al protagonista, u otros personajes, para que sean ellos quienes cuenten sus historias a través de cartas, diálogos y memorias.

Vargas Llosa dice que la elección de un narrador no es gratuita: “según el espacio que ocupe el narrador respecto de lo narrado, variará la distancia y el conocimiento que tiene sobre lo que cuenta. Es obvio que un narrador-personaje no puede saber –y por lo tanto describir y relatar- más que aquellas experiencias que están verosímilmente a su alcance, en tanto que un narrador-omnisciente puede saberlo todo y estar en todas partes del mundo narrado” (Vargas Llosa 1997, 41).

Estas limitaciones de narrador no impidieron que Eduardo Ruiz jugara con la colocación espacial de sus narradores para crear un relato que incluyera varios puntos de vista, pero manteniendo el mismo discurso político de principio a fin.

Después de haber investigado la biografía de Eduardo Ruiz, y leído *Historia de la Guerra de Intervención en Michoacán*, que incluye información autobiográfica de la ubicación y las acciones del autor en acontecimientos históricos clave, la auto referencia que el narrador de *Un idilio a través de la guerra* hace en el capítulo X de la Parte Tercera:

“Al despuntar el día salimos de San Jeronimito, rumbo a la ensenada de Potosí. La comitiva era numerosa, puesto que se componía de don Manuel y su familia, del general [Riva Palacio] y sus ayudantes, *entre estos el autor de las presentes líneas**, [...] Refiero estos detalles y los sucesos de aquel día, no porque sean necesarios para el desarrollo de esta historia, sino porque los hallo en mis apuntes, entre mis recuerdos de aquel tiempo” (E. Ruiz 1923, 252).

* la cursiva es mía

Teniendo en cuenta la evidencia anterior, podemos afirmar que es Eduardo Ruiz no sólo es el autor, también el narrador de la novela, tratándose, sin duda, de un recurso metaliterario, o una autoficción por parte suya.

En 1988, Serge Doubrovsky propone el concepto de *autoficción: el sentido de una vida no existe en ninguna parte, no existe. No debe descubrir, sino inventarse, no de todas las partes, sino de todos los rastros: debe construirse.*

Al respecto, Rodrigo Pardo Fernández (2013) señala:

[...] la autoficción reconfigura lo que, de otro modo, parecería destinado a la incompreensión: el proceso intransferible de la autobiografía. Esta tendencia de varios autores y obras, puede ser considerada como una vía para la pervivencia de la novela como género literario, si bien se puede perder de vista que se trata de un ejercicio común en los cuentos del siglo XIX de carácter fantástico y cuyo uso se generalizó en las primeras décadas del siglo XX en pro de una apariencia de verosimilitud, por una parte, pero también con la conformación de una literatura autorreferencial, una metaliteratura (Pardo Fernández 2013, 239).

Sin embargo, en *Cartas a un Joven Novelista*, Mario Vargas Llosa critica a este tipo de novelistas que narran sus historias en primera persona y usan deliberadamente su propia biografía como tema, creyendo ser los narradores de sus novelas, y sentencia:

[...] Se equivocan. Un narrador es un ser lleno de palabras, no de carne y hueso como suelen ser los autores; aquél vive sólo en función de la novela que cuenta y mientras la cuenta (los confines de la ficción son los de su existencia), en tanto que el autor tiene una vida más rica y diversa, que antecede y sigue a la escritura de esa novela, y que ni siquiera mientras la está escribiendo absorbe totalmente su vivir [...] (Vargas Llosa 1997, 32, 33).

Vargas Llosa menciona que un narrador siempre es un personaje inventado, un ser de ficción, al igual que los personajes a los que él cuenta, pero más importante que todos, pues a partir de la manera como actúa –mostrándose u ocultándose, demorándose o precipitándose, siendo explícito o elusivo, gárrulo o sobrio, juguetón o serio– depende que éstos nos persuadan de su verdad o nos disuadan de ella (Vargas Llosa 1997, 33).

De aquí se comprende que la conducta del narrador es determinante para la coherencia interna de cualquier historia, a su vez, es un factor esencial de su poder persuasivo.

Desconocemos la edad del narrador de *Un idilio a través de la guerra*, tanto la que tenía en el relato como la que tiene al momento de contarnos la historia, pero mantiene una relación de igualdad con el protagonista, lo cual hace suponer que son más o menos coetáneos, además de que están luchando por la misma causa: la libertad de su patria del

dominio francés y conservador. Su identidad nunca es del todo revelada; no obstante, el arco del personaje del narrador nos lleva por un recorrido similar al del protagonista, en cuanto a que los dos militan en el ejército republicano y se encuentran esporádicamente después de episodios clave en la guerra de intervención en Michoacán:

El protagonista y el narrador se conocen durante la Guerra de los Tres Años, en la campaña de Jalisco al mando del general Rocha, ambos militaban en el Quinto Batallón. Desde entonces, julio de 1859, hicieron amistad.

Este narrador-personaje y, de los capítulos III a XV, y XVII de la Parte Primera: omnisciente, presenta la mayor parte de los acontecimientos a manera de dramatización de las peripecias que los personajes le han contado o de los documentos que ha conservado.

El narrador de *Un idilio a través de la guerra* no mantiene fijo su punto de vista durante toda la novela, lo altera en varios momentos a lo largo de la narración, haciendo uso de un recurso literario que Mario Vargas Llosa (1997) define como mudas o saltos en el punto de vista espacial.

Una muda es, para Mario Vargas Llosa, toda alteración que experimenta cualquiera de los puntos de vista reseñados. Estos cambios ocurren en tres órdenes: espacio, tiempo o plano de realidad. En ciertas novelas son numerosas y en otras escasas y si ello es útil o perjudicial es algo que sólo indican los resultados, el efecto de esas mudas tienen sobre el poder de persuasión de la historia, reforzándolo o socavándolo. Cuando las mudas espaciales son eficaces, consiguen dar una perspectiva variada, diversa, incluso esférica y totalizadora de una historia (Vargas Llosa 1997, 65).

Un idilio a través de la guerra presenta mudas numerosas, cambios de narrador por largos periodos narrativos, como detallaré más adelante. Esta característica en la novelística es lo común, de acuerdo a Vargas Llosa, “una serie de narradores que se van turnando unos

a otros para contarnos la historia desde distintas perspectivas, a veces dentro de un mismo punto de vista espacial o saltando, mediante mudas, de uno a otro punto de vista” (Vargas Llosa 1997, 42).

La primera vez que protagonista y narrador se reencuentran, ya durante la Guerra de Intervención, es cuando las tropas de Uraga llegan a Uruapan el 17 de julio de 1864, luego de que éstas se negaran a obedecer a su jefe en la deserción al ejército que él hace para sumarse a las filas del enemigo. Antes de este acontecimiento, el narrador nos había introducido al conflicto de la guerra a nivel nacional y estatal, así como a los bandos en pugna, e incluso se aventura a especular en dónde podría estar su amigo en esos momentos.

Entre los recursos de tiempo utilizados en *Un idilio a través de la guerra*, o mudas temporales, atendiendo al concepto de Vargas Llosa, encontramos un salto de tiempo (elipsis) evidente en el capítulo XVIII de la parte primera, en el momento que el narrador anticipa que después de la carta que recibió de Isidro en diciembre de 1864 no volverá a verlo hasta el canje de prisioneros mexicanos y belgas verificado en Acuitzio, el 5 de diciembre del año siguiente. Entonces el narrador cede la palabra a Isidro Abad, adoptando el rol de receptor y reporta lo que su amigo le cuenta, respetando la voz del protagonista.

Toda la Parte Segunda y hasta el capítulo II de la Parte Tercera es una gran analepsis (retrospectiva) en la que Isidro Abad cuenta a su amigo (y él toma control de la narración) lo que hizo durante el año entero que no tuvieron noticias uno del otro. En este tiempo, Isidro conoce a Florencia, vive en Puruantzítiro y se enamora de ella.

Al final del capítulo IX de la Parte Segunda, don Manuel interrumpe la linealidad de la narración de Isidro Abad para dar paso a otra analepsis en el capítulo siguiente, en el que cuenta (a manera de diálogo) al protagonista la historia de su juventud, los obstáculos que tuvo que vencer para casarse con Tránsito y cómo es que llegó a Puruantzítiro.

A partir del capítulo III de la Parte Tercera, el amigo de Isidro retoma la narración de la novela y permanece a cargo de presentar los acontecimientos hasta el desenlace.

En el capítulo III de la Parte Tercera, el narrador retoma el uso de la palabra, dice que hay veces en que combate junto a su amigo y otras en las que se separan. No obstante, al término del capítulo VI de esta misma parte, el narrador advierte que en los capítulos siguientes cederá el relato a las memorias que su amigo Isidro escribió. La retomará hasta el capítulo IX, en el momento que Isidro encuentra al Gral. Riva Palacio en Atoyac y marchan juntos a San Jeronimito. El narrador conoce a don Manuel y su familia el 29 de abril de 1866 en el día que pasan en la ensenada del Potosí. El narrador siente envidia de su amigo ante la belleza de Florencia.

Hallamos un ejemplo de prolepsis, o anticipación al futuro en el capítulo VIII de la Parte Tercera. Desideria anticipa la tragedia que puede hacer a Isidro y Florencia desdichados; Florencia e Isidro abren unas conchas, la de ella no tiene perla, la de él sí. Eso es de mal agüero, de acuerdo a Desideria. Este acontecimiento está enlazado con la siguiente estructura narrativa utilizada por Eduardo Ruiz.

El narrador e Isidro permanecen juntos durante todo el camino de regreso a Michoacán y se separan el 10 de mayo en Huetamo. El narrador continúa a las órdenes de Riva Palacio e Isidro va a rendir cuentas a Régules. Los amigos permanecen alejados hasta mediados de septiembre de 1866, que Isidro llega la hacienda de la Florida para refugiarse en el campamento del Gral. Riva Palacio, posterior a la derrota de Uñas de Gato. El narrador es testigo del afán de Isidro por volver a Puruantzítiro y no poder hacerlo por la situación tan complicada del ejército republicano en el Estado. Por fin, el narrador y el protagonista obtienen pasaportes para que vayan a Apatzingán a formar parte del ejército de Villada, el narrador se dirige allá e Isidro se desvía hacia el río Balsas.

Surge entonces la principal ocultación de acontecimientos en la parte cuarta de la novela, cuando Isidro llega a Puruantzítiro en octubre de 1866, ve la hacienda destruida y cree que Florencia y su familia han muerto, o que ella se ha ido con don Magdaleno. Aquí hay una prolongada muda de realidad. El enigma de qué es lo que ha pasado con ellos se resuelve en el capítulo VII de la Parte Quinta, cuando Isidro se reencuentra con ellos en Mexicalcingo y don Manuel cuenta su huida.

Acerca del uso de este recurso en la novela, en opinión de Vargas Llosa:

La muda, por sí misma, nada prejuzga ni indica, y su éxito o fracaso respecto del poder de persuasión depende en cada caso de la manera concreta en que un narrador la utiliza dentro de una historia específica: el mismo procedimiento puede funcionar potenciando el poder de persuasión de una novela o destruyéndolo (Vargas Llosa 1997, 72).

El objetivo de Eduardo Ruiz, y por ende, del narrador de *Un idilio a través de la guerra*, es instruir a las masas en la historia y en el amor a la patria; pretende conservar la memoria de la Guerra de Intervención Francesa y dejar constancia de un idilio acaecido en medio del conflicto bélico. Esta novela es una versión abreviada y más cercana para el vulgo que *Historia de la Guerra de Intervención en Michoacán*, del mismo autor. Refiere los hechos históricos de acuerdo a la ideología vencedora y oficial, tendiendo a que el lector se ponga de lado de los liberales-republicanos y sienta aversión por la lucha conservadora-imperialista. En los pasajes costumbristas, el narrador hace descripciones dando opiniones en términos de civilización y, su opuesto, barbarie. En ocasiones narra a partir de lo que sabe a partir de cartas que Isidro le escribe a la distancia.

La utilización de la muda en *Un idilio a través de la guerra*, es, en mi opinión, eficaz, y ayuda a potencializar el poder de persuasión deseado por el autor, anclar la cultura oficial (nacionalista liberal) en sus lectores y socavar la conservadora.

3.3.1.2. Personajes liberales-republicanos

Isidro Abad (protagonista, personaje ficticio)

El protagonista de *Un idilio a través de la guerra* es varón, nacido alrededor de 1839 y 1840 (por el mismo tiempo que nació Eduardo Ruiz). Tiene 19 años hacia 1859 y 27 o 28 años de edad hacia 1867.

(Durante la guerra de tres años) [...] joven que habiendo abandonado la Escuela de Medicina de Guadalajara, fue a presentarse en las filas del general Juan N. Rocha [...] (E. Ruiz 1923, 5).

Desde la primera mención al protagonista, las características de Isidro Abad corresponden al arquetipo de héroe: dispuesto, activo, comprometido con la aventura, sin dudas, siempre valiente, que mira hacia delante, auto motivado (Vogler 2007, 34).

Teniendo en cuenta la definición de Christopher Vogler, un héroe es alguien con la voluntad de sacrificar sus propias necesidades en beneficio de los demás. Esta palabra está directamente emparentada con la idea del sacrificio personal (Vogler 2007, 29).

Además de su heroísmo, Isidro Abad gana las simpatías de los personajes liberales de la novela desde 1859:

[...] contaba Isidro unos diez y nueve años: era de constitución endeble y enfermiza, y su semblante pálido, su alta estatura y el brillo de su mirada le conquistaban las simpatías de todos (E. Ruiz 1923, 6).

Ni las enfermedades, las fatigas, el hambre, abatían el espíritu de Isidro. Su placer era el combate, su ideal el triunfo de la Reforma. Siempre alegre, siempre chancero, su semblante parecía la máscara de la palidez, cubriendo una alma expansiva, entusiasta, llena de animación.

Talentoso y consagrado al estudio tenía una brillante instrucción; sensible y delicado, la poesía hacía brotar de su alma veneros de inspiración, y sus versos cantaban unas veces al amor y la felicidad, otras la soledad y la tristeza.

Sus dotes intelectuales y sus maneras finas y elegantes, le abrieron las puertas de muchas casas de Uruapan y pronto estuvo allí relacionado con las mejores familias.

Todos le queríamos; la tropa lo adoraba porque los soldados le veían a su lado a la hora del peligro, en la pelea, y a la cabecera de la cama, cuando estaban enfermos. No había uno que no lo obedeciera, más que por la disciplina, por el cariño y la gratitud (E. Ruiz 1923, 7-8).

No se sabe si al término de la guerra de reforma Isidro Abad terminó sus estudios de medicina, se sabe que los continuó a partir de 1861, pero nada más. Isidro no vuelve a hacer uso de sus conocimientos médicos ni a integrarse en el Cuerpo Médico de ningún batallón durante la Guerra de Intervención Francesa, sólo es un combatiente más.

De este modo, Isidro Abad cumple con las características del héroe orientado al grupo liberal al que pertenece y a la sociedad. Él, por circunstancias políticas debe estar en tierras lejanas luchando por la libertad de su país (esto es un mundo especial) (Vogler 2007, 35-36).

En julio de 1864, tiempo en que Isidro y el narrador se vuelven a encontrar, Isidro venía entre los jefes y oficiales del general Uruga que se detuvieron en Uruapan “fieles defensores de la patria y de sus instituciones”. El narrador describe a su amigo de este modo:

[...] las fatigas habían desmejorado notablemente su salud y para colmo de males, había cogido en el Sur de Jalisco una de esas fiebres intermitentes que el vulgo conoce con el expresivo nombre de *fríos*. Siempre entusiasta, siempre lleno de fe, nada le arredraba, y su ambición era la lucha. "Si traicionan todos nuestros jefes y sólo quedan gavillas de bandidos peleando contra los traidores, allí estaré, conservando puro mi corazón" (E. Ruiz 1923, 15-16).

El capítulo XV se concatena con el II, ambos de la Parte Primera. Isidro Abad, “lleno de fe y de entusiasmo, juraba defender la independencia de la patria, siquiera fuese luchando, incorporado a una gavilla de bandidos, siempre que éstos combatiesen a los

invasores”. Asimismo, dice el narrador, “era ya una manía en Isidro repetir constantemente aquellos versos de Riva Palacio:

"Desnudos y con hambre, pero erguidos,
sólo ante Dios doblegan la rodilla;
si es bandido, señor, quien no se humilla,
pertenezco desde hoy a los bandidos" (E. Ruiz 1923, 81).

Cabe mencionar que en este momento Isidro Abad viene enfermo de fiebres intermitentes, que contrajo antes de que el narrador y él se reencontraran. Estos padecimientos irán agravándose con el paso de la narración, hasta desembocar en el fortuito enamoramiento del protagonista con Florencia en la hacienda de Puruantzítiro.

Es a partir del capítulo I de la Segunda Parte que comienza a desarrollarse el arco dramático de Isidro Abad, que tiene una trayectoria recurrente en la narrativa, de acuerdo con Christopher Vogler: El héroe se separa del grupo (primer acto), en *Un idilio a través de la guerra* esto ocurre después de la captura de Nicolás Romero en Papatzindan, el 31 de enero de 1865. A continuación, Isidro emprende una aventura en solitario montando la mula golondrina que, aprovechando que el jinete está aquejado por las fiebres intermitentes, lo lleva a su antiguo hogar: Puruantzítiro (segundo acto), y, por lo general, su reintegración final en el grupo que los vio partir (tercer acto). En la novela de Ruiz, Isidro se reintegra al bando liberal en varios momentos y busca oportunidades para volver a separarse del grupo para visitar a su amada, hasta que el rancho es destruido y el paradero de la familia de su novia es desconocido. En el desenlace de la novela, Isidro opta por vivir en un mundo civilizado, en un país en paz después de una larga, agotadora y violenta guerra.

A finales de la parte segunda y tercera, Isidro tiene que escoger entre el regreso al mundo ordinario; en este caso, la hacienda Puruantzítiro, en donde ha encontrado el amor

de Florencia y su familia, o permanecer en el mundo especial, en este caso, en el campo de batalla. Optando por sacrificarse.

Eduardo Ruiz construyó el personaje de Isidro Abad a partir de anécdotas ocurridas a personajes reales que participaron en este conflicto bélico y que el autor primero documentó en su libro *Historia de la Guerra de Intervención en Michoacán*. A continuación presento algunos hallazgos al comparar ambas obras entre sí:

Isidro Abad es hecho prisionero al término de la batalla de Tacámbaro, el 16 de julio de 1865. Los belgas fusilan a varios prisioneros y están a punto de hacer lo mismo con el protagonista, hasta que a él se le ocurre identificarse con una señal de la masonería, la cual es reconocida por un joven oficial belga. Gracias a eso, Isidro salva la vida y es conducido a una prisión en Morelia. El mismo Isidro narra lo que sucedió con él en ese instante. La anécdota se encuentra referida en el Capítulo I de la Parte Tercera de *Un Idilio a través de la Guerra*. Cito:

En cuanto a mí, hubo un momento en que me hallé entre un grupo de traidores que pretendían que me arrodillase para fusilarme. Permanecí en pie, sereno, casi indiferente. Ya preparaban los imperialistas sus fusiles para hacerme fuego, cuando se aproximó un joven oficial belga. El instinto o no sé qué, me hizo acordarme de la masonería, hice el signo de socorro, y en el acto el oficial extranjero, repitiendo la señal, penetró al grupo y tomándome del brazo, declaró que yo era su prisionero, y me condujo al lugar en que se hallaban los pocos de nosotros que no habían sido asesinados en la batida (E. Ruiz 1923, 215-216).

Isidro parte de la hacienda antes de la madrugada del 26 de junio de 1865 y se reintegra al Ejército Republicano del Centro. El protagonista se reencuentra con Florencia y su familia en abril de 1866, después de 10 meses de separación (Capítulos IV y V de la Parte Tercera). Permanece dos días en la hacienda y toma la ruta hacia la hacienda La Providencia, del Gral. Juan Álvarez.

Cuando Isidro regresa a Puruantzítiro, en el Capítulo VII de la Parte Cuarta, lo encuentra silencioso, solitario, en ruinas, con huellas de haber sido incendiado. La familia de don Manuel ya no se encuentra ahí. Después de varios meses de buscar la muerte, como ya vimos, Isidro Abad se reencuentra con su amada y, en recompensa por su patriotismo y heroísmo, al final de la novela, además de casarse con Florencia, Isidro es ascendido a Coronel.

El resto de los personajes liberales son revisados por orden de aparición en la Parte I de *Un idilio a través de la guerra*:

Estudiantes de Guadalajara y Morelia (personajes incidentales, históricos)

(Durante la guerra de tres años) [...] entusiastas por la libertad, patriotas de corazón, valientes por temperamento, corrían en grupos a tomar las armas [...] (E. Ruiz 1923, 5).

Santos Degollado (personaje incidental, histórico)

Personaje histórico (1811-1861). Político liberal. Incorporado al Ejército, se adhirió en 1854 al Plan de Ayutla. Gobernador de Jalisco (1855-1856), Ministro de Guerra (1858) y general en jefe de las fuerzas republicanas. Ministro de Relaciones (1860). Amigo de Toribio Ruiz, padre del autor de *Un Idilio a través de la Guerra*. Recuperó Guadalajara en octubre de 1859 y en diciembre de 1859 se refugió en Morelia, después de otra derrota. Murió en un enfrentamiento contra los conservadores en Llanos de Salazar, Edo. De México. Estratega poco exitoso, mostró sus mejores dotes en la organización de ejércitos, varios de los cuales creó a partir de cero (Musacchio 1999, 768).

En *Un idilio a través de la guerra*, el narrador se refiere a Degollado así:

[...] aquel esclarecido e inmaculado patriota [...], a quien tan injustamente ha olvidado la historia [...] (E. Ruiz 1923, 6).

La mención que el narrador hace de Santos Degollado es un homenaje que encomia su patriotismo con dos epítetos: “esclarecido” e “inmaculado”. Este personaje no tiene participación en los acontecimientos posteriores de la novela, porque falleció antes de que estallara la Guerra de Intervención Francesa.

Cuerpo Médico (personaje incidental, históricos)

(Durante la guerra de tres años) Isidro Abad pertenecía al Cuerpo Médico, pléyade de jóvenes tapatíos en la que se agrupaban Lancaster Jones (Adolfo), Villaseñor, Fortunato Arce, y otros tan distinguidos como los citados (E. Ruiz 1923, 7).

Ignacio Aranda (personaje secundario, se ignora si es histórico)

(Durante la guerra de tres años) [...] había entre los guerrilleros de la brigada Rocha uno que tenía la fama de ser el más valiente de todos. Respetuoso, circunspecto y humilde en su estado normal —y me explico así porque aquel hombre tenía la desgracia de embriagarse, de cuando en cuando,— y entonces el que era un león a la hora de la pelea, se convertía en un tigre feroz que nada respetaba, ni la disciplina, ni el aparato de la fuerza, ni la presencia de un amigo. Se llamaba Ignacio Aranda y era un honrado e inteligente hojalatero de Guadalajara, *Chinaco* hasta la médula de los huesos (E. Ruiz 1923, 8).

El narrador hace referencia a Ignacio Aranda a manera de anécdota en el Capítulo 1 de la Parte Primera. Dicho personaje no vuelve a aparecer en la novela ni participa de las acciones de la Guerra de Intervención Francesa.

Porfirio Díaz (personaje incidental, histórico)

(Oaxaca, 1830 - París, 1915). Estudió la carrera de leyes. Apoyó la rebelión de Ayutla, la guerra de Reforma, combatió a los franceses en la batalla de Puebla (1862) y en el sitio de Puebla (1863). Benito Juárez lo designó jefe del Ejército Republicano de Oriente en 1863.

En 1865, el Mariscal Bazaine lo venció y encarceló, logró fugarse y retomó el mando de sus fuerzas hasta derrotar a los invasores. Tomó Puebla el 2 de abril de 1867 y la Ciudad de México dos meses después. Se opuso a Juárez y Lerdo, a quienes enfrentó por elecciones y revueltas hasta alcanzar la presidencia de la República en 1876, cargo en el que se mantuvo durante 30 años. Su administración consolidó la paz, dio prestigio internacional y enfiló al país hacia el progreso material y cultural, sin poder resolver la pobreza, la desigualdad social y la injusticia. Tras reelegirse en 1910, estalló la Revolución Mexicana. Al año siguiente, renunció a la presidencia y abandonó el país (González y González 2009, 45, 49). El episodio del que Eduardo Ruiz (o el narrador de la novela) hace breve mención en el que participó el General Porfirio Díaz, Presidente de México en el tiempo que se escribió *Un Idilio a través de la Guerra*, no tiene ninguna trascendencia para el desarrollo de esta novela, tampoco lo tiene para la Guerra de Intervención en el Estado de Michoacán. Sin embargo, el autor lo seleccionó de entre las acciones de guerra por algún motivo.

(en noviembre de 1863) [...] A su paso por el distrito de Zitácuaro fue atacado en Pungaranito por la brigada de Laureano Valdés; sostenida por una sección de franceses que a toda prisa marchaban a reunírsele. El general Díaz batió y derrotó a los traidores, haciendo retroceder a los franceses, que no llegaron a tiempo. Esta acción fue la primera que se verificó en Michoacán y el general don Porfirio Díaz el que con ella inició la campaña en aquel heroico Estado (E. Ruiz 1923, 12-13).

Como el texto lo señala, el general Porfirio Díaz sólo iba de paso, desde San Juan del Río (Querétaro) hacia el Estado de Oaxaca, en donde hizo campaña. No en Michoacán. En el distrito de Zitácuaro sólo derrotó a los conservadores para poder continuar su marcha.

Felipe Berriozábal (personaje incidental, histórico)

(Zacatecas, 1821-Ciudad de México, 1900). Ingeniero. Combatió contra los invasores norteamericanos en 1847. Participó en la Revolución de Ayutla y en la Guerra de Tres Años dentro de las filas liberales. Luchó contra la intervención francesa y el Imperio de Maximiliano. Ocupó una vez la gubernatura del Estado de México y en dos ocasiones de Michoacán. Fue Ministro de Guerra y de Marina en 1863, 1876 y de 1896 a 1900 (Musacchio 1999, 352).

(A comienzos de 1864) El gobierno legítimo de Michoacán se había instalado en Uruapan. En todo el Estado había pequeñas fuerzas a las órdenes del Gobernador [...] (E. Ruiz 1923, 13).

El fragmento del texto hace énfasis en el gobierno legítimo del Estado, el liberal, y su depositario, el Gral. Berriozábal, quien tenía pequeñas fuerzas a su servicio en todo el territorio. Llama la atención que la inicial de la palabra Gobernador esté en mayúscula.

Gral. Vicente Riva Palacio (personaje secundario, histórico)

(Ciudad de México, 1832 - España, 1896). Se graduó de abogado en 1854. Fue regidor (1855) y diputado federal (1861-62). Organizó una guerrilla y estuvo en el sitio de Puebla (1863). Siguió al gobierno juarista a San Luis Potosí, donde fue designado gobernador del Estado de México. Reunió tropas y tomó Tullillo y Zitácuaro. Riva Palacio dirige la campaña republicana en el Estado de México y Zitácuaro desde comienzos de 1864. En 1865 fue designado gobernador de Michoacán y general en jefe del Ejército del Centro. A principios de 1867 sitió y tomó Toluca. Asistió al sitio de Querétaro. Durante la guerra editó varios periódicos como *El Monarca* y *El pito real*. Al triunfo de la República, se dedicó a la literatura y el periodismo, fue magistrado de la Suprema Corte de Justicia.

Apoyó la rebelión de Tuxtepec de 1876. Fue Secretario de Fomento (1876-1880) y embajador de España y Portugal (1885-96). Escritor de novelas históricas, cuentos, poesía y libros de historia, siendo el principal responsable de la obra *México a través de los siglos* (Musacchio 1999, 2568-2569, González y González 2009, 44).

A lo largo de *Un idilio a través de la guerra*, Vicente Riva Palacio tiene varias intervenciones:

(A comienzos de 1864) [...] en el Distrito de Zitácuaro, el general don Vicente Riva Palacio mandaba a los patriotas de aquella heroica ciudad y a las valientes tropas de Toluca que vinieron a hacer la campaña en territorio michoacano (E. Ruiz 1923, 15).

[...] En cambio, tuve el gusto de conocer a Riva Palacio y de que este distinguido jefe se dignara colocarme en su Estado Mayor (E. Ruiz 1923, 105).

[...] El general era incansable y había inspirado confianza con sus acertadas disposiciones, con su gran talento y con aquel carácter insinuante que poseía. Hasta sus enemigos confesaban que sabía de política; “con él dirigiendo, y ejecutando Régules, todo marcharía bien”, decían, y este era el modo de pensar de muchos (E. Ruiz 1923, 222).

[Sobre la orden del Presidente Juárez que le quitaba el mando de jefe del Ejército del Centro para dárselo a Régules] Riva Palacio obedeció, no obstante las insinuaciones que en contrario le hicieron varios de sus principales subalternos; y para dejar a su sucesor libre el campo de acción, se retiró por algún tiempo del servicio [...] (E. Ruiz 1923, 225).

(durante el sitio de Querétaro) [...] las [tropas] de Michoacán, que venían de su calvario, cubiertas de gloria y majestad; y las de Riva Palacio, caballeroso y noble paladín, trayendo en pos de sí a los indomables hijos del Sur, la tierra de Morelos y Guerrero (E. Ruiz 1923, 351-352).

Aunque se le menciona desde la Parte Segunda de *Un idilio a través de la guerra*, el personaje histórico toma vida a partir del Capítulo IX de la Parte Tercera. Pasa un día de vacaciones con Isidro, la familia de don Manuel y la familia Olivar en la ensenada del Potosí. Gran conversador, con exquisito sentido del humor, es un hombre muy culto. Rumbo al desenlace de la novela, apadrina la boda de Isidro y Florencia.

Nicolás Romero (personaje secundario, histórico)

(Nopala, Hgo. 1827-Ciudad de México, 1865). Obrero textil, se unió a la guerrilla liberal de Aureliano Rivera en 1858, con quien luchó durante la Guerra de Reforma. Volvió a tomar las armas durante la intervención francesa, donde organizó una guerrilla que operó en Michoacán, Guerrero y el Estado de México, muchas veces como coronel de Riva Palacio. Se le conocía como *El león de las montañas*. Fue aprehendido en Michoacán y fusilado (Musacchio 1999, 2616).

(A comienzos de 1864) Por aquellos días vino a ponerse a las órdenes de Riva Palacio el jefe de una banda de jinetes de lo que hoy es propiamente el Estado de México. Era un hombre de aspecto humilde, delgado, moreno y algo hoyoso de viruelas. Al primer golpe de vista, parecía no valer nada, pero si se fijaba la atención en sus ojos, había en ellos la mirada del águila.

Aquel hombre era Nicolás Romero. Decir sus proezas, contar sus victorias, retratar su carácter, es leer páginas legendarias en los más bellos capítulos de la historia (E. Ruiz 1923, 14).

(a mediados de julio de 1864) [...] y que en Zitácuaro seguía cubriéndose de gloria aquel paladín legendario, Nicolás Romero (E. Ruiz 1923, 84).

Isidro Abad milita bajo las órdenes de Romero por algunos días, hasta la captura del guerrillero en Papatzindan, el 31 de enero de 1865.

Coronel José Hernández (personaje incidental, se presume que histórico)

[...] Al marchar Caamaño con la división de su mando, a fin de ir a entregarla a don Leonardo Márquez, que había llegado a Pátzcuaro, dejó abandonada la plaza de Uruapan, sin más que el comandante de la línea, encargo que confió al coronel don José Hernández, a quien por respeto y cariño no quiso comprometer en la defección que tramaba, lo que, por otra parte, jamás habría logrado, supuesto el patriotismo de dicho jefe (E. Ruiz 1923, 80).

General Manuel García Pueblita (personaje incidental, histórico)

(Pátzcuaro, Mich., 1822 - Uruapan, Mich., 1865). En 1847 combatió la invasión estadounidense en el Batallón de Matamoros y asistió a la Batalla de la Angostura. Se adhirió al Plan de Ayutla y militó en las filas liberales durante la guerra de Reforma. El 19

de julio de 1864 la junta General de Jefes Republicanos lo nombró Gobernador y Comandante Militar de Michoacán. Después de sostener numerosas batallas, la mayoría de ellas con resultado favorable, fue sorprendido por los franceses y asesinado en la casa en la que se alojaba (Musacchio 1999, 1088-1089).

(como caudillo del Batallón Matamoros, en el que Isidro Abad es capitán) [...] en el en el que militó desde la guerra contra los americanos hasta su muerte (E. Ruiz 1923, 85).

(sobre su humildad, honradez y patriotismo) Nosotros sólo diremos que el general Pueblita se rehusó a aceptar el gobierno del Estado, que los patriotas le ofrecían; pero siendo el jefe de las fuerzas de Michoacán y consecuente con su entusiasmo y en cumplimiento con su deber, no pensó más que en ir a combatir al enemigo (E. Ruiz 1923, 85).

Mientras Pueblita hacía sus preparativos para llevar a cabo su importante empresa [...] (E. Ruiz 1923, 86).

Pueblita, con el valor y el ímpetu que eran en él proverbiales se lanzó sobre las fortificaciones (E. Ruiz 1923, 97).

[cuando Isidro Abad se entera del asesinato de Pueblita] El general Pueblita había sido mi jefe; era uno de los hombres más patriotas, uno de los más hábiles y valientes guerrilleros. Honrado, leal, humilde, era el más calumniado por el partido clerical. Al escuchar la noticia no pude menos que derramar algunas lágrimas a la memoria del popular caudillo (E. Ruiz 1923, 212).

Gral. Nicolás de Régules

[...] la toma de Tacámbaro, en que el general Régules dio muestra de su inimitable valor, de su heroica abnegación al ver que los belgas habían puesto en las trincheras a su esposa y sus hijos (E. Ruiz 1923, 112).

[...] Régules, aunque con muchos esfuerzos y penalidades, había logrado reunir una gran parte de los dispersos de Tengüecho [...] (E. Ruiz 1923, 250).

Gral. Juan Álvarez (personaje secundario, histórico)

(Atoyac, Gro., 1790 - hacienda La Providencia, Acapulco, Gro., 1867). Soldado raso de Morelos durante la Guerra de Independencia. Junto a Vicente Guerrero, dirigió la guerra de

guerrillas, terminó la guerra como comandante. Combatió a Iturbide, apoyó a Guerrero, luchó contra los conservadores durante los años treinta y cuarenta y luchó contra la invasión estadounidense. Gobernador interino del Estado de Guerrero en 1849 y en 1850 fue Constitucional. En 1854, al triunfo de la Revolución de Ayutla, fue presidente de la República y convocó al Congreso Constituyente que aprobó la constitución de 1857. Intervino activamente durante la guerra de Reforma y durante la guerra de intervención volvió al campo de batalla con la División del Sur. Murió al poco tiempo de haber triunfado la República (Musacchio 1999, 137).

Dentro de la novela *Un idilio a través de la guerra*, Juan Álvarez es Jefe del Ejército Republicano del Sur. Isidro va a su hacienda en abril de 1866 para pedirle apoyo para el ejército de Régules. El militar no puede ayudarles (Capítulo VIII de la Parte Tercera).

[...] para marchar a la hacienda de la Providencia, en donde residía el venerable anciano don Juan Álvarez, aquel soldado de Morelos y de Guerrero, aquel caudillo de Ayutla, patriarca de la libertad [...] (E. Ruiz 1923, 227).

[...] Isidro llegó a la mansión señorial, en donde con profundo respeto y veneración saludó a aquel anciano que gastó su larga vida combatiendo por la libertad de México (E. Ruiz 1923, 248).

Mariano Escobedo, Porfirio Díaz, Ramón Corona, Nicolás de Régules, Riva Palacio

[...] que habían aprendido a ser militares en los campos de batalla, pero que habían salido del pueblo, simples ciudadanos, a defender la democracia y las instituciones republicanas (E. Ruiz 1923, 350).

Tabla 2. Personajes liberales

| Personaje | Qué se dice de él |
|-------------|--|
| Isidro Abad | Ni las enfermedades, las fatigas, el hambre, abatían el espíritu de Isidro. Su placer era el |

| | |
|---|--|
| | <p>combate, su ideal el triunfo de la Reforma. Siempre alegre, siempre chancero [...] un alma expansiva, entusiasta, llena de animación. Talentoso y consagrado al estudio, tenía una brillante instrucción, sensible y delicado, poeta del amor y la felicidad, la soledad y la tristeza. Sus dotes intelectuales y sus maneras finas y elegantes, le abrieron las puertas de muchas casas de Uruapan. Todos le queríamos; la tropa lo adoraba porque los soldados le veían a su lado a la hora del peligro, en la pelea, y a la cabecera de la cama, cuando estaban enfermos. No había uno que no lo obedeciera, más que por la disciplina, por el cariño y la gratitud.</p> |
| Estudiantes de Guadalajara y Morelia (entre los que se hallaba Isidro Abad) | Entusiastas por la <u>libertad</u> , <u>patriotas</u> de corazón, <u>valientes</u> por temperamento. |
| Santos Degollado | <u>Esclarecido</u> e <u>inmaculado patriota</u> |
| Juan N. Rocha | Coronel nato |
| Cuerpo Médico de la 5ª Brigada (entre los que se encontraba Isidro Abad) | <u>Pléyade</u> de jóvenes tapatíos, <u>distinguidos</u> . |
| Ignacio Aranda | <u>Respetuoso, circunspecto y humilde en su estado normal</u> <u>Era un león</u> a la hora de la pelea <u>Honrado</u> e <u>inteligente</u> hojalatero de Guadalajara <u>Chinaco</u> hasta la médula de los huesos |
| Porfirio Díaz | [...] batió y derrotó a los traidores |
| Vicente Riva Palacio | [...] <u>distinguido jefe</u> El general era <u>incansable</u> y había inspirado confianza con sus <u>acertadas disposiciones</u> , con su <u>gran talento</u> y con aquel <u>carácter insinuante</u> que poseía [...] [...] <u>obedeció</u> |

| | |
|---|---|
| | [...] <u>caballeroso y noble paladín</u> |
| Combatientes de Zitácuaro | Los <u>patriotas</u> de aquella heroica ciudad |
| Tropas de Toluca | Las <u>valientes</u> tropas de Toluca... |
| Nicolás Romero | Era un hombre de <u>aspecto humilde</u> , delgado, moreno y algo hoyoso de viruelas. Parecía no valer nada, pero si se fijaba la atención en sus ojos, había en ellos <u>la mirada del águila</u> . Decir sus <u>proezas</u> , contar sus victorias, retratar su carácter [...] |
| Jefes y oficiales a las órdenes de Uraga (entre los que se incluía Isidro Abad) | [...] resueltos a permanecer <u>fieles defensores de la patria y de sus instituciones</u> . |
| José Hernández | [...] supuesto el <u>patriotismo</u> de dicho jefe |
| Manuel García Pueblita | [...] <u>consecuente con su entusiasmo y en cumplimiento con su deber, no pensó más que en ir a combatir al enemigo</u> [...] con el <u>valor</u> y el ímpetu que eran en él <u>proverbiales</u> [...] era uno de los hombres <u>más patriotas</u> , uno de los <u>más hábiles y valientes guerrilleros</u> . <u>Honrado, leal, humilde</u> , era el <u>más calumniado</u> por el partido clerical. |
| Nicolás de Régules | [...] dio muestra de su <u>inimitable valor</u> , de su <u>heroica abnegación</u> [...] con <u>muchos esfuerzos y penalidades</u> , había logrado reunir [...] |
| Juan Álvarez | <u>Venerable anciano, patriarca de la libertad</u> [Isidro] con <u>profundo respeto</u> y <u>veneración</u> saludó a aquel anciano [...] |
| Escobedo, Díaz, Riva Palacio, Corona | [...] habían aprendido a ser militares en los campos de batalla, pero que habían <u>salido del pueblo, simples ciudadanos, a defender la democracia</u> y las <u>instituciones republicanas</u> . |

Fuente: *Un idilio a través de la guerra*, de Eduardo Ruiz.

Los principales epítetos utilizados por el narrador cuando se refiere a personajes liberales son: patriota, valiente, valor, libertad, distinguido, respetuoso, circunspecto, humilde, democracia, hábil, abnegado, honrado, leal, esfuerzo, penalidad, salido del pueblo, simple ciudadano, entusiasta, caballeroso, noble, chinaco, esclarecido, legendario, venerable.

Las siguientes menciones en el discurso corresponden a instituciones defendidas por los republicanos (liberales) durante la guerra. De acuerdo al Diccionario de la Real Academia Española (2014):

Libertad. En los sistemas democráticos, derecho de valor superior que asegura la libre determinación de las personas (Real Academia Española 2014).

Democracia. Doctrina política según la cual la soberanía reside en el pueblo, que ejerce el poder directamente o por medio de representantes (Real Academia Española 2014).

A continuación, se muestran los valores que poseen los personajes que defienden la república durante la Guerra de Intervención Francesa, de acuerdo al narrador de *Un idilio a través de la guerra*:

Abnegado. Que se sacrifica o renuncia a sus deseos o intereses (Real Academia Española 2014).

Circunspecto. Prudente ante las circunstancias, para comportarse comedidamente (Real Academia Española 2014).

Humilde. Virtud que consiste en el conocimiento de las propias limitaciones y debilidades y en obrar de acuerdo con este conocimiento (Real Academia Española 2014).

Hábil. Dotado del talento para actuar adecuadamente o lograr su objetivo.

Honrado. Recto de ánimo, íntegro en el obrar (Real Academia Española 2014).

Leal. Que guarda a alguien o algo la debida fidelidad (Real Academia Española 2014).

Patriota. Persona que tiene amor a su patria y procura todo su bien (Real Academia Española 2014).

Respetuoso. Que observa veneración, cortesía y respeto (Real Academia Española 2014).

Valiente. Dicho de una persona: Capaz de acometer una empresa arriesgada a pesar del peligro y el posible temor que suscita (Real Academia Española 2014).

Gran parte de la Guerra de Intervención Francesa se libró estando los republicanos en franca desventaja con el enemigo, en medio de lo que el narrador de *Un idilio a través de la guerra* denomina *Penalidad*; Trabajo aflictivo, molestia, incomodidad.

Estas circunstancias difíciles, exigieron a los defensores de la patria, la libertad y la democracia varias actitudes:

Esfuerzo. Empleo enérgico del vigor o actividad del ánimo para conseguir algo venciendo dificultades (Real Academia Española 2014).

Valor. Cualidad del ánimo, que mueve a acometer resueltamente grandes empresas y arrostrarlos peligros, denotando osadía, y hasta desvergüenza (Real Academia Española 2014).

En correspondencia con estas aptitudes, los jefes liberales que se destacaron durante la Guerra de Intervención tienen en común las siguientes virtudes, curiosamente sinónimas entre sí:

Caballeroso. Dicho de un hombre que se comporta con distinción, nobleza y generosidad (Real Academia Española 2014).

Distinguido. Ilustre, noble, esclarecido (Real Academia Española 2014).

Esclarecido. Claro, ilustre, singular, insigne (Real Academia Española 2014).

Heroico. Dicho de una persona: famosa por sus hazañas o virtudes (Real Academia Española 2014).

Legendario. Persona o cosa muy admiradas y que se recuerdan a pesar del paso del tiempo (Real Academia Española 2014).

Noble. Preclaro, ilustre, generoso (Real Academia Española 2014).

Paladín. Caballero fuerte y valeroso que, voluntario en la guerra, se distingue por sus hazañas (Real Academia Española 2014).

Por consiguiente, los caudillos liberales que participan de las acciones narradas en *Un idilio a través de la guerra* son fuertes, valerosos, voluntarios en la guerra, distinguidos por sus hazañas, admirables, inmortales, ejemplos de comportamiento, heroicos, caballerosos y nobles, pero sobre todo “patriotas”.

En los cierres de las Partes Segunda y Tercera de *Un idilio a través de la guerra*, Isidro y don Manuel hacen especial hincapié en la frase célebre que se le atribuye a Vicente Guerrero, héroe de la independencia y abuelo de otro héroe, el general Vicente Riva Palacio: “La Patria es primero”. A continuación revisaremos la historia detrás de esta famosa cita:

A finales de 1819, la lucha de los insurgentes por la independencia de México estaba en plena decadencia, sólo Vicente Guerrero se mantenía en pie de lucha, siendo un serio problema para las fuerzas realistas. Es entonces que el virrey Apodaca decide enviar al padre del caudillo insurgente, don Pedro Guerrero para que convenza a su hijo de deponer las armas y aceptar el indulto, a cambio de recompensas del gobierno virreinal. Los ruegos del padre no logran persuadir a Vicente Guerrero, quien dirigiéndose a los presentes

exclamó: “Señores, este es mi padre que ha venido a ofrecerme el perdón de los españoles y un trabajo como general español. Yo siempre lo he respetado, pero **la Patria es primero**”.

Para Isidro Abad, protagonista de la novela de Eduardo Ruiz, también la patria es prioridad, pero en este caso es sobre el amor y el fuerte deseo que tiene de ver a su amada y permanecer con ella, pero ¿por qué este sentimiento estaba tan arraigado en la conciencia de los hombres del siglo XIX?

Arturo Cuyás Armengol (1845-1925), español, casi coetáneo de Eduardo Ruiz, dedica un capítulo a la Patria en su libro *Hace falta un muchacho*, donde dice:

Hay tres amores que son sagrados para el hombre, de acuerdo a Arturo Cuyás Armengol: el amor a Dios, el amor a la Familia y el amor a la Patria. Cuando se manifiestan, el primero se llama religión; el segundo, cariño; el tercero, patriotismo. Cada uno de ellos exige un culto, una devoción. [...] El nombre de Patria lo damos al país que nos vio nacer, y lleva consigo la idea de paternidad. [...] la Patria es la extensión del hogar; es el Hogar de todos los hogares; es la suma y conglomeración de todas las familias que componen una nación. [...] todo lo que hagas para honrarla a ella [*a la patria*] te honrará a ti. ¡Guárdate de decir o hacer algo que en modo alguno la denigre, pues si tal haces te denigras a ti mismo! (Cuyás Armengol 1913, 84-87).

Bajo este criterio, Eduardo Ruiz pone el concepto del patriotismo del lado del bando liberal, los vencedores de la Guerra de Intervención Francesa y rinde honra a los hombres que lucharon por la república, destaca sus cualidades y en rara ocasión, salvo en el caso de Ignacio Aranda, alude a sus defectos. Pero este reconocimiento no se limita en el campo militar, también se hace extensivo a la población civil que apoyó a los guerrilleros chinacos y a los que continuaban sus labores en medio del conflicto, como ocurre con don Manuel Valencia, su esposa, su hija y trabajadores (excepto Tula).

Luis Bermúdez de Castro, en su libro *Teoría militar y deberes cívicos* (1903), afirma:

“Se sirve a la Patria trabajando para su prosperidad y riqueza en el campo, en el taller, en la fábrica, en la escuela, en todos los organismos de la vida nacional, y la práctica de las virtudes cívicas hace al hombre robusto y fuerte para soportar los combates de la vida. La disciplina en la familia es la base de la sociedad; el respeto y obediencia a los padres habitúan al ciudadano a respetar las leyes, que son mandato de la nación; el trabajo asiduo es el enemigo mayor de la pobreza, y la pobreza es el mayor enemigo de la Patria” (Bermúdez de Castro 1903).

Los personajes liberales de *Un idilio* a través de la guerra cumplen con este perfil ideal de ciudadano obediente, respetuoso y fuerte para soportar las más difíciles pruebas que les impone la historia. De este modo, don Manuel y su familia no son menos patriotas que Juan Álvarez, Vicente Riva Palacio o Nicolás Romero.

3.3.1.3. Personajes que traicionaron a la República para unirse al Imperio

José López Uruga (personaje incidental, histórico)

(Valladolid, Mich., 1810-San Francisco, EUA, 1885). Militar. Combatió la invasión estadounidense en 1847. En 1853 apoyó el golpe de Estado de Manuel María Lombardini que permitió el regreso de Santa Anna al poder. Formó parte del ejército liberal durante la Guerra de Reforma. En 1861 fue ministro de México en Prusia. En 1862, Juárez lo designó comandante del Ejército de Oriente, dejó el puesto en manos de Ignacio Zaragoza y ocupó la Comandancia Militar de Jalisco. En 1864 es nombrado jefe del Ejército del Centro. A fines de julio de ese año, desertó y se adhirió al Imperio. Fue asesor de Maximiliano. En 1866 formó parte de la escolta que acompañó a la emperatriz Carlota a Europa y al triunfo de la República se estableció en Trieste, hoy Italia.

Menciones en la novela:

[...] el viejo militar... (E. Ruiz 1923, 13).

[...] una orden extraña, reiterada y apremiante del general Uraga [...] (E. Ruiz 1923, 13).

(sobre un rumor de que el general Uraga se retiraba de la escena política) [...] El general Uraga maquinaba algo peor. En camino para la traición, sin pensar en que aquella senda que el Imperio le tapizaba de flores, le llevaría al abismo de la ignominia [...] [...] mas como ningún acto oficial suyo había hecho aun patente su traición [...] (E. Ruiz 1923, 15).

[...] se decía que Uraga había logrado seducir a Ronda y a los demás valientes guerrilleros del rumbo de Coeneo (E. Ruiz 1923, 80).

Juan B. Caamaño (personaje incidental, histórico)

Ciudad de México, ¿1835?-1895). Militar. Combatió a los conservadores. Luchó contra la intervención francesa, en cuyo curso fue nombrado gobernador de Michoacán (1864). En 1864 abandonó las filas republicanas y Maximiliano le dio un cargo. Al triunfo de la República pasó dos años confinado en Chihuahua. Participó en los alzamientos de la Noria y Tuxtepec. Gobernador de Chihuahua en 1877, jefe de policía de la Capital (1881-1885) y diputado al Congreso de la Unión (1885) (Musacchio 1999, 408).

Las menciones sobre él en *Un idilio a través de la guerra* son:

(en marzo de 1864 sustituyó en el gobierno del Estado al Gral. Berriozábal) [...] cuya actividad y talentos militares sirvieron para poner en alta fuerza la división de Michoacán (E. Ruiz 1923, 15).

La infidencia de Uraga y de Caamaño, no sólo produjo la desmoralización entre los pueblos, sino que hizo nacer entre los jefes que habían quedado fieles, la desconfianza, los celos, la ambición (E. Ruiz 1923, 80).

Al marchar Caamaño con la división de su mando, a fin de ir a entregarla a don Leonardo Márquez [...] (E. Ruiz 1923, 80).

Comparando lo que el texto dice de Uraga y Caamaño, encontramos:

Tabla 3. Personajes republicanos que apoyaron al Imperio

| Personaje | Qué se dice de él cuando se une al Imperio |
|------------------|---|
| José López Uraga | [...] una orden extraña, reiterada y apremiante del general Uraga. [...] la <u>infidencia</u> de Uraga. [...] En camino para la <u>traición</u> , sin pensar en que aquella senda [...] le llevaría al <u>abismo de la ignominia</u> [...] |

| | |
|-----------------|--|
| Juan B. Caamaño | [mientras fue Republicano] cuya actividad y talentos militares sirvieron para poner en alta fuerza [...] [...] <u>la infidencia</u> de Caamaño. [...] a fin de <u>entregarla</u> [su división] a don Leonardo Márquez. |
|-----------------|--|

Fuente: *Un idilio a través de la guerra*, de Eduardo Ruiz.

En las descripciones de ambos personajes destacan las palabras: infidencia, entrega, traición, abismo de ignominia.

De acuerdo al Diccionario de la Real Academia Española (2014): *Infidencia* es la violación a la confianza y fe debida a alguien; *Entrega* es una atención, interés, esfuerzo, etc., en apoyo de una o varias personas, una acción, un ideal, etc.; *Traición* es un delito cometido por civil o militar que atenta contra la seguridad de su patria y una falta que se comete quebrantando la fidelidad o lealtad que se debe guardar o tener; *Abismo* es sinónimo de maldad, perdición o ruina moral; e *Ignominia* es una afrenta pública.

Por consiguiente, el discurso político de *Un idilio a través de la guerra* tilda tanto a José López Uruga y a Juan B. Caamaño como personajes que cayeron en la vergüenza y el deshonor al faltar a la confianza y lealtad que debieron haber tenido hacia su Patria (la República liberal a la que en un principio apoyaron y cuyos defensores que se mantuvieron fieles al final lograron restaurar), para enfocar sus esfuerzos para apoyar al enemigo (el Imperio, conservadores, Emperador de Francia) y hundiéndose en la ruina moral después de haber perdido la guerra.

3.3.1.4. Personajes conservadores-imperialistas

Don Magdaleno del Río (personaje antagonico principal, histórico)

Don Magdaleno es un personaje antagonico. Es un hombre en edad madura, entre los cuarenta y cincuenta años. No tiene amigos y es soltero. Comienza su participación en la novela en noviembre de 1863, acudiendo todos los domingos con su ancheta (prendas de vestir, vinos, licores y cigarros) al tianguis de La Huacana. Aunque el narrador lo revele más adelante, podemos inferir que desde ese tiempo don Magdaleno era agente del imperio, un espía, un traidor, de acuerdo a la información que Eduardo Ruiz proporciona en *Historia de la Guerra de Intervención en Michoacán*:

A finales de año [1863], menciona Ruiz (1896), que: “rumores vagos afirmaban [...] que el general Bazaine se había propuesto invadir a Michoacán con numerosas fuerzas, a fin de dejarlo enteramente pacificado. Estas y otras noticias, cuyo objetivo era introducir el pánico entre los nuestros, eran propaladas por agentes del imperio que, disfrazados de arrieros, o de vendedores de ancheta, recorrían los pueblos [...] (E. Ruiz 1896, 56).

Basándose en esta anécdota, don Magdaleno es un anchetero que aprovecha su oficio para hacerse pasar por liberal en la Huacana, pero en realidad él es un espía de los conservadores en Morelia. Aunque tampoco parece que esta afiliación haya sido por auténtica convicción en don Magdaleno, más bien parece que este personaje antagonico es un hipócrita que apoya el bando que más conviene a sus intereses.

Don Magdaleno es traicionero, rencoroso, envidioso, hipócrita, abusivo, maltratador de animales, deshonesto, lujurioso, vengativo, grosero, audaz, materialista, superficial y tramposo. Su presencia, la manera en que mira y su tono de voz inspiran miedo, en especial a doña Tránsito, quien trata de prevenir a su marido de las intenciones aquel hombre.

En efecto, Don Magdaleno codicia los bienes ajenos, en especial los de su cliente, don Manuel Valencia: la mula golondrina, su hija Florencia y el rancho Puruantzítiro, y no descansa hasta apoderarse de ellos. Para esto, se vale de diferentes tretas y se rodea de gente tan vil como él.

El día que Pedro y Tula se casan en Nocupétaro (un domingo de noviembre de 1863), don Magdaleno ha logrado vender toda su mercancía y no vuelve a resurtirse. Asimismo, vende su caballo a un teniente en la Huacana y trama, en complicidad con éste, despojar a don Manuel de su mula. Intriga que sale a la perfección.

En 1864, a raíz del desprecio de Florencia y del trato hostil que recibió en Puruantzítiro, don Magdaleno se pronuncia a favor del Imperio consiguiendo ser puesto a la cabeza de una contraguerrilla; en palabras del narrador, una *gavilla*, a la que él utilizará más adelante para sus propios fines de venganza.

El primer contacto que don Magdaleno tiene con Isidro Abad es en la batalla de Pátzcuaro del 23 de julio de 1864, en la que el protagonista se apodera de la mula golondrina que don Magdaleno quitó a la mala a don Manuel. Vemos que don Magdaleno es un personaje histórico, lo cita Eduardo Ruiz en *Historia de la Guerra de Intervención en Michoacán* como combatiente en esta plaza y después como implacable persecutor de liberales dispersos, a quienes fusila sin piedad.

Las menciones que el narrador hace de Don Magdaleno en la Parte Primera de *Un idilio a través de la guerra* son suficientes para crear el perfil de este personaje.

Leonardo Márquez (personaje incidental, histórico)

(Ciudad de México, 1820-La Habana, Cuba, 1913). Militó en el bando conservador durante la Guerra de los Tres Años. En 1859 fue designado gobernador y comandante militar de Jalisco. El 11 de abril de 1859 derrotó en Tacubaya a Santos, lo que le valió el ascenso a general de división. Concluido el combate, Miramón le ordenó fusilar a los oficiales y jefes vencidos, y con ellos, Márquez ejecutó a los médicos, ambulantes y enfermeros civiles. Esta matanza le valió el sobrenombre de Tigre de Tacubaya. Fue acusado de malversación de fondos y encarcelado durante nueve meses. Se reincorporó a filas al ser liberado. El 1 de noviembre de 1860 fue derrotado en Zapotlanejo por González Ortega. En 1861 se refugió en Querétaro y se dedicó al bandidaje y a dificultar la comunicación entre la capital y el occidente del país. Sus hombres asesinaron a Melchor Ocampo, y él mismo derrotó y asesinó a Santos Degollado y Leandro Valle, que trataron de aprehenderlo. A finales de septiembre de 1861 fue derrotado por Santiago Tapia en Pachuca y Real del Monte. Al iniciar la intervención francesa, se unió a los invasores al mando de 2500 hombres. Asistió al sitio y toma de Puebla en 1863, y a finales de ese año y principios de 1864 realizó campañas militares en Michoacán y el sur de Jalisco. Tomó Morelia en diciembre de 1863. De junio de 1864 a 1866, fue diplomático en Constantinopla. Volvió a México y se reincorporó a la guerra, defendió Toluca y acompañó a Maximiliano a Querétaro, donde éste lo nombró general en jefe del Imperio y jefe del Estado Mayor. El 22 de marzo de 1867 rompió el cerco de los republicanos y fue a la Ciudad de México a conseguir refuerzos. De ahí se dirigió a Puebla a auxiliar a los conservadores que eran atacados por las fuerzas de Porfirio Díaz. En junio de 1867 se ocultó y salió del país. Vivió en Estados

Unidos y Cuba. En 1895 regresó a México, indultado por Díaz. En 1910 regresó a Cuba, donde murió (Musacchio 1999, 1748-1749).

Un idilio a través de la guerra dedica algunos renglones a este personaje tan controvertido para la historia mexicana. Cabe destacar que para los años de 1900 y 1902 en que Ruiz escribe esta novela, Leonardo Márquez aún vivía:

[...] siendo padrino [de bautizo de Florencia] su hermano don Luis, padre del infortunado Poncho Portugal, uno de los médicos asesinados por don Leonardo Márquez en Tacubaya el 11 de abril de 1859 [*hace alusión a la acción de la Guerra de Reforma que le valió a Márquez el apodo de 'Tigre de Tacubaya'*] (E. Ruiz 1923, 186).

[...] Quedaba en pie la capital, convertida en teatro de rapiña del célebre don Leonardo Márquez, por unos y otros tenido por traidor (E. Ruiz 1923, 353).

Ramón Méndez (personaje secundario, histórico)

(Matamoros, Tamps. 1829-Querétaro, 1867). Siendo muy joven participó en la revolución de Ayutla y en la guerra de Reforma, siempre del lado del partido conservador. Tuvo participación significativa en la guerra de intervención francesa y la defensa del Imperio de Maximiliano, al mando del Batallón del Emperador, que llegó a estar formado por diez mil hombres. Ordenó el tercer incendio de Zitácuaro en abril de 1865. Su mala fama se debe a haber obedecido la ley del 3 de octubre y mandado fusilar en Uruapan a varios oficiales y coroneles republicanos. Fue un soldado capaz y valiente, uno de los pocos ascendidos a General por Maximiliano. Acudió con sus tropas a Querétaro para morir por el Emperador. A la caída de Querétaro, Méndez fue hecho prisionero por los republicanos y fusilado (Avilés T. 2016).

A continuación incluyo algunas menciones que *Un idilio a través de la guerra* hace sobre él:

[...] De nuevo nos alarmó la noticia de que, a fines del mismo mes, hacía el terrible Ramón Méndez uno de sus rápidos movimientos [...] (E. Ruiz 1923, 223).

[...] En uno de esos días se supo que el 4 de junio, Méndez había fusilado en Ario al denonado guerrillero Nieves Sosa [...] (E. Ruiz 1923, 276).

3.3.1.5. Referencias a los conservadores e imperialistas como grupo opuesto al liberal

Antes de comenzar el análisis de la representación del “otro” en *Un idilio a través de la guerra*, cito algunos fragmentos de la novela:

(Durante la guerra de tres años) [...] contra los reaccionarios (E. Ruiz 1923, 5).

(Durante la guerra de tres años) [...] contra el *Ejército*, como por antonomasia se llamaban a sí mismo los sicarios de la tiranía; aquel ejército, feroz y constante enemigo de las instituciones libres, que más se ufanaba de formar la *Guardia* de S. A. S. el dictador Santa Anna, que de ser el defensor de la independencia nacional. Tal se había presentado desde la grandiosa revolución de Ayutla, hasta que desapareció al triunfar la República de la intervención francesa y del efímero imperio de Maximiliano de Habsburgo (E. Ruiz 1923, 5-6).

(Sobre el inicio de la Guerra de Intervención francesa) [la independencia] amenazada por los soldados extranjeros y por el *Ejército* de Santa Anna y Miramón (E. Ruiz 1923, 11).

Llama la atención el uso que el autor (o narrador) hace de la tipografía cursiva en las palabras *Ejército* y *Guardia*, cuando se refiere a instituciones creadas por el Partido Conservador. De acuerdo a la Guía de Estilo de Fundéu BBVA, uno de los usos principales de la cursiva es como remplazo de las comillas en textos de opinión, cuando el autor quiere distanciarse de una palabra o expresión (en especial para expresar carga irónica o doble sentido). De este modo se da a entender que se trata de palabras escritas o pronunciadas por otras personas (Fundéu BBVA 2017, 3).

Por lo tanto, el uso de cursivas en estas palabras, obedece a la intención del autor de dar a entender algo contrario o diferente de lo que se dice, burlarse de manera disimulada de las instituciones que apoyaban a los gobiernos conservadores (o reaccionarios, como los

llamaban los liberales de la época). El autor marca una distancia de aquel bando, connotando una ideología opuesta a la que él hace mofa.

[...] Los elementos de guerra escaseaban en nuestro ejército, en tanto que los soldados del imperio estaban ampliamente provistos de ellos, merced al auxilio pecuniario, lo mismo que material, que Napoleón III había administrado a los que traicionaban a la patria [refiriéndose a los conservadores] (E. Ruiz 1923, 79).

[...]Por otra parte, aquel era su puesto, pues el *anchetero* siempre había pertenecido a ese bando de hipócritas y malvados que se llaman a sí mismo el partido de la gente decente (E. Ruiz 1923, 87).

Es de llamar la atención los epítetos que el narrador de *Un idilio a través de la guerra* utiliza: *sicarios de la tiranía, feroz y constante enemigo de las instituciones libres, los que traicionaban a la patria, bando de hipócritas y malvados que se llamaban a sí mismo el partido de la gente decente*. Asimismo, el narrador descalifica una rebelión promovida por unos cuantos partidarios del Imperio en Uruapan, llamándola *ridículo y trágico pronunciamiento*.

Los imperialistas y conservadores de acuerdo al discurso de *Un idilio a través de la guerra* están ligados a la traición, a la contraguerrilla, a la amenaza a la libertad, al pillaje, a la inmoralidad, a la crueldad. Bajo esta visión, los imperialistas y conservadores son asesinos, y representan valores diametralmente opuestos a los liberales o republicanos.

3.3.2. IDEOLOGÍA DOMINANTE EN *UN IDILIO A TRAVÉS DE LA GUERRA*

De acuerdo con la teoría de la ideología de Teun A. Van Dick, podemos afirmar que la novela *Un Idilio a través de la Guerra* es ideología en cuanto a que contiene un sistema cognitivo, una representación mental de una serie de acontecimientos históricos y conocimientos almacenados por más de treinta años, como Eduardo Ruiz hace constar en las introducciones a sus obras literarias *Historia de la Guerra de Intervención en Michoacán* y en *Un Idilio a través de la Guerra*, que constituyen su interpretación de la Guerra de Intervención Francesa en el Estado de Michoacán, principalmente; y que representa su comprensión de los discursos e interacciones entre sus contemporáneos liberales y conservadores, republicanos e imperialistas, y patriotas y traidores a la patria.

Como se ha podido constatar a lo largo de esta investigación, *Un idilio a través de la guerra* tiene una marcada inclinación liberal, un sistema social que durante la Guerra de Intervención compartieron millones de mexicanos, Eduardo Ruiz como autor de esta historia, sus protagonistas ficcionales, así como los combatientes a favor de la República y los civiles que apoyaron este proyecto de nación. Asimismo, como una novela influenciada por el romanticismo social en el manifiesto y la obra literaria de Ignacio Manuel Altamirano, *Un Idilio a través de la Guerra* comparte el propósito de instruir y entretener a la población con la ideología triunfante a partir de la República Restaurada y que continuó durante los siguientes treinta y cinco años, con pocas modificaciones durante el Porfiriato. Tiempo en el que el liberalismo político no tuvo oposición y pudo implantarse en la educación de los niños y jóvenes, y controlando el conocimiento nacionalista a nivel general bajo la visión liberal republicana.

El discurso que Eduardo Ruiz, como autor y como narrador ficcional de la novela, utiliza es congruente con la ideología que profesó y pretendió participar del proceso de educar al pueblo en los principios políticos del liberalismo, sin dejar de mostrar a la moral tradicional como modelo de conducta ideal; así como aprender una historia de México sesgada y parcial, en la que los republicanos fueron los buenos y los imperialistas los malos.

El discurso en *Un Idilio a través de la Guerra* privilegia a los personajes que profesan el liberalismo como ideología política y como plataforma de partido, sus instituciones (el gobernador del Estado, el Presidente de la República, el Ejército Republicano, los auxiliares del gobernador, los secretarios, etcétera); y sus luchas por la libertad, la democracia, la independencia, la reforma.. De igual manera, nos presenta un escenario de valores morales y éticos como la humildad, la honradez, la valentía, el patriotismo y la lealtad, que en *Un Idilio a través de la Guerra* se presentan como modelos de conducta ideales y, por lo tanto, deben seguirse. Pero también hace marcados contrastes entre las conductas de los jefes de los bandos en pugna (por ejemplo, el trato humano que los guerrilleros liberales dan a sus prisioneros en contraste con el que los imperialistas dan a los chinacos que capturan: muerte inmediata sin posibilidad de ser enjuiciados por una corte), y motivos (mientras que los liberales buscan la independencia y el progreso de su patria, los conservadores la traicionan al entregarla a un emperador extranjero y al rey de Francia, pretenden mantener al país en el atraso, tanto ideológico como económico, y matan a sus hermanos mexicanos).

La ideología que Ruiz y su narrador (en este caso, una autoficción del autor) nos presentan en el discurso de esta novela es, por lo tanto, sesgada. En el discurso hay una serie bipolaridades morales y políticas basadas en el sentido de lo que es correcto y erróneo,

bueno y malo, virtuoso y vicioso, patriótico y antipatriótico, la humanidad y la crueldad, lo humano y lo cruel, lo liberal y lo conservador.

En este universo ficcional, el liberalismo -como auto representación- es depositario de todas las características positivas, por lo que es correcto, progresivo, atractivo y un modelo a seguir para todos los lectores; y el conservadurismo -como representación de los grupos adversarios- es lo negativo, erróneo, retrógrada y, en consecuencia, debe ser repulsivo para el público. La visión de Ruiz sobre quiénes fueron los buenos y quiénes los malos en este acontecimiento histórico era compartido por millones de compatriotas y escritores liberales coetáneos, como Guillermo Prieto, Altamirano, Gregorio Torres Quintero, Justo Sierra, e incluso un personaje tan controvertido como Manuel Payno. Esta visión de la historia fue la dominante durante la República Restaurada y el Porfiriato.

Cabe destacar que a pesar de que en *Un Idilio a través de la Guerra* se contextualiza la situación política y social al interior de Michoacán, no lo hace de la misma manera con el momento histórico en los otros Estados de la República, la presidencia itinerante de Benito Juárez, el gobierno imperial de Maximiliano y la política exterior en Francia o con los Estados Unidos, nación clave para la decisión de la guerra a favor de los republicanos. El texto se limita a mencionar brevemente que las tropas invasoras comenzaron a retirarse y que Carlota viajó a Europa para entrevistarse con Napoleón III en París y ella, al no conseguir nada, perdió la razón.

Estos sistemas de creencias históricas que se construyeron en torno a los liberales y los conservadores prevalecen en gran medida en el imaginario colectivo hasta la actualidad y constituyen la base común del conocimiento que los mexicanos tenemos sobre nuestra historia. Sin embargo, mientras que la veneración a la memoria de Benito Juárez se ha mantenido intacta desde la época en que Eduardo Ruiz escribió *Un Idilio a través de la*

Guerra, la imagen de Porfirio Díaz posterior a la Revolución Mexicana fue desacreditada y condenada al vilipendio. Apenas en tiempos recientes se ha intentado revalorar su papel en la historia de México.

CONCLUSIONES

Tras haber ubicado *Un idilio a través de la guerra*, de Eduardo Ruiz, en sus contextos histórico, sentimental y costumbrista, y después de realizar un análisis crítico del discurso político en la novela, podemos hacer las siguientes observaciones a manera de conclusión.

Un idilio a través de la guerra, de Eduardo Ruiz, es una novela popular, heredera de las novelas por entrega o de folletín, que no sólo es histórica, como fue clasificada en la edición príncipe de 1923, es igualmente sentimental y costumbrista. Por este motivo, resulta más apropiado denominarla una obra híbrida. Las novelas mexicanas del último tercio del siglo XIX, por ejemplo, *Clemencia* o *El Zarco*, de Altamirano, o las de Riva Palacio, también presentan elementos de los tres géneros: sustento histórico, trama sentimental, valores morales y políticos, pinceladas de costumbrismo para captar el espíritu de la sociedad en que se ambienta el texto literario, y un discurso sesgado que privilegia al liberalismo.

Como hombre del siglo XIX, Eduardo Ruiz recurrió a modelos literarios del romanticismo francés y tomó elementos de la novela sentimental francesa, como *El Genio del Cristianismo*, de Chateaubriand, y *Pablo y Virginia*, de Bernardino de Saint Pierre; el costumbrismo español y la novela histórica de Alexandre Dumas y Víctor Hugo, en las cuales también hallaron inspiración escritores mexicanos contemporáneos a Ruiz. Sin embargo, la novela *Un idilio a través de la guerra* también logró rigor en su apego por la documentación histórica y en la observación de la sociedad de la época a la que retrata, características propias del realismo. Un realismo que, como hemos visto, en México no se

siguió al pie de la letra, y a menudo contenía elementos románticos, tanto en la trama como los personajes y la ideología.

Las novelas mexicanas del último tercio del siglo XIX se ambientaron en medio de acontecimientos de gran trascendencia para la formación y evolución positiva del país: la época prehispánica, la Conquista, la Colonia, la Guerra de Independencia, la Guerra contra Estados Unidos, la Reforma y la Guerra de Intervención Francesa. Los escritores contemporáneos a Eduardo Ruiz creían que el Imperio de Maximiliano era la última prueba que el país había tenido que enfrentar para afirmarse como país. A partir de entonces, México había entrado en un proceso de paz en el que todos sus habitantes debían unirse y trabajar juntos para alcanzar el tan deseado progreso para ponerse a la altura de las potencias internacionales.

En su libro *Evolución Política del Pueblo Mexicano*, Justo Sierra señala que en México no habido más que dos revoluciones, “dos aceleraciones violentas de su evolución”. La primera fue la Revolución de Independencia, la emancipación de España surgida de su impotencia para gobernarnos y gobernarse; y la segunda fue la gran Reforma de 1854 a 1867, en la que surgió la necesidad de “establecer una constitución política, un régimen de libertad, de transformación social sobre la supresión de las clases privilegiadas, sobre la distribución equitativa de la riqueza pública [...] Esta segunda revolución fue determinada por la invasión americana y la inconsistencia de un organismo que apenas podía llamarse nación” (Sierra 1977, 181).

Justo Sierra señalaba las tres grandes desamortizaciones de la historia mexicana: la de la Independencia, que dio vida a nuestra personalidad mexicana; la de la reforma “que dio vida a nuestra personalidad social”; y la de la Paz, que, con el influjo del capital extranjero “dio vida a la personalidad internacional” (Hale 1972, 6-7).

Sierra consideraba que bajo la firme y necesaria guía de Porfirio Díaz, el país había entrado en la era industrial de progreso económico práctico y regeneración social. Los historiadores positivistas encontraron arcaico el constitucionalismo liberal, mientras seguían inspirándose en la labor liberal de reforma anti corporativa y anticlerical (Hale 1972, 7).

El tema central de *Un idilio a través de la guerra* es precisamente la guerra que terminaría de dar a México “su personalidad social”, en palabras de Sierra, y el tema ficcional adjunto, el idilio entre Isidro y Florencia. Ambas temáticas se desarrollan de manera lineal, a excepción de algunas alteraciones en el tiempo; como la de cambio de narrador que hallamos al final de la Primera Parte, que retoma su curso tradicional en el capítulo III de la Parte Tercera. Los capítulos de la Parte Primera tienen por función introducir el contexto histórico y geográfico a la Guerra de Intervención Francesa, en el que Isidro y el narrador van a reencontrarse a partir de julio de 1864 (cuando la guerra en el Estado ya tenía más de medio año de haber estallado), y las circunstancias en las que el conflicto entre don Manuel y don Magdaleno, quien codicia los bienes del primero. La Primera Parte culmina con una elipsis de un año, cuyos acontecimientos serán mostrados a detalle en durante toda la Parte Segunda (en la que Isidro conoce a Florencia y surge el amor) y parte de la Tercera. A partir del canje de prisioneros en Acuitzio, hasta el desenlace, la trama sigue una trayectoria bastante lineal, a excepción de algunas anacronías narrativas ya señaladas durante el análisis literario.

En *Un idilio a través de la guerra* se desarrollan dos guerras que corren paralelas: una macro y una micro. La macro-guerra es la Guerra de Intervención en Michoacán (de noviembre de 1863 al 18 de febrero de 1867), librada entre dos partidos políticos: el liberal contra el conservador, por la implantación de dos modelos políticos: el republicano y el

monárquico; el primero tomando como ejemplo del sistema de gobierno de los Estados Unidos, el segundo añoraba que México se gobernara como en Europa, como en aquel entonces lo hacían naciones como Francia, España e Inglaterra. De hecho, los conservadores mexicanos consiguieron el apoyo del Emperador de Francia, Napoleón III, quien, como hemos visto, se valió de la presión por el pago de una deuda que el Presidente de México, Benito Juárez, pospuso, para enviar sus tropas a México e invadir el territorio para derrocar a Juárez e imponer a un monarca extranjero, en este caso, Maximiliano. La micro-guerra es la que entabla Don Manuel Valencia (“honrado y laborioso”) contra Don Magdaleno (hipócrita, traidor, grosero); inicia por las mismas fechas que la de Intervención en el Estado y culmina algún tiempo antes de la rendición de la Ciudad de México, el 21 de junio de 1867, con la captura y ejecución del antagonista.

Más allá de ser una obra de ficción popular escrita para entretener al lector, *Un idilio a través de la guerra* cumple una función pedagógica, implícita en cuanto a la moralidad (predominantemente conservadora, machista), pero explícita y persuasiva cuando trata el aspecto político (tendente hacia el liberalismo y el concepto sesgado de patriotismo visto desde esta ideología). Los protagonistas, Isidro Abad y Florencia Valencia, son modelos a seguir para las masas por los valores que poseen. Ambos personifican formas ideales de conducta que son predicadas durante el desarrollo de la trama. Para el narrador y el autor de la novela, es evidente que la visión de lo que es correcto es liberal cuando se trata de política, pero conservadora respecto a las cuestiones morales, lo cual parece confirmar la afirmación de Giannetti: que la mayoría de las personas son liberales en algunos aspectos, conservadores en otros (Giannetti 1993, 379). De igual manera, don Manuel es un ejemplo a seguir por su inteligencia, su filosofía de vida, el trabajo, el modo en que ha hecho producir tierra que en un principio era árida,

convirtiéndola en fértil, y cómo hace valer su autoridad ante sus peones y familia. Doña Tránsito representa al ama de casa ideal.

Desde el primer capítulo, el narrador nos presenta a Isidro Abad de un modo atractivo, busca ganarse la simpatía del lector hacia él desde las primeras páginas: él es buen amigo, buen hijo, buen mexicano y un caballero con las damas. Isidro es un amante activo y protector, mientras que Florencia es pasiva, buena e inmaculada; valiente, pero vulnerable, por lo que activa el ya mencionado instinto protector de su novio y apela al nuestro, como lectores.

Isidro Abad es un personaje simpático por dramatizar características como el idealismo, la valentía, el juego limpio, la amabilidad y la lealtad. Además, sus posibilidades de salir triunfador (en la guerra y en el amor) son pocas, lo cual también apela al lector para que se ponga de su lado. En su propia manera, Florencia es encantadora por su idealismo, gallardía, generosidad, obediencia, docilidad y lealtad. Ambos tienen valores que los hacen admirables socialmente. Su juventud y apostura también aportan a esta predisposición favorable al que el autor y narrador apelan al lector para que sienta hacia ellos.

En contraparte, don Magdaleno y los caudillos del partido conservador y el Imperio personifican características, tanto políticas como morales, en su totalidad negativas. Don Magdaleno del Río fue caracterizado para que desde el comienzo sintamos desagrado por él, como persona y por los antivalores que practica: avaricia, crueldad, deslealtad, hipocresía, vanidad, y, por si fuera poco, se ha unido al Imperio para conseguir sus malvados objetivos. No sólo eso, el narrador de *Un idilio a través de la guerra* a menudo hace juicios de valor tendentes a manipular la opinión de la audiencia sobre el bando perdedor. La destrucción de un paraíso como Puruantzítiro a manos de don Magdaleno es

metáfora de lo que el enemigo, conservadores e imperialistas, por su ambición han sido capaces de hacer con el país.

Don Magdaleno, al igual que los invasores extranjeros, se quiere apoderar de las tierras, la hija y los bienes de Don Manuel, quien en los tres casos simboliza a la patria mexicana. Puruantzítiro es aquella tierra independiente, fértil, abundante, propiedad sólo de quien la trabaja; Florencia representa la inocencia de la juventud, los hijos, el futuro del país, y además pertenece a la generación de pobladores que deberá luchar por la libertad de la patria y su prosperidad por la vía del progreso; la mula golondrina representa los recursos de la nación. Don Magdaleno pretende salirse con la suya por medio del despojo, la trampa y una guerra cruenta y sanguinaria.

De acuerdo a la ideología del narrador de *Un idilio a través de la guerra* y sus personajes modelo (Isidro, Florencia, don Manuel, doña Tránsito y los caudillos republicanos), el modelo liberal es el correcto, el que conducirá a México por la vía de la paz, el progreso y la libertad, mientras que el segundo modelo lo llevaría al retroceso, la guerra y la esclavitud, a perder la independencia.

Cuando triunfó la República, el partido conservador mexicano dejó de ser una fuerza política opositora y cayó en el desprestigio, lo cual dio paso a que el liberalismo fuera la fuerza política hegemónica en el país, la dominante, que, no obstante, necesitaba legitimar su discurso y programa político entre la población. Sin embargo, con el paso de los años, este discurso no se mantuvo inmutable en el liberalismo, sino que evolucionó y adoptó los principios de otra ideología, el positivismo, con la cual se fusionó. Para que ambas ideologías pudieran permear en la población, el pensamiento pudiera homogeneizarse y eliminar cualquier oposición al régimen (al principio juarista y, tiempo después, porfirista), el Estado se valió de los medios de comunicación de la época, como

los libros, las revistas y los periódicos, así como el arte en general, que adquirieron un discurso nacionalista.

Atendiendo este propósito de propaganda política, moral y didáctico al servicio del Estado, en *Un idilio a través de la guerra* los liberales, republicanos, los mexicanos o chinacos, son representados como víctimas de los conservadores, retrógradas, traidores, mochos, o imperialistas, quienes los fusilan y encarcelan si caen presos. Si los liberales lograron vencer a los conservadores durante la Guerra de Intervención Francesa fue porque se sacrificaron por la salvación de la Patria.

Eduardo Ruiz fue un autor fuertemente atado a la historicidad, al tiempo, al espacio y a la circunstancia social en la que sitúa su novela, la cual parte de las experiencias personales que vivió durante la Guerra de Intervención Francesa, al modo de vida y la geografía de la época en Michoacán. Fue un escritor arraigado a sus recuerdos del pasado, empeñado en conservar la historia de su Estado natal por escrito, pero no sólo eso, intentó hacer la historia accesible y didáctica a la población en general, preocupándose por ofrecer lecturas accesibles y al pueblo que lo entretuvieran, refrendaran sus valores y le enseñaran tanto historia, como geografía y moral. Por eso dotó a *Un idilio a través de la guerra* de una trama sentimental adyacente a la rigurosamente histórica, y una costumbrista fundada en la observación de la vida cotidiana de la región.

La novela de Eduardo Ruiz está ambientada en su mayoría en el Michoacán de la Guerra de Intervención Francesa y la impregna de un discurso de poder que corresponde con el liberalismo triunfante desde 1867, el cual, en apariencia aún tenía que reafirmarse y arraigarse en el no consciente colectivo de cara al siglo XX, época en la que el régimen porfirista comenzaba a entrar en crisis, lo que años más tarde haría estallar la Revolución Mexicana. La visión nacionalista de la novela nos muestra a los liberales como héroes que

se sacrifican por la libertad de su patria, son buenos mexicanos, honestos, hombres de valores y principios morales y religiosos bien arraigados, seres capaces de sentir los más nobles sentimientos, como es el amor, la solidaridad y la humanidad. Caso contrario con los imperialistas mexicanos, como el general Ramón Méndez, personaje histórico, o el antagonista, don Magdaleno, quienes son crueles y carecen de escrúpulos.

Si bien *Un idilio a través de la guerra* es una novela de propaganda al servicio del Estado, no es del liberal que triunfó en 1867, sino del Porfiriato, que hacia comienzos del siglo XX comenzaba a entrar en crisis. En tan sólo unas décadas, el liberalismo en México pasó de ser una ideología de izquierda que luchó para imponerse a la derecha (conservadora) por el progreso político y social de la nación a un Estado totalitario de extremo centro en el que la oposición era prácticamente inexistente, severamente reprimida y no se habían logrado erradicar problemas como el latifundismo y la extrema pobreza en la mayor parte de la población.

El 21 de octubre de 1887 se reformó el artículo 78 de la Constitución, capacitando a Porfirio Díaz para reelegirse en periodos presidenciales consecutivos. Eduardo Ruiz se mostró a favor de ello, *para aprovechar los servicios de un ilustre ciudadano cuya reputación levantaba el crédito nacional y sus buenas dotes administrativas abrían nuevas vías de progreso* (Hernández Cadenas 1998).

Eduardo Ruiz, lerdista en un inicio, se convenció de que la permanencia de Díaz en el poder era garantía de paz en el interior y confianza en el exterior, deviniendo en un porfirista entusiasmado que no prestó atención más que a la visión que el mundo exterior pudiera tener de México y al crecimiento económico, pero no al desarrollo social de una población miserable. Además, es digno de especial atención el hecho de que Ruiz se desempeñase en altos cargos públicos relacionados con la justicia y la legislación en un

Estado totalitario, represor y genocida. Recordemos que fue Procurador General de la República de 1882 a 1900 y Magistrado de la Suprema Corte de Justicia a partir de ese año hasta su muerte. Eduardo Ruiz sirvió a un régimen que a principios del siglo XX, no toleraba que sus habitantes disintieran de él.

Para 1923, tiempo en el que *Un idilio a través de la guerra* fue publicada, el discurso positivo y liberal habían sido superados, y Porfirio Díaz, el positivismo y la mayoría de sus colaboradores eran repudiados. El segundo nacionalismo que impulsó el gobierno del Gral. Álvaro Obregón por medio de José Vasconcelos tenía otros valores, comparado al impulsado por Ignacio Manuel Altamirano. Además, las noticias de la novela mexicana del siglo XIX se basan en los trabajos de Luis González Obregón (1889), José López-Portillo y Rojas (1906) y Federico Gamboa (1914), momento en el que la novela de Ruiz aún no existía o no había visto la luz. Esta puede ser la razón por la que la novela de Eduardo Ruiz quedó fuera del canon de novelas mexicanas del último tercio del siglo XIX.

No obstante, pese a la constante omisión a *Un idilio a través de la guerra* de los estudios filológicos a la novela mexicana del siglo XIX, ésta representa el epítome de una época literaria y un siglo que se extinguían para dar paso a una era con cambios a una velocidad más rápida.

Vittoria Borsò critica al nacionalismo mexicano en torno a tres juicios: a) Reducción melodramática y pedagogía maniquea entre un mundo de buenos y malos; b) Colonialismo y hasta racismo de las definiciones; c) a la aporía y los conceptos de autenticidad de la nación mexicana. No obstante, la autora también destaca los elementos productivos de la utopía liberal, antes señalados por Monsiváis en *Aires de Familia* (2000), tales como: a) el sentimiento religioso sin la deformación de la Iglesia; b) la redención de la

mujer al humanizarse en las tareas domésticas; c) la regeneración campesina “por el trabajo y la virtud” (Borsò 2010, 235-236).

Un idilio a través de la guerra, de Eduardo Ruiz, es una novela que, a pesar de presentar las características señaladas por Borsò y Monsiváis: su maniqueísmo político, personajes arquetípicos y estereotipados, sentimiento religioso sin deformación a los preceptos morales de la Iglesia, redención de la mujer al humanizarse en las tareas domésticas, vindicación del campesinado por el trabajo y la virtud, y arraigado apego a las fórmulas preestablecidas desde hace milenios para escribir novela sentimental y la combinación en su estilo de las corrientes romántica y realista; merece ser valorada y estudiada a la par de la obra de escritores mexicanos contemporáneos a Ruiz que gozan de mayor reconocimiento, como Vicente Riva Palacio, Juan A. Mateos, José Tomás de Cuéllar e Ignacio Manuel Altamirano.

BIBLIOGRAFÍA

- Aguirre Cinta, Rafael. *Lecciones de Historia General de México*. 11a edición. México: Librería de la Vda. de Ch. Bouret, 1903.
- Alonso, Amado. «Ensayo sobre la Novela Histórica.» En *Ensayo sobre la Novela Histórica. El Modernismo en "La Gloria de Don Ramiro"*, por Amado Alonso, 7-81. Madrid: Gredos, 1984.
- Altamirano, Ignacio Manuel. *Historia y Política de México*. Bucaramanga: El Libro Total, 2006.
- Altamirano, Ignacio Manuel. *Revista literaria*. Vol. I, en *Obras de D. Ignacio M. Altamirano*, por Ignacio Manuel Altamirano, 512. México: Imprenta de Victoriano Agüeros, 1899.
- Álvarez, María Edmée. *Literatura Mexicana e Hispanoamericana*. México: Porrúa, 1993.
- Alvear Acevedo, Carlos. *Historia de México*. Quincuagésima cuarta edición. México: Jus, 1995.
- Ambrocio Barrueto, Fausto M., y Jorge J. De la Cruz Mendoza. *El realismo literario*. Lima, 2008.
- Anderson Imbert, Enrique. *Historia de la Literatura Hispanoamericana*. Segunda edición. Vol. I. La Colonia. Cien años de República. México: Fondo de Cultura Económica, 1970.
- Andrade, Cayetano. *Antología de escritores nicolaitas*. México: Vanguardia Nicolaita, 1940.
- Anónimo. *El Partido Conservador en México*. México: Imprenta de J. M. Andrade y F. Escalante, 1855.
- Antas, Delmiro. *Auxiliar para el comentario de textos literarios*. Segunda edición. Barcelona: Octaedro, 2005.
- Armenta López, Bladimir Netzahualcóyotl. *Eduardo Ruiz. Liberal, patriota, literato y magistrado*. México: Comité Editorial del Gobierno de Michoacán, 1985.
- . *Eduardo Ruiz. Liberal, patriota, literato y magistrado*. México: Comité Editorial del Gobierno de Michoacán, 1985.

- Avilés Becerril, José Carlos. *Heroica Tacámbaro: Crónica de una Gestión*. Morelia: Contreras Impresores, 2012.
- Avilés T., Miguel Ángel. *Morir con el Emperador*. 9 de Abril de 2016. <http://www.elclarindiario.com/secciones/Municipio/2016/abril/Z3-09-04-16.html> (recuperado el 15 de Julio de 2017).
- Ayuntamiento de Salamanca. *La novela popular en España 1840-1960*. Salamanca: Ayuntamiento de Salamanca, 2014.
- Aznar, Marcial. *Un recuerdo de Juárez*. México: Tip. y Lit. "La Europea" de J. Aguilar Vera y Compañía, S. en C., 1906.
- Barbosa, Manuel. *Apuntes para la Historia de Michoacán*. Morelia: Talleres de la Escuela Industrial Militar Porfirio Díaz, 1906.
- Bermann, Sandra. «Introduction.» En *On Historical Novel*, por Alessandro Manzoni, 1-59. University of Nebraska Press, 1984.
- Bermúdez de Castro, Luis. *Teoría militar y deberes cívicos*. Madrid: Sucesores de Rivadeneyra, 1903.
- Bolívar Meza, Rosendo. *Historia Contemporánea de México I*. Segunda. México: Instituto Politécnico Nacional, 2004.
- Borsò, Vittoria. «Paradojas del Nation-Building en la Genealogía de la Literatura "Nacional" Mexicana: Ignacio Manuel Altamirano y Juan A. Mateos.» En *Escribiendo la independencia*, por Robert Folger and Stephan Leopold, 225-246. Madrid: Vervuert, 2010.
- Brushwood, J. S. *México en su novela*. México: Fondo de Cultura Económica, 1998.
- Bulnes, Francisco. *El verdadero Juárez y la verdad sobre la Intervención y el Imperio*. México: Librería de la Vda. de Ch. Bouret, 1904.
- Butterfield, Herbert. *The Historical Novel*. Londres: Cambridge University Press, 1924.
- Campos, Rubén M. *El bar: la vida literaria de México en 1900*. México: UNAM, 1996.
- Carballo, Emmanuel. *Reflexiones sobre Literatura Mexicana Siglo XIX*. México: Instituto de Seguridad y Seguros Sociales de los Trabajadores del Estado, 1999.
- Casasola, Gustavo. *Seis siglos de historia gráfica de México 1325 - 1925*. Tercera. Vol. II. México: Ediciones Gustavo Casasola, 1967.

- Chávez Calderón, Pedro, y Eva Lydia Oseguera Mejía. *Literatura Universal 2*. Segunda edición. México: Publicaciones Cultural, 1993.
- Chorén, Josefina, Guadalupe Goicoechea, y Angeles Rull. *Literatura Mexicana e Hispanoamericana*. Segunda edición. México: Publicaciones Cultural, 1990.
- Colón Hernández, Cecilia. «La construcción de la Literatura Nacional.» *Fuentes Humanísticas*, no. 38 (2009): 93-100.
- . *El romanticismo mexicano del siglo XIX a través de una novela representativa: Monja y Casada, Virgen y Mártir, de Vicente Riva Palacio*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2009.
- Correa Calderón, E. «Los costumbristas españoles del siglo XIX.» *Bulletin Hispanique* 51, no. 3 (1949): 291-316.
- Cortés Hernández, Valeria Soledad. «La Quinta Modelo. La novela como fuente histórica del México decimonónico.» *Fuentes humanísticas*, no. 43 (2012): 31-40.
- Cruzado, Manuel. *Bibliografía Jurídica Mexicana*. México: Tip. de la Oficina Impresora de Estampillas, 1905.
- Cuyás Armengol, Arturo. *Hace falta un muchacho*. Madrid: Imprenta y litografía de Julián Palacios, 1913.
- Delgado de Cantú, Gloria M. *Historia de México. El proceso de gestación de un pueblo*. Vol. I. México: Pearson, 2006.
- Díaz, Lilia. *El liberalismo militante*. Vol. 3, en *Historia General de México*, por El Colegio de México, 85-162. México: SEP / El Colegio de México, 1981.
- Díaz, Lilia. «El liberalismo militante.» En *Historia general de México*, por Centro de estudios históricos de El Colegio de México, 583-631. México: El Colegio de México, 2001.
- Díaz y de Ovando, Clementina. «Un gran literato liberal, Vicente Riva Palacio.» *Anales (UNAM)* II, no. 27 (1958): 47-62.
- Diez-Echarri, Emiliano, y José María Roca Franquesa. *Historia de la Literatura Española e Hispanoamericana*. Segunda edición. Madrid: Aguilar, 1979.
- Eagleton, Terry. *Ideología. Una introducción*. Buenos Aires: Paidós, 1997.

- Ediciones Técnicas Paraguayas, S.R.L. *Platicame un Libro* 52. <http://www.etp.com.py/fichaLibro?bookId=51306> (recuperado el 26 de Noviembre de 2016).
- El Carruaje*. Directed by Raúl Araiza. Performed by José Carlos Ruiz, María Elena Marqués, Aarón Hernán, Salvador Sánchez and Carlos Fernández. 1972.
- El Federalista. «Secretaría de la Diputación Permanente del Congreso de la Unión.» *El Federalista*, 29 de Julio de 1871: 3.
- El Partido Liberal. «La revista de ambos mundos. Flagrante delito de Plagio. Una Leyenda de Michoacán.» *El Partido Liberal*, 23 de Mayo de 1893: 1.
- . «El estandarte.» *El Partido Liberal*, 5 de Abril de 1894: 3.
- El Siglo Diez y Nueve. «El Renacimiento.» *El Siglo Diez y Nueve*, 18 de Octubre de 1869: 3.
- El Telégrafo. «Defunción.» *El Telégrafo*, 29 de Marzo de 1881: 3.
- El Tiempo Ilustrado. «La Muerte del Señor Magistrado Eduardo Ruiz.» *El Tiempo Ilustrado*, 24 de Noviembre de 1902.
- Fernández Contreras, Rosalba. *Literatura de México e Iberoamérica*. Segunda edición. México: McGraw Hill, 2001.
- Fernández Delgado, Miguel Ángel. *Ignacio Manuel Altamirano*. México: Suprema Corte de Justicia de la Nación, 2006.
- Ferreras, Juan Ignacio. *Benito Pérez Galdós y la Invención de la Novela Histórica Nacional*. Madrid: Endymion, 1997.
- . *El Triunfo del Liberalismo y de la Novela Histórica (1830-1870)*. Madrid: Taurus, 1976.
- Figuroa Esquer, Raúl. «El tiempo eje de México, 1855-1867.» *Estudios X*, no. 100 (Primavera 2012): 23-49.
- Frías, Heriberto. *El Sitio de Querétaro y el Cerro de las Campanas*. Barcelona: Maucci Hermanos, 1901.
- Fuentes Díaz, Vicente. *Valentín Gómez Farías. Padre de la Reforma*. México: Comité de Actos Conmemorativos del Bicentenario del Natalicio del Dr. Valentín Gómez Farías, 1981.
- Fundéu BBVA. *Cursiva y Redonda. Guía de Estilo*. 22 de marzo de 2017.

- Galeana de Valadés, Patricia. *Benito Juárez. Benemérito de las Américas*. México: Anaya, 1989.
- Gamboa, Federico. «La Novela Mexicana.» *Conferencia leída en la "Librería General" el 3 de enero de 1914*. México: Eusebio Gómez de la Fuente, Editor, 1914. 27.
- García, Clara Guadalupe. *Las mujeres de Ruiz. La participación femenina durante la Intervención Francesa en Michoacán en la obra de Eduardo Ruiz*. México: Biblioteca del Centro de Estudios del Porfiriato, 1998.
- García Cubas, Antonio. *Atlas Geográfico, Estadístico e Histórico de la República Mexicana*. México: Imprenta de J. M. Parra, 1856.
- García Mora, Carlos. *Guerra y Sociedad durante la Intervención Francesa. 1863-1867*. Vol. III, en *Historia General de Michoacán*, por Enrique Florescano, 61-100. Morelia: Departamento de Ediciones y Publicaciones del Instituto Michoacano de Cultura, 1989.
- Garvida, Mignette M. «El costumbrismo en la literatura filipino-hispana durante la segunda mitad del siglo XIX.» *Jornadas de investigación literaria y lingüística de los estudiantes graduados del programa de Español*. Ryerson University, 2007. 1-10.
- Giannetti, Louis. *Understanding Movies*. 6a edición. Nueva Jersey: Prentice Hall, 1993.
- Godoy, José F. *Enciclopedia Biográfica de Contemporáneos*. Washington: Establecimiento Tip. de Thos. W. Cadick, 1898.
- Gómez-Aguado, Guadalupe. «Benito Juárez, el Estado laico y la creación del México moderno.» *Revista Decires* (Universidad Nacional Autónoma de México), 1998: 105-116.
- Gómez Redondo, Fernando. *Manual de crítica literaria contemporánea*. Madrid: Castalia, 2008.
- Gómez Rufo, Antonio. «La novela histórica como pretexto y como compromiso.» En *Reflexiones sobre la novela histórica*, por José Jurado Morales. Cádiz: Fundación Fernando Quiñones y Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, 2006.
- Gomezjara, Francisco A., y Delia Selene de Dios. *Sociología del cine*. México: SepSetentasDiana, 1981.

- González, Luis. «El Periodo Formativo.» En *Historia Mínima de México*, por Daniel Cosío Villegas, Ignacio Bernal, Alejandra Moreno Toscano, Luis González, Eduardo Blanquel y Lorenzo Meyer, 77-121. México: El Colegio de México, 2001.
- . *Michoacán. Monografía estatal*. Segunda edición. Puebla: Secretaría de Educación Pública, 1997.
- González Obregón, Luis. *Breve noticia de los novelistas mexicanos en el siglo XIX*. México: Tipografía de O. R. Spíndola y Comp., 1889.
- González Obregón, Luis. «D. Juan Álvarez.» En *Liberales ilustres mexicanos de la Reforma y la intervención*, por Enrique M. de los Ríos, Francisco Gómez Flores, Luis González Obregón, Ángel Pola y Aurelio Garay. México: Imprenta del Hijo del Ahuizote, 1890.
- González Peña, Carlos. *Historia de la Literatura Mexicana*. 18a edición. México: Porrúa, 2012.
- González y González, Luis. *Viaje por la Historia de México*. Quinta edición. México: Secretaría de Educación Pública, 2009.
- Groot, Jerome. *The Historical Novel*. Nueva York: Routledge, 2010.
- Gutiérrez Grageda, Blanca Estela. «Revisionismo historiográfico sobre el siglo XIX mexicano.» *Historia Caribe* (Universidad del Atlántico) III, no. 8 (2003): 51-67.
- Guzmán Pérez, Moisés. «Eduardo Ruiz y su Historia de la Guerra de Intervención en Michoacán.» *Tzintzun*, 1994: 17-46.
- Hale, Charles A. *El liberalismo mexicano en la época de Mora*. México: Siglo Veintiuno, 1972.
- Heath, Duncan, y Judy Boreham. *Romanticism*. Cambridge: Icon Books, 1999.
- Henestrosa, Andrés. *Los caminos de Juárez*. México: Fondo de Cultura Económica, SEP, 1985.
- Hernández Cadenas, Pavel. *Eduardo Ruiz. Ensayo biográfico*. Morelia: Archivo Histórico de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 1998.
- Hidalgo, José Manuel. *Apuntes para escribir la historia de los proyectos de monarquía en México desde el reinado de Carlos III hasta la instalación del Emperador Maximiliano*. París: Librería Española de Garnier Hermanos, 1868.
- Hiriart, Berta, and Marcela Guijosa. *Taller de escritura creativa*. México: Paidós, 2003.

- Hutchinson, C. A. *Valentín Gómez Farías. La vida de un Republicano*. Guadalajara: Secretaría General del Gobierno del Estado de Jalisco, 1983.
- Iglesias, José María. *Autobiografía*. México: Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1987.
- Illades Aguilar, Carlos. «Lo nacional-popular en el romanticismo mexicano.» *Tiempo Laberinto*, Noviembre 2003: 11-19.
- Informador. *Investigan sobre orígenes de sones de Tierra Caliente*. 30 de Agosto de 2011. <http://www.informador.com.mx/cultura/2011/318608/6/investigacion-sobre-origenes-de-sones-de-tierra-caliente.htm> (recuperado el 28 de Julio de 2017).
- Jäger, Siegfried. «Discurso y conocimiento: aspectos teóricos y metodológicos de la crítica del discurso y del análisis de dispositivos.» En *Métodos de Análisis Crítico del Discurso*, por Ruth Wodiak and Michael Meyer, 61-100. Barcelona: Gedisa, 2003.
- Kaufman, Jaclyn. *El Romanticismo en la Literatura Mexicana*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1936.
- Krauze, Enrique. *De héroes y mitos*. México: Tusquets, 2010.
- La Iberia. «Diputados.» *La Iberia*, 17 de Julio de 1873: 3.
- . «Revista de los Estados.» *La Iberia: periódico de literatura, ciencias, artes, agricultura, comercio, industria y mejoras materiales*, 12 de Mayo de 1870: 3.
- La Patria. «La Sociedad de Geografía y Estadística.» *La Patria*, 10 de Enero de 1891: 3.
- . «Enfermedad del Procurador de Justicia de la Nación.» *La Patria*, 20 de Enero de 1900: 3.
- . «Revista de México.» *La Patria*, 27 de Enero de 1895: 3.
- La Revista Universal. «Honra Justa.» *La Revista Universal*, 1 de Noviembre de 1876: 3.
- Labastida, Horacio. «Reforma y República Restaurada.» En *Documentos para la historia del México Independiente, 1808-1938*, por LXI Legislatura H. Cámara de Diputados. México: M.A. Porrúa, 2010.
- León, Nicolás. *Compendio de la Historia General de México desde los tiempos prehispánicos hasta el año de 1900*. México: Herrero Hermanos, 1902.
- Llovet, Jordi. *Teoría Literaria y Literatura Comparada*. Barcelona: Ariel, 2012.
- López Chacón, Sandra. «Novela por entregas. Principal modelo de difusión literaria del siglo XIX.» Universidad de Granada.

- López-Portillo y Rojas, José. *La Novela*. México: Tip. Vizcaíno y Viamonte, 1906.
- Lukács, Georg. *The Historical Novel*. Londres: Merlin Press, 1962.
- Maciel, David R. «Cultura, Ideología y Política en México, 1867-1876.» *Relaciones* (El Colegio de Michoacán) 5, no. 19 (1984): 95-121.
- Magallón Ibarra, Jorge Mario. *Proceso y ejecución vs. Maximiliano de Habsburgo*. México: Instituto de Investigaciones Jurídicas: Universidad Autónoma de México, 2005.
- Manzoni, Alessandro. *On Historical Novel*. Traducido por Sandra Bermann. University of Nebraska Press, 1984.
- Martínez, José Luis. *La expresión nacional*. México: CONACULTA, 1993.
- Martínez Ayala, Jorge Amós. «Por la orillita del río y hasta Panamá. Región, historia y etnicidad en la lírica tradicional de las haciendas de La Huacana y Zacatula.» *Tzintzun*, 2007: 13-38.
- Martínez Luna, Esther. «Costumbrismo Ilustrado en El Diario de México: Antecedentes en México de los Cuadros de Costumbres.» En *Tres siglos. Memoria del Primer Coloquio "Letras de la Nueva España"*, por José Quiñones Melgoza, 127-140. México: Instituto de Investigaciones Filológicas, 2000.
- Mata Induráin, Carlos. «Retrospectiva sobre la evolución de la novela histórica.» En *La novela histórica*, por Kurt Spang, Ignacio Arellano y Carlos Mata, 11-50. Navarra: EUNSA, 1998.
- Matthews, Brander. «The historical novel.» En *The historical novel and other essays*, por Brander Matthews, 3-28. Nueva York: Charles Scribner's Sons, 1901.
- Medina Barrenechea, Susana. «El siglo XIX en España: el cuadro de costumbres.» *Publicaciones didácticas*, Noviembre 2009: 155-158.
- Menéndez Peláez, Jesús. «Menéndez Pelayo y la Novela Sentimental.» En *Orígenes de la Novela. Estudios*, por Raquel Gutiérrez Sebastián y Borja Rodríguez Gutiérrez, 225-260. Cantabria: Universidad de Cantabria, 2007.
- Menéndez Pelayo, Marcelino. *Orígenes de la Novela*. Fundación Ignacio Larramendi. <http://www.larramendi.es/menendezpelayo/i18n/corpus/unidad.cmd?idCorpus=1000&idUnidad=100246&posicion=1> (recuperado el 1 de Junio de 2015).

- Meyer, Michael. «Entre la teoría, el método y la política: la ubicación de los enfoques relacionados con el ACD.» En *Métodos de análisis crítico de discurso*, por Ruth Wodak y Michael Meyer, 35-59. Barcelona: Gedisa, 2003.
- Meza, Javier. «Lucas Alamán o la pasión por la crítica.» *Estudios*, no. 47 (Invierno 1996): 7-21.
- Mijangos, Pablo. «El pensamiento religioso de Lucas Alamán.» *Estudios*, no. 68 (2004): 55-78.
- Millán, María del Carmen. «Introducción : "Las novelas de Altamirano".» En *El Zarco y La Navidad en las Montañas*, por Ignacio Manuel Altamirano. México: Porrúa, 1974.
- Millares Carlo, Agustín. *Historia Universal de la Literatura*. Decimocuarta edición. México: Esfinge, 1975.
- Montes de Oca, Francisco. *Literatura Universal*. Trigésima edición. México: Porrúa, 1993.
- Moreno Garavilla, Jaime. «El liberalismo constitucional de México. Evolución y perspectiva.» En *La independencia de México a 200 años de su inicio. Pensamiento social y jurídico*, por Carlos F. (Coord.) Quintana Roldán, 319-342. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2010.
- Musacchio, Humberto. *Milenios de México*. Vol. III. Milán: Raya en el Agua, 1999.
- Nava Perea, Ma. Elena. *El costumbrismo de Guillermo Prieto*. México: Fac. de Filosofía y Letras UNAM, 1948.
- Navarro Hernández, Marlén Paola. *Retrato de costumbres. La sociedad mexicana del siglo XIX en la narrativa de José Tomás de Cuéllar*. México: Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Iztapalapa, 2005.
- Noriega. *Tienda Noriega*. 2007. <http://www.noriega.com.mx/shop/item.asp?itemid=7482> (recuperado el 26 de Noviembre de 2016).
- Oseguera de Chávez, Lydia. *Historia de la Literatura Mexicana*. México: Alhambra Mexicana, 1990.
- Oviedo, José Miguel. *Historia de la literatura latinoamericana. 2. Del Romanticismo al Modernismo*. Madrid: Alianza, 1997.
- Paluzie y Cantalozella, Esteban. *Tratadito de Urbanidad para los Niños*. Barcelona: Imp. y Lit. de Faustino Paluzie, 1885.

- Pani, Erika. En *Conservadurismo y derechas en la historia de México*, por Erika Pani (Coord.), 11-42. México: Fondo de Cultura Económica, 2009.
- Pardo Fernández, Rodrigo. «La identidad más allá del lenguaje en la narrativa de Sandra Cisneros.» *Sociocriticism* XXVIII, no. 1 y 2 (2013): 233-254.
- Parra, Porfirio. *La Reforma en México*. Guadalajara: Imprenta de "La Gaceta de Guadalajara", 1906.
- Paso, Fernando del. «Novela e historia.» En *Historia y Novela Histórica*, por Conrado Hernández López. Guadalajara: El Colegio de Michoacán, 2004.
- Passuth, Laszlo. «La Novela Histórica.» *Conferencia pronunciada en el Ateneo de Madrid el 16 de noviembre de 1966*. Madrid: Colección Ateneo, 1967. 19.
- Pavia, Lázaro. *Apuntes biográficos de los miembros más distinguidos del Poder Judicial*. México: Tip. y Lit. de F. Barroso, Hermano y Cc., 1893.
- Payno, Manuel. *Compendio de la Historia de México*. 8a edición. México: Imprenta de F. Díaz de León, 1886.
- . *Memoria sobre la revolución de diciembre de 1857 - enero de 1858*. México: Imprenta de I. Cumplido, 1860.
- Paz, Ireneo. *Los Hombres Prominentes de México*. México: Imprenta y Litografía de la Patria, 1888.
- Peña y Reyes, Antonio de la. «Prólogo.» En *Comentarios de Francisco Zarco sobre la Intervención Francesa*, por Francisco Zarco, VII-XXXV. México: Secretaría de Relaciones Exteriores, 1929.
- Pérez Hernández, José María. *Compendio de la geografía del Estado de Michoacán de Ocampo*. México: Imprenta del Comercio, de Nabor Chávez, 1872.
- Pérez Galdós, B. *Observaciones sobre la novela contemporánea en España*. 23 de Enero de 2012. <http://www.benitoperezgaldos.es/observaciones-sobre-la-novela-contemporanea-en-espana-i/> (recuperado el 15 de Septiembre de 2013).
- Pérez Ortiz, Nieves, Consuelo Sanz Alberca, Helena Mayordomo Pérez, Rubén Maestre Aguilar, Rosa Pastor Martínez, y Antonio Calvo Albero. *La novela por entregas: Best-sellers del siglo XIX*. Cuenca: Biblioteca Pública de Cuenca, 2005.
- Peza, Juan de Dios. *De la Gaveta Íntima: Memorias, Reliquias y Relatos*. París: Imprenta y Librería de la Vda. de Ch. Bouret, 1900.

- . *Epopéyas de mi Patria*. México: J. Balleescá y C.a, Sucesores, Editores, 1904.
- Pimentel, Luz Aurora. *El relato en perspectiva*. 4a edición. México: Siglo XXI, 2008.
- Pineda Soto, Zenaida Adriana. *La historia de la prensa política en Michoacán en el siglo XIX*. México: UNAM Facultad de Filosofía y Letras, 2003.
- Prieto, Guillermo. *Lecciones de Historia Patria*. 2a edición. México: Oficina Tip. de la Secretaría de Fomento, 1890.
- Prieto, Guillermo. «Literatura Nacional. Cuadros de costumbres.» En *Cuadros de Costumbres*, por Guillermo Prieto, 15-22. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1997.
- Rapley, Tim. *Los análisis de la conversación, del discurso y de documentos en Investigación Cualitativa*. Madrid: Morata, 2014.
- Real Academia Española. *DLE*. 2017. dle.rae.es/?id=JoNxOnS (recuperado el 26 de abril de 2017).
- . *Diccionario de la Lengua Española - Edición del Tricentenario*. Octubre de 2014. <http://dle.rae.es/?id=B2VXUtC> (recuperado el 4 de Julio de 2017).
- . *Diccionario de la Lengua Española*. 2017. <http://dle.rae.es/?id=KuKTcAR> (recuperado el 26 de abril de 2017).
- . *Diccionario de la Lengua Española*. 2017. <http://dle.rae.es/?id=aXU518H> (recuperado el 26 de abril de 2017).
- . *Diccionario de la Lengua Española*. 2014. <http://dle.rae.es/?id=GPx2ruM> (recuperado el 22 de Julio de 2017).
- Regueiro, Begoña. «El Romanticismo británico y el español: elementos de confluencia.» *Cuadernos de Aleph*, no. 1 (2006): 101-110.
- Reyes Nevares, Salvador. «La novela mexicana del siglo XIX.» *La Palabra y el Hombre*. Xalapa: Universidad Veracruzana, 1960. 91-116.
- Ríos, Enrique M. de los, y Albarrán, Antonio Albarrán. «Lic. Sebastián Lerdo de Tejada (1823-1889).» En *Liberales ilustres mexicanos de la Reforma y la Intervención*, por Enrique M. Ríos, Francisco Gómez Flores, Luis González Obregón, Ángel Pola y Aurelio Garay. México: Imprenta del Hijo del Ahuizote, 1890.
- Ríos, Enrique M. de los, y Gabriel González Mier. «Benito Juárez (1806-1872).» En *Liberales Ilustres Mexicanos*, por Enrique M. de los Ríos, Francisco Gómez Flores,

- Luis González Obregón, Ángel Pola y Aurelio Garay, 81-105. México: Imprenta del Hijo del Ahuizote, 1890.
- Risco, Ana María. «El folletín como producto de la cultura popular en la prensa de fines del siglo XIX. Entre el estereotipo y el reconocimiento de un género en el diario El Orden.» *IV Congreso Internacional Latina de Comunicación Social*. Tucumán: Universidad Nacional de Tucumán, 2012. 1-13.
- Rivera, Agustín. *Anales Mexicanos: La Reforma y el Segundo Imperio*. 4a edición. México: Ortega y Compañía, Editores, 1904.
- Roeder, Ralph. *Juárez y su México*. México: Fondo de Cultura Económica, 1972.
- Romero Flores, Jesús. *Historia de Michoacán*. Vol. II. México: Imprenta Claridad, 1946.
- Rubio, José. *Manual completo de urbanidad para las niñas*. Barcelona: Imprenta de la Viuda e Hijo de J. Rubio, 1849.
- Rubio Cremades, Enrique. «Costumbrismo. Definición, cronología y su relación con la novela.» *Literatura Hispánica* (Siglo diecinueve), no. 1 (1995): 7-25.
- Ruiz, Eduardo. «Uruapan.» *La Lira Michoacana*, 1 de Enero de 1894: 608.
- . «Uruapam.» *La Patria Ilustrada*, 29 de Mayo de 1893: 11.
- . «El Pájaro Mosca.» *La Voz de México*, 18 de Enero de 1891: 2.
- Ruiz, Eduardo. «El Café.» En *La Lira Michoacana*, por Mariano de Jesús Torres, 607. Morelia: Imprenta particular del autor, 1894.
- . «El Escándalo en un Wagon del Ferrocarril del Valle.» *El Monitor*, 8 de Agosto de 1894: 4.
- . «La Mamá Carlota.» *El Partido Liberal*, 1 de Abril de 1894: 1-2.
- . «Jesús Díaz.» *El Partido Liberal*, 3 de Mayo de 1894: 2.
- . *Historia de la Guerra de Intervención en Michoacán*. México: Ofic. Tip. de la Secretaría de Fomento, 1896.
- . *Historia de la Guerra de Intervención en Michoacán*. Morelia: Balsal, 1986.
- Ruiz, Eduardo. «Prólogo al Tomo I.» En *Michoacán. Paisajes, Tradiciones y Leyendas*, por Eduardo Ruiz, 9-14. Morelia: Morevallado, 2013.
- . *Un idilio a través de la guerra*. París: Imprenta de la Vda. de Ch. Bouret, 1923.
- . *Un idilio a través de la guerra*. México: Nacional, 1963.
- . *Un idilio a través de la guerra*. México: Secretaría de Cultura, 2015.

- Ruiz, Eduardo. *Un idilio a través de la Guerra*. Vol. III, en *Obras*, por Eduardo Ruiz, 61-251. Morelia: Balsal, 1987.
- . *Un Idilio a través de la Guerra*. Editado por Rolando Diez y Aventura Cruz. México: SEP/Grupo Sayrols, 1981.
- Ruiz, Eduardo. «Uruapan.» En *Torres, Mariano de Jesús*, por La Lira Michoacana, 608. Morelia: Imprenta particular del autor, 1894.
- San José G., Felipe. *La literatura mexicana*. México: Panorama, 1985.
- Sánchez Mármol, José. *Las Letras Patrias*. México: Establecimiento editorial de J. Ballescá y Ca., Sucesor, 1902.
- Sánchez Sandoval, Fidel. *Michoacán, Dinámica Social*. Naucalpan de Juárez: EPSA, 1996.
- Sandoval, Adriana. «Lamennais y la novela social mexicana del siglo XIX: un primer acercamiento.» *Literatura Mexicana* (Instituto de Investigaciones Filológicas UNAM) 14, no. 2 (2003): 43-61.
- Santacilia, Pedro. *Del movimiento literario en México*. México: Imprenta del Gobierno en Palacio, 1868.
- Schade, George D. *Costumbrismo y Novela Sentimental*. Madrid: La Muralla, 1979.
- Schlarman, Joseph H. L. *México, Tierra de Volcanes. De Hernán Cortés a Miguel Alemán*. Décima edición. México: Porrúa, 1976.
- Semanario Literario Ilustrado. «La muerte del Sr. Magistrado Eduardo Ruiz.» *Semanario Literario Ilustrado*, 24 de Noviembre de 1902: 10.
- Seoane Pinilla, Julio. «Novela sentimental, literatura rococó e identidad moderna.» *Thémata*, no. 26 (2011): 107-122.
- Sierra, Justo. *Evolución política del pueblo mexicano*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1977.
- . *Historia Patria*. México: Departamento Editorial de la Secretaría de Educación Pública, 1922.
- Silva, Carlos. *101 preguntas de historia de México. Todo lo que un mexicano debería saber*. México: Grijalbo, 2007.
- Soberanes Fernández, José Luis. «El pensamiento conservador en el nacimiento de la nación mexicana.» *Revista Mexicana de Historia del Derecho* (UNAM, Instituto de Investigaciones Jurídicas) XXVI (2012): 69-101.

- Sol, Manuel. «Panorama de la Literatura Mexicana del siglo XIX.» En *Literatura*, por Enrique Florescano. México: Debate/CONACULTA, 2014.
- Solís Chávez, Laura Eugenia. *Diccionario de Autores Michoacanos*. Vol. I. Morelia: Jitanjáfora, 2011.
- Suárez Villegas, Juan Carlos. «Estereotipos de la mujer en la comunicación.» *Mujeres en Red*, Noviembre 2007: 1-17.
- Talavera Ibarra, Pedro Leonardo. *Biografía*. Vol. III, en *Obras*, por Eduardo Ruiz, 7-59. Morelia: Balsal, 1987.
- . *Eduardo Ruiz o el Fausto de la Ciudad del Progreso*. Morelia: Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 1985.
- The Mexican Herald. «Lic. Eduardo Ruiz.» *The Mexican Herald*, 23 de Septiembre de 1899: 1.
- The Two Republics. «Personal Mention.» *The Two Republics*, 8 de Marzo de 1900: 5.
- Tobias, Ronald B. *20 Master Plots (and How to Build Them)*. Cincinnati: Writer's Digest Books, 1993.
- Torres, Mariano de Jesús. «Galería de Poetas Michoacanos. Eduardo Ruiz. Poeta lírico y dramático.» En *La Lira Michoacana. Periódico quincenal de Literatura y amenidades*, por Mariano de Jesús Torres, 604-608. Morelia: Imprenta particular del autor, 1894.
- Torres Quintero, Gregorio. *La Patria Mexicana*. 6a edición. Vol. II. México: Herrero Hermanos, Sucesores, 1910.
- Tuñón de Lara, Manuel. *Metodología de la Historia Social de España*. 4a edición. Madrid: Siglo XXI, 1979.
- Ucelay da Cal, Margarita. *Los españoles pintados por sí mismos (1843-1844)*. México: El Colegio de México, 1951.
- Unzueta, Fernando. *La imaginación histórica y el romance nacional en Hispanoamérica*. Lima-Berkeley: Latinoamericana, 2005.
- Urbina, Luis G. *La Vida Literaria de México*. Madrid: Imprenta Sáez Hermanos, 1917.
- Valdés Becerril, Francisco. *Lengua y Literaturas Españolas*. Séptima edición. México: Kapelusz Mexicana, 1988.

- Van Dijk, Teun A. «La multidisciplinariedad del análisis crítico del discurso: un alegato a favor de la diversidad.» En *Métodos de Análisis Crítico del Discurso*, por Ruth Wodak y Michael Meyer, 143-177. Barcelona: Gedisa, 2003.
- Van Dijk, Teun A. «Algunas notas sobre la ideología y la Teoría del Discurso.» *Semiosis* (Universidad Veracruzana), no. 5 (Julio-Diciembre 1980): 37-53.
- Van Dijk, Teun A. «Discurso, conocimiento e ideología. Reformulación de viejas cuestiones y propuesta de algunas soluciones nuevas.» *CIC (Cuadernos de Información y Comunicación)*, no. 10 (2005): 285-318.
- . *Ideología y Discurso*. Barcelona: Ariel, 2011.
- Vargas Llosa, Mario. *Cartas a un joven novelista*. Barcelona: Planeta, 1997.
- Vargas Lozano, Gabriel. «El positivismo en México: Significado, función y declinación.» In *Enciclopedia electrónica de la filosofía mexicana. Siglo XX*, by Gabriel Vargas Lozano, 1-14. México: Universidad Autónoma Metropolitana, 2014.
- Vasconcelos, José. *Breve Historia de México*. México: Compañía Editorial Continental, S.A., 1978.
- Vázquez, Josefina Zoraida. *Juárez, el republicano*. México: El Colegio de México, Comisión Nacional de Libros de Texto Gratuitos, 2005.
- Vázquez Medel, Manuel Ángel. «Bases para una teoría del Emplazamiento.» En *Teoría del Emplazamiento: aplicaciones e implicaciones*, por Manuel Ángel Vázquez Medel, Ángel Acosta Romero, Rodrigo Browne Sartori y Víctor Manuel Silva Echeto, 21-40. Sevilla: Ediciones Alfar, 2003.
- Vela, Arqueles. *Literatura Universal. Evolución crítica comparada*. Séptima edición. México: Porrúa, 1990.
- Vigil, José María. *México a través de los siglos*. Vol. V. V vols. México: Ballescá y Compañía, 1884.
- Villalpando, José Manuel, y Alejandro Rosas. *Historia de México a través de sus gobernantes*. México: Planeta, 2005.
- Villegas Cedillo, Alberto. *La novela popular mexicana en el siglo XIX*. San Nicolás de los Garza: Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad Autónoma de Nuevo León, 1984.

- Vogler, Christopher. *The Writer's Journey: Mythic Structure for Writers*. 3a edición. Studio City: Michael Wiese Productions, 2007.
- Wodak, Ruth. «De qué trata el análisis crítico del discurso (ACD). Resumen de su historia, sus conceptos fundamentales y sus desarrollos.» En *Métodos de análisis crítico del discurso*, por Ruth Wodak y Michael Meyers, 17-34. Barcelona: Gedisa, 2003.
- Wodak, Ruth. «El enfoque histórico del discurso.» En *Métodos de análisis crítico del discurso*, por Ruth Wodak y Michael Meyers, 101-142. Barcelona: Gedisa, 2003.
- Zárate, Julio. «Prólogo.» En *Un idilio a través de la guerra*, por Eduardo Ruiz, III-XIII. París: Imprenta de la Vda. de Ch. Bouret, 1923.
- Zavala, Silvio. *Apuntes de historia nacional (1808-1974)*. México: Sepsetentas Diana, 1981.
- Zó, Ramiro Esteban. «Funciones de la novela sentimental hispanoamericana durante el siglo XIX.» *Cuadernos del CILHA* (Universidad Nacional de Cuyo) 8, no. 9 (2007): 79-97.

ANEXOS

Anexo 1. Obra literaria de Eduardo Ruiz y sus ediciones

La obra literaria de Eduardo Ruiz, y sus diversas ediciones, puede sintetizarse de la siguiente manera:

Tabla 4. Obra literaria de Eduardo Ruiz

| Año | Obra | Género | Ediciones |
|------|---|-----------|---|
| 1869 | A Ella (soneto, traducción del idioma tarasco) | Poesía | 1869. Número 42 de la revista <i>El Renacimiento</i> . (El Siglo Diez y Nueve 1869). |
| 1871 | Michoacán (en Revista de los Estados), serie publicada con el pseudónimo de <i>Perseo</i> | Ensayo | 1871. El Siglo Diez y Nueve (19 de junio, 17 de julio y 13 de agosto). |
| 1871 | El Despertar de un Pueblo (inédito hasta 1894) | Drama | 1894. Oficina Tip. de la Secretaría de Fomento (México). 1899. Imprenta y Librería de Aguilar e Hijos. |
| 1872 | Riqueza de Michoacán (publicación en periódico) | Artículo | 1872. El Siglo Diez y Nueve (3 de agosto de 1872). |
| 1873 | Ocampo (publicación en periódico) | Artículo | 1873. El Siglo Diez y Nueve (3 de noviembre de 1873). |
| 1874 | Biografía de Carlos de Sigüenza y Góngora | Biografía | 1950. Vargas Rea (Colección Hombres de México). |
| 1875 | El movimiento de la prensa en Michoacán por Perseo. Morelia, Mich., 1 de enero de 1875 (serie publicada bajo el pseudónimo de Perseo) | Ensayo | 1875. El Siglo Diez y Nueve (23, 24, 25, 26 y 27 de febrero; 1, 17, 18, 31 de marzo; 1, 5 y 6 de abril; 19, 21 y 22 de mayo). |

| | | | |
|------|---|-----------------------------|---|
| 1875 | Bosquejo Biográfico del Ciudadano Melchor Ocampo | Biografía | 1875. Imprenta del Gobierno en Palacio. 2 ediciones (Morelia). |
| 1875 | Discurso pronunciado en Morelia durante la festividad del 16 de septiembre de 1875 (publicación en periódico) | Discurso | 1875. El Siglo Diez y Nueve (23 de septiembre de 1875) |
| 1876 | Primeros conocimientos (traducción del francés) | Libro de texto en Michoacán | 1876. Imprenta del Gobierno en Palacio (Morelia). Perdida. (Obra inédita y perdida). |
| 1876 | Los devaneos de Sancho el Flaco y Don Quijote el Gordo | | |
| 1881 | Diez y Seis de Julio (publicado en periódico, sobre la batalla de Tacámbaro del 16 de julio de 1865) | Crónica | 1881. El Telégrafo (19 de julio de 1881) |
| 1881 | El Café | Poesía | 1881. El Independiente (1º de agosto). 1894. La lira michoacana, de Mariano de Jesús Torres (E. Ruiz, El Café 1894) |
| 1882 | Biografía del C. Melchor Ocampo | Biografía | 1882. Impr. de la República (México- Tercera Edición). 1886. Impr., Lit. y Encuadernación de I. Paz. 1888. Impr., Lit. y Encuadernación de I. Paz. 1893. Impr. Lit. y Encuadernación de I. Paz (7º edición). 1945. Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo |
| 1882 | Informe a la Vista | Derecho | 1882. Francisco Díaz de León |
| 1883 | Biografía de Isaac Newton (traducción del inglés) | Biografía | |
| 1883 | Biografía de Galileo Galilei (traducción del inglés) | Biografía | |

| | | | |
|------|---|-------------------|---|
| 1884 | El último rey de Michoacán | Biografía | 1884. El Liceo Hidalgo. Números 5 y 6 |
| 1885 | La Ciencia Política al Alcance de los Jóvenes (traducción de <i>Politicae science for Youth</i> , obra escrita en inglés por Charles Nordhoff). | Libro de texto | 1885. Impr. y Lit. de José Vicente Villada (México) 1890. Tip. de la Secretaría de Fomento. |
| 1886 | <i>Melchor Ocampo</i> .- Sus últimos momentos. -El asesinato | Biografía | 1886. Gaceta Oficial del Gobierno de Michoacán de Ocampo (3 de junio de 1886) El Diario del Hogar (8 de junio de 1886) |
| 1887 | <i>Manuel Ocaranza: biografías, escritos, anécdotas</i> | Biografía | 1887. La Juventud Literaria (5 de junio de 1887). 1983. Eventos Editores (Uruapan del Progreso) |
| 1887 | La Rodilla del Diablo (Episodio de la leyenda inédita "El Primer Apóstol de Michoacán") | Leyenda | 1887. La Juventud Literaria (2 de octubre). |
| 1888 | Curso de Derecho Constitucional y Administrativo (en dos volúmenes). | Ensayo de derecho | 1888. Ofic. Tip. de la Secretaría de Fomento (México) 1902. Tipografía Aguilar e Hijos (2ª edición). 1978. UNAM |
| 1891 | El Pájaro Mosca (E. Ruiz, El Pájaro Mosca 1891) | Leyenda | 1891. La Voz de México (18 de enero) |
| 1891 | La Princesa Atzimba (El Partido | Leyenda | 1891. La Voz de México |

| | | | |
|------|---|------------------|--|
| | Liberal 1893). | | |
| 1891 | El Apóstol de Michoacán: leyenda histórica (34 p.) | Leyenda | 1891. Imprenta, litografía y encuadernación de Ireneo Paz |
| 1891 | Michoacán. Paisajes, Tradiciones y Leyendas. Tomo I | Leyenda | 1891. Ofic. Tip. De la Secretaría de Fomento 1900. Oficina Tip. de la Secretaría de Fomento. 1935. Editorial México 1940. 2 tomos. 1969. Balsal editores. 2 tomos 1971. Balsal editores. 2 tomos. 1978. Editorial Cosmos. 1979. Editorial Innovación (México) 1981. Instituto Michoacano de Cultura (facsimilar). 1984. Instituto Michoacano de Cultura (facsimilar) 1987. Orbe (México) 2000 - 2013. Morevallado. 2 tomos 2015. Secretaría de Cultura (versión ebook) |
| 1892 | Buena Suerte (publicado en el periódico <i>El Partido Liberal</i> , el 8 de abril de 1892). | Relato histórico | 1990. Fernando Tola de Habich |
| 1893 | Discurso Pronunciado en el Salón de Exámenes de la Escuela N. de Jurisprudencia | Discurso | 1893. Tip. Aguilar e hijos (Cruzado 1905, 224). |
| 1893 | Una Leva Bendita. <i>Recuerdos de la Guerra de Intervención.</i> | Memorias | 1893. Revista de México (Año 8, No. 8, 28 de mayo de 1893. Pp. 19-24). |

| | | | |
|------|---|------------------|---|
| 1893 | Uruapam (E. Ruiz, Uruapam 1893). Uruapan (E. Ruiz, Uruapan 1894) | Poesía | 1893. Revista de México (Año 8, No. 8, 28 de mayo de 1893). 1893. La Patria Ilustrada (29 de mayo). 1894. La Lira Michoacana, de Mariano de Jesús Torres (E. Ruiz, Uruapan 1894). |
| 1894 | El Padre Jacobo (publicado en <i>El Partido Liberal</i>). (El Partido Liberal 1894) | Biografía | 1894. <i>El Partido Liberal</i> . |
| 1894 | La mamá Carlota (publicado en <i>El Partido Liberal</i> , el 1° de abril de 1894). (E. Ruiz, La Mamá Carlota 1894). | Relato histórico | 1894. <i>El Partido Liberal</i> (1 de abril) 1894. <i>El Siglo Diez y Nueve</i> (13 de abril) |
| 1894 | Jesús Díaz (publicado en <i>El Partido Liberal</i> , el 3 de mayo de 1894). (E. Ruiz, Jesús Díaz 1894) | Biografía | 1894. <i>El Partido Liberal</i> |
| 1894 | Carta con motivo de las noticias publicadas sobre el suceso ocurrido entre el Lic. Eduardo Ruiz y el Dr. Joaquín Vértiz en un vagón del Ferrocarril del Valle (publicada el 9 de agosto de 1894). (E. Ruiz, El Escándalo en un Wagon del Ferrocarril del Valle 1894). | Carta | 1894. <i>El Universal, El Monitor</i> |
| 1895 | La toma de Tacámbaro. Episodio militar del Gral. Régules (publicado en la <i>Revista de México</i> , No. 1, enero de 1895). (La Patria 1895) | Reseña histórica | 1895. <i>Revista de México</i> |
| 1896 | Historia de la Guerra de Intervención en Michoacán | Historia | ¿1893? De acuerdo a la reseña biográfica de Mariano de Jesús Torres de 1894. 1896. Ofic. Tip. De la Secretaría de Fomento. 1940. Talleres Gráficos de la Nación (México). 1969. Balsal Editores. |

| | | | |
|--------------|---|---------|---|
| | | | 1975. Balsal Editores 1986. Balsal Editores y Comité Editorial del Gobierno de Michoacán. |
| 1900 | Michoacán. Paisajes, Tradiciones y Leyendas. Tomo II | Leyenda | 1900. Oficina Tip. De la Secretaría de Fomento. |
| 1902 | La Ziranda de la Quinta | Relato | 1902. El Mundo Ilustrado (Año 9, No. 5, 3 de agosto de 1902, pág. 5). |
| 1912 | Álbum de Uruapan (Póstumo). Eduardo Ruiz participó como compilador de la antología poética. Es autor de <i>Uruapan</i> (1893), <i>El Café</i> (1892). | Poesía | 1912. Talleres de la Escuela Industrial Militar 1987. Balsal Editores 2000. Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo |
| 1923 | Un Idilio a través de la Guerra (Póstuma. Escrita entre 1900 y 1902) | Novela | 1923. Impr. de la Vda. De Ch. Bouret (México-París) 1963. Editora Nacional (México) 1981. SEP/Sayrols. Adaptación de Rolando Diez. Colección <i>Novelas Mexicanas Ilustradas</i> . No. 30. 1987. Balsal Editores (Morelia) 2015. Secretaría de Cultura (versión ebook) |
| SIN FECHA | Versos mecanografiados: “Elegía”, “A María”, “La Malagueña”, “El bejuco”, “La Cachucha”, “La indita del Alma”, “Ausencia”, “La Habanera. A Lola Vallejo”. | Poesía | Inéditos. Sobreviven en el Archivo Histórico “Licenciado Eduardo Ruiz”, en Uruapan, Mich. |

Fuente: Investigación propia en diversas fuentes

Anexo 2. Ediciones de *Un idilio a través de la guerra*, de Eduardo Ruiz



Ilustración 1. Portada y portadilla de *Un idilio a través de la Guerra*, de Eduardo Ruiz. Librería de la Vda. de Ch. Bouret: París, 1923



Ilustración 2. Portada y portadilla de *Un idilio a través de la Guerra*, de Eduardo Ruiz. Editora Nacional: México, 1963



Ilustración 3. Portada y portadilla de *Un Idilio a través de la Guerra*, de Eduardo Ruiz. SEP/Grupo Sayrols: México, 1981



Ilustración 4. Portada y portadilla de *Obras de Eduardo Ruiz, Tomo III*; en el que se incluye *Un Idilio a través de la Guerra*. Balsal editores: Morelia, 1987



Ilustración 5. Portada de la edición digital de 2015 de *Un Idilio a través de la guerra*, de Eduardo Ruiz. En las siguientes páginas se aprecia la portada original y la portadilla de la edición de 1923, base para esta digitalización.

Anexo 3. Glosario de términos de difícil comprensión empleados en *Un idilio a través de la guerra*, de Eduardo Ruiz

A

ABRA.- En México, espacio desmontado, claro en un bosque.

ABREVADERO.- Estanque, pilón o paraje del río, arroyo o manantial a propósito para dar de beber al ganado.

ABRIGAR.- Albergar una idea, un pensamiento o un sentimiento.

ACHAQUE.- Defecto físico o moral.

ACIAGO.- 1. Infausto, infeliz, desgraciado, de mal agüero. 2. Azar, desgracia.

ACRE.- Áspero y picante al gusto y al olfato, como el sabor y el olor del ajo, del fósforo, etc.

ADALID.- 1. Caudillo militar. 2. Guía o cabeza, o muy señalado individuo de algún partido, corporación o escuela.

ADONIS.- Joven de gran belleza.

AGUARDIENTE.- Bebida espirituosa que, por destilación, se saca del vino y de otras sustancias; es alcohol diluido en agua.

AGUIJADA.- Vara larga que en un extremo tiene una punta de hierro con que los boyeros pican a la yunta.

AGUIJAR.- Picar con la aguijada u otra cosa a los bueyes, caballos, mulas, etc., para que anden aprisa.

AGUZADO.- Agudo, perspicaz, penetrante, despierto, listo.

AJUAR.- Conjunto de muebles, enseres y ropas de uso común en la casa.

ALARDE.- Ostentación y gala que se hace de algo.

ALBACEA.- Persona encargada por el testador o por el juez de cumplir la última voluntad del fallecido, custodiando sus bienes y dándoles el destino que corresponde según la herencia.

ALBARDA.- Pieza principal del aparejo de las caballerías de carga, que se compone de dos a manera de almohadas rellenas, generalmente de paja, y unidas por la parte que cae sobre el lomo del animal.

ALBARDÓN.- 1. Aparejo más hueco y alto que la albarda, el cual se pone a las caballerías para montar en ellas. 2. Especie de silla jineta, con perilla saliente y arzón trasero alto y volteado.

ALBAZO.- Acción de guerra al amanecer

ALBEAR.- Mostrar una cosa su blancura.

ALBOROZADA.- Alegre, que denota alborozo.

ALBRICIAS.- Interjección para denotar júbilo.

ALCAIDE.- Persona que tiene a su cargo el gobierno de una cárcel.

ALGAZARA.- Ruido, gritería de una o de muchas personas juntas, que por lo común nace de la alegría.

ALMADÍA.- 1. Embarcación formada por troncos o maderos unidos. 2. Canoa.

ALMOFIER (conducirlo en los caballos).-

ALTANERO.- Altivo, orgulloso, soberbio.

AMAZONA.- 1. Mujer guerrera mítica del mundo antiguo. 2. Mujer de apariencia o carácter fuerte y combativo. 3. Mujer que monta a caballo.

ANCHETERO.- Comerciante de telas y ropa.

ANTONOMASIA.- (por) 1. loc. adv. Denota que a una persona o cosa le conviene el nombre apelativo con que se la designa, por ser, entre todas las de su clase, la más importante, conocida o característica.

APACIBLE.- Manso, dulce y agradable en la condición y el trato.

APEAR.- v. Desmontar o bajar a alguien de una caballería, de un carruaje o de un automóvil.

APIALAR (Apear).- Arrojar un lazo a las manos de un caballo o toro cuando va corriendo, para hacerle caer y sujetarlo.

APLANCHAR.- Planchar.

ARANZADA.- Medida agraria de superficie, equivalente en Castilla a 4472 m² y de valor variable en otras regiones.

ARREDRAR.- 1. Apartar, separar. 2. Retraer, hacer volver atrás, por el peligro

que ofrece o el temor que infunde la ejecución de algo.

ARRENDAR.- Atar y asegurar por las riendas una caballería.

ASERRAR (Serrar).- Cortar o dividir con la sierra.

ASIR.- Tomar o coger con la mano, y, en general, tomar, coger, prender.

ATAREAR.- Entregarse mucho al trabajo o a las ocupaciones.

AUGUSTO.- Que infunde o merece gran respeto y veneración por su majestad y excelencia.

AYATAR.- En México, asear el pelo de las caballerías restregándolo.

AZAHAR.- Flor blanca, y por antonomasia, la del naranjo, limonero y cidro.

AZOGAR.- coloq. Turbarse y agitarse mucho.

B

BAGAJE.- Equipaje militar de un ejército o tropa en marcha.

BAJAREQUE.- Pared de palos entretejidos con cañas y barro.

BAMBOLEAR.- Hacer que alguien o algo oscile de forma acompasada con un movimiento de vaivén.

BARREÑO.- Vasija de barro, metal, plástico, etc., de bastante capacidad, generalmente más ancha por la boca que

por el asiento, que sirve para fregar la loza y para otros usos.

BARROSO.- De color de barro, que tira a rojo.

BASILISCO.- Animal fabuloso, al cual se atribuía la propiedad de matar con la vista.

BATALLÓN.- Unidad militar compuesta de varias compañías, y mandada normalmente por un teniente coronel o un comandante.

BAYONETA.- Cuchillo o arma blanca de los soldados de infantería, que se acopla a la boca del fusil.

BILLARDA.- En México, trampa para cazar lagartos.

BLANDIR.- v.tr. Mover un arma u otra cosa con movimiento trémulo o vibratorio.

BOCAMANGA.- Parte de la manga que está más cerca de la muñeca, y especialmente por lo interior o el forro.

BOGAR.- Remar.

BORDÓN.- Verso quebrado que se repite al fin de cada copla.

BORRASCA.- 1. Tempestad, tormenta del mar. 2. Temporal fuerte o tempestad que se levanta en tierra. 3. Perturbación atmosférica caracterizada por fuertes vientos, abundantes precipitaciones y, a veces, fenómenos eléctricos. 4. Riesgo, peligro o contradicción que se padece en algún negocio.

BOTONADURA.- Juego de botones para un traje o una prenda de vestir.

BRAMAR.- Manifestar con voces articuladas o inarticuladas y con extraordinaria violencia la ira de que se está poseído.

BRASIL.- Árbol de la familia de las papilionáceas, que crece en los países tropicales, y cuya madera es el palo brasil.

BRETAÑA.- Lienzo fino fabricado en la región francesa de Bretaña.

BRIGADA.- Mil. Antiguamente, cierta agregación de tropa, de número y procedencia variables. Hoy se usa con diferentes denominaciones: de artillería, de cadetes de los colegios militares, sanitaria, etc.

BURATO.- 1. Tejido de lana o seda que servía para alivio de lutos en verano y para manteos. 2. Cendal o manto transparente.

C

CABALGADURA.- Bestia en que se cabalga o se puede cabalgar.

CABESTRANTE (Cabrestante).- Torno de eje vertical que se emplea para mover grandes pesos por medio de una maroma o cable que se va arrollando en él a medida que gira.

CABO.- Militar de la clase de tropa inmediatamente superior al soldado e inferior al sargento.

CALABACILLA.- Perla de los moluscos con una forma semejante a una calabaza pequeña.

CALICOT (Calicó).- Una tela de algodón.

CANDOR.- 1. Sinceridad, sencillez, ingenuidad y pureza de ánimo. 2. Suma blancura.

CANORO.- 1. Dicho de un ave: de canto grato y melodioso. 2. Dicho a la voz de las aves y de las personas: grata y melodiosa.

CANTINA.- En México, conjunto de dos bolsas cuadradas de cuero, con sus tapas que, unidas, se colocan junto al borrén trasero de la silla de montar, quedando una a cada lado, como las antiguas alforjas, y sirven para llevar comida.

CAÑADA.- Espacio de tierra entre dos alturas poco distantes entre sí.

CAPELO.- Fanal. Campana transparente que sirve para que el aire no apague la luz puesta dentro de ella o para atenuar o matizar el color.

CAPIRE.- Árbol que puede medir hasta 40 metros de altura.

CARABINA.- Arma larga de fuego, de menor longitud y potencia que el fusil.

CÁRDENO.- Dicho de un color: Que tira a morado.

CARIZ.- 1. Aspecto de la atmósfera. 2. Aspecto que presenta un asunto o negocio.

CARLISTA.- Perteneciente o relativo al carlismo. Partidario del carlismo, una

doctrina política del movimiento que se originó por las pretensiones del infante don Carlos de Borbón de suceder a Fernando VII contra la entronización de Isabel II de España, y que defendía el absolutismo y propugnaba reformas dentro de una continuidad tradicionalista.

CASA CONSISTORIAL.- Casa de la villa o ciudad adonde concurren los concejales de su ayuntamiento a celebrar sus juntas.

CASCO.- Espacio ocupado por las edificaciones centrales de una estancia, en este caso, de una hacienda.

CATALÁN.- Aguardiente.

CEBAR.- Encarnizarse, ensañarse.

CEÑIR.- Rodear, ajustar o apretar la cintura, el cuerpo, el vestido u otra cosa.

CIFRAR.- Reducir exclusivamente a una cosa, una persona o una idea determinadas lo que ordinariamente procede de varias causas.

CIRCUNSPECCIÓN.- 1. Prudencia ante las circunstancias, para comportarse comedidamente. 2. Seriedad, decoro y gravedad en acciones y palabras.

CIRCUNSPECTO.- Que se conduce con circunspección.

COCUYO.- Insecto coleóptero de la América tropical, de unos tres centímetros de longitud, oblongo, pardo y con dos manchas amarillentas a los lados del tórax, por las cuales despide de noche una luz azulada bastante viva.

CODILLO.- 1. En los animales cuadrúpedos, coyuntura del brazo

próxima al pecho. 2. En animales cuadrúpedos, parte comprendida desde el codillo hasta la rodilla.

COLEÓPTERO.- Dicho de un insecto: Que tiene boca dispuesta para masticar, caparazón consistente y dos élitros córneos que cubren dos alas membranosas, plegadas al través cuando el animal no vuela. Ej: el escarabajo, el cocuyo, la cantárida o el gorgojo.

COLLADO.- 1. Tierra que se levanta como un cerro, menos elevada que el monte. 2. Depresión suave por donde se puede pasar fácilmente de un lado a otro de una sierra.

COMATOSO.- adj. Med. Perteneciente o relativo al coma.

COMEDERO.- Sitio a donde acude a comer el ganado.

COMPUNGIDO.- Atribulado, dolorido.

CONJUNCIÓN.- Astrol. 1. Aspecto de dos astros que ocupan una misma casa celeste. 2. Situación relativa de dos o más astros cuando se encuentran alineados con el punto de observación.

CONSEJA.- Cuento, fábula o patraña de sabor antiguo.

COPIOSO.- Abundante, numeroso, cuantioso.

CORIFEO.- 1. Persona que es seguida por otras en una opinión, una ideología o un partido. 2. Seguidor o partidario.

CORONEL.- Jefe militar que manda un regimiento.

CORRERÍA.- Incursión en un territorio de gente armada que se dedicaba a la destrucción y el saqueo.

CORTEDAD.- 1. Pequeñez y poca extensión de algo. 2. Falta o escasez de talento, de valor, de instrucción, etc. 3. Encogimiento, poquedad de ánimo.

COSTA.- Orilla del mar, de un río, de un lago, etc., y tierra que está cerca de ella.

CRISPAR.- 1. Causar contracción repentina y pasajera en el tejido muscular, en cualquier otro tejido de naturaleza contráctil, o en una parte del cuello. 2. coloj. Irritar o exasperar a alguien.

CUACO.- coloj. En México, caballo.

CUARTA.- En México, látigo corto para las caballerías.

CUECA.- Baile de América del Sur, en el que los bailarines, que llevan un pañuelo en la mano derecha, trazan figuras circulares, con vueltas y medias vueltas, interrumpidas por diversos floreos.

CUERA.- Especie de chaqueta de piel, que se usaba antiguamente sobre el jubón.

CUERDA.- Conjunto de presos atados y en hilera para su traslado.

CULEBRILLEAR (Culebrear).- Andar formando eses y pasándose de un lado a otro.

CH

CHACA.-

CHANCERO.- Que acostumbra a bromear.

CHANZA.- 1. Dicho festivo y gracioso. 2. Hecho burlesco para recrear el ánimo o ejercitar el ingenio.

CHAPETA.- Mancha de color encendido que suele salir en las mejillas.

CHAQUIRA.- 1. Cuentas, abalorios, etc., de distintas materias que llevaban los españoles para vender a los indígenas americanos. 2. Sarta, collar, brazalete hecho con cuentas, abalorios, conchas, etc., utilizado como adorno.

CHINACO.- Guerrillero liberal de la época de Maximiliano.

CHONCHO.- Animal que se caza.

D

DAMAJUANA.- Recipiente de vidrio o barro cocido, de cuello corto, a veces protegido por un revestimiento, que sirve para contener líquidos.

DEMAGOGIA.- Degeneración de la democracia, consistente en que los políticos, mediante concesiones y halagos a los sentimientos elementales de los ciudadanos, tratan de conseguir o mantener el poder.

DERROTERO.- Camino, rumbo, medio tomado para llegar al fin propuesto.

DIANA.- Toque militar al comienzo de la jornada para despertar a la tropa.

DIEZMADO.- Dicho de una enfermedad, de una guerra, del hambre o de cualquier calamidad: Causar gran mortandad en un país.

DONA.- Regalos de boda que el novio o padrino hace a la novia.

DONAIRE.- Gallardía, gentileza, soltura y agilidad airosa de cuerpo para andar, danzar, etc.

DRACÓN.- Legislador ateniense cuyas leyes eran de gran severidad (fines del siglo VII a. C.).

DRAGONADA.- Nombre con el que se conoce una política de represión y abusos aplicada por las tropas de Luis XIV de Francia contra la población insumisa durante el siglo XVII.

E

EMBOZAR.- Cubrir el rostro por la parte inferior hasta las narices o los ojos.

EMPONZOÑAR.- v.tr. Inficionar, echar a perder, dañar.

ENAGUA.- 1. Prenda interior femenina, similar a una falda y que se lleva debajo de esta. 2. En México, prenda exterior femenina que cuelga desde la cintura.

ENDEBLE.- adj. Débil, flojo, de resistencia insuficiente.

ENDECHA.- Canción triste de lamento.

ENGOLFAR.- Meterse mucho en un negocio, dejarse llevar o arrebatar de un pensamiento o afecto.

ENGREÍDA.- Dicho de una persona demasiado convencida de su valer.

ENHIESTO.- Levantado, derecho.

ENRAMADA.- 1. Conjunto de ramas de árboles espesas y entrelazadas naturalmente. 2. Adorno formado de ramas de árboles con motivo de alguna fiesta. 3. Cobertizo hecho de ramas de árboles.

ENSERES.- Utensilios, muebles, instrumentos necesarios o convenientes en una casa o para el ejercicio de una profesión.

ENYERBAR.- En México, dar a alguien un bebedizo venenoso.

EÓLICO.- Perteneciente o relativo al viento.

ERGUIR.- 1. Levantar o poner derecho algo, especialmente el cuello o la cabeza. 2. Levantarse o ponerse derecho. 3. Engreírse, ensoberbecerse.

ERIAL.- Dicho de una tierra o de un campo: Sin cultivar ni labrar.

ESCAFANDRA.- Aparato compuesto de una vestidura impermeable y un casco perfectamente cerrado, con un cristal frente a la cara, y orificios y tubos para renovar el aire, que sirve para permanecer y trabajar debajo del agua.

ESCARAMUZA.- Refriega de poca importancia sostenida especialmente por las avanzadas de los ejércitos.

ESCLARECIDO.- adj. Claro, ilustre, singular, insigne.

ESCOLTA.- Persona, conjunto de personas, frecuentemente soldados o policías, vehículo, barco, avión o conjunto de estos que resguardan o conducen algo o a alguien por razones de seguridad.

ESCUADRÓN.- Unidad de caballería, mandada normalmente por un capitán.

ESCUDRIÑAR.- Examinar, inquirir y averiguar cuidadosamente algo y sus circunstancias.

ESGRIMIR.- Jugar y manejar la espada, el sable y otras armas blancas, reparando y deteniendo los golpes del contrario, o acometiéndole.

ESPECTRO.- Fantasma.

ESPEREZAR.- Desperpezar. 1. Extender y estirar los miembros para desentumecerlos. 2. Sacudirse la pereza.

ESPUELA.- Espiga de metal terminada comúnmente en una rodaja o en una estrella con puntas y unida por el otro extremo a unas ramas en semicírculo que se ajustan al talón del calzado, y se sujetan al pie con correas, para picar a la cabalgadura.

ESPUTO.- Flema que se arroja de una vez en cada expectoración.

ESQUIFE.- Barco pequeño que se lleva en el navío para saltar a tierra y para otros usos.

ESTANCO.- Sitio o tienda donde se venden géneros estancados, y especialmente sellos, tabaco y cerillas.

ESTAR EN CAPILLA.- Dicho de un reo: Estar, desde que se le notifica la sentencia

de muerte hasta la ejecución, en cualquier pieza de la cárcel dispuesta como capilla.

ESTERO.- Terreno bajo pantanoso, intransitable, que suele llenarse de agua por la lluvia o por la filtración de un río o laguna cercana, y que abunda en plantas acuáticas.

ESTRIBO.- En geografía, ramal corto de montañas que deriva a uno u otro lado de la cordillera.

EXÁNIME.- 1. Sin señal de vida o sin vida. 2. Sumamente debilitado, sin aliento, desmayado.

EXIGUO.- Insuficiente, escaso.

EXPANSIVO.- Franco, comunicativo.

F

FANDANGO.- coloq. Bullicio, trapafiesta.

FATUIDAD.- 1. Falta de razón o de entendimiento. 2. Dicho o hecho necio. 3. Presunción o vanidad infundada y ridícula.

FEBRICITANTE.- Que tiene fiebre o calentura.

FERACIDAD.- Fertilidad, fecundidad de los campos.

FESTÓN.- Adorno compuesto de flores, frutas y hojas, que se ponía en las puertas de los templos donde se celebraba una fiesta o en los lugares en que se hacía algún regocijo público.

FILÓN.- Masa metalífera o pétreo que rellena una antighua quiebra de las rocas de un terreno.

FINCAR.- Fijar, hincar, introducir o clavar algo en otra cosa.

FLUCTUAR.- Vacilar o dudar en la resolución de algo.

FORENSE.- Público y manifiesto.

FRAGOR.- Ruido estruendoso.

FULGOR.- Resplandor y brillantez.

G

GALANTE.- 1. Atento, cortés, obsequioso, en especial con las mujeres. 2. Que trata con picardía un tema amoroso.

GALLARDO.- adj. Desembarazado, airoso y galán.

GALÓN.- Tejido fuerte y estrecho, a manera de cinta, que sirve para guarnecer vestidos u otras cosas.

GALONEAR.- Guarnecer o adornar con galones los vestidos u otras cosas.

GAVILLA.- Junta de muchas personas y comúnmente de baja calidad.

GENERALA.- Toque de tambor, corneta o clarín para que las fuerzas de una guarnición o campo se pongan sobre las armas.

GLEBA.- 1. Terrón que se levanta con el arado. 2. Tierra de cultivo. 3. Gente del pueblo bajo.

GOLETA.- Embarcación fina, de bordas poco elevadas, con dos palos, y a veces tres, y un cangrejo en cada uno.

GORDA.- En México, tortilla de maíz más gruesa que la común.

GRAMÍNEA.- Dicho de una planta: del grupo de las angiospermas monocotiledóneas, con tallo cilíndrico, comúnmente hueco, interrumpido de trecho en trecho por nudos llenos, hojas alternas que nacen de estos nudos y abrazan el tallo, flores muy sencillas, dispuestas en espigas o en panojas, y grano seco cubierto por las escamas de la flor. Por ejemplo: el trigo, el arroz o el bambú.

GREGUERÍA.- Gritería.

GROS.- (Gro) Tela de seda sin brillo y de más cuerpo que el tafetán.

GRUESA.- Número de doce docenas, especialmente de cosas menudas.

GUACO.- Ave de hábitos nocturnos, de pico negro y patas amarillas, que mide unos 60 cm de longitud y su coloración general es blancuzca o plumiza, con el dorso negro y, sobre la cabeza, una capucha negra y un copete blanco muy largo y estrecho.

GUARNICIÓN.- Tropa que guarnece una plaza, un castillo o un buque de guerra.

GUIJARRO.- Pequeño canto rodado.

GUINEO.- Tañido o son del guineo, que se toca en la guitarra.

HACHÓN.- Especie de brasero alto, fijo sobre un pie derecho, en que se encienden algunas materias que levantan llama, y se usa en demostración de alguna festividad o regocijo público.

HENCHIR.- Dicho de una persona: Ocupar dignamente un lugar o empleo.

HERRADERO.- 1. Acción de marcar con un hierro candente los ganados. 2. Sitio destinado para hacer esta operación. 3. Estación o temporada en que se efectúa.

HIJAR (Ijada o Ijar).- Cualquiera de los dos espacios simétricamente colocados entre las costillas falsas y los huesos de las caderas. Dolor o mal en aquella parte.

HINCAR.- Introducir o clavar algo en otra cosa.

HONDONADA.- Espacio de terreno hondo.

HORDA.- 1. Comunidad de salvajes nómadas. 2. Grupo de gente que obra sin disciplina y con violencia.

HUEMBA.- Corazón rojo de la planta de plátano.

I

INCÓLUME.- Sano, sin lesión ni menoscabo.

IDILIO.- 1. Coloquio amoroso, y, por ext., relaciones entre enamorados. 2. Composición poética que suele caracterizarse por lo tierno y delicado, y

tener como asuntos las cosas del campo y los afectos amorosos de los pastores.

IGNOMINIA.- Afrenta pública.

IMPUESTO.- En México, acostumbrado.

INCONTINENTI.- Prontamente, al instante.

INDIANA.- Tela de lino o algodón, o de una mezcla de uno y otro, pintada por un solo lado.

INDICIO.- Fenómeno que permite conocer o inferir la existencia de otro no percibido.

INEFABLE.- Que no se puede explicar con palabras.

INERME.- Que está sin armas.

INEXTRICABLE.- Que no se puede desenredar, muy intrincado y confuso.

INFANTE.- Soldado que sirve a pie.

INFATUADO.- Volver a alguien fatuo, lleno de presunción o vanidad infundada y ridícula.

INMACULADO.- adj. Que no tiene mancha.

INMOLAR.- Dar la vida, la hacienda, el reposo, etc., en provecho u honor de alguien o algo.

INQUIRIR.- Indagar, averiguar o examinar cuidadosamente algo.

ISTMO.- Lengua de tierra que une dos continentes o una península con un continente.

ITACATE.- En México, provisión de comida.

J

JACAL.- Especie de choza.

JARABE.- En México, danza popular en pareja.

JEREZ.- Vino blanco y fino que se cría y elabora en los términos municipales de Jerez de la Frontera, Puerto de Santa María y Sanlúcar de Barrameda, en España.

L

LACRE.- Pasta sólida, compuesta de goma laca y trementina con añadidura de bermellón o de otro color, que se emplea derretido en cerrar y sellar cartas y en otros usos análogos.

LAGARTIJO.- En México, término que define a los hombres del siglo XIX preocupados en vestir impecablemente, a la moda y con prendas finas.

LAMPO.- Resplandor o brillo pronto y fugaz, como el del relámpago.

LÁNGUIDO.- adj. 1. Flaco, débil, fatigado. 2. De poco espíritu, valor o energía.

LATA.- Tabla delgada sobre la cual se aseguran las tejas.

LAZAR.- Coger o sujetar con lazo.

LEGAJO.- Atado de papeles, o conjunto de los que están reunidos por tratar de una misma materia.

LEVA.- Recluta de gente para el servicio militar.

LIANA.- Bejuco: Planta sarmentosa y trepadora, propia de regiones tropicales.

LINÓN.- Tela de hilo muy ligera, clara y fuertemente engomada.

LÍVIDA.- Intensamente pálido.

LONTANANZA.- A lo lejos. Hablando de cosas que, por estar muy lejanas, apenas se pueden distinguir.

LUMBRADA.- Lumbre grande.

M

MACILENTO.- Flaco y descolorido.

MALAGUEÑA.- Palo flamenco, algo parecido al fandango, con que se cantan coplas de cuatro versos octosílabos, propio y característico de Málaga, España.

MALHAYA.- Interj. Maldito.

MALILLA.- Juego de naipes en el que la carta superior o malilla es el nueve de cada palo.

MALPAÍS.- Campo de lava reciente, con una superficie tortuosa, estéril y árida.

MANCUERNA.- 1. Pareja de animales y cosas mancornados. 2. Correa que usan los vaqueros para atar las reses.

MANGANA.- Lazo que se arroja a las manos de un caballo o toro cuando va corriendo, para hacerle caer y sujetarlo.

MANGANEAR.- Echar manganas.

MANGLAR.- Terreno que en la zona tropical cubren de agua las grandes mareas, lleno de esteros que lo cortan formando muchas islas bajas, donde crecen los árboles que viven en agua salada.

MANÍA.- 1. Preocupación caprichosa y a veces extravagante por un tema o cosas determinados. 2. Afición exasperada por alguien o algo. 3. Psiquiatr. Síndrome o cuadro clínico, por lo general episódico, caracterizado por la excitación psicomotriz derivada de una exaltación de la conciencia de sí mismo.

MANIÁTICO.- Que tiene manías.

MANSALVA.- Sin ningún peligro, sobre seguro.

MARASMO.- Med. Extremado enflaquecimiento del cuerpo humano.

MARGARITA.- Perla de los moluscos.

MÁRTIR.- Persona que muere o sufre grandes padecimientos en defensa de sus creencias o convicciones.

MATALOTE.- (Matalón). Dicho de una caballería: flaca, endeble y que rara vez se halla libre de heridas o llagas.

MEDRO.- Mejora, aumento de tamaño o crecimiento.

MELIFLUO.- Que tiene miel o es parecido a ella en sus propiedades.

MERCED.- (Vuestra o su merced) Tratamiento o título de cortesía que se usaba con aquellos que no tenían título o grado por donde se les debieran otros tratamientos superiores.

METATE.- En México, piedra sobre la cual se muelen manualmente con el metlapil el maíz y otros granos.

MIASMA.- Efluvio maligno que, según se creía, desprendían cuerpos enfermos, materias corruptas o aguas estancadas.

MIRAR DE HITO EN HITO.- Fijar la vista en un objeto sin distraerla a otra parte.

MIRÍADA.- Cantidad muy grande e indefinida.

MISTELA.- 1. Bebida que se hace con aguardiente, azúcar y otros ingredientes, como canela, hierbas aromáticas, etc. 2. Líquido resultante de la adición de alcohol al mosto de uva en cantidad suficiente para que no se produzca la fermentación, y sin adición de ninguna otra sustancia.

MOGOTE.- 1. Cualquier elevación del terreno que recuerde la forma de un monte. 2. Montón de piedras. 3. Montículo aislado, de forma cónica y rematado en punta roma. 4. Hacina de forma piramidal.

MOHÍN.- Mueca o gesto.

MONDINGA.- En México, aplícase a la caballería de pasos cortos y rápidos que mueve mucho los cuartos traseros al caminar.

MORTIFICAR.- Afligir, desazonar o causar pesadumbre o molestia.

MUELLE.- Delicado, suave, blando.

MUELLEMENTE.- De manera muelle.

MULATA.- De color moreno. Que es moreno en su línea.

MULLIDO.- Cosa blanda que se puede esponjar y sirve para rellenar colchones, asientos, aparejos, etc.

MUSTIO.- adj. Melancólico, triste.

N

NÁYADE.- Cada una de las ninfas que residían en los ríos y en las fuentes.

NEREIDA.- Cada una de las ninfas que residían en el mar, y eran jóvenes hermosas de medio cuerpo arriba, y peces en lo restante.

NIMBO.- Aureola.

NOVILLO.- 1. Res vacuna de dos o tres años, en especial cuando no está domada. 2. En México, toro castrado que se destina para la alimentación humana.

NUNCIO.- Encargado de llevar aviso, noticia o encargo de una persona a otra, enviado a esta para tal efecto.

O

OFICIALIDAD.- Conjunto de oficiales del Ejército o de parte de él.

OPÍPARO.- Copioso y espléndido. Referido a una comida o a un banquete.

OTATERA.- Guadua. Especie de bambú muy grueso y alto, con púas y canutos de cerca de medio metro.

P

PALENQUE.- 1. Valla de madera que se hace para la defensa de un puesto, para cerrar un terreno en que se ha de hacer una fiesta pública o para otros fines. 2. Terreno cercado por una estacada para celebrar algún acto solemne. 3. Camino de tablas que desde el suelo se elevaba hasta el tablado del teatro, cuando había entrada de torneo u otra función semejante.

PANTALONERA.- Pantalones charros con botonadura.

PAÑO.- Tela de lana muy tupida y con pelo tanto más corto cuanto más fino es el tejido.

PARAJE.- Lugar, sitio.

PÁRAMO.- 1. Terreno yermo, raso y desabrigado. 2. Lugar sumamente frío y desamparado.

PARAPETAR.- 1. Resguardar con parapetos o proteger alguna cosa. 2. Precaver de un riesgo por algún medio de defensa.

PARLAMENTO.- Conversaciones con la parte contraria para intentar ajustar la paz, una rendición, un contrato o para zanjar cualquier diferencia.

PAROTA.- Árbol grande y llamativo, caducifolio, de 20 a 30 metros de altura, pudiendo alcanzar los 45 metros y un diámetro de tronco a la altura del pecho de hasta 3 metros.

PATRIOTA.- Persona que tiene amor a su patria y procura todo su bien.

PAVESA (Estar alguien hecho una).- Coloq. Estar muy extenuado y débil.

PENCO.- Caballo flaco o matalón.

PENDÓN.- Insignia militar, que era una bandera o estandarte pequeño, y se usaba en la milicia para distinguir los regimientos, batallones y demás cuerpos del Ejército que iban a la guerra.

PERCAL.- Tela de algodón blanca o pintada más o menos fina, de escaso precio.

PERCHA.- Pieza o mueble de madera o metal con colgaderos en que se pone ropa, sombreros u otros objetos. Puede estar sujeto a la pared o constar de un palo largo y de un pie para que estribe en el suelo.

PERSOGAR (Apersogar).- Atar un animal a un poste o a otro animal, para que no huya.

PESPUNTEAR.- En México. En el baile del jarabe, zapatear suavemente.

PETATE.- Estera de palma que se usa en los países cálidos para dormir sobre ella. En México, tejido de palma o de carrizo.

PICACHO.- Punta aguda, a modo de pico, que tienen algunos montes y riscos.

PLACEAR.- Destinar algunos géneros comestibles a la venta al por menor en el mercado.

PLAÑIDO.- Lamento, queja y llanto.

PLAYD.-

PLÉYADE.- Grupo de personas famosas, especialmente en las letras, que viven en la misma época.

POLITICASTRO.- despect. Político inhábil, rastrero, mal intencionado, que actúa con fines y medios turbios.

POPA.- Parte posterior de una embarcación.

PRETAL.- Correa o faja que, asida por ambos lados a la parte delantera de la silla de montar, ciñe o rodea el pecho de la cabalgadura.

PRIESA.- Prisa.

PROEZA.- Hazaña, valentía o acción valerosa.

PROFUSIÓN.- 1. Abundancia en lo que se da, difunde o derrama. 2. Prodigalidad, abundancia excesiva, superfluidad.

PROMONTORIO.- Altura considerable de tierra que avanza dentro del mar.

PRORRUMPIR.- Pronunciar repentinamente y con fuerza o violencia una voz, un suspiro u otra demostración de dolor o pasión ardiente.

PURANGUAS.-

RAMAZÓN.- Conjunto de ramas separadas de los árboles.

RAPAZ.- Inclinado o dado al robo, hurto o rapiña.

REACCIONARIO.- adj. 1. Que propende a restablecer lo abolido. 2. Opuesto a las innovaciones. 3. Perteneciente o relativo a la reacción (tendencia tradicionalista).

REALADA.-

REBOZO.- Especie de chal o pañolón que usan las mujeres modestas o humildes; en México se fabrican también de materiales muy finos y costosos.

RECAUDO.- Aderezo líquido y espeso usado para condimentar carnes.

REFINO.- En México, aguardiente.

REMANZO (Remanso).- Lugar o situación en que se disfruta de algo.

REMONTA.- Mil. 1. Compra, cría y cuidado de los caballos para proveer al ejército. 2. Conjunto de los caballos o mulas destinados a cada cuerpo. 3. Establecimiento destinado a la compra, cría y cuidado del ganado para los institutos militares.

REQUISICIÓN.- En tiempo de guerra, recuento y embargo de caballos, bagajes, etc., que suele hacerse para el servicio militar.

RESOLLAR.- Dicho de una persona o de un animal: Absorber y expeler el aire por sus órganos respiratorios.

RESOPLIDO.- Respiración fuerte y ruidosa.

R

RESUELLO.- Aliento o respiración, especialmente la violenta.

RETINTO.- adj. Dicho de un animal: De color castaño muy oscuro.

RETOZAR.- Dicho de una persona o de un animal: Saltar y corretear alegremente.

REVENTAZÓN.- Deshacerse en espuma las olas.

REVOLUFIA.- Coloq. Revolución.

ROMPIENTE.- Bajo, escollo o costa donde, cortado el curso de la corriente de un río o el de las olas, rompe y se levanta el agua.

RONZAL.- Cuerda que se ata al pescuezo o a la cabeza de las caballerías para sujetarlas o para conducir las caminando.

S

SANCOCHADA.- Alimento mal cocinado que se deja medio crudo y sin sazonar.

SCHACÓ (Chacó).- Morrión propio de la caballería ligera, y aplicado después a tropas de otras armas.

SEGLAR.- Que dura un siglo, o desde hace siglos.

SICARIO.- Asesino asalariado.

SOLAPADAMENTE.- Con cautela o ficción, encubriendo o disimulando algo.

SOLDADERA.- Mujer que convivía con los soldados durante las campañas de guerra.

SOPOR.- Adormecimiento, somnolencia.

SUBALTERNO.- Oficial cuyo empleo es inferior al del capitán.

SUMARIO.- En Derecho, conjunto de actuaciones encaminadas a preparar el juicio criminal, haciendo constar la perpetración de los delitos con las circunstancias que puedan influir en su calificación, determinar la culpabilidad y prevenir el castigo de los delincuentes.

T

TAIMADO.- Bellaco, astuto, disimulado y pronto en advertirlo todo.

TAÑER.- Tocar un instrumento musical de percusión o de cuerda, en especial una campana.

TENAZ.- adj. Firme, porfiado y pertinaz en un propósito.

TEPEHUAJE.- Árbol de 8 a 12 metros de altura, las ramas presentan muchos pelillos. Las flores se pueden encontrar solitarias o agrupadas con muchas flores. Los frutos son vainas alargadas, mieden de 12 a 22 centímetros de largo y son negruzcos. Originario de México, habita en climas cálido y semicálido.

TERCIAR.- Poner algo atravesado diagonalmente o al sesgo, o ladearlo.

TEXTAL.- En México, bolita de masa con que se hace una tortilla.

TIANGUIS.- Mercado.

TIENTO.- Cuerda o palo delgado que va desde el peón de la noria a la cabeza de la bestia y la obliga a seguir la pista.

TINTORERA.- Tiburón muy semejante al cazón, que alcanza de tres a cuatro metros de longitud y tiene dientes triangulares y cortantes, de los cuales los de la mandíbula superior son más anchos y con la punta dirigida hacia atrás. Su dorso y costados son de color azulado o gris pizarra.

TIRANÍA.- 1. Gobierno ejercido por un tirano. 2. Abuso o imposición en grado extraordinario de cualquier poder, fuerza o superioridad. 3. Dominio excesivo que un afecto o pasión ejerce sobre la voluntad.

TIRIOS Y TROYANOS.- Partidarios de opiniones o intereses opuestos.

TISANA.- Bebida medicinal que resulta del cocimiento ligero de una o varias hierbas y otros ingredientes en el agua.

TOQUILLA.- Adorno de gasa, cinta, etc., que se ponía alrededor de la copa del sombrero.

TORDILLO.- Dicho de una caballería: que tiene el pelo mezclado de negro y blanco, como el plumaje del tordo.

TORIL.- Sitio donde se tienen encerrados los toros que han de liarse.

TRAFAGAR.- Vagar por distintos lugares, correr mundo.

TRANCHETE.- Cuchilla de zapatero.

TRANSIDO.- Fatigado, acongojado o consumido de alguna penalidad, angustia o necesidad.

TRANSIGIR.- 1. Consentir en parte con lo que no se cree justo, razonable o verdadero, a fin de acabar con una diferencia. 2. Ajustar algún punto dudoso o litigioso, conviniendo las partes voluntariamente en algún medio que componga y parta la diferencia de la disputa.

TRAVESEAR.- Moverse inquieto o revoltoso de un lado a otro.

TRECHO.- Espacio, distancia de lugar o tiempo.

TRÉMULO.- Dicho de una cosa que tiene un movimiento o agitación semejante a un temblor.

TRINCHERA.- Zanja defensiva que permite disparar a cubierto del enemigo.

TRONCHAR.- Truncar, impedir que se realice algo.

TROPELÍA.- Atropello o acto violento, cometido generalmente por quien abusa de su poder.

TUMBO.- Ondulación de una ola del mar, y especialmente la de una ola grande.

TURGENTE.- 1. Abultado y firme. 2. Dicho de un líquido: que hincha alguna parte del cuerpo.

TURPIAL.- Pájaro tropical de la familia de los ictéridos, de unos 24 cm de longitud, de canto variado y melodioso, plumaje negro brillante en la cabeza, lomo, alas y cola, y amarillo anaranjado en la nuca y la zona ventral, y que es el ave nacional de Venezuela.

TUSAR.- Coloq. Cortar el pelo a alguien.

Y

U

UFANARSE.- prnl. Engreírse, jactarse, gloriarse.

YERMO.- Inhabitado.

YESCA.- Incentivo de cualquier pasión o afecto.

V

VAHARINA.- Vaho, vapor o niebla.

VARA.- Medida de longitud que se usaba en distintas regiones de España, que oscilaban entre 768 y 912 mm.

VEHEMENTE.- Que tiene una fuerza impetuosa.

VENERO.- Manantial de agua.

VENICARLO.-

VERGEL.- Huerto con variedad de flores y árboles frutales.

VIVAC.- 1. Campamento, especialmente militar, instalado de manera provisional para pasar la noche al raso. 2. Acampada al aire libre.

VIVAQUE.- En milicia, guardia principal en la plaza de armas, a la cual acuden todas las demás a tomar el santo y seña.

VOTO A BRIOS.- Interj. Como juramento.

Z

ZABULLIR (Zambullir).- Meter debajo del agua con ímpetu o de golpe.

ZALEA.- Cuero de oveja o carnero, curtido de modo que conserve la lana, empleado para preservar de la humedad y del frío.

ZAPOTERO.- Árbol de zapote.

ZARAPE (Sarape).- Especie de frazada de lana o colcha de algodón generalmente de colores vivos, con abertura o sin ella en el centro para la cabeza, que se lleva para abrigarse.

ZARRAGOZA.-

ZIRANDA.- En México, higuera.

ZOZOBRAR.- 1. Dicho de una embarcación: Peligrar por la fuerza y contraste de los vientos. 2. Perderse o irse a pique.

ZUMBA.- Cencerro grande que lleva comúnmente la caballería delantera de una recua, o el buey que hace de cabestro.